

VIDA
DE SAN
FRANCISCO
DE SALES

BX4700
.F58
M3
V. 1

6
271.3
N



1020024927

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TAMAULIPULCO
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS

VIDA

DE SAN FRANCISCO DE SALES,
OBISPO Y PRINCIPE DE GINEBRA.

ESCRITA EN FRANCES

POR

M. de Marsollier,

DEAN DE LA IGLESIA CATEDRAL DE UZES,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

DE LA SÉPTIMA EDICION FRANCESA,

POR

EL CAPITAN DE INFANTERÍA

Doy Maximiano de Godoy.

DEDICADA

al Ilmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza.

TOMO 1.º

CON LICENCIA:

Zaragoza: en la imprenta Real.
Abril de 1855.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CARRERA DE CIENCIAS EXACTAS Y FÍSICAS
4-72-83-MICROFILMADO P-55

38517

del Sr. D. José Fran. de Arce

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
Mariana Villanueva
San Juan de los Rios
D. José Fran. de Arce

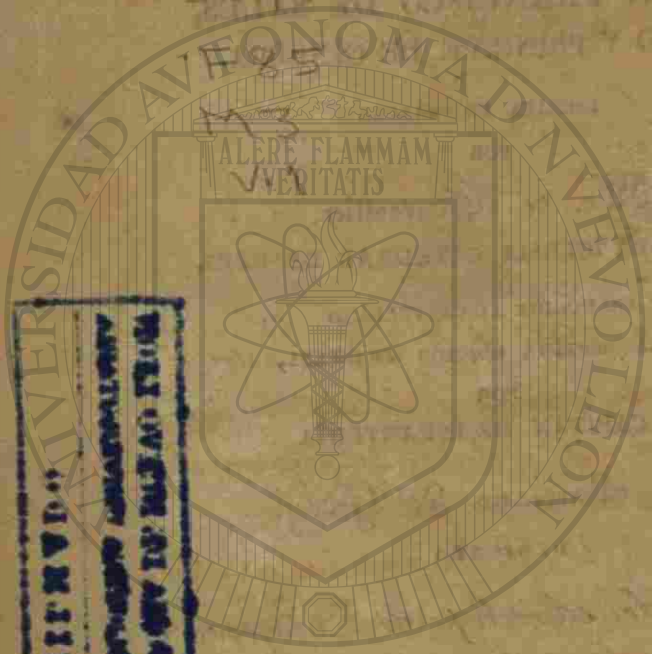


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

27h3

12-VIII-1924

Bx 7700



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 FONDOS REYES
 FONDOS RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
 RICARDO COVARRUBIAS
 135777

Al Ilmo. Sr. D. Bernardo Frances Ca-
 ballero, Obispo de Zaragoza, del
 Consejo de S. M. & C.

ILMO. SR.

Cuando debo à V. S. I. la poca instruccion
 que tengo y todo cuanto soy, nadie podrá estra-
 ñar que dedique à V. S. I. la primera obra
 mia que sale à ver la luz pública.

Conociendo à V. S. I. desde mis mas tier-
 nos años, y unidos por los vinculos de la san-
 gre, no puede caberme duda en que se resentiria
 la delicadeza de V. S. I. si tratase de hacer
 una descripcion exacta de sus relevantes prendas
 y una enumeracion de sus tareas apostólicas.

Con todo no me es posible prescindir de ala-
 bar en V. S. I. el grande amor y veneracion
 que profesa al santo Prelado, cuya vida he tra-
 ducido, y en este concepto me he tomado la liber-

tad de dedicarsela à pesar del ningun mérito de la traduccion.

Servase V. S. J. admitir con indulgencia esta corta prueba de mi cariño, y con esto solo quedará mas que suficientemente recompensado de su trabajo, su humilde sobrino

Q. B. S. M.

Hmo. Sr.

Mariano de Godoy.

AL LECTOR.

La vida de San Francisco de Sales, Obispo y Principe de Ginebra, escrita por Mr. de Marsollier, es sin duda en su original digna de este gran Prelado, tanto por la pureza de su lenguaje, como por la sublimidad de su estilo.

Mi deseo al presentarla en nuestra lengua seria el de que en nada hubiese desmerecido en la traduccion; pero esto es absolutamente imposible, ya porque yo carezco de la instruccion que tenia el sabio frances que la escribió, ya porque es bien sabido que ninguna traduccion puede conservar la hermosura del original.

Me complazco con todo con la idea de que si no he logrado enteramente lo que deseo, he procurado por lo menos hacer todo cuanto ha estado de mi parte para conseguirlo, y presentar esta obra limpia de galicismos, cosa no muy comun en estos tiempos, en que los traductores se deleitan generalmente en escribir en castellano con palabras francesas, en mengua de nuestra riquissima lengua, que no necesita mendigar, ni adoptar por suyas las palabras y frases de los otros idiomas.

Este es acaso el único mérito de mi traduccion, haber procurado que esté en castellano, con lo que, y con que merezca la aceptacion del lector imparcial, nada le quedará que ambicionar al traductor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO PRIMERO.

El santo Obispo, cuya vida tomo á mi cargo escribir (con la ayuda del cielo) nació en una época, en que la Iglesia tenia gran necesidad de semejante socorro. Hallábase esta como sitiada por defuera por un diluvio de heregias y desfigurada interiormente por una corrupcion de costumbres, de la que ningun estado estaba exento. La ignorancia, el libertinage y la impunidad habian penetrado hasta dentro del santuario y habian producido los estragos que es fácil imaginarse, y de los cuales nos han dejado tan tristes pinturas los que fueron testigos de ellos.

La Francia en particular, y los estados vecinos se hallaban entonces en una situacion deplorable. No se veia otra cosa que discordias, disensiones, incendios, asesinatos y sacrilegios, y en fin todo cuanto puede producir la impiedad de la heregia, armada con el furor de una guerra mas que civil. Veianse por todas partes hogueras encendidas, en las que se quemaban los ornamentos de las Iglesias, los libros de los santos Padres sacados de las bibliotecas mas antiguas, las cruces, los vasos consagrados á Dios, las imágenes de los santos, sus mismas reliquias y sus sagrados huesos, cuyas cenizas se tiraban inmediatamente á los rios. Los sacerdotes arrancados de los altares, presos y asesinados, los mismos altares trastornados y envueltos bajo las ruinas de los templos, los lugares santos profanados y abolido el antiguo culto, presentaban por todas partes un espectáculo horroroso, y hacian dudar si estos países tan amados de Dios en otros tiempos estaban todavía habitados

por cristianos, ó si los infieles habian entrado á habitarlos en su lugar.

El Concilio de Trento que acababa de celebrarse en 1565, se habia opuesto casi en vano hasta entonces á aquellos desórdenes. Los remedios que habia aplicado, en lugar de ser provechosos no habian servido en muchas partes mas que de agriar el mal; y la liga habia adquirido nuevas fuerzas por las mismas precauciones que al parecer debian haberla estinguído. Su autoridad despreciada de los unos, poco respetada de otros, la debilidad ó la negligencia de los que debian hacerla valer, todo esto parece que contribuia á hacer que el mal fuese interminable.

Pero la Sabiduría Divina que ha sabido poner límites al mal, y que deja algunas veces que reine la impiedad para confundirla despues con mayor golpe, detuvo en fin el curso de tantos males. La Religion recobró poco á poco su primer lustre: la fé empezó á entrar en posesión de todos sus derechos: la piedad al volver vino acompañada de la inocencia y de la pureza de las costumbres, y no es poca gloria para San Francisco de Sales el haber sido uno de los principales instrumentos, de que se sirvió la Divina Providencia para obrar tantas maravillas.

Bajo este concepto, á fin de que no le faltase alguna ventaja de aquellas que podian contribuir á la ejecucion de sus designios, le dió un nacimiento ilustre, acompañado de todas las cualidades de cuerpo y alma, que mas podian hacer resaltar su brillo, quiso que su origen fuese de una casa en que la piedad parecia hereditaria, y le hizo nacer de unos padres verdaderamente cristianos, y que tuvieron un particular cuidado, de conservar en su alma la pureza bautismal. Por miedo de que el contagio del mundo no imprimiese alguna mancha en su alma, le inspiró desde luego un santo disgusto de él, y á penas le hubo conocido, cuando le despreció, y para romper con

él de un modo positivo, á pesar de ser el primogénito de una ilustre casa, se alistó en cuanto pudo hacerlo en el estado eclesiástico. Luego se conoció que no habia abrazado este estado para disfrutar de una vida cómoda y ociosa. Apenas se entregó á la Iglesia, cuando ya no vivió mas para sí mismo. Ejercitose largo tiempo en desempeñar las funciones mas penosas de su ministerio, y si hubiesen sido atendidos sus deseos, hubiera acabado sus dias en el trabajo, sin aspirar jamas á las dignidades que debian ser su recompensa.

Dios se contentó con el sacrificio de su corazon y le colocó á su pesar sobre el trono de la Iglesia de Ginebra. Pero no estaba destinado para resplandecer únicamente en una Diócesis particular; la Francia, la Italia, la Saboya debian ser objetos y testigos de su zelo y de su virtud; y él mostró tanta sabiduría, tanta prudencia y tanta firmeza, que siempre fué reverenciado de los Obispos, estimado de los Cardenales, amado de los Príncipes y de los Soberanos Pontífices, y lo que es mas digno de admiracion, honrado y apreciado de los mismos hereges de quienes era el azote.

Nació Francisco de Sales en veinte y uno de Agosto del año 1567 en el castillo de Sales, de una de las mas nobles y mas antiguas casas de Saboya. Gobernaba entonces la Iglesia el santo Papa Pio V; reinaba en Francia Carlos IX, y la Saboya reconocia por Duque á Manuel Filiberto padre de Carlos Manuel, famoso por sus disensiones con la Francia. Fué su padre Francisco Conde de Sales, y su madre Francisca de Sionas, ambos de una cuna igualmente ilustre, pero mucho mas dignos de aprecio por su virtud y por la piedad de que hacian profesion. Francisco Conde de Sales, era un caballero de una probidad propia de los primeros siglos y de una buena fé tal, que llegaba á ser escrupulosa, de una exactitud en el cumplimiento de los deberes del cristianismo, de que habia pocos ejemplos, de una sanidad de corazon á

la prueba de la corrupcion de su siglo y de un zelo por la fé católica tanto mas raro en aquel tiempo, quanto que el calvinismo que acababa de nacer y que se habia establecido en Ginebra como en su centro, era reputado por una secta cómoda y por la Religion de los espíritus fuertes. Francisca de Sionas unia á todas estas qualidades una piedad tierna y verdadera, la castidad mas delicada, una modestia extraordinaria y un amor singular al retiro.

Pero entre todas las virtudes que les hacian ser igualmente queridos de Dios y de los hombres, poseian una que resaltaba sobre todas las demas y que les atrajo despues todas las bendiciones de que Dios quiso colmar á su santa familia. Esta era la particular inclinacion que tenian á dar limosna, poniendo en práctica á porfia este consejo de la santa Escritura, tan necesario á las personas que viven en medio del mundo y en el estado de el matrimonio. *No aparteis jamas vuestros ojos de encima del pobre, no sea que Dios aparte los suyos de encima de vosotros; si teneis muchos bienes, dad mucho, si teneis poco dad de buena voluntad lo que podais.*

Pero aunque su caridad se extendia generalmente á todos los pobres, se dirigia particularmente á consolar á los católicos despojados de sus bienes por los hereges y que habian preferido perderlo todo, antes que faltar á la fidelidad que debian á Dios y á la Iglesia: no se contentaban con darles precisamente lo necesario, pues su compasion llegaba hasta procurarles las comodidades de la vida. La vecindad de Ginebra y de los suizos que habian abrazado el calvinismo, les proporcionaba tan frecuentes ocasiones de ejercitarse en este género de limosnas, que una piedad menos sólida se hubiera entibiado, la suya se aumentó con tal prueba, y Dios se la recompensó dándoles un hijo que puede decirse que fué el fruto de su caridad.

La Condesa de Sales estaba aun en los primeros meses de su embarazo, quando la Duquesa de Nemours que habia casado en primeras nupcias con el Duque de Guisa, llegó á Annecy acompañada de los Cardenales de Lorena y de Guisa y de un gran número de damas y señores de la corte.

Por todas partes se le rendian homenajes á esta señora, no tan solamente porque era hija de Hércules Duque de Ferraro y de Renato de Francia, sino aun mas porque se habia casado en segundas nupcias con Santiago de Saboya Duque de Nemours y del Genovesado, cuya capital es Annecy. El rango que ocupaba la Condesa en aquella provincia la obligó á ir á hacerla la corte. No deseaba mas que cumplir este deber, cuando llevaron el santo sudario de Chambery á Annecy. El Duque de Saboya á ruegos de la Condesa y de los Cardenales permitió que se trasladase allí. A la vista de estas señales todavía sangrientas del amor de Dios á los hombres, la Condesa de Sales se sintió penetrada de una devoción tierna y sensible, que no habia aun experimentado hasta entonces. A ejemplo de Ana madre de Samuel derramó su corazon en la presencia del Señor, le ofreció el hijo que llevaba en su seno, le rogó que le sirviese de padre, que le preservase de la corrupcion del siglo y que la privase á ella del gusto de ser madre, antes que permitir que diese á luz un hijo, que perdiendo la gracia bautismal fuese tan desgraciado, que algun dia se convirtiese en enemigo suyo.

A una oracion tan fervorosa siguió inmediatamente el efecto. Dios atendió á los ruegos de la madre, y derramó sobre el hijo aquella abundancia de gracias y de bendiciones, que le elevaron despues á aquella eminente santidad, cuyos frutos veremos en el discurso de esta historia.

La Condesa volvió á su casa llena de una santa confianza, de que Dios habia aceptado la ofrenda que le ha-

bía hecho de su hijo; le miró como un depósito que el Señor la había confiado y del que debía darle cuenta. Vino al mundo poco después de la vuelta de Annecy, fué bautizado en la Iglesia de Thorens, y le pusieron por nombre Francisco, por ser este el de su padre, de su madre y su padrino. Como nació de siete meses, á pesar del gran cuidado que tuvo su madre de no hacer cosa que pudiese dañar al fruto que llevaba en su vientre, era estremadamente débil; costó mucho trabajo el criarle, y los médicos desesperanzaron mas de una vez de su vida.

Con todo, salió de los peligros de la niñez y contra la esperanza de todo el mundo creció y se robusteció. A proporción que sus facciones se iban formando se descubria en él una hermosura y una dulzura tal, que no era posible verle sin amarle. Este exterior tan favorable estaba acompañado del natural mas escelente, que se ha visto jamas. Era dulce, sumiso á sus padres y maestros y dotado de aquel honesto pudor tan necesario para preservar una alma de las primeras tentativas del vicio.

La Condesa que no atendia á otra cosa mas que al cuidado de su educacion, no le perdía de vista y no dejaba escapar ninguna ocasion de formarle ya desde luego para la virtud. Llevábale ella misma á la Iglesia, y le inspiraba un profundo respeto ácia este santo lugar, á la oracion, á las instrucciones y á todos los ejercicios de piedad que en ella se practican. Quiso tambien que la acompañase cuando hacia la visita de los pobres, que les prestase él mismo los pequeños servicios de que era capaz y que fuese el repartidor de sus limosnas. Le leia ella misma la vida de los santos y acompañaba esta lectura con aquellas reflexiones, que estaban á su alcance. De este modo esta caritativa y piadosa madre le encaminaba poco á poco á los ejercicios de piedad y de caridad. Le hablaba con sus acciones y le acostumbraba á hacer el bien viéndole hacer.

Este santo niño no tan solamente correspondia á los

cuidados de su virtuosa madre, sino que sobrepujaba en mucho á lo que de él se podia esperar. Oia la misa y rezaba sus oraciones con un recogimiento y una devocion, que no eran propias de su edad. Todas sus diversiones consistian en hacer oratoritos y en imitar las ceremonias de la Iglesia. La modestia y la sinceridad reinaban en todas sus acciones y discursos, y cuando cometia aquellas pequeñas faltas, que son tan comunes en los niños, preferia el ser castigado á evitar su castigo por medio de una mentira. Su caridad con los pobres tenia algo de particular: no se contentaba con desempeñar fielmente todas las pequeñas comisiones, que su madre le daba para consolarlos; pedia para ellos á todos sus parientes, les daba generosamente todo aquello que le daban para él, y cuando no tenia otro medio de socorrerlos, les daba parte de su comida.

Si se hubiese seguido el parecer de la Condesa, no hubiera perdido esta señora de vista á su hijo, hubiera traído á su castillo sujetos capaces de enseñarle las letras humanas y hubiera preferido gustosa que su hijo fuese algo menos instruido, con tal que no fuese menos virtuoso. Conocia la corrupcion y la licencia de los colegios, y deseaba que se le concediese á la virtud por lo menos el tiempo necesario para arraigarse mas profundamente en su corazon. Pero el Conde su esposo que tenia miras un poco mas humanas con respecto á la educacion de su hijo y que estaba persuadido de lo mucho que contribuye la emulacion á los adelantos de los niños en las ciencias, quiso definitivamente que entrase en el colegio. A la edad de seis años le enviaron á Rocheville, y á muy poco tiempo á Annecy, que no dista sino tres leguas largas del castillo de Sales.

Los progresos que hacia en las ciencias correspondian á los que habia hecho en la virtud. Nada olvidó de cuanto habia aprendido bajo la enseñanza de su virtuosa madre y aprendió en poco tiempo todo cuanto sus maes-

tros alcanzaron á enseñarle. Desde luego se reconoció en él un juicio sólido, una excelente memoria, grandes disposiciones para la elocuencia, un gusto particular en la eleccion de buenos autores y todas aquellas raras cualidades, que le hicieron despues uno de los mas sabios y mas santos Prelados de la Iglesia. Tan favorables disposiciones, unidas á un continuo trabajo y á una aplicacion capaz de hacer sobresalir otro talento que hubiese sido menos apto que el suyo para las ciencias, fueron causa de que el Conde juzgase que ya no podia hacer otra cosa sino perder el tiempo en Annecy, y le obligaron á resolverse á enviarle á acabar sus estudios á Paris en el colegio de Navarra, en donde muchos caballeros conocidos suyos habian sido perfectamente educados. Habló de ello á la Condesa de Sales, pero no pudo lograr su consentimiento sino con la condicion, de que antes de emprender su marcha para aquel colegio, vendria á pasar algunos meses á su lado. Su intencion era la de acabarle de fortificar en la virtud, y armarle contra los peligros á que iba á esponerse en aquella gran ciudad, sujeta á tantos desórdenes y en medio de tantos jóvenes relajados que no buscan mas que los medios de perderse mutuamente. Apenas habia llegado Francisco á casa de sus padres de vuelta de Annecy, cuando supo que el Obispo de Bagnero y iba á celebrar órdenes en Clermont del Genovesado, y rogó al Conde de Sales que le permitiese ir allí á recibir la primera tonsura. Esta proposicion no fué del agrado del Conde: la inclinacion que veia en su hijo á la devocion le hacia recelar, que al fin se resolviese á hacerse religioso ó á abrazar el estado eclesiástico. Como ora el primogénito de su casa, de muy buena presencia, de mucho espíritu y manifestaba grandes disposiciones para llegar á ser uno de los hombres mas grandes de su siglo; no se adaptaba semejante intento á las miras que sobre él tenia, y hubiera trastornado los proyectos que habia hecho para colocarle en el mundo de un modo corres-

pondiente á su nacimiento y á sus cualidades personales. Pero como se hallaban reunidas en el Conde mucha Religion y prudencia, conoció por una parte que la negativa no produciria otro efecto en su hijo, que el de obligarle á hacer reflexiones que tal vez no hubiera hecho: que siendo el caracter del hombre opuesto á sufrir contradiccion, era fácil que ansiase tanto mas por el estado eclesiástico, cuanto con mas tenacidad se tratase de oponerse á esta resolucion; y creyó por otra parte que si era la voluntad de Dios que su hijo abandonase el mundo, seria inútil oponerse á la ejecucion de sus designios. Bajo este concepto le concedió el permiso que le pedia y Francisco recibió la tonsura en las témporas de Setiembre del año 1578.

A su vuelta de Clermont, supo por la Condesa su madre la intencion que tenian de enviarle á Paris al colegio de Navarra, para que acabase sus estudios: la respondió que él no tendria jamas otra voluntad que la suya y la de su padre; pero que la suplicaba que cambiase algo del plan y obtuviese de su padre, que en lugar de enviarle al colegio de Navarra, se le enviase al que hacia poco tiempo habian establecido en Paris los padres de la Compañia de Jesus. Le dijo que ella sabia aun mejor que él la fama que tenian aquellos de educar á la juventud, igualmente en la virtud que en las ciencias; que no dudaba que seria lo mismo en todos los colegios de la universidad de Paris, pero que él tenia mas inclinacion á los Jesuitas; que esta misma inclinacion podia contribuir á hacerle adelantar en las ciencias, y que en lo sustancial debia serle muy indiferente al Conde su padre, que estudiase en el colegio de Navarra ó en el de los Jesuitas. Aunque el joven Conde de Sales (que este era el nombre que se le daba) no tubiese á la sazón sino once años, era ya capaz de hacer las reflexiones que acabamos de decir, y los autores de su vida las refieren casi en los mismos términos que se han espresado.

La Condesa de Sales tenía mucha virtud para que no le agradasen las razones de su hijo; habló al Conde de Sales, se mudó de designio y se resolvió enviarle al colegio de los Jesuitas; pero mientras se disponía el equipaje que había de llevar y se le buscaba un preceptor, la Condesa de Sales no desperdiciaba un momento de tiempo. Se ocupaba tanto mas en instruir á su hijo cuanto mas cercana estaba á perderle por muchos meses; le repetía muy á menudo aquellas palabras que la Reina madre de San Luis acostumbraba decir á su hijo: *Dios es testigo, hijo mio, de lo mucho que os quiero, pero preferiría veros muerto delante de mis ojos antes que saber que habiais cometido un solo pecado mortal.* Se esmeraba sobre todo en inspirarle un amor á Dios tierno y lleno de confianza, y le acostumbraba á que le mirase como á su verdadero padre. *Por mas que se diga, (le decia esta señora), no soy yo la que os ha dado la vida. Yo no soy vuestra madre sino porque Dios ha querido servirse de mi para poneros en el mundo, es verdad que habeis sido formado en mi seno, pero yo no os he dado ni esos miembros, ni esa sangre que circula por vuestras venas, ni esos espíritus que son causa de que os movais, ni mucho menos esa alma espiritual é inmortal, que os hace capaz de una dicha sin fin. Dios solo, hijo mio, es el que os ha hecho todo lo que sois y el único de quien podeis esperar todo.*

De todo cuanto veía tomaba ocasion para imbuir en su alma máximas de santidad: si encontraba un pobre le decia, que tal como le veía era hermano suyo, que tenía tanto derecho como él para llamar á Dios su padre; que la fortuna habia puesto alguna diferencia entre ambos, pero que la naturaleza y la gracia no la habian puesto; que por estos dos lados todos los hombres eran iguales; que era preciso tener muy presente esto para no tratarlos con altanería, con desprecio ni con sequedad.

Paseando por el campo le hacia que fijase su atencion

en los que sembraban el trigo. *Se cree, le decia, que estas gentes son las que nos mantienen; con todo ellos desempeñan un encargo hermoso; un poco de mas lluvia de la necesaria, ó un poco mas de sequedad basta para perderlo todo; ni es menester mas para que se estienda el hambre por todas partes, y para que nos veamos reducidos á perecer de necesidad; pero esta lluvia, este calor moderado, este tiempo á propósito para que maduren los frutos, dependen de Dios solamente; los hombres nada pueden.*

Con tales y semejantes máximas tan frecuentemente repetidas, formaba en el joven corazon de su hijo un amor tierno á Dios, al paso que inspiraba en él la compasion y el celo por el bien del prójimo. En el discurso de esta historia se verán los frutos que produjo á su tiempo esta santa semilla. El Conde de Sales por su parte apoyaba con las suyas las instrucciones de su esposa, pero con la diferencia sin embargo, de que se esmeraba con preferencia en hacerle un hombre de bien segun el mundo, y que la Condesa parecía que no pensaba en otra cosa que en hacerle un buen cristiano. Uno y otro salieron con su intento y tuvieron la satisfaccion de ver á su hijo igualmente querido de Dios que de los hombres. Habiendo llegado el tiempo de su partida, marchó á Paris bajo la direccion de Juan Deage presbítero, hombre tan instruido como prudente, prefiriéndolo á un ayo secular que era lo que se acostumbraba en aquellos tiempos, y por eleccion particular de la Condesa, que juzgó que su caracter le obligaria á dar mejores ejemplos á su hijo y á velar con mayor cuidado sobre su conducta.

La Francia en 1578 se hallaba en un estado mas deplorable que ninguno de los en que pudiera haberse encontrado desde la fundacion de la Monarquía. La guerra civil y de Religion que la habia arruinado en los reinados precedentes de Francisco II y de Carlos IX con-

tinuaba con el mismo furor en el dé Henrique III. Cuatro ejércitos católicos opuestos á otros tantos de hugonotes, acababan de talar las mas hermosas provincias. La liga que no hacia sino acabar de nacer, hacia concebir temores de un tercer partido igualmente opuesto á los intereses particulares del Rey, que á los de la Monarquía. Las ciudades tomadas y retomadas, saqueadas y á medio arruinar, los templos destruidos, la antigua Religión desterrada de una parte del Reino, poco consolidada en otra, la division en todas las clases del estado y muchas veces en el seno de una misma familia, los vasallos sublevados contra su Príncipe, usurpada su autoridad por otros tantos tiranos, cuantos señores particulares habia en las provincias, la clase popular que se elevaba insensiblemente y amenazaba trastornar la Monarquía, el Príncipe agoviado bajo el peso de su desidia y entregado á un pequeño número de indignos favoritos, tan poco parecido á lo que habia sido anteriormente, cambiado por decirlo así en otro hombre, despreciado de un número de personas, odiado del otro, las leyes ultrajadas, la justicia sin autoridad, la hipocresía, la impiedad, la blasfemia, la indiferencia por la Religión, y sobre todo la impunidad, que saliendo de la Corte como una fuente, se estendia inmediatamente á todas las provincias del Reino, eran otras tantas señales terribles de la cólera de Dios justamente irritado, que amenazaba á la Francia con el último estermínio. Tal era el estado en que se hallaba la Corte, quando el joven Conde de Sales fué á ella la primera vez. Como la heregía habia hecho á poca diferencia los mismos estragos en aquella parte de la Saboya donde él habia nacido, no se sorprendió tanto de este extraño espectáculo, como lo hubiera hecho á no serle conocido. Su preceptor que no perdía ninguna ocasion de instruirle, conmovido del estado lastimoso en que se encontraba entonces el Reino mas florido de la cristiandad, le hacia que re-

parase cuan cierto es que la piedad y la justicia son los mas sólidos fundamentos de los estados y los apoyos mas firmes de los imperios; cuan peligroso es el tocar á la Religión, el fiarse mucho de la razon y del propio conocimiento, y que no sucede jamas que se rompan los lazos de union entre Dios y los hombres, sin que se corten todos los demas de la sociedad civil. Estas reflexiones que les obligaban á renovar muy á menudo los nuevos objetos que se presentaban á su vista, los condujeron hasta Paris.

Apenas acabaron de llegar, quando el joven Conde de Sales quiso ser conducido al colegio de los Jesuitas: fué recibido en él con aquella favorable prevencion que le acompañaba á todas partes; se le juzgó capaz de empezar á estudiar la retórica; y durante dos años que se dedicó á este estudio hizo tales progresos, que vino á ser en fin uno de los hombres mas elocuentes de su siglo. Estudió la filosofía con el mismo fruto. Como tenia una disposicion excelente, y no perdía el tiempo, se halló capaz para unir á este estudio el de la teología escolástica. El estudiarla su preceptor, le proporcionó esta ocasion. Se aprovechaba de los escritos que traia de la Sorbona, asistia con él á las cuestiones que se defendian, argüian juntos muchas veces y con los otros teólogos que venian á visitarlos; en fin se hizo tan instruido en la materia, como si exclusivamente se hubiese dedicado á aquella ciencia, cuyas espinas y dificultades son mas que suficientes para ocupar enteramente á un hombre.

Quando acabó la filosofía, su preceptor segun la orden espresa que tenia del Conde de Sales, le llevó á la academia, en donde se le enseñó á montar á caballo, la esgrima, el baile, con todas las demas habilidades propias de un caballero de su clase. El joven Conde que desde luego habia determinado abrazar el estado eclesiástico, se aplicaba con repugnancia á estos ejercicios, que conocia muy bien que algun dia de nada le servirian. Con

todo como la voluntad de sus padres era para él una ley inviolable, no dejó de adelantar, y adquirió aquel aire despejado que conservó toda su vida, á pesar de la modestia y simplicidad de que siempre hizo una profesion muy sincera.

Pero como no tenia apego á estos ejercicios, y únicamente se dedicaba á ellos por diversion, no se contentó con sus primeros estudios; aprendió la lengua hebrea; la griega y la teología dogmática, bajo la direccion de Genebrard y del padre Maldonado Jesuita, que enseñaban entonces en Paris con muchísima reputacion. Seis años se pasaron en estas ocupaciones. En este tiempo adquirió Francisco aquella capacidad, que tal vez no se habrá apreciado como era justo, á causa de que la profunda humildad de que estaba poseido, le hacia ocultar su suficiencia á los ojos de los hombres; con todo yo presentaré en el discurso de esta historia tan innegables pruebas de ella, que será forzoso confesar que ha sido uno de los mas sabios, así como tambien de los mas santos Prelados de su siglo.

Sin embargo, los estudios de que acabamos de hablar, no eran su única ni tampoco su principal ocupacion; dedicaba una gran parte del tiempo á los ejercicios de piedad: este era su principal negocio. Sabia que la verdadera devocion jamas ha perjudicado al que la profesa, y que el tiempo que se emplea en servir á Dios es recompensado ventajosamente con la bendiccion que este Señor concede á quanto se emprende por su gloria. Este era el único fin que se proponia el joven Conde en todas sus acciones.

En quanto llegó á Paris, se puso bajo la direccion de un confesor instruido. Le hizo depositario de toda su confianza y nada emprendia de consecuencia sin consultarle antes. No ignoraba, que si es necesario tomar un guia quando se viaja por un pais desconocido, es tanto mas necesario quando se emprende el camino del cielo,

que es mas áspero que otro alguno; que en él són mayores los obstáculos, y que existen dentro de nosotros mismos las causas que pueden descarriarnos de él, y de las que no es tan fácil poderse el hombre apartar. Se dedicó por consejo suyo á la lectura de la sagrada Escritura, lectura que formaba todas sus delicias, y con el único deseo de poder entenderla perfectamente, aprendió á costa de muchísimo trabajo la lengua hebrea, que en efecto casi no tiene otro uso que la inteligencia de este libro enteramente divino; juntó á esta lectura la del libro intitulado Combate espiritual. Su asistencia á los sermones era continua, y buscaba la compañía de las personas mas virtuosas; pero la que era mas de su agrado era la del padre Angel de Joyeuse, que admirando por su parte supureza y la inocencia de su corazon, tampoco tenia mayor contento que el de estar con él en conversacion. Este le inspiró el desprecio del mundo, con tanta mas viveza, quanto que habiendo gozado él mismo de todo lo que puede tener de mas seductor, habia sabido despreciarlo, y podia hablar mejor que ningun otro de lo apreciable que es aquella paz de corazon, que no habia podido hallar en medio de las grandezas y de los placeres, ni de todo aquello que tiene el mundo mas capaz de seducir. Le decia á menudo que no habia cosa mas contraria á la práctica de la virtud, que una vida ociosa y holgazana; que la vida penitente no era solamente necesaria para satisfacer los pecados cometidos, sino que todavia era mucho mas útil para conservar la inocencia; que supuesta la furiosa inclinacion que tienen los hombres á abusar de su libertad, era ventajoso muchas veces el privarse de ella, y que esta era la causa que le habia obligado á abandonar no sin asombro el mundo, para no poderse hallar jamas en estado de volverse atras en su resolucion. Estas conversaciones con el padre Angel, movieron al joven Conde á añadir á sus devociones ordinarias la de ponerse un cilicio tres ve-

ces á la semana. Creese tambien con bastante fundamento, que le hicieron concebir el designio de hacer voto de perpetua castidad, como lo ejecutó por este tiempo en la Iglesia de San Esteban de los griegos, á donde concurría muy gustoso á rezar sus devociones por ser un templo poco frecuentado, y muy á propósito para el recogimiento. Allí postrado en tierra despues de haber suspirado largo rato en la presencia de Dios con un fervor extraordinario, le rogó tuviese á bien, que siguiendo el consejo del Apostol renunciase para siempre al matrimonio; que se dignase admitir el sacrificio que le hacia de su cuerpo, asi como le habia concedido la gracia de admitir el de su corazon, y que le concediese los auxilios de que necesitaba para perseverar en una resolucion tan santa. Inmediatamente se puso bajo la particular proteccion de la Santísima Virgen. La rogó, que fuese su abogada cerca de Dios, y que le alcanzase aquellas gracias sin las cuales habia aprendido en las santas Escrituras, que serian inútiles cuantos esfuerzos se hiciesen para guardar continencia. Despues que hizo este voto formó la resolucion de comulgar cada ocho dias, persuadido de que este pan celestial le fortificaria, y que aquel vino que engendra virgenes, sostendria su debilidad contra los ataques de los enemigos. Creia, que estos le atacarian por el mismo lado, cuya entrada acababa de cerrarles; pero la tentacion vino por el lado que menos la esperaba. Difundieronse por su alma espesas tinieblas, la confusion se apoderó de su corazon, una turbacion violenta sucedió de repente á aquella paz profunda de que habia gozado hasta entonces; el tedio á todo cuanto habia formado hasta aquella sazón las mas castas delicias de su alma siguió á aquella agitacion. La sequedad sobrevino á este disgusto, y se hizo insensible á todo cuanto podia leer ú oír, por mas tierno que fuese.

Dios, que se habia retirado al fondo de su corazon, habia abandonado, por decirlo así, todo lo exterior á la

tentacion. El enemigo de nuestra salvacion á quien la sagrada Escritura nos representa tan pronto como un leon, que nos acomete con violencia, tan pronto como una culebra, que trata de seducirnos con sus astucias, se aprovechó de esta ocasion. Le persuadió, que todo lo que hacia para ser agradable á Dios era enteramente inútil, que su eterna perdicion estaba decretada, y que estaba incluído en el número de los réprobos. Todo el terror, que la persuasion de condenarse es capaz de producir en una alma, que teme á Dios y que por tanto tiempo se ha lisongeado de poseerle, se apoderó del joven Conde. Como amaba á Dios con un amor lleno de ternura, se affigia mortalmente cuantas veces pensaba que estaba destinado á aborrecerle y á blasfemar de él por toda una eternidad, pensamiento que le ocupaba casi continuamente. El miedo del infierno, la agitacion de su espíritu y la inquietud continua de su corazon le produgeron al fin una profunda melancolia de la que nada era capaz de sacarle. Pasaba los dias llorando, y las noches lamentándose. Su cuerpo aunque robusto, cedió al fin á tan terrible prueba, una amarillez general se estendió por todo él, y perdió de repente las ganas de comer, de beber y de dormir. Se veian en su semblante señales manifiestas de una desesperacion capaz de todo y los dolores agudos, que sufría en todos sus miembros, casi hacian desconfiar de su vida. El que no haya experimentado cuanto puede en un corazon, que ama á Dios, el horrible pensamiento de hallarse separado de él eternamente, sospechará sin duda que esta relacion es algo exagerada; sin embargo nada hay mas cierto; y entre tantos autores como han escrito la vida de San Francisco de Sales, no se hallará uno, que no cuente los efectos terribles de esta furiosa tentacion del modo, que aqui acaban de referirse.

Su preceptor que le amaba con tanta ternura como si hubiese sido hijo suyo, no sabia que pensar del estado lastimoso á que le veia reducido. Trató de saber la causa,

preguntádoselo, pero inutilmente. La vergüenza, que el joven Conde experimentaba dentro de sí mismo, le habia hecho obstinarse en ocultarla; y nada le parecia mas terrible, que el verse obligado á confesar, que era un réprobo. Siu esta funesta vergüenza, que acompaña siempre á las tentaciones semejantes á aquellas que acabamos de contar, no seria la cura tan difícil. Una declaracion humilde hecha á una persona ilustrada bastaria las mas veces para desecharlas. La obstinacion en ocultarlas es la que les da fuerza y las hace duraderas.

Pero Dios, que no habia permitido que el joven Conde fuese tentado sino para probarle, le inspiró interiormente la desconfianza en sus propias fuerzas y para fortificarle en la humildad, tan necesaria á la conservacion de la santidad eminente á que estaba destinado, le libró por sí mismo de esta furiosa tentacion, sin el ministerio de los hombres. Para esto le inspiró el Señor el designio de volver otra vez á la Iglesia de San Esteban de los griegos, en donde habia hecho á Dios el voto de su castidad. El primer objeto, que le hizo impresion, fué un cuadro de la Santísima Virgen. A su vista renació en él la confianza, que siempre habia tenido en su poderosa intercesion para con Dios: se postró en tierra y reconociéndose indigno de dirigirse directamente al Padre de las Misericordias y Dios de todo consuelo, la rogó que fuese su abogada cerca de su Divino Hijo; que le alcanzase de él la gracia, de que le librase del mal que le agobiaba y que obtuviese de su bondad, que puesto que él era tan desgraciado, que estaba destinado á aborrecerle eternamente despues de su muerte, que pudiese á lo menos amarle con todo su corazon durante su vida. Una oracion tan agena de los sentimientos de un réprobo, y que prudentemente no puede suponerse que la luciese sin esperanza, fué inmediatamente atendida. El joven Conde confesó despues, que en el momento mismo que la acabó, le parecia que habian quitado de encima de su

corazon el peso que le oprimia. Al instante recobró la tranquilidad de espíritu y la paz de corazon. Hasta el cuerpo participó de este cambio, y volvió á su casa tan bueno, que su preceptor y sus amigos tuvieron mas deseos que nunca de saber cual habia podido ser la causa que habia producido su mal, y que era lo que podia haberle curado con tal prontitud. El joven Conde que no tenia á la sazón sino diez y seis años, no reparó ya en declararles lo uno y lo otro, y sus amigos le confesaron á su vez, que ellos habian juzgado que una passion violenta, que no tenia esperanzas de poder satisfacer, era la que le habia conducido al infeliz estado en que le habian visto. Su preceptor añadió, que él se habia molestado en vano por saber quien pudiera haberla causado, le afea por la imprudente vergüenza, que le habia obligado á ocultar lo que pasaba en su interior, y le hizo prometer que no volveria á portarse de semejante modo en lo sucesivo. Pero no tuvo que hacerle ya mas semejantes confianzas. La paz que acababa de recobrar, no volvió á ser perturbada, y en adelante gozó siempre de aquella tranquilidad que la Santísima Virgen le habia alcanzado. Durante este tiempo, el Conde de Sales que habia sabido que su hijo habia concluido sus estudios, le escribió, que partiese sin dilacion á ver las ciudades mas hermosas de Francia y que se volviese á Saboya despues de haberlas visitado. Pero la poca seguridad que habia en el Reino para viajar fué causa de que el viaje no fuese de mucha duracion. La guerra civil continuaba siempre con el mismo ardor. El Duque de Alençon heredero presuntivo de la corona, que acababa de morir sin sucesion, el Rey sin esperanzas de tenerla, y los varios movimientos de los que pretendian sucederle, lo llenaban todo de discordias y de confusion. Henrique de Navarra llamado despues Henrique IV como heredero mas próximo pretendia para sí, y contaba en su partido á los calvinistas de Francia, á la Reina Isa;

bel de Inglaterra y á los Príncipes protestantes de Alemania, que todos estaban prontos á apoyar sus pretensiones. Los Príncipes de la casa de Guisa que estaban sostenidos por la liga, cuyo poder se habia aumentado considerablemente, y el Rey de España, sostenian en la apariencia los pretendidos derechos del Cardenal de Borbon, pero en realidad aspiraban á la corona. La Reina madre Catalina de Médicis, á quien una larga regencia habia adquirido gran número de partidarios, queria colocar sobre el trono á los hijos de su hija casada con el Duque de Lorena, en perjuicio de la ley sálica. El Rey Henrique III formaba un cuarto partido. Llevaba muy á mal que no siendo de una edad muy avanzada se atreviesen á disputar sobre la sucesion, y su partido que debia ser el mas fuerte por tener en su favor la Autoridad Real, era con todo el mas débil. Fácil es imaginarse la confusion, la discordia y el desorden que estas pretensiones tan opuestas eran capaces de producir. Las provincias, las ciudades, las mismas chozas, el clero, la nobleza, los parlamentos, todo estaba dividido. Los unos seguian con tenacidad un partido, los otros otro, y no se veian por todas partes sino disposiciones para una guerra, que en la apariencia no podia terminar sino por la destruccion entera de la Francia. Pero como los partidos opuestos se precavian aun algun tanto, no le fué difícil al joven Conde el llegar á Saboya sin haber ocurrido riesgo alguno. Tenia en aquella época, (esto es por los años de 1584) cerca de diez y ocho años, era bien formado, y los progresos que habia hecho en las ciencias y en la virtud le habian adquirido una reputacion, que le hacia ser estremadamente amado del Conde y de la Condesa de Sales. Creia esta señora que ya no era posible que hubiese nada que pudiese separarlos, y que podria gozar tranquilamente de los frutos, que habia producido la excelente educacion que habia dado á su hijo. Pero el Conde de Sales te-

nia otras miras. Reputaba en nada el dejar á su hijo un buen patrimonio y un ilustre apellido, sino trataba á mas de dejarle los medios para sostener uno y otro. Esto es lo que le obligó á resolverse á enviarle á Padua á estudiar el derecho, en donde el famoso Panzirola lo enseñaba con tal crédito, que atraia los extranjeros de todas las partes de la Europa.

La Condesa de Sales consintió en ello con mucho trabajo; pero como se habia impuesto la ley de obedecer á su esposo y este tuvo buen cuidado de hacerla ver bajo un aspecto albagüeño, las razones que le movian á privarse aun por algun tiempo de un hijo á quien no queria menos que ella; el joven Conde partió para Padua bajo la direccion del mismo preceptor, muy poco despues de su llegada á Sales.

Padua, ciudad episcopal del estado de Venecia, sujeta al Patriarca de Aquileo, es la ciudad mas antigua de Italia. Venecia y Roma misma le conceden mayor antigüedad que la suya; siempre ha sido muy considerable por su grandeza, por la hermosura de sus edificios, por su posicion que es de las hermosas, por la fertilidad de su suelo, por los grandes hombres que ha producido de tiempo en tiempo, y especialmente por su universidad que es una de las mas célebres de Europa. Estaba en el mas alto grado de su gloria, cuando enviaron á ella al joven Conde; pero entre los grandes hombres que habia atraído su reputacion, el famoso Guido Panzirola y el sabio Jesuita Antonio Possevino sobresalian entre todos los demas. Francisco de Sales se puso á aprender el derecho con el uno, y escogió al otro por director espiritual; y aquel grande hombre tan célebre por su ciencia y al mismo tiempo tan famoso por los importantes negocios que le habian confiado los Papas en Suecia, en Polonia y en Moscovia, no tuvo á menos el encargarse de la direccion de un joven estudiante, por haberle dado Dios á entender que algun dia seria llamado á una emi-

nente santidad, y que habia de ser uno de los mas grandes Prelados de la Iglesia. En efecto estando un dia hablando con él de sus estudios, le aseguró el joven Conde que aunque no le disgustase el del derecho, reconocia en sí mucha mayor afición á aplicarse al de la teología. El padre Possevino le dijo que tenia razon, y que este le seria mucho mas útil que el otro; que Dios no le habia destinado á perorar en el foro, pero sí á llevar su palabra á pueblos rebeldes, y á ser el apoyo de la fé y de la Religión en su país; que debia dedicarse á hacerse capaz de un ministerio tan sublime; que la ciencia sin la virtud no es suficiente, ni la virtud sin la ciencia; que aquellos que no son llamados sino para adquirir su santificación particular, tienen lo suficiente para lograrla con ser hombres de buenas y santas costumbres; pero que Dios exige alguna cosa mas de aquellos á quienes destina al ministerio de distribuir su santa palabra; que los labios de los predicadores deben ser los custodios de la ciencia, y que teniendo que ser los oráculos de los pueblos tienen obligacion de estar siempre prontos para responder á una infinidad de dificultades sobre las cuales hay derecho de consultarles. Añadió que habia visto por esperiencia en los viajes que habia tenido que hacer de orden de su Santidad á los estados de los Príncipes hereges, que la ignorancia del clero habia contribuido mas á los progresos que habia hecho la heregía en el último siglo, que no la propension que tuviesen los pueblos á la licencia: que en realidad los hereges eran mas presumidos que sabios, y que debian el buen resultado que habian obtenido á la profunda ignorancia en que estaba envuelta la Europa, cuando empezaron á propalar por ella sus errores.

El padre Possevino, que habia reconocido en el joven Conde un admirable fondo de espíritu y de discernimiento, no se contentó con darle este consejo, y le ofreció ser su director de estudios, así como lo era de su con-

ciencia. Dedicaba á esta instruccion dos horas diarias, que quitaba de sus ocupaciones. Le explicaba él mismo la suma de Santo Tomás; leian juntos las controversias, que el Cardenal Belarmino acababa de publicar; le hacia comprender la fuerza de las objeciones, y de las respuestas, instruyéndole al mismo tiempo en la elocuencia, como quien tambien la conocia, pues era uno de los mas grandes maestros de ella. El joven Conde correspondia á los esmeros del padre Possevino con un trabajo y una aplicacion capaces de superar obstáculos, que en él no existian. Por esta razon no hay que admirarse de los grandes resultados que obtuvo despues contra los hereges, y que en vano se trataron de atribuir á aquella dulzura encantadora á la que era tan difícil el poder resistir. El corazon en estas ocasiones no se conquista sino despues de haber sabido convencer al entendimiento. La dulzura puede vencer la obstinacion, pero únicamente la ciencia es capaz de sobreponerse al error y de destruir los obstáculos, que un entendimiento orgulloso opone á las luces de la verdad.

Pero las diligencias del padre Possevino en favor del joven Conde no se reducian únicamente á hacerle sabio. Habia hallado en él un corazon segun el de Dios, un corazon puro, un corazon humilde y dócil, y corazon que parecia formado por la gracia para la práctica de las mas altas virtudes. Se dedicó á cultivarle y fortificarle contra todo aquello que hubiera podido romper su pureza; le enseñó á ver á Dios en todas las cosas y á elevarse á él, por aquellas mismas criaturas que son tan frecuentemente la causa de que nos separemos de su amistad, á reconocer que nada sucede que el Señor no haya previsto, que no haya querido, ó que no haya permitido que suceda; luego le formó en la oracion, en la meditacion y en la contemplacion y en fin no le ocultó cosa alguna de aquel arte divino de la direccion de las almas; nada omitió para hacerlo capaz

de los grandes designios que habia reconocido que tenía Dios sobre el joven Conde; y aun conservamos las reglas de conducta para la vida espiritual y civil que Francisco observaba exactamente en Padua, las que probablemente le habian sido prescritas por aquel sabio y piadoso religioso.

Sin embargo: el trato que mediaba entre Francisco de Sales y el padre Possevino no le impedía al primero, el aplicarse al estudio del derecho civil y canónico, aprovechando en él tanto mas, cuanto que Panzirola prendado de la hermosura de su espíritu, de su prudente conducta, de su continua asistencia á la cátedra, y de su aplicacion, tenia mucho gusto en instruirle á solas, á mas de las lecciones que le daba en público. Esta preferencia le atrajo la envidia de aquellos que miraban su vida arreglada, como una muda reprehension del desarreglo de las suyas. Se imaginaban que aquella vida retirada de que hacia profesion dimanaba de su timidez, ó de bajeza de corazón, y que era imposible que siendo tan moderado pudiese tener resolucion ni valor. Fieudos en tan falso supuesto, le atacaron armados en un sitio retirado, cuando volvia un dia de paseo, figurándose que huiria vergonzosamente, dándoles motivo con esto para hacerle perder su reputacion. Pero el joven Conde, que sabia que la propia defensa le era permitida, habiendo puesto mano á la espada y rechazádoles á su turno de un modo que no esperaban, les obligó á tener que protestar que se habian equivocado tomándole por otro; le pidieron mil perdones y se retiraron muy sorprendidos de la firmeza que habia manifestado en aquella ocasion.

A este lance se siguió otro demasiado delicado, pero que hizo brillar mucho la virtud del joven Conde, para que podamos pasarle en silencio. La perfecta castidad que profesaba habia sido muchas veces el objeto de las conversaciones de sus condiscípulos; y no pudiendo figu-

rarse que un hombre joven, como igualmente muy bien dispuesto, pudiese ser á la edad de veinte años tan honesto como parecia, resolvieron esponer su virtud á una peligrosa prueba. Habia entonces en Padua una famosa meretriz que habia llegado allí del Reino de Nápoles hacia pocos meses. Era joven, hermosa, de bastante disposicion y desgraciadamente no habia ninguno de ellos que no hubiese sucumbido y experimentado la fuerza de sus atractivos. La hablaron del Conde de Sales, la ponderaron su buen semblante, su juventud, su nacimiento, y nada olvidaron de todo cuanto podia contribuir á obligar á esta desgraciada muger á que entrase en la conspiracion tramada para perderle. Tomaron en union con ella, las medidas necesarias para hacerle caer en el lazo, y se despidieron prometiéndola llevarle á su casa á la primera ocasion que se les presentase de poderlo hacer. Con todo la cosa no hubiera sido tan fácil, si el Conde hubiese sabido á donde trataban de conducirle. Empezaron por proponerle como un gran secreto lo que iban á decirle, y en la visita que le hicieron no le hablaron de otra cosa que de la llegada á Padua de un famoso abogado, cuya llegada supusieron habia sido muy poco tiempo antes: le digeron tambien que este abogado era un prodigio de ciencia, y que el mismo Panzirola en su comparacion no era mas que un estudiante. No era necesario mas para hacer nacer en el Conde un fuerte deseo de conocerle. Ellos le ofrecieron presentarle en su casa, el Conde les aceptó la palabra y lo llevaron á casa de la dama cortesana, haciéndole creer que aquella era la del doctor. La dama aparentando ser hija suya salió á recibirles, les dijo que su padre estaba ocupado en su estudio en una consulta de consecuencia con personas distinguidas, y que la habia enviado á ella para agasajarlos mientras tanto que pudiese desocuparse y tener el honor de recibir su visita. Apenas se habia empezado la conversacion, cuando ha-

biéndose retirado con diversos pretextos los que habian acompañado al Conde á aquella casa, quedó él solo con la dama cortesana. Seria peligroso el referir todo cuanto pasó en esta ocasion. Lo único que puede decirse es que la dama llevó la desvergüenza hasta el último extremo, y que Dios le dió al Conde la fuerza necesaria para resistirla con firmeza, y conservar su virtud.

La ira que concibió esta muger de verse despreciada, no pudo desfogarla de mejor modo del que lo hizo con objeto de vengarse. Empezó á gritar *ladrones, ladrones*, y habiendo concurrido los vecinos á sus gritos para darla socorro, se disponian ya á llevar al Conde á la carcel, cuando sus compañeros (que no estaban muy lejos) llegaron aun á tiempo de poderle arrancar de sus manos. El Conde les dió las gracias por el buen servicio que le habian prestado, pero al mismo tiempo les dió á entender que no lo tuviesen por tan tonto, que no conociese la mala pieza que habian querido jugarle; y desde esta ocasion ya no quiso tener mas trato con ellos. Este lance le hizo ser aun mas precavido en adelante, de lo que hasta entonces habia sido.

Pero Dios permite muchas veces que las ocasiones busquen á aquellos que mas huyen de ellas. Se hallaba por este mismo tiempo en Padua una Princesa italiana á quien habian precisado á ir allí algunos asuntos de familia. La historia no la nombra, y solamente nos dice que era muy rica, y que no perdonaba medio alguno, cuando trataba de satisfacer sus deseos. Encontró esta un dia en una Iglesia al joven Conde: la funcion que la habia conducido á ella fué muy larga; tuvo el tiempo de reparar bien en él, le gustó y resolvió satisfacer su pasion á todo coste. Al salir de la Iglesia le hizo seguir hasta su alojamiento, tomó informes exactos de él, supo quien era, y que era lo que hacia en Padua; pero tambien supo que llevaba una vida muy retirada, que profesaba una virtud de las mas austeras, que no tenia

comunicacion alguna con las señoras, cuyo trato se habia reparado que evitaba, en cuanto la educacion lo permitia; y finalmente que se le creia incapaz de una intriga amorosa.

Estas noticias hicieron casi desesperar á la Princesa. Pero hay ciertas pasiones que se enardecen mas con las dificultades; la de la Princesa era de las de esta especie. Creyó, que la firmeza del joven Conde no seria capaz de resistir á sus ofertas; que con el oro podria llevar á cabo su intento, y que este metal la abriria en fin el camino de su corazon. Por retirado que fuese Francisco de Sales, no dejaba por eso de asociarse con aquellos de sus compañeros, en quienes habia reconocido mas talento y virtud, y mayor aplicacion al estudio; iban á pasear juntos algunas veces, y se entretenian en aquellas diversiones inocentes, que sin perjuicio de la virtud sirven al desahogo del espíritu y contribuyen á darle nuevas fuerzas, y porque en fin la virtud del Conde no era de aquellas virtudes bruscas y enemigas de la sociedad. Nadie tenia una conversacion mas amena que la suya; gustaba de las chanzas inocentes, y la dulzura de su caracter le hacia ser tan condescendiente, que era buscado generalmente de todos.

Pero entre los que habian entablado amistad con él, habia uno á quien queria con preferencia á los otros: la conformidad de humor, de estudio y de inclinaciones, que existia entre ambos era la que habia producido esta union. El Conde juzgaba que este amigo era de una virtud sólida; pero es necesario ser muy virtuoso para resistir á los artificios y á la profusion de una persona poderosa, y que no perdona cosa alguna, con tal de llegar al logro de sus intentos. Este se dejó seducir por la Princesa; los regalos que le hizo aquella le cegaron y las promesas corrompieron su corazon. Conspiraron juntos contra la inocencia de su amigo, y en fin la prometió trabajar incesantemente hasta conseguir que

fuese correspondida la pasión que abrigaba en su pecho.

Grande fué su confusión, cuando tuvo que hacer al Conde una proposición semejante. Pero en fin juzgando de su corazón por el suyo propio, creyó que no resistiría á la prueba de las ofertas que estaba encargado de hacerle; le habló de la Princesa, de la pasión que habia concebido por él, y de la orden que tenia de ofrecerle juntamente con su persona, los cuantiosos bienes de que todo el mundo sabia que era poseedora. Le prometió por su parte, que la intriga se manejaría con tal secreto, que en nada perjudicase á su fama; y tambien le añadió que ya sabia lo mismo que él, que los favores ofrecidos por personas de semejante gerarquía no se desprecian jamas impunemente; que una muger poderosa, enamorada y despreciada, es capaz de intentar cualquiera cosa por vengarse de este desprecio, y que él se estremecía al considerar los peligros que le amenazaban, si era tan débil y tan imprudente que no se aprovechase de la ocasión que se le ofrecia, y que cualquier otro que no fuese él compraría al mas alto precio.

Estaba tan sorprendido el Conde al oír este discurso, que no trataba de interrumpirle, pero habiendo reflexionado finalmente que ya habia durado demasiado, que la tentación se introduce lo mismo por los oídos que por los ojos, y que siempre es peligroso escuchar lo que sin pecar no puede proponerse: *¿Qué os he hecho yo cruel amigo, (le dijo) ó por mejor decir, que os ha hecho Dios, para que así os juntéis á sus enemigos, para ayudarlos á perder una alma que sabéis muy bien que el Señor ha rescatado con toda su sangre? Otro tanto hizo por la vuestra, y esto es lo que debe retraer de inspirarme semejantes pensamientos. Direis á vuestra Princesa lo que bien os parezca, pero en cuanto á mí os hago presente, que no tendré mas trato con vos, y que jamas lo tendré con la Princesa.*"

Estas palabras fueron un rayo para el pérfido amigo, se separó de él lleno de confusión, y confesó despues, que hubiera hecho su fortuna si hubiese podido persuadir al Conde que accediese á complacer á la Princesa.

Pero estaba tan distante de esto, que preveyendo nuevos ataques, y que los mismos con quienes mantenía correspondencia, podian ser los enemigos de su salvación, redobló sus oraciones y penitencias. Se echaba en cara á sí mismo que su falta de reconocimiento á las gracias de que Dios habia querido colmarle, y su poca fidelidad en corresponder á sus beneficios, le habian ocasionado aquellas terribles tentaciones. Las funestas caídas de sus compañeros, que le contaban todos los dias, le enseñaban á desconfiar de sí mismo; la debilidad de aquellos le hacia conocer la suya propia; consideraba temeroso los peligros de que estaba rodeado; los poderosos enemigos exteriores y los mucho mas peligrosos interiores, que existen dentro de nosotros mismos, le causaban un santo terror. Sacaba en consecuencia de todas estas reflexiones, que pudiendo tan solo Dios ser su fortaleza, debia poner en él toda su confianza, que en vano contaria con este auxilio sino correspondia por su parte, y sino se unia á él con preferencia á todas las demas cosas. De este modo contribuye todo á la perfección de aquellos que buscan á Dios con un corazón sincero: las mismas tentaciones que hacen caer á tantos otros, no sirven mas que de arraigarlos mas profundamente en su amor, y su salvación proviene muchas veces de los mismos que se han conjurado para ocasionar su pérdida.

Pero como el joven Conde aunque aumentase sus penitencias, no alojaba en cosa alguna en cuanto á sus estudios, esta grande aplicación le acaloró la sangre de manera que cayó enfermo; una violenta y continua calentura le puso desde luego en un grandísimo peligro, y la disenteria que le sobrevino hizo desespearar pronto de su vida. Los médicos de Padua que eran los mas hábiles de toda

Italia, fueron llamados para visitarle, pero en vano: todo su arte no pudo proporcionar remedio suficiente contra la violencia del mal. La noticia del peligro en que se encontraba, junta á la reputacion que se habia grangeado, condujeron á su casa á todas las personas de distincion que habia en la ciudad. Todos lloraban, al considerar este joven caballero tan completo y bien formado, destinado probablemente á una gran fortuna, y que estaba próximo á morir en un pais extraño, lejos de sus parientes, en la flor de su edad y en visperas de recoger el fruto de sus trabajos y de sus estudios. Solo él, insensible á tantas pérdidas y ocupado únicamente en el cuidado de su salvacion, tranquilo al mismo tiempo á vista de las bondades de Dios que tan á menudo habia experimentado, atento á aprovecharse de las exhortaciones del padre Possevino que no se separaba de su lado, consolaba á sus amigos y hablaba de su muerte como de una cosa que tenia mas motivos de desear que de temer. El mal se aumentaba, y no quedando ya esperanza alguna recibió los sacramentos con tales transportes de devocion, que dieron lugar á temer que espirase al tiempo de recibirlos.

Entretanto su preceptor, que apasionadamente le amaba, estaba traspasado de dolor por la pérdida que iba á sufrir la casa de Sales, (á la que se hallaba tan unido), y por la que él mismo estaba próximo á experimentar. El excelente natural del Conde hacia que le mirase como un apoyo, que jamas podia faltarle, y así aunque haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se determinó á preguntarle, que era lo que queria que se hiciese de su cuerpo despues de su muerte. El joven Conde le contestó que siempre le habia conmovido vivisimamente el ver la impiedad de los estudiantes de medicina, que andaban desenterrando á cada paso los cadáveres de los cementerios para hacer de ellos anatomias; que habia sido testigo de las barbaridades y asesinatos que por

este motivo habian ocurrido entré los estudiantes y los parientes de los difuntos, que justisimamente trataban de impedir á aquellos el que lo verificasen: que en este concepto mandaba, que despues de su muerte se entregase su cuerpo á los médicos, para que hiciesen anatomía de él, y que se tendria por muy dichoso, si podia servir de alguna utilidad al público despues de muerto, ya que tan inútil le habia sido durante su vida.

Despues de esta disposicion tan caritativa, que fué la única que hizo el joven Conde, no pensó ya mas en los negocios de este mundo, ocupándose enteramente en pensar en los del cielo. La idea de una eternidad dichosa, que confiaba obtener de la Misericordia divina, le hacian que llevase con alguna impaciencia los pocos momentos de vida que á su parecer le restaban. Pero su hora no habia llegado todavía y cuando se esperaba que iba á exhalar el último suspiro, se durmió con un sueño tan tranquilo que duró largo rato, hallándose al despertar libre de calentura. Se tuvo por milagrosa su curacion y se persuadieron de ello tanto mas, cuanto que en muy poco tiempo restauró sus fuerzas y volvió á gozar de una perfecta salud. Pero esta misma cura que le volvía otra vez al mundo, fué la que le separó enteramente de él; desde entonces formó la resolucion de abandonarle y de abrazar el estado eclesiástico; creyó que Dios no le habia restituido á la vida, sino para que la emplease en dedicarse esclusivamente á su santo servicio, y que no podia espresarle mejor su reconocimiento, que no viviendo ya sino para su divina Magestad. Nada hubo capaz de retraerle de esta resolucion: en el discurso de su historia se verá de que modo lo ejecutó.

Entretanto volvió de nuevo á proseguir con el mismo fervor que antes en sus ejercicios de piedad, y á dedicarse con igual aplicacion al estudio. Algun tiempo despues habiendo concluido sus cursos y pasado por todos los grados que podian conducirle al de doctor, recibió

finalmente la borla. Panzirola quiso ser su padrino, y no se descuidó en alabarle por los grandes ejemplos de virtud que habia dado á toda la universidad, proponiéndole por modelo á aquella numerosa juventud, que aspiraba á conseguir el mismo honor y prediciéndole que algun dia llegaria á ser la gloria de su patria, de la Iglesia y de su ilustre casa.

El Conde contaba á la sazón veinte y cuatro años, y como su última enfermedad no habia producido otro efecto que el de aumentar su salud y buen aspecto, trataba de volverse á Saboya, temeroso de los peligros á que no podia menos de estar espuesto en una ciudad tan corrompida como Padua, cuando recibió cartas del Conde de Sales, en que le mandaba que hiciese un viaje á Italia. Partió inmediatamente para Ferrara, dirigiéndose de allí á Roma en donde debia permanecer mucho tiempo, y en donde el Conde su padre, habia tenido cuidado de proporcionarle algunos amigos; vió con gran minuciosidad todas las preciosidades de aquella ciudad, aquellos antiguos monumentos de la magnificencia de Roma, aquellos circos, aquellos teatros, aquellos arcos triunfales, trofeos, pórticos, columnas, pirámides, estatuas, pinturas y todos los demas restos opulentos, que se han librado de la injuria del tiempo y del furor de los bárbaros, y que son los mismos por los que trataron de immortalizarse los pretendidos dueños del mundo. Pero el joven Conde reparó en todas estas cosas, haciendo las reflexiones, que acostumbraba inspirarle la piedad. Consideraba en estas ruinas de la vanidad de los antiguos romanos, aquel continuo flujo y reflujo de prosperidades y adversidades, la fortuna y la desgracia de los hombres, la cuna, el progreso y la decadencia de los imperios; como se suceden los unos á los otros, formándose sobre las ruinas de los que les han precedido; como los vencidos vienen á parar en ser los señores de los que los habian avasallado, y como en medio de aque-

llas vicisitudes y de aquellas continuas revoluciones que conmueven todas las cosas, Dios solo es siempre el mismo, libre, independiente, árbitro y Señor absoluto de todo, sin que esté sujeto á ley alguna. Admiraba tambien como habia podido establecerse la Religion cristiana sobre las ruinas de aquel poderoso imperio, que por tantos siglos habia empleado todo su poder para destruirla, y como por medio de tanta infinidad de cambios despues de haber sido Roma por tanto tiempo el imperio del error, era entonces el centro de la verdad. Pero como tenia siempre un especial cuidado en satisfacer menos su curiosidad (aunque inocente), que su piedad y devocion; y que únicamente paró su atencion en aquellas cosas que los estrangeros acostumbran admirar en Roma por satisfacer los deseos del Conde su padre, que le habia pedido una relacion exacta de su viaje, empleó la mayor parte del tiempo que permanecié en aquella famosa ciudad, en visitar las Iglesias y las catacumbas. Estos son aquellos cementerios ó lugares subterráneos, en donde acostumbraban los cristianos en tiempos de persecucion enterrar los Mártires y celebrar tambien el santo sacrificio. A la vista de estos lugares consagrados por la piedad de nuestros padres, y regados con la sangre de tantos ilustres testigos de la verdad, que tan generosamente han dado su vida por la confesion de la misma fé, de que hacemos en el dia una profesion tan honorífica y tranquila, se aumentó su ardor por defenderla contra sus enemigos, y concibió nuevos designios de trabajar en la conversion de los hereges, cuando estuviese de vuelta en su pais; y por un secreto presentimiento, de que habia de ser Obispo de una ciudad, que es en el dia el centro del error, asi como Roma es el de la verdad, ofreció á Dios sus bienes, su tiempo y su misma vida, si era necesaria, para que se restableciese en ella el culto de la antigua Religion.

Recibió por este mismo tiempo una prueba bien clara,

de que Dios no abandona á aquellos que le buscan, al propio tiempo que deja perecer de mil modos diferentes á los que ha abandonado á sus pasiones. Como volviere una noche muy cansado de visitar los santos lugares, á una casa que habia tomado á las orillas del Tiber, encontró á sus criados, pendenciando con el patron; el motivo del altercado era que este último queria absolutamente que fuesen á alojarse á otra parte, para dejar la casa desocupada á unas personas distinguidas, cuyo equipage acababa de llegar: no habian pasado de insultarse de palabra, pero la cosa hubiera llegado mas adelante, si el Conde que era la misma dulzura, no hubiese mandado á sus criados que condescudiesen con los deseos del patron. Se trató de buscar otro alojamiento, y este contratiempo no se acomodaba en manera alguna con el estremado cansancio del Conde; pero Dios no habia permitido este incidente, sino para librarle de un riesgo, en que infaliblemente hubiera perecido. Apenas estuvo nuevamente alojado, cuando sobrevino una horrosa lluvia que duró toda la noche, de suerte que el Tiber, que ya iba muy crecido, saliendo furiosamente de madre, se llevó la casa de que acababa de salir con todos los que estaban dentro de ella; nadie se salvó de la corriente; y cuando el rio volvió á su antiguo cauce, apenas podia conocerse que hubiese existido en aquel sitio una de las mejores casas de Roma.

El Conde salió pocos dias despues para Loreto. Esta es una ciudad episcopal del estado Pontificio, cuyo obispado está unido al de Reccanati. Habia hecho voto de hacer este viaje algunos años antes, y lo cumplió con su acostumbrada devocion: allí renovó el de perpetua castidad que habia hecho en Paris, y la resolucion que formó en Padua de abrazar el estado eclesiástico. Los historiadores de su vida convienen, en que recibió muy singulares favores de Dios en aquella santa capilla, que fue iluminado su espíritu con nuevas luces, y que su cora-

zón se llenó de una caridad tan ardiente que nada habia que le pareciese imposible, cuando se trataba de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas.

Despues de haber satisfecho su devocion, partió para Ancona, ciudad que tiene un puerto bastante bueno sobre el mar Adriático, con el designio de ir por mar á Venecia. Allí encontró una falúa pronta á hacerse á la vela. Debia esta conducir á Venecia á una señora de cualidad que la habia tomado tan solamente para ella y para un gran número de criados que la acompañaban; con esta condicion habia ajustado su flete con el patron. Sin embargo sea que este se aficionase al Conde por su buen semblante, ó sea que la esperanza del lucro le obligase á faltar á la palabra, lo cierto es que le admitió en su falúa: la señora que la habia alquilado, llegó un poco despues, y viendo allí estrangeros que no eran de su comitiva, se encolerizó sobre manera, y mandó al patron que los hiciese salir del buque. El Conde la rogó con mucha cortesía, que le permitiese aprovecharse de la buena proporcion que se le ofrecia; la dijo que él no tenia sino tres criados y un pequeño equipage, que no la incomodaria en cosa alguna, y que no ocuparia otro lugar que el que ella tuviese á bien señalarle; que el sitio mas incómodo seria demasiado bueno para él, y que estaba espuesto á no poder marchar en mucho tiempo, sino le permitia que tuviese el honor de acompañarla. El patron y aun las mismas personas de su comitiva juntaron á esta su súplica. La señora no cedió de modo alguno en su aspereza: les hizo salir vergonzosamente de la falúa y faltó poco para que hiciese tirar sus maletas al mar. El Conde sufrió esta afrenta con su acostumbrada dulzura. Su preceptor y sus criados se habian incomodado de tal suerte con este lance, que no podian disimular; pero el Conde con aquella tranquilidad que no perdía jamas, les dijo, que era preciso conformarse con la voluntad de Dios; que las cosas que parecen mas

casuales no suceden sino por una disposición particular de su Providencia, y que se acordasen de lo que había sucedido en Roma con la casa de que les obligaron á salir. Este mar, añadió, *es muy espuesto á tormentas, hay quien sale del puerto y no logra acabar su viaje en donde trataba de hacerlo.*

Su pronóstico se verificó en un todo. El cielo estaba sereno, el aire tranquilo, el mar en calma, el viento favorable; todo parecía prometer un viaje de los mas felices. Poco despues cambió el viento volviéndose en impetuoso y contrario, cubrióse el cielo de espesas nubes y se formó una de las mas horrorosas tempestades que se habian visto en mucho tiempo, la falúa combatida furiosamente por las olas se esforzó en vano para volver al puerto, y se fué á pique en presencia del Conde y de su comitiva, que aun no la habian perdido de vista, sin que pudiese salvarse ni una sola persona de cuantas iban en ella.

Este horroroso espectáculo fué para el Conde un nuevo motivo, de que pusiese toda su confianza en Dios, y de que se abandonase ciegamente á las órdenes de la Providencia. Admiraba, como esta conduce todas las cosas á los fines que se ha propuesto por caminos imperceptibles y desconocidos de la prudencia humana; como lo que parece un efecto del acaso ó de la reunion casual de las causas segundas, y aun lo mismo que se nos figura muy opuesto á las reglas de la sabiduría humana, está muy sabiamente ordenado, y contribuye siempre á hacer que resplandezcan ó la misericordia ó la justicia del Todopoderoso.

Entretanto cesó la tempestad, se serenó la atmósfera, tranquilizóse el mar, y el joven Conde tuvo proporcion de embarcarse. La esperanza de una navegación feliz hacia que reinase la alegría en todos los pasajeros. Patron, marineros y todo el mundo no trataban mas que de divertirse y comer bien. El Conde solo á quien

su corazon no solia engañar, parecia pensativo y era el único que no tomaba parte en cosa alguna de cuanto sucedia en el buque. Su preceptor lo notó y preguntándole la causa, recibió la siguiente respuesta del Conde. „*Me admiro de que no habiendo mas que una tabla de dos dedos de grueso, entre nosotros y la muerte, tengan estas gentes valor para entregarse á la alegría. Nosotros acabamos de ser testigos de un triste naufragio; nada hay mas inconstante que el mar; la tempestad acaba de cesar; este golfo es famoso por sus tormentas, ¿quién sabe si nosotros estamos amenazados de un peligro semejante á aquel que acaba de pasar á nuestra vista? Roguemos, añadió, al que manda en los vientos y en el mar y dejemos á los otros que se abandonen á una alegría mundana, y que es tan fuera del caso en la situacion en que nos encontramos.*” El preceptor, que había formado un alto concepto de su virtud y que era tambien sugeto muy piadoso, le propuso que rezasen juntos el oficio divino. Apenas le habian empezado, cuando el patron se puso á mofarse de ellos, añadiendo, que los frailes y los devotos siempre le habian acarreado desgracias. Un momento despues cambió el viento y se armó una tempestad casi tan furiosa como la que había echado á pique la falúa de que acabamos de hablar. La alegría que reinaba en el buque se cambió al momento en miedo y desesperacion, no hubo uno entre toda aquella gente por valiente que fuese que no se pusiese á rezar. Solamente el patron persistiendo en su brutalidad repetia á menudo de horribles blasfemias, que él ya había previsto, que aquellos grandes rezadores no habian servido jamas para otra cosa que para atraer la tempestad, y que era necesario tirarlos al mar. El ayo del Conde, que era naturalmente colérico, irritado de su insolencia, queria contestarle y reprenderle por sus blasfemias; pero el Conde le disuadió de su intento, haciéndole ver que sus amonestaciones no pro-

ducirían otro fruto, que el de agriar mas á aquel hombre brutal, y sufrió con una paciencia increíble las insolencias que le seguía diciendo.

Entretanto, habiendo resistido el buque á los golpes violentos del mar, cesa la tempestad y arribaron felizmente al puerto de Católica. Como el patron no podía disimular la alegría que experimentaba por haberse salvado de un peligro tan grande, aguardó el Conde una ocasion oportuna para darle la reprehension que merecia por sus blasfemias y le habló con mucha firmeza, pero al mismo tiempo con mucha dulzura.

La brutalidad de este hombre no impedia el que conociese que el Conde, insensible á toda otra cosa que aquellas que podian ofender á Dios, no le decia cosa alguna con respecto á tantos insultos como le habia hecho; y no pudo dejar de admirarse de una moderacion tan grande, se acusó él mismo de aquello que nadie le acusaba y se prostro á sus pies, le pidió perdon y le prometió que se enmendaria. De este modo una correccion dada á su debido tiempo y con mansedumbre obtiene siempre el efecto que se propone. El darlas fuera de sazón y acompañadas de los malos modos con que regularmente se hacen las mas veces, es por lo regular lo que las hace infructuosas. No hay remedio por amargo que sea que no nos resolvamos á tomar, cuando se tiene cuidado de disminuir su amargura.

Reembarcaronse todos nuevamente y arribaron felizmente á Venecia. El Conde permaneció allí todo el tiempo necesario para ver las preciosidades y poder dar al Conde su padre una exacta relacion de ellas, como se lo habia encargado. Hay pocas ciudades en el mundo á donde concurra mayor número de estrangeros. Su hermosa posicion, su grandeza, su magnificencia y la libertad con que en ella se vive, son la causa de tan extraordinaria concurrencia. El Conde encontró en esta ciudad varios caballeros de Saboya y del Piamonte, á quienes

habia conducido á aquel punto la curiosidad lo mismo que á él. Eran vasallos de un mismo Principe, por cuya causa trabaron bien pronto conocimiento, hasta que habiendo observado el Conde, que se entregaban á la vida licenciosa, que reina en aquella ciudad con mas impunidad que en ninguna otra parte, rompió al momento, por su estremado recato, con una sociedad, que la casualidad habia formado y que no estaba cimentada en la uniformidad de costumbres. Uno solo permaneció unido á él, pero no habiendo tenido suficiente virtud para resistir á las ocasiones y á los malos ejemplos, se hizo bien pronto indigno de su amistad. Supo el Conde, á no poderlo dudar, que arrastrado por las malas compañías, habia pasado la noche en un lugar de disolucion, en donde se habian cometido toda especie de excesos. Al momento resolvió cortar toda comunicacion con él. Pero compadeciéndose de la pérdida de un alma, en que habia distinguido grandes disposiciones para la virtud, se determinó al propio tiempo á no omitir cosa alguna, para apartarle del peligro en que lo veia puesto. Le habló con mucha energia de las funestas consecuencias de la impureza, de los males con que Dios la castiga en esta vida y en la otra, de la impenitencia final que la acompaña casi siempre, cuando se ha llegado á contraer un hábito de los pecados de esta especie; de la ceguedad y dureza de corazon que son sus compañeras inseparables, y en una palabra, de todo cuanto puede atemorizar á un alma que conserva aun algun temor de Dios y de los terribles juicios con que amenaza á los que se abandonan á un semejante desarreglo.

Dios bendijo las santas intenciones del Conde, y apoyando la gracia sus discursos, aquel joven se reconoció, hizo una penitencia proporcionada al crimen que habia cometido, y se salió de Venecia para huir de las ocasiones que pudieran haberle hecho recaer.

El Conde partió de allí tambien algun tiempo des-

pues, acabó de viajar por Italia y llegó con felicidad al castillo de Thuile, á donde toda su familia, noticiosa de su regreso, se habia trasladado con el objeto de recibirle. Difícil seria el espresar la alegría del Conde y de la Condesa de Sales. Lo que habian sabido del Conde su hijo y lo que veian por sí mismos, contribuia igualmente á su satisfaccion. Tenia entonces veinte y cinco años, y á la verdad era difícil encontrar otro hombre tan completo: era alto, bien formado, robusto, tenia una hermosa voz, las facciones regulares, la fisonomia hermosa y una dulzura alhagüena difundida por su rostro y por todas sus acciones, á la que no era fácil resistirse. Lo que ya se ha contado sobre este particular, y lo que se contará en adelante, será una innegable prueba de que no se adula en este retrato. El espíritu correspondia al cuerpo, lo tenia vivo, sólido y penetrante; se habia esmerado en cultivarle con todo aquello, que era capaz de aumentar su natural hermosura: poseia las lenguas, la filosofia, la teología, el derecho civil y canónico, y lejos de haber descuidado las bellas letras y la elocuencia, como habia tenido excelentes maestros, que nada le habian ocultado de aquel arte tan difícil de persuadir á los hombres, habia hecho en él los grandes progresos que le formaron uno de los hombres mas elocuentes de su siglo. Ademas hablaba en público con mucha gracia, y ganaba luego en sus conversaciones con sus modales dulces é insinuantes, á aquellos á quienes no habia hecho mas que conmover con sus discursos. Los aplausos que recibió en París y los difíciles negocios que manejó despues con buen éxito en aquella corte, y setenta y dos mil hereges á quienes convirtió, no dejarán lugar á dudar de la verdad de este dicho. Su profunda humildad le obligaba á ocultar parte de sus grandes talentos, y á privarse á sí mismo muchas veces de la gloria que le era debida. Un esterior sencillo y sin afectacion, un continuo cuidado en no hacer cosa alguna que

pudiese atraerle la estimacion de los hombres, su vida retirada, enemiga del brillo y nada ruidosa, han ocultado al público la mayor parte de sus eminentes cualidades. Pero nos quedan aun bastantes pruebas para convencer los ánimos de los que lean esta historia, de que ha sido uno de los mas grandes Prelados que Dios ha dado á su Iglesia.

Sin embargo, como no está en manos de los hombres la eleccion de las cualidades del cuerpo, ni tampoco las del espíritu, que son las que forman los santos, y si solo el hacer buen uso de ellas, es preciso añadir que Francisco de Sales tenia un corazon recto, puro, simple, sincero y desinteresado, sometido enteramente á las órdenes de la Providencia, que no buscaba en todas las cosas sino á Dios, empleado únicamente en el cuidado de agradarle, é infinitamente elevado sobre todo aquello que es capaz de lisongear la vanidad ó la ambicion del hombre; generoso, intrépido á la prueba de los mas grandes peligros, é incapaz de ceder á vista del riesgo, ni aun de la misma muerte, y lleno de aquella dulzura, que nunca hubo cosa que fuese capaz de alterarle. De todas las cualidades que le adornaban, ninguna es mas generalmente conocida que esta última.

Pero muchos ignoran, que muy lejos de serle natural, no la habia adquirido sino á costa de mucho trabajo, despues de muchas batallas y de algunas victorias, logradas sobre sí mismo: aun se observa en sus escritos un cierto fuego y tambien una especie de impetuosidad que no deja lugar á dudar de esta verdad, y su hígado que se halló enteramente petrificado despues de su muerte, pasa por una prueba incontestable de la continua violencia que se habia hecho durante su vida. Pero á fuerza de estudiar en la escuela de un Dios dulce y humilde de corazon, aprendió á imitarle. Hizo su virtud favorita de la que mas le habia costado adquirir y á la que tenia menos inclinacion. La gracia le dió lo que

la naturaleza le había negado. Para esto era necesario que le mudase en otro hombre, pero no hay cosa que sea imposible para ella, cuando encuentra en un sugeto aquel corazón docil que Salomón pedía á Dios, como el mas insignie favor que podía recibir de su bondad. De estos principios que acabamos de describir es de donde han manado como de una fuente aquellas santas acciones, aquellos proyectos tan puros y aquellas sublimes intenciones que se han visto y continuarán viéndose en el discurso de esta historia.

Apenas había tenido tiempo Francisco de Sales para descansar del viaje que acababa de hacer, cuando el Conde su padre juzga, que debía ir á Annecy á visitar á Claudio de Granier, Obispo de Ginebra. Este era un santo y sabio Prelado, de una dulzura y de una simplicidad apostólica, que ponía toda su gloria en el desempeño de su ministerio, y que era íntimo amigo del Conde y de la Condesa de Sales. Aunque no tuviese ni muebles ni equipage, y que despreciase aquel brillo vano y ostentoso que los últimos siglos han introducido en la Iglesia, no por eso era menos respetada su dignidad. El clero, la nobleza y el pueblo, le miraban con igual veneración; y sin otro apoyo que el de su virtud, gobernaba aquella vasta Diócesis, con una autoridad que jamas han podido dar los bienes temporales. Recibió al joven Conde con aquella bondad y dulzura que acompañaban á todas sus acciones; estuvo gran rato en conversacion con él y concibió desde luego tal estimacion hácia su persona, que le hacia desear, que aquel que hubiese de ser su sucesor le fuese parecido. Admiraba en medio de su juventud, acompañada de una sabiduría tan poco comun y de tantas otras grandes cualidades naturales y adquiridas, su moderación, su prudencia, su modestia, y aquel caracter de discrecion y de virtud que siempre acompañaba á todas sus acciones, y discursos.

La conversacion habia sido ya bastante larga, pero á pesar de eso no se hubiera concluido tan pronto sino hubiesen entrado á avisar al santo Prelado que los teólogos estaban ya reunidos, y que únicamente faltaba su presencia para empezar el examen de varios pretendientes á un beneficio. Este sabio Prelado los conferia siempre á los mas capaces. La ciencia y la virtud eran las únicas recomendaciones de que se necesitaba para lograr de él alguna cosa. El joven Conde quiso retirarse no pareciéndole regular que un lego, con su espada ceñida, se hallase en medio de semejante concurrencia; el santo Obispo le detuvo é hizo que le pusiesen una silla cerca de la suya. „*Puede ser (le dijo) que no nos seais tan inútil como pensais para la solucion de las cuestiones que tienen que proponerse.*” Empezó el argumento, y la discusion fué acalorada como sucede frecuentemente cuando no pueden convenirse sobre algunas de las cuestiones propuestas. El joven Conde escuchaba con mucha atencion, pero sin dar la mas mínima señal de que tuviese deseo de dar su parecer. El Obispo no dejó de pedirselo; se resistió á darlo con mucha modestia, pero insistiendo aquel, le dió, y esplicó las dificultades con tanta precision y claridad, que todos se atuvieron á su dictamen. La sorpresa fué general al ver un caballero joven, y al que no se le creía instruido en otras cosas, que en las que forman la ocupacion ordinaria de la nobleza, resolver con mucha facilidad dificultades, que tantos doctores no habian podido desatar. Pero el Obispo tomando la palabra le dijo: „*Bien os habia dicho yo señor Conde que no nos seriais tan inútil en esta conferencia, como vuestra modestia os lo hacia presumir.*”

Acabada la conferencia les dijo á los circustantes, que aquel joven caballero tenia mucha virtud y ciencia para permanecer por mucho tiempo en el siglo; que presentia que algun dia habia de ser su sucesor, y que esperaba de la bondad de Dios, que concederia esta gra-

cía á su Diócesis. Este pensamiento hizo que lo quisiese despues entrañablemente, no le llamaba mas que su hijo, y se formó entre ambos una union estrecha, que no se disolvió hasta la muerte de aquel sabio Prelado.

Pero el Conde de Sales tenia miras bien diferentes para establecer á su hijo; no pensaba en otra cosa que en colocarle en la sociedad por medio de un brillante casamiento y del cargo de Senador en el Senado de Chambery, que trataba de alcanzarle lo mas pronto posible. Bajo este supuesto le propuso que fuese á recibirse de abogado en el Senado de Saboya. Le dió cartas de recomendacion para el célebre Senador Antonio Faure, que estaba unido con una estrecha amistad á la casa de Sales, y rogó á este insigne magistrado que tuviese la bondad de ayudar á su hijo en la pretension que tenia que entablar.

Estas medidas no se acomodaban ni con los intereses secretos del joven Conde, ni con los empeños que habia contraido con Dios, ni con el voto de perpetua castidad que habia hecho en París y renovado en Loreto, ni con la resolucion que creía, que Dios le habia inspirado de abrazar el estado eclesiástico. Estaba determinado á ejecutar lo uno y lo otro, y creía poderlo hacer con tanta mas facilidad, quanto que el Conde de Sales habia tenido otra porcion de hijos despues de él, que se aprovecharian muy gustosos de los grandes bienes que habia resuelto cederles. Pero la estremada condescendencia que tenia para con su padre, no le permitió oponerse por entonces á sus designios. Creyó que podía dar el paso de que se trataba, sin perjuicio de la resolucion que habia hecho de entregarse enteramente á Dios, y que siempre estaria á tiempo de declararse con su padre.

Partió con este intento para Chambery. Antonio Faure, que era el mas bello ornato del Senado de Saboya, de que fué despues primer presidente, lo recibió desde luego como al hijo de uno de sus mas queridos amigos. Le

hospedó en su casa, y le daba todos los dias muchas horas de conversacion para disponerle á recibirse. Juzgaba que el joven Conde necesitaria de su auxilio; pero notó bien pronto que estaba en estado de no necesitarle. Esto fué lo que le obligó á presentarle sin dilacion al primer presidente Pobel y á todo el Senado: fué recibido con muestras de grande aprecio, y se encargó al Senador Crasus que le examinase. Este lo hizo con rigor; pero aquella exactitud no sirvió sino de hacer resaltar su capacidad: hizo de ella al Senado una relacion muy favorable y fué recibido con unos aplausos que no eran comunes. En el mismo dia arengó al Senado con una elocuencia que fué admirada de todo el mundo; y habiéndose estendido la noticia de que bien pronto seria Senador, le atrajo las atenciones de toda la ciudad. Pero Dios que habia dispuesto otra cosa, le privó de aquel honor resarciéndole con la amistad íntima que contrajo con el Senador Antonio Faure.

Este magistrado tan célebre, llamado comunmente el Baron de Peroges, era natural de Burgo en Bressa; habia estudiado en Turin bajo la direccion del famoso Antonio Manuce, y habia adquirido aquella instruccion que le hizo uno de los hombres mas grandes de aquel tiempo. Estando de vuelta en Saboya, adquirió por su mérito la amistad del Duque su Soberano, que le confió negocios de consideracion. Desempeñó estos de un modo, que fué causa de que se le diesen otros mas importantes. En efecto, fué Teniente de Senescal de la Bressa, antes que aquella provincia estuviese unida á la corona de Francia, como lo está en el dia de hoy; presidente del Consejo del Genovesado, Senador y finalmente primer presidente del Senado de Chambery. Se le confiaron los negocios mas secretos del estado; y los manejó con tal integridad y prudencia, que conservó siempre el aprecio y la confianza de su Príncipe. Poseemos obras suyas, que son unas incontrastables prue-

bas de su suficiencia. Su piedad correspondia á su talento, y esta fué la causa de unirse tan estrechamente á Francisco de Sales, que nunca llegó á romperse esta union. Veremos los frutos de ella en el discurso de esta historia.

Partió el joven Conde de Chambery pocos dias despues de su recepcion, y le sucedió un caso al pasar por el bosque de Sonnas que es digno de contarse; iba al lado de aquel mismo preceptor de quien hemos hecho mencion, cuando de repente tropezó su caballo con tal violencia, que le arrojó al suelo á pesar de que era buen ginete. Repitióse esta escena hasta tres veces antes de salir del bosque, pero con la particularidad de no haber recibido herida ni contusion alguna en ninguna de ellas; pero cuantas veces quiso volver á montar, advirtió, que con el impetu de la caída se le habia salido la espada de la vaina, é igualmente esta del cinturon; reparando que las tres veces la espada y la vaina habian formado una cruz tan perfecta, como si se hubiese hecho á propósito.

Francisco de Sales reflexionó sobre esto, y se lo hizo notar á su preceptor. Era entonces, y continuó siendo despues, el menos supersticioso de los hombres; pero paraba mucho su atencion en todo aquello que podia darle á entender la voluntad de Dios. Creyó que el Señor habia querido hacerle conocer con este incidente (que en efecto tiene algo de particular), que no era de su agrado que contragese empeños con el mundo, como lo estaba haciendo; que era llamado á seguir la cruz, y que Dios no habia permitido el lance de que acabamos de hablar, sino para afirmarle en la resolucion que habia hecho de abandonar el mundo y abrazar el estado eclesiástico. Descubrióse con este motivo por la primera vez á su preceptor, le rogó que le hiciese presente su intencion al Conde de Sales, y que no omitiese cosa alguna de las que pudiesen contribuir á hacer que accediese gustoso á su pretension.

La sólida piedad que el joven Conde habia profesado hasta entonces debiera haber sido suficiente, para que el preceptor no hubiese estrañado la proposicion que acababa de hacerle. Con todo se quedó tan suspenso al oirla, como si hubiese sido la cosa mas inesperada que podia sucederle. Como era docto y piadoso, reparaba por un lado en oponerse á la voluntad de Dios, retrayéndole de su designio. Pero como por otro lado estaba intimamente unido á la casa de Sales, no podia determinarse á aprobar una resolucion, que trastornaba todas las miras que se habia propuesto en la educacion del joven Conde. Esta perplejidad le hizo guardar por algun rato un profundo silencio; pero al fin lo rompió haciéndole presente la afliccion, que iba á producir semejante intento en el Conde y en la Condesa de Sales, y nada menos en toda la familia, que le miraban hacia mucho tiempo como su futuro apoyo: que en este concepto le habian hecho estudiar y viajar á costa de tantos gastos, no habiendo omitido cosa alguna para hacerle capaz de sostener su ilustre casa, y que tenian un derecho á que sus deseos fuesen correspondidos, tanto porque era el primogénito de ella, cuanto porque estaba adornado de todas las cualidades necesarias para corresponder á los designios que sobre él se habian formado.

A estas razones añadió, que cuando los padres destinan á sus hijos para un estado, deben mirar estos su voluntad como la de Dios, y conformarse con ella siempre que no sea opuesta á la Religion y á la salvacion de sus almas; que Dios que es al mismo tiempo Autor de la naturaleza y de la gracia jamas da á entender su voluntad mas clara é infaliblemente, que siguiendo con la debida proporcion el orden natural de las cosas; que en todos tiempos habia destinado á los hijos mayores para sostener y perpetuar las familias, y para que fuesen los gefes de ellas; que sino estaba permitido á los hijos el disponer de la parte de los bienes que les pertenecian

contra la voluntad de sus padres, era aun mas injusto el que dispusiesen de su persona de un modo enteramente opuesto á su gusto y al provecho de sus familias; que no hay cosa que mas exclusivamente pertenezca á los padres y madres, que los hijos que han puesto en el mundo; que el derecho que sobre ellos tienen era inagenable por su misma esencia; que no habia de creer que una aprension, ó tal vez un capricho de que se arrepentiria con el tiempo, pudiese autorizarle para sustraerse de una dependencia fundada en la misma naturaleza, es decir, en el orden establecido por Dios; que las mejores intenciones se engañan muchas veces en la eleccion de estado; que habia quien creia seguir la voz de Dios, y no seguia en realidad sino su inclinacion particular; que debia desconfiar de su amor propio; que este se reviste de mil diferentes formas, y se introduce imperceptiblemente en las resoluciones que juzgamos que estan mas exentas de él; que muchos creyendo renunciar al mundo, no hacen otra cosa que unirse mas fuertemente á sí mismos; que á mas de todo esto no le parecia á él, que para pertenecer á Dios y procurar la salvacion, fuese necesario abrazar el estado eclesiástico contra la voluntad de un padre y de una madre que tan tiernamente le amaban; que bajo este aspecto y prescindiendo del estado en que Dios habia hecho nacer á cada uno, todos los cristianos eran llamados á una perfeccion eminente; que el Evangelio era la mas perfecta de todas las reglas, y que bastaba seguir bien su práctica para ser grandes santos; que era un error el creer que no puede uno salvarse en el estado secular; que el cielo estaba lleno de santos que no habian salido de este estado; y que tenia tanta menos razon para renunciar á él, cuanto que Dios le habia hecho nacer de una familia piadosa, en la que siempre habia visto y continuaria viendo grandes ejemplos de virtud, y en la que bien lejos de encontrar ocasiones de perderse, no encontraria sino obs-

táculos, si alguna vez tenia tentaciones de abandonarse al vicio y al desarreglo del siglo; que seria muy extraño que todas las personas virtuosas abandonasen el mundo; que este tenia necesidad de buenos ejemplos y de personas de firmeza para oponerse al torrente de la corrupcion, y de la mala costumbre del siglo; que en fin, bien lejos de que el deseo que manifestaba de pertenecer esclusivamente al Señor, le obligase á aprobar la resolucion que habia formado, esto mismo era lo que le hacia contrariarla; que permaneciendo en el estado secular, con los sentimientos que Dios le habia inspirado, se santificaria á sí mismo y contribuiria á la santificacion de los demas; que San Luis, San Enrique, San Eduardo y el Bienaventurado Amadeo, Duque de Saboya y muchos otros, que naciendo Soberanos, habian encontrado mil obstáculos para su salvacion, que jamas se le ofrecieran á él, no habian dejado por eso de llegar á ser unos grandes santos; que se podia caminar con toda seguridad, siguiendo las huellas de semejantes guias; que él le aconsejaba que siguiese su ejemplo y que se acomodase mejor al gusto de un padre y de una madre, de quien era tan tiernamente amado y á quienes era capaz de dar la muerte, siguiendo semejante resolucion.

El joven Conde, que habia creído que su preceptor, siendo sacerdote y doctor en teología y ademas de una conducta ejemplar, no desaprobaba jamas que abrazase un estado que aquel habia elegido para sí, no quedó poco sorprendido al oirle rebatir con tanta energia la resolucion que habia formado de abandonar el mundo para no ocuparse en otra cosa, que en el cuidado de servir á Dios y trabajar en la obra de su salvacion. Le miró con aquella dulzura halagüena, á que era tan difícil resistirse, y no dudando de que si podia convencerle, seria el instrumento mas á propósito para ganar al Conde y á la Condesa de Sales, que habian depositado en él toda su confianza, empezó por reconvenirle amistosamente en

estos términos. ¡Cómo podeis vos desaprobado una resolución que habeis tomado vos mismo! ¡Vos sois el que os oponéis á la elección de un estado que es el mismo que habeis abrazado! Vos habeis abandonado el mundo, y quereis esponerme á una ruina, cuando yo trato de dejarle: vos no habeis creído poder lograr en él vuestra salvacion, y quereis que á mí me sea fácil conseguirla permaneciendo en él, siendo así que tengo mucho menos virtud que vos. ¿Dónde está el precepto del Evangelio, que os manda amar á vuestro prójimo como á vos mismo? ¿Dónde la ternura de un padre y la sinceridad de un amigo?

Su preceptor, que le amaba con ternura y que se sintió conmovido por sus reconvenciones quiso responderle; pero el joven Conde que empezaba á hablar ya con calor, no le dió lugar para ello; le respondió por su orden á todo lo que le habia dicho para apartarle de su intento, y concluyó finalmente diciéndole: creedme. „*Nadie me conoce mejor que yo mismo; yo soy joven, pero no dejo de comprender que estos mismos dones de la naturaleza y de la gracia, de que tanto habeis hablado, aumentan el peligro á que no hay sugeto alguno que no esté espuesto, con respecto al grande negocio de la salvacion. Los riesgos que me rodean, son infinitos. Yo veo muchos de ellos, pero creo que existen muchos mas de los que yo puedo percibir. Yo sé efectivamente que no soy virtuoso sino en el deseo de serlo, y que en la realidad existen dentro de mí mismo principios de seducción y desorden, que no necesitan ser apoyados por los atractivos del mundo en que vos tratais de engolfarme. Y en fin, ¿de qué me serviria ganar todo el mundo, si al cabo me perdía á mí mismo? Dios me ha dado hace mucho tiempo una grande aversion al siglo, y me ha hecho la gracia de preferir su temor y su amor á todas las demas cosas. No sigais oponiéndoos al designio que me ha inspirado. Haced aun alguna cosa mas en*

mi favor; ayúdame á ponerlo en ejecucion. Y como conozco que los mayores obstáculos provendrán de aquellos que me han dado el ser, y á quien yo debo reverenciar mas despues de Dios, procurad ganarlos, y evitarme el sentimiento que experimentaria, si me viese obligado á hacer una cosa que pudiera causarles el menor disgusto.”

El preceptor del joven Conde se conmovió extraordinariamente con este discurso. Admiraba en una persona tan joven aquel profundo desprecio á todo cuanto tiene el mundo de mas halagüeño y mas capaz de seducir, y aquella firmeza de caracter á la prueba de todos los mas dulces afectos de la naturaleza; y persuadido de que era llamado al mas alto grado de perfeccion, le respondió, que Dios era testigo de que no deseaba menos la salvacion de su alma, que la de la suya propia, y que no hacia diferencia alguna entre las almas de los dos; pero que los consejos debían ser distintos cuando la virtud no era igual en los sugetos: que él habia abandonado el mundo porque no habia creído poder lograr su salvacion si permanecia en él, y que no habia experimentado en sí ni la fuerza, ni la firmeza, que veia en él para resistir á la corrupcion del siglo: que la perfecta virtud de que hasta entonces le habia visto hacer una profesion tan constante, le habia persuadido á que podia permanecer en el mundo, no tan solo sin perjuicio de su alma, sino de manera que fuese útil á la salvacion de muchos, á quienes su buen ejemplo seria capaz de atraer á la virtud; y que tampoco negaba que la complacencia secreta que habia tenido al ver las ideas del Conde y de la Condesa de Sales, era la que le habia obligado á oponerse á la elección que queria hacer: que habia creído que el honor, que le habian hecho aquellos señores, confiándole su persona, es decir, lo que mas amaban en este mundo, exigia de él que apoyase las intenciones que habian formado para su colocacion; que ade-

mas es muy cierto, que la mayor parte de los jóvenes se dejan arrastrar por fuegos fatuos en los primeros movimientos de una devocion poco sólida; y que tienen muchas veces por vocacion de Dios la ternura de una piedad mal dirigida, un cierto gusto á las cosas espirituales, que no es duradero, y al que no sucede muy á menudo sino un vergonzoso arrepentimiento, y una secreta desesperacion que les conduce á cometer excesos, de que jamas hubieran sido capaces sino hubiesen abandonado el mundo: que el conocimiento que tenia de la solidéz de su espíritu, de la firmeza de su corazon y sobre todo del cuidado que habia tenido en conservar la inocencia bautismal, y las singulares gracias que Dios le habia concedido en medio de tantas ocasiones peligrosas, en que se habia encontrado, le hacian formar mejor concepto de su vocacion: que estaba resuelto á no oponerse mas á ella, pero que le suplicaba que le dispensase de hacer á sus padres esta proposicion: que no se sentia con suficientes fuerzas para darles un golpe tan cruel: que juzgase de la ternura de aquellos por la suya, y de la impresion que semejante proposicion les haria, por la que habia producido en él al oírla.

Esta conversacion les condujo hasta el castillo de la Thuile, á donde habian ido el Conde y la Condesa de Sales para recibir al joven Conde. A su llegada encontró las cosas dispuestas de un modo enteramente contrario á sus deseos. El Conde de Sales que no trataba sino de casarle brillantemente, habia puesto los ojos durante su ausencia en la señorita de Vegi hija única del Baron de Vegi, Consejero de Estado del Duque de Saboya y Teniente de Senescal en la provincia de Chablais. Era aquella señorita de un nacimiento distinguido, hermosa, rica y de buena presencia, y no habia un caballero en toda Saboya, á quien no hubiese hecho mucho honor esta alianza; el Conde de Sales habia proporcionado este casamiento á su hijo con mucha destreza, y miraba la

ejecucion de este matrimonio como la obra maestra de su discrecion. No esperaba sino la vuelta del joven Conde para la conclusion de un negocio que habia de colmar su casa de bienes, de crédito y de honor; apenas llegó, cuando le propuso su intento, y le dió la orden de estar pronto al otro dia por la mañana para marchar juntos á pedir la mano de aquella señorita.

Este fué un rayo para el joven Conde; estuvo cien veces por rehusar el partido que se le proponia, y por descubrir á su padre la intencion que tenia de abrazar el estado eclesiástico; pero el grande respeto que le profesaba le impidió el hacerlo otras tantas. Conocia que era una falta de educacion, y un desaire para una señorita, el empezar su pretension con resolucion formal de no llegar á casarse con ella; se hacia sobre esto á sí mismo las reflexiones que es fácil figurarse en un hombre de tan despejado talento como el suyo, pero su estremada dulzura y la invencible repugnancia que sentia á oponerse á la voluntad de su padre en una situacion tan critica le quitaban la fuerza para declararse. El Conde de Sales por su parte advirtió la frialdad con que su hijo habia recibido aquella proposicion que debiera haberle llenado de alegría. Pero como estaba muy distante de sospechar la verdadera causa de ella, la atribuyó á su modestia y no dudó que la hermosura de la señorita de Vegi triunfaria bien pronto de una indiferencia que no juzgaba fuese tan fundada como en efecto lo era. Llegó el dia de la marcha, sin que el joven Conde hubiese tenido valor para declarar su intencion á su padre. Fueron muy bien recibidos en el castillo de Sallandre, á donde habia pasado el Baron de Vegi para ajustar este casamiento. Le gustó mucho su pretendido yerno, pero gustó aun mas á la señorita su hija. Jamas se han visto dos jóvenes que pareciesen mas dignos uno de otro; pero el cielo lo habia dispuesto de otro modo. El joven Conde no pudo disimular el dolor de que es-

taba poseído su corazón, y pareció tan atado en todas sus acciones, que su padre no pudo menos de notarlo: le hizo terribles reconvenciones sobre el particular, á las que no contestó sino con un profundo silencio. Aquella conducta no esperada en modo alguno del Conde de Sales, le obligó á marchar sin haber adelantado nada en el asunto. A la vuelta empezaron de nuevo las quejas, y el joven Conde no respondió otra cosa á su padre que decirle que estaba lleno de amargura por el disgusto que le habia dado. La Condesa de Sales que le amaba con una ternura estremada, empleó todo el ascendiente que tenia sobre él para determinarle á consentir en este matrimonio. Todos los amigos de la casa se cansaron en vano en persuadirle lo mismo, y el Conde de Sales no sacó otro fruto de tantas y tan inútiles tentativas, que una gran perplejidad, sobre que seria lo que podia haber obligado al joven Conde á desechar un partido tan ventajoso.

Pero lo peor fué que por entonces el Baron de Ermance le llevó de Turin los despachos del Duque de Saboya de una plaza de Senador en el Senado de Chambery, que habia concedido aquel Príncipe á su hijo graciosamente, informado de su extraordinario mérito. El joven Conde los renunció con una invencible constancia, sin que fuese posible hacérselos aceptar. El Conde de Sales le dió á entender en aquella ocasion un descontento tal, que no pudo resistir á él, resolviéndose al fin á declararle sus verdaderas intenciones. Para este fin se dirigió á su primo Luis de Sales canónigo de la catedral de Ginebra, que sabia que tenia mucho ascendiente sobre su padre.

Luis de Sales que era un sugeto de mucha Religion, lejos de retraerle de su designio, se lo aplaudió, y le prometió lograr lo que queria, rogándole solamente que le diese un poco de tiempo para encomendar á Dios este negocio, y para aprovechar una coyuntura favorable,

en que hacer á su padre una declaracion que exigia tanta precaucion para hacerla. Se proponia en esto un fin particular. Francisco Emperador Preboste de la Iglesia de Ginebra y Senador del Chambery acababa de morir, y por su muerte habia quedado vacante la primera dignidad de aquella catedral. La provision pertenecia al Papa. Luis de Sales tenia muchos amigos en la Corte de Roma, y se valió de todos ellos para lograr aquella prebenda para el joven Conde: le sirvieron como deseaba, y la obtuvo; pero lo que hay en esto de particular es que no habia hablado de ello á Francisco de Sales, persuadido de que la aceptaria sin dificultad, puesto que no habia dado paso alguno para alcanzarla.

No se engañó en cuanto á lo primero: el título llegó, y en confianza dió noticia de ello al joven Conde. Pero quedó altamente sorprendido cuando aquel le contestó, que al inscribirse en el estado eclesiástico no llevaba la idea de obtener prebendas: que se juzgaba enteramente indigno del rango á que se le habia elevado: que no era justo colocar de golpe á la cabeza del clero de una vasta Diócesis, y en la dignidad mas inmediata al Obispo, á un joven como él sin virtud y sin esperiencia: que este destino le correspondia mas á él: que le suplicaba tuviese á bien que renunciase en él su derecho, y que se contentaba con ser uno de los últimos en la casa del Señor.

Pero Luis de Sales que tenia sobre su primo un gran ascendiente, le dijo con un tono decidido, que alababa la humildad que le hacia renunciar el rango á que su Santidad acababa de elevarle: que convenia con él en que no era lícito afanarse por adquirir beneficios, y que era preciso esperar á que Dios llamase á ellos; pero que seria una obstinacion culpable el rehusarlos, cuando se dan sin haberlos solicitado: que le conocia mejor de lo que él pudiera conocerse á sí mismo: que Dios habia ofrecido una coyuntura tan favorable para proporcio-

narle que obtuviese con mas facilidad el consentimiento de sus padres: que se dirigiese al Señor en todas las cosas: que seria responsable de lo que hiciese ante Dios y los hombres; y que no dudaba que la Providencia habia tenido sus miras al elevarlo de golpe, y sin que él hubiese intervenido en nada, á una dignidad que tanto se aproximaba á la del obispado.

El joven Conde era el hombre menos adicto á su propio dictamen: se rendia á la verdad en cuanto la descubria, y aun muchas veces á la autoridad cuando no tenia motivo de desconfiar de ella, y juzgaba que era suficiente para determinarle á hacer una cosa. La razon que se le acababa de alegar de que no habia solicitado la prebostia de la Iglesia de Ginebra, y el aprecio en que tenia á Luis de Sales hicieron por fin que la aceptase. Apenas acabó de darle su consentimiento cuando este caritativo pariente fué á ver al Conde y á la Condesa de Sales, y habiéndoles pedido una conferencia secreta, les enseñó las bulas de la prebostia de la catedral de Ginebra que acababa de obtener para el Conde su primo. Les dijo que ya hacia mucho tiempo que este le habia confiado su intencion de renunciar al mundo para abrazar el estado eclesiástico: que esta no era una resolucion del momento: que la habia formado desde sus mas tiernos años; y que con el objeto de ponerla en ejecucion, cuando tuviese la edad para ello, les habia suplicado que le permitiesen recibir la prima tonsura: que no ignorando el respeto que les debia le habia suplicado que pasase á pedirles su consentimiento: que esperaba que su piedad no les permitiria poner obstáculos á la ejecucion de un designio que Dios le habia inspirado, puesto que en ello no buscaba otra cosa que su salvacion: que no se separaba de ellos, sino porque preferia el cielo á la tierra, y el servicio de Dios al del mundo, y que esta era la mayor recompensa que podian recibir en esta vida del cuidado particular que habian tenido en inspi-

rarle sentimientos de piedad desde su niñez: que por lo demas creia hallarse en la obligacion de decirles, que se habia afirmado en su resolucion de un modo que no habia que esperar que la variase: que seria enteramente inútil el oponerse á ella, y que de esta verdad podrian juzgar ellos mismos, si reflexionaban que por ponerla en ejecucion habia rehusado el ventajoso casamiento que le habian concertado, y el cargo de Senador que el Duque de Saboya habia hecho que le ofreciesen en su nombre.

Jamas ha habido una sorpresa igual á la que experimentaron con este discurso el Conde y la Condesa de Sales. Se miraban el uno al otro sin poder hablar, y el sentimiento no les dejaba fuerzas para responder. Luis de Sales continuó haciéndoles presente que él mismo habia examinado, y hecho examinar por personas tan instruidas como virtuosas la vocacion del joven Conde: que todos estaban conformes en que esta provenia de Dios; y que siendo asi, era en vano el oponerse á ella: que confesaba que aquel golpe era fatal, que trastornaba todos sus proyectos, y destruia sus esperanzas, y que no podia menos de resentirse de él la naturaleza; pero que la fé y la Religion debian imponerle silencio y contenerla dentro de los límites de una sumision con respecto á Dios, de que no podian dispensarse sin hacerse criminales: y sobre todo que los hijos pertenecian mucho mas al Señor que á sus padres; que este era un depósito que habia confiado á su cuidado, y que podia volvérselo á pedir siempre que fuera de su agrado: que se debian tener por dichosos de poderle ofrecer semejante sacrificio, que era capaz de atraer sobre la casa muchos mas bienes, que los que hubieran podido proporcionarles todos los proyectos que habian hecho hasta entonces.

No respondiendo el Conde y la Condesa de Sales á aquel discurso, sino con sus lágrimas y suspiros, Luis de Sales que conocia la piedad sincera de que estaban animados, mudó de tono y les dijo con la mayor ente-

reza. ¿Y qué, quereis acaso disputar el hijo con Dios? ¿Tratais de arrebatárselo? ¿En dónde está la fé? ¿En dónde la Religion? ¿Qué se ha hecho aquella sumision sin limites que le debeis? ¿Qué hariais pues si os mandase como á Abraham inmolarse este hijo con vuestras propias manos? ¿Qué, si como lo permitió con respecto á Job, os despojase la muerte de todos vuestros hijos en un solo día? ¿De una familia tan numerosa como la que os ha concedido, no os pide mas que un solo hijo; y vosotros se lo negais despues que él ha entregado el suyo á la muerte por vuestra salvacion!

Tan penetrantes palabras, volvieron la voz al Conde de Sales. „Yo sé (respondió) que todo quanto tengo es mas de Dios que mio, el Señor es dueño absoluto de todo; ¿quién se atreveria á disputar con él? Pero aun quando mi hijo hiciese lo que yo deseo, dejaria por eso de pertenecer á Dios? Un sin número de suspiros no le permitió continuar. Habiéndose serenado luego, dijo con un aire mas tranquilo, que la Condesa y él necesitaban algunos dias para resolverse: que no se separase de su compañía, y que dentro de poco tiempo le volverian la respuesta. Luis de Sales le preguntó, si le parecia bien que el joven Conde le pidiese el permiso por sí mismo. „No: (le dijo) su vista me enterneceria; yo os avisaré quando sea tiempo.

Pero si el Conde de Sales tenia una gran repugnancia en condescender con el deseo de su hijo, no la tenia menor la Condesa. Esta Señora se retiró á su gabinete llena de afliccion. En muchos dias no hizo mas que llorar. En fin la piedad venció á la naturaleza, y despues de haberse sometido á la voluntad de Dios, tuvo el valor suficiente para tratar de persuadir á su esposo.

Llegó por fin el venturoso dia en que debían dar su consentimiento. Luis de Sales acompañó al joven Conde á su presencia. La vista de un hijo tan querido renovó su dolor; las lágrimas y los suspiros volvieron á

empezar de nuevo; y el mismo Luis de Sales con toda su firmeza no pudo menos de enternecerse. El Conde y la Condesa apenas tuvieron valor para levantar á su hijo, que se habia postrado á sus pies, y que estaba empeñado en permanecer en aquella postura. En fin el Conde de Sales, que tenia naturalmente una alma grande, haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo, le hizo presente que tuviese cuidado en no engañarse, y tratando de seguir la vocacion de Dios fuese contra su voluntad y contra el orden que habia establecido en el mundo: que los primogénitos eran llamados naturalmente á sostener y perpetuar las familias: que bajo este concepto le habia dado una educacion que no habian recibido sus demas hermanos, la cual iba á serle inútil en el estado que elegia: que su familia tenia tanta mas necesidad de un apoyo, quanto que era muy numerosa: que siempre habia contado con que él seria el báculo de su vejez, y que á costa de una gran pena iba á privarse del socorro que de él se habia prometido: que no entendía que fuese menos de Dios permaneciendo en una familia tan cristiana como la suya, en donde se tenia á mucha gloria el temer á Dios y el servirle; que sin embargo su madre y él habian determinado no oponerse á su vocacion; pero que examinase bien si Dios exijia realmente de él una cosa que le parecia tan contraria á las obligaciones de la naturaleza y de la humanidad.

El joven Conde le respondió con mucho respeto, que no trataba de que el estado que iba á abrazar le dispensase de ninguno de los deberes que la naturaleza exija de él con respecto á su padre y al resto de su familia: que no queria ser en lo sucesivo ni menos sumiso ni menos dependiente de él: que siempre que lo juzgase convenientemente estaria pronto á prestar sus servicios para el bien y adelantamiento de la familia: que sabia que no habia cosa alguna que pudiese romper los sagrados lazos que unen á los hijos con sus padres: que Dios era

testigo de que no podía tener mas amor ni reconocimiento que el que profesaba á aquellos de quienes Dios se habia servido para darle el ser; y que la buena educacion de que les era deudor no le seria tal vez tan inútil como se lo habian figurado.

Estas últimas palabras dieron margen al Conde de Sales para interrumpirle, y para instarle á que aceptase el cargo de Senador que le habia ofrecido el Duque de Saboya: y lo hizo con tanto mas ardor, quanto que no era incompatible con el estado que queria abrazar, y mas cuando recientemente acababa de darle el ejemplo su predecesor. Pero el joven Conde arrojándose á sus pies, le suplicó que le concediese la gracia por entero, y que consintiese en que no se ocupase en el resto de sus dias sino en las funciones del ministerio á que era llamado por Dios. Le añadió, que habia suplicado á su primo que le diese cuenta de su vocacion, y que no dudaba que lo habria hecho mejor que hubiera podido hacerlo él por si mismo, que estaba allí para pedirle su bendicion y la de su madre, y que no se separaria de ambos hasta haberla conseguido.

Sea cual fuere el disgusto que experimentase el Conde al verle rehusar un honor tan conforme á los proyectos que habia formado, no pudo su ternura resistir contra un hijo que le era tan querido: le dió su bendicion y lo mismo hizo la Condesa: le levantó y le abrazó tiernamente, diciéndole: Ruego á Dios, hijo mio, que sea vuestra recompensa en el cielo, así como va á ser vuestra herencia sobre la tierra. El joven Conde le respondió, que á fin de que sus deseos obtuviesen mas infaliblemente el pronto efecto que apetecia, le suplicaba tuviese á bien permitir que renunciase su derecho de primogenitura en favor de su hermano Luis de Sales, á quien amaba tiernamente por su rara virtud. Pero el Conde y la Condesa se resistieron á consentir, y se obstinaron en querer que conservase todos sus derechos.

El joven Conde inundado de alegría, marchó al instante con Luis de Sales á tomar posesion de la Prebostia de Ginebra. Por el camino reparó este que su primo vertia algunas lágrimas, y le preguntó si se arrepentia de lo que iba á hacer. Francisco le respondió que estaba muy lejos de eso, y que jamas habia disfrutado de mayor alegría; pero que no podia pensar sin conmoverse en la estremada afliccion que causaba á un padre y á una madre que siempre le habian amado con tanta ternura, y que no creia que el sacrificio que iba á hacer á Dios fuese menos agradable á su divina Magestad por estar regado con las lágrimas que le obligaban á derramar unos sentimientos tan naturales: Luis de Sales en lugar de vituperarle, le confesó que él no habia podido menos de enternecerse á vista del dolor que su intento habia causado al Conde y á la Condesa de Sales, y que habia estado tentado mas de una vez á abandonar su partido, y unirse al de sus padres en contra suya, para obligarle á permanecer en el mundo; pero que la firmeza que habia observado en él, le habia retraido de hacerlo.

Habiendo llegado á Annecy, Luis de Sales hizo reunir el Cabildo en la catedral. Presentó las bulas (espedidas por Clemente VIII que á la sazón gobernaba la Iglesia de J. C.), las pruebas de nobleza, las certificaciones de estudios del agraciado y las de su capacidad. El Cabildo las examinó, y le admiró al instante con tanto mas honor, quanto que la reputacion de su virtud y de su ciencia le habian grangeado la mayor estimacion. El Cabildo en cuerpo le dió la posesion, y él pronunció un discurso lleno de dulzura y de piedad, que acabó de ganarle los corazones de todos. Habiéndose extendido la noticia de este suceso por la ciudad en donde la casa de Sales gozaba de mucha consideracion, todo el mundo dió muestras de la mayor alegría, por la particularidad con que apreciaban á Francisco de Sales. Pero

ninguno tomó en ella mas parte que el santo Obispo de Ginebra. Le recibió cuando le vió venir, como un hombre que Dios le habia dado á entender que seria su sucesor, y que edificaria á toda la Iglesia con la fama de su santidad. Le confirió poco despues los cuatro menores y el subdiaconado, y en las témporas siguientes le ordenó de evangelio. El humilde Francisco queria observar los intersticios mandados por la Iglesia; pero el santo Obispo que conocia la pureza de su corazon y su eminente piedad y sabiduría, y que tenia á mas unos vivos deseos de oírle predicar, quiso absolutamente dispensárselos. El respeto que tenia á su Prelado no le permitió entrar en contestaciones con él. Predicó no siendo mas que diácono, y con tan buen éxito, que desde entonces se conoció que Dios le habia elegido para convencer y convertir á los hereges de que estaba llena toda la Diócesis de Ginebra. Tres caballeros calvinistas de un distinguido nacimiento, y de una ciencia no menos distinguida, que eran el señor de Awlly, el de Bursin y otro á quien no nombra la historia, que asistieron á este primer sermón, confesaron que se habian conmovido al oírle, y que habian formado mejor concepto de la fé católica que el que de ella habian tenido hasta entonces. En efecto: se observó que se abstuvieron en adelante de las chanzas que acostumbraban gastar sobre este objeto. En el discurso de esta historia se verán los frutos que produjo á su tiempo aquella primera simiente, y la bendición que Dios echó sobre ella.

Siguieron á aquel sermón algunos otros que le adquirieron una reputacion extraordinaria. Poseia á la verdad grandes prendas naturales, y adquiridas para este santo ministerio: tenia el aire grave y modesto, la voz fuerte y agradable, la accion viva y animada, y sin fausto ni afectacion. No se descuidaba de la elocuencia especialmente en los exordios, y acostumbraba decir, que si se hacia uso de ella para introducir el error, debia con

mucha mas razon emplearse en hacer triunfar la verdad, y en quebrantar la dureza de los corazones.

Estas cualidades exteriores que no son de despreciar, estaban sostenidas por una unción, en que se descubria claramente que comunicaba á los demas de la plenitud y abundancia que tenia en su corazon, y que se habia hecho discipulo de Jesucristo para llegar á ser maestro de los hombres. Antes de predicar tenia cuidado siempre de purificarse en la presencia de Dios con secretos gemidos y con fervorosas oraciones. Tenia continuamente presentes las palabras que el Salvador habia dicho de su precursor: *era una lámpara que ardia y alumbraba*; y ellas le habian enseñado que para poder lucir con utilidad y alumbrar á los demas con la palabra de la verdad, era necesario estar abrasado de amor de Dios, y de celo por la salvacion de las almas. Estudiaba á los pies del crucifijo tanto ó mas que en los libros, y estaba persuadido de que un predicador no podia sacar fruto sino se dedicaba á la oracion, y sino practicaba por si mismo el primero lo que enseñaba á los otros.

Pero por santas que fuesen sus ocupaciones y estudios, desde que vió que se acercaba el tiempo en que debia ordenarse de sacerdote, las abandonó enteramente para no ocuparse de otra cosa que de solo Dios. Destinaba antes de esta época muchas horas del dia al estudio de la teología escolástica y de la controversia. Cambió de método, y no se dedicaba mas que al estudio de aquella teología divina que se aprende por medio de la oracion y de la meditacion de la Escritura, en la que el único maestro es el Espiritu Santo. Habia aprendido por esperiencia que cuanto mas trata el entendimiento de conocer la grandeza de Dios por las sutilezas de las escuelas, tanto mas se aleja de su amor de la voluntad: que la verdadera sabiduría se adquiere por el temor de Dios, por la vida arreglada, por la práctica de las virtudes

cristianas, y por la continua meditacion de la ley de Dios: que muchos desean poseer un espíritu ilustrado, siendo así que desprecian la virtud y la justicia. Y como deseaba con mas ardor ser santo que sabio, seguia sobre este particular aquella máxima de San Agustin, que dice, que los que han apreadido de Jesucristo á ser dulces y humildes de corazón, adelantan mucho mas en el conocimiento de Dios con la oracion y meditacion, que con el estudio y la lectura.

En este concepto trabajaba en hacerse sabio por el mismo camino por donde llegaron á serlo los santos Padres; y sabiendo que Dios es la misma pureza, y que no puede ser mirado sino por ojos que sean puros, se dedicaba incesantemente á purificar su alma con el ejercicio de todas las virtudes, á fin de que se hiciese susceptible de las luces de Dios y de aquella uncion interior que enseña todas las cosas.

No es pues de admirar que habiendo entrado en el sacerdocio con tan santas disposiciones, recibiese con abundancia despues de su ordenacion la plenitud de aquel espíritu principal que hace el verdadero caracter de los sacerdotes y toda la fuerza de los Pastores, ni tampoco que cuantas veces celebrase el angusto sacrificio, notase en sus ojos y en su semblante un fuego que manifestaba exteriormente aquel, en que en lo interior se abrasaba su corazón.

Desde entonces se le vió huir con mucho cuidado de todo aquello que podia atraerle el aplauso de los hombres: contento con agradar á Dios, y atento únicamente á procurar su gloria, predicaba muy raras veces en las ciudades; pero se le veia recorrer las aldeas y las chozas para instruir á una infinidad de gentes pobres que vivian en el cristianismo casi sin conocerle. Se complacia á imitacion de Jesucristo en hablar con aquellas almas sencillas, y á las que encontraba tanto mejor dispuestas á recibir las luces del Evangelio, cuanto que su cora-

zón no estaba corrompido ni por la ambicion, ni por las riquezas, ni por las demas pasiones que son las fuentes corrompidas de la ceguedad y de la corrupcion del corazón.

Podia muy bien, como dice San Pablo, recibir á lo menos lo necesario de aquellas gentes á quienes repartia tan abundantemente las riquezas espirituales; pero preferia seguir el ejemplo del santo á usar del permiso que habia dado. Lejos de ser gravoso á aquellos pueblos les daba con liberalidad cuantiosas limosnas ó bien de su bolsillo, ó bien de las personas caritativas que se lo habian encargado. El desinterés es una de las cosas que mas pueden contribuir á autorizar el ministerio de los Prelados; por el contrario la avaricia y el interés, no dejan jamas de envilecerlos en el concepto de los pueblos, si estos conocen que tratan de enriquecerse á su costa, ó si aun lo mismo que deben de justicia se les exige con mucha dureza: y si se afecta sobre ellos un odioso dominio tan prohibido por la sagrada Escritura, no es posible que dejen de perder aquella estimacion y confianza tan necesarias para ganar los corazones, y para encaminarlos á pesar de la repugnancia de la naturaleza á la práctica de las virtudes cristianas. El desprecio sobreviene infaliblemente á la pérdida de la estimacion; el odio sigue al desprecio, y casi es imposible que dejen de arreglarse mas á los ejemplos que á los discursos de un Pastor, que obrase de un modo tan ageno de su ministerio.

No era el desinterés la única prenda que adquirió á Francisco la estimacion y la confianza de los pueblos: tenia una dulzura sin límites que nada era capaz de apurar: los miraba como á sus hijos, y vivia en medio de ellos como un padre: sensible á todas sus necesidades, lleno de compasion hácia los miserables, se hacia todo para todos para ganarlos á todos para Jesucristo. Así fué como en poco tiempo los alrededores de Ancey

cambiaron de aspecto, y se vió reflorcer la piedad en los mismos sitios en que la mezcla de los hereges habia casi introducido la irreligion.

Pero Francisco de Sales no dispensaba sus cuidados tan exclusivamente á los pueblos de la comarca que abandonase la ciudad de Annecy: visitaba en ella á los enfermos y á los presos: cortaba los pleitos, para lo que le sirvió mucho el conocimiento que tenia del derecho civil y canónico; y no omitia cosa alguna para extinguir las enemistades, y para reconciliar á los mas irreconciliables enemigos. Dios bendijo con particularidad los trabajos que emprendió con este objeto, y hubo pocos corazones que fuesen bastante duros para resistir á su dulzura y á sus modos caritativos é insinuantes.

Estableció aquel mismo año en Annecy una cofradía utilísima bajo el título de la cruz. Las obligaciones de los cofrades eran, instruir á los ignorantes, visitar y consolar á los enfermos, enseñarles el buen uso que podian hacer de sus enfermedades, y darles los medios de soportarlas cristianamente, amortajarlos y enterrarlos despues de su muerte; visitar, consolar y asistir á los encarcelados. Estaban obligados á mas á salir al campo á instruir y consolar á los pobres: debian sobre todo evitar los pleitos como otros tantos escollos en donde naufraga casi siempre la caridad cristiana: si se movian algunos á su pesar, tenian obligacion de cortarlos en cuanto estuyese á su alcance por mediacion de los mismos cofrades que debian emplear para el efecto todos sus esfuerzos; y se les recomendaba muy particularmente dar buen ejemplo, asistiendo á los divinos oficios y á las pláticas que se hacian en sus parroquias, porque Francisco de Sales jamas habia creído que las devociones particulares debiesen apartar á los fieles de las Iglesias, en donde habian recibido por el bautismo un nuevo nacimiento en Jesucristo, ni tampoco substraerlos á las instrucciones de sus legítimos Pastores.

Les compuso reglas é instrucciones llenas de prudencia y de piedad, pero compatibles con el estado laical que era el de la mayor parte de los cofrades. El fué el primer prior de la cofradía, pero lo era mucho mas por el ejemplo que les daba, que por el rango que ocupaba entre ellos; sin que haya habido jamas persona que menos haya afectado la superioridad que él, y que haya puesto mas cuidado en apartarse de todo aquello que puede lisonjear la propension natural, que tienen todos los hombres á elevarse sobre los demas. En fin las buenas obras de estos nuevos cofrades se divulgaron bien pronto por todas las provincias vecinas con tanta reputacion, que los pueblos de Aix y de Chambery establecieron cofradías en sus respectivas ciudades sobre el modelo de la de Annecy, y le pidieron las instrucciones y reglas que habia compuesto para el gobierno de sus cofrades.

La ereccion de la cofradía de la Cruz, dió margen á un ministro de las cercanías á escribir contra la veneracion que acostumbran tributar los católicos á aquella señal de nuestra redencion, cuya vista es tan á propósito para escitar en nuestros espíritus la memoria de la caridad infinita que pudo conducir á un Dios á derramar su sangre por los hombres.

Este escrito fué causa de que Francisco volviese á emprender de nuevo el estudio de la controversia que habia suspendido. Contestó al instante al ministro con una obra que poseemos entre las suyas, dividida en cuatro libros, y que tiene por título: el estandarte de la Cruz. Hace ver en ella que no es nuevo el honor que prestan los católicos á la Cruz: que los cristianos de los primeros siglos ya hicieron lo mismo, y da las pruebas de ello: que la adoracion en un cierto sentido, segun la misma Escritura sagrada, puede tributarse á las criaturas, pero que hay tambien uno por el cual solo á Dios es debida; este es el que está señalado en el decálogo: que los católicos no usan de la adoracion toma-

da en este sentido sino con respecto á Dios y que por esto no pueden ser idolatras, como les echan en cara los calvinistas; que en fin todo el culto que los católicos dan á la Cruz y á las cosas santas, no es sino relativo, y se refiere enteramente á Dios. No respondieron á este escrito, y los católicos miraron aquel silencio como una prueba de la excelencia de la obra de Francisco.

No teniendo mas enemigos que combatir, volvió á continuar sus primeros ejercicios. Nada habia mas arreglado, mas sencillo y mas uniforme que su método de vida. Evitaba cuidadosamente aquellas singularidades afectadas, que no tienden las mas veces sino á granjearse el aprecio de los hombres, aquellas puras esterioridades que en arreglando lo exterior no tocan al corazon, y no sirven sino de alucinar con una falsa apariencia de santidad. Era limpio, pero modesto en sus muebles, en su casa y en sus vestidos: tenia una conversacion dulce, agradable y divertida, sin afectacion ni fastidio, era bueno, y aun grande amigo, franco y sin artificio, pero no obstante prudente y reservado: se notaba en su casa y en sus ojos un aire tranquilo y sereno, verdaderas señales de la pureza y de la paz de su corazon. Era cortes y aun naturalmente culto, sabiendo manefarse muy bien en la sociedad, sin dispensarse jamas de los cumplidos regulares, pero sin llevarlos tampoco hasta la afectacion.

Acostumbraba decir que la verdadera piedad no excluye las virtudes civiles y morales, ni todas aquellas que generalmente pueden contribuir á hacer la sociedad dulce y agradable: que para ser devoto no es necesario ser sucio, desaseado, brusco, mal criado ni bárbaro, sin humanidad ni dulzura; que al contrario era menester ganar á los hombres con modales que les hiciesen amar la virtud: que una tristeza sombría y estremada no era el caracter de la verdadera virtud: que era preciso servir á Dios con alegría y con una santa libertad, y

que nada era más opuesto al verdadero cristianismo, que la opresion, y la violencia del espíritu: que este era el motivo porque Dios nos habia obligado á llamarle padre: que era necesario tener en él una tierna y filial confianza; y que podriamos confiar mucho en su bondad, siempre que no le dieseamos ocasion con nuestros pecados para usar de su justicia; que asimismo se debia creer que cuando se ve obligado á castigarnos lo hace á su pesar, siendo por naturaleza la bondad, y no siendo severo sino por los motivos que le damos nosotros mismos de ejercer su severidad.

Pero este exterior de Francisco en que no se notaba cosa alguna que no fuese muy comun, estaba sostenido interiormente por una inocencia de costambres, que no habia manchado jamas, por un corazon puro, desinteresado, sumiso á las órdenes de Dios, ocupado siempre de su presencia, lleno de ardor y de celo por su gloria, y únicamente penetrado del cuidado de complacerle y del deseo de poseerle.

Los que conocen el verdadero caracter de San Francisco de Sales, no hallarán que oponer á esta pintura que de él se acaba de hacer; su vida no es sino una prueba continuada de lo que acabamos de asegurar.

Entretanto la reputacion de Francisco se estendia por todas partes, y aunque él no apreciase el concepto del público sino con el fin de adquirir mayor confianza, y tener mas autoridad para aumentar la gloria de Dios, sin embargo aquella estimacion recaia á pesar suyo sobre su persona. Esto le atrajo de su Soberano una nueva señal de estimacion; volvió este á instarle nuevamente para que admitiese el cargo de Senador que en él habia provisto.

Se le hizo presente que en el desempeño de él hallaria medios de servir á Dios con más utilidad que en la vida privada: se le dieron á entender las injusticias que podia evitar, teniendo como tenia un talento despejado

y un corazón recto é incorruptible: se le habló de los pobres, que se sabia que despues de Dios era el mas caro objeto de su ternura; y se le dijo que así se hallaria en mejor disposicion para sostener sus derechos: se añadió á esto que aquel empleo no interrumpia en nada sus ejercicios de piedad; que antes por el contrario, su nacimiento, su virtud y su ciencia no podrian menos de darle mucha autoridad en el Senado, con lo que se hallaria en estado de proteger la inocencia y reprimir el vicio: finalmente se le presentó dicho empleo bajo los aspectos mas favorables que podia tener.

Pero el humilde Francisco persistió en su repulsa. Dió las gracias á su Soberano de un modo que aumentó la estimacion que tenia hácia él; y respondió á los que le habian hablado de su parte, que supuesto que Dios le habia llamado á servir en su Iglesia no debia en manera alguna contraer empeños que pudiesen distraerle de este deber: que el que no creyese que el ministerio eclesiástico puede ocupar totalmente á un hombre, no conocia la estension que es capaz de darle la caridad: que á la verdad estaba obligado á reconocer que Dios le habia dado bastante integridad y firmeza para no dejarse arrastrar á la injusticia; pero que ¿quién le respondia de que pudiese librarse siempre de las sorpresas á que se está tan continuamente espuesto en esta especie de empleos? que el tener que decidir sin apelacion de los bienes y del honor de los hombres era una cosa muy espuesta: que el mismo Jesucristo no habia querido juzgar la diferencia que habia entre dos hermanos por la sucesion de su padre: que estaba resuelto á seguir su ejemplo: que sobre todo, esto era lo mas seguro y conforme á la vida pacífica y apartada del ruido y del tumulto que habia abrazado, y en la que esperaba que Dios le haria la gracia de dejarle perseverar hasta la muerte.

El Conde y la Condesa de Sales se habian lisongeados de que no resistiria á aquella segunda tentativa; y como

no tenian las miras tan puras como su hijo, habian creído que despues que hubiese pasado el primer fuego de su devocion, seria mas tratable, y que no tendria ya tanta repugnancia en reunir dos cosas que de ninguna manera les parecia que fuesen incompatibles. La costumbre de casi todos los Reinos de la cristiandad en donde los eclesiásticos no tienen inconveniente en poseer las magistraturas, los ejemplos de tantos hombres célebres que las han desempeñado con la mayor integridad, y sin ningun perjuicio de su salvacion, y lo muy condescendiente que era Francisco con sus deseos, les habian persuadido que cederia á unas instancias apoyadas por las súplicas y por la autoridad del Soberano. Pero los caminos por donde lleva Dios á sus elegidos no son siempre los mismos; y si llama á algunos á los cargos públicos, inspira á la mayor parte una santa aversion hácia aquellos empleos ruidosos tan opuestos por si mismos á la paz del alma, y á la soledad de corazón, de que los mayores santos han hecho siempre sus mas caras delicias.

Dios tambien tenia miras particulares sobre San Francisco de Sales que no se acomodaban con el empleo que se le ofrecia. Estas exijian un hombre enteramente entregado á su servicio, y que no tuviese otro empeño que el de procurar su gloria y la salvacion de las almas. Esto es lo que se verá comprobado en el discurso de esta historia.

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO SEGUNDO.

Apenas habia abandonado la Religion católica la ciudad de Ginebra, y cambiado su forma de gobierno sublevándose contra su Obispo y contra el Duque de Saboya, que hacia largo tiempo que disputaban su soberania, cuando los suizos que habian contribuido á la ejecucion de estos dos proyectos, formaron el de despojar á los Duques de Saboya de las tierras que poseian en las cercanias de aquella pequeña república. Consistian estas en el pais de Vaud, en el Ducado de Chablais y en las Bailias de Gex, Terny y Gaillard.

La conquista del pais de Vaud era de tanta importancia para el canton de Berna, que era difícil que resistiese á la tentacion de apoderarse de él; y el Chablais y las Bailias cercaban de tal modo la ciudad de Ginebra, que era moralmente imposible que esta se mantuviese mucho tiempo en su pretendida independencia, sino se le hacia alejar al Duque de Saboya de su inmediacion, conquistando aquellos pequeños estados, que la tenían como sitiada. La guerra que se suscitó entre Francisco I y el Duque de Saboya, les dió ocasion para la ejecucion de su intento. El Chablais y las Bailias se conquistaron. La Religion católica fué desterrada y se cometieron todos los desórdenes que se han referido al principio de esta historia.

Ajustada la paz entre Henrique II hijo de Francisco

I, y Manuel Filiberto Duque de Saboya, se vieron obligados los suizos á volver al Duque el Chablais y las Bailias; pero se tuvo cuidado de incluir en el tratado la cláusula espresa, de que no podia volverse á restablecer la Religion católica. Las cosas permanecieron en este estado durante la vida de Manuel Filiberto; pero habiéndole sucedido su hijo Carlos Manuel, los ginebrinos que sufrían con la mayor impaciencia la vecindad de un Principe tan poderoso, indujeron á los suizos á quebrantar el tratado que habian hecho con su padre. Estos pusieron sobre las armas un ejército capaz de reconquistar el Chablais y las Bailias, y se apoderaron de ellas por segunda vez.

Aquella usurpacion no duró mas tiempo, que el que necesitó el Duque para formar un ejército. Los suizos y los ginebrinos demasiado débiles para resistirle, se vieron precisados á ceder. El Duque recobró lo que habia perdido, y puso guarniciones por todas partes que facilitasen en lo sucesivo el restablecimiento de la Religion católica. En efecto, el Duque no creyéndose ya obligado á la observancia de un tratado, que sus enemigos habian violado los primeros, y persuadido al mismo tiempo, de que mientras sus vasallos fuesen de una Religion distinta de la suya, no podria jamas estar seguro de su fidelidad, pensó seriamente en restablecer la Religion católica en el Chablais y en las tres Bailias.

Las victorias que habia conseguido sobre sus enemigos le ponian en estado de usar de la fuerza, asi como habian hecho ellos, para obligar á aquellos pueblos á abandonar la Religion de sus padres; pero prefirió el camino de la dulzura, ó mas bien creyó deber empezar por ella, reservándose el emplear medios mas fuertes, si aquella no era suficiente.

Bajo este concepto escribió al Obispo de Ginebra en 1594 que eligiese sugetos que fuesen buenos, sabios y de una conducta ejemplar, que tuviesen las cualidades

necesarias para trabajar con éxito en la conversion de los pueblos del Chablais y de la tres Bailías, les ofreció su proteccion; y que auxiliaria sus trabajos con todo quanto dependiese de su autoridad. Les envió al mismo tiempo los competentes despachos, que pudiesen hacer fé, de que aquellos misioneros trabajaban de orden suya, y mandó á los gobernadores de las plazas que les sostuviesen con todo su poder en las funciones de su ministerio.

Habiendo recibido el Obispo de Ginebra aquellas cartas de su Soberano, dió gracias á Dios, que al fin le abria el camino para ir á buscar unas ovejas que aunque descarriadas, no dejaban por eso de pertenecer á su rebaño. Reunió inmediatamente el clero de la catedral, el de la ciudad y el de los pueblos; y habiéndoles leído las cartas del Principe, les dijo que el Chablais y las tres Bailías, que eran la parte mas hermosa de la Diócesis de Ginebra y la mas poblada, gemian hacia ya mas de sesenta años bajo el yugo de la heregia; que Dios despues de haber abandonado aquellos pueblos por tanto espacio de tiempo al espíritu del error y á los deseos de su corazón, los habia mirado por fin con los ojos de aquella misericordia, que los mas grandes crimenes no son capaces de cansar: que el Señor habia tocado el corazón del Principe: que este se servia de su voz para invitarles á la conquista de aquellos desolados países; que sin hacerse reo de la mas vergonzosa prevaricación no se podía rehusar el escucharle y obedecerle: que pedía obreros para reparar las ruinas del pueblo de Dios; que él estaba pronto á marchar á su frente, y no pretendia que su edad ni sus indisposiciones le dispensasen de esta obligación: que los habia reunido para escoger los que debian acompañarle y trabajar bajo su direccion en esta santa empresa: que no ignoraba que en ella habria mucho que sufrir, pero que podía decir con San Pablo, que no le era tan cara su vida como su alma: que estaba

pronto á sacrificar aquella por cumplir con las obligaciones de su ministerio: que teniéndolos por asociados, creia que estarian poseidos de iguales sentimientos y disposiciones: que no se trataba de ir á descubrir tierras incógnitas, ni de predicar á pueblos cuya lengua y costumbres les fuesen desconocidas: que el asunto era trabajar en la conversion de unos compatriotas, vasallos de un mismo Principe, que vivían con poca diferencia bajo unas mismas leyes, y á los que el bautismo que habian recibido los llamaba naturalmente á volver al seno de la Iglesia, de que habian desertado: que no se debia mirar tanto al trabajo que se habia de tener, como á la recompensa que seguiria á sus fatigas; y que el mismo Dios que les llamaba al socorro de sus hermanos, les serviria de guia y seria su fuerza, su protector y su corona.

El discurso del Obispo bien lejos de infundir en los que le habian escuchado el mismo fuego de que estaba lleno, no hizo sino esparcir el terror en todos los corazones. Un triste silencio le sucedió: todos tenían los ojos bajos, y parecia que temian que al levantarlos se encontrasen con los de su generoso Prelado: la vista de las fatigas y de los peligros á que preveían que iban á esponerse los que fuesen elegidos para la mision del Chablais, impedía que hubiese quien se ofreciera á ir á ella, y bien lejos de seguir y apoyar el celo del santo Obispo, parecían todos prontos á abandonarle.

Solo Francisco de Sales se sintió conmovido de su discurso. En lugar de la sorpresa que se veía retratada en todos los semblantes, no se veía en sus ojos y en todo su aire mas que una santa emocion, y una celosa impaciencia de cooperar á las piadosas intenciones de su Principe y de su Prelado. Asi es que apenas el Obispo se volvió hácia él para preguntarle su parecer, cuando respondió, que no tan solo estaba pronto á seguirle, sino que se ofrecia si se le conceptuaba capaz de ello, á ser

él mismo el jefe de la mision: que se creia obligado á hacerle presente que su edad y sus achaques no le permitian esponerse á las penas y fatigas que acompañarian infaliblemente la empresa que se proponia: que si era Obispo tambien era hombre, y que debia considerar que no podia emprender sino lo que permitiesen sus fuerzas: que Dios no exigia otra cosa: que es verdad que recomienda la caridad en general, y á los Prelados con mas particularidad que á otro alguno; pero que recomienda tambien la discrecion, y quiere que el celo se deje conducir por la prudencia: que si se creia obligado á dar su vida por una porcion rebelde de su rebaño, no tenia menor obligacion con respecto á aquella que siempre habia conservado su fidelidad: que bastaba en esta ocasion que se trabajase bajo sus órdenes, y que imitase á Moises, que oraba en el monte mientras que Josue batallaba en la llanura.

Añadió, que no creia que fuese necesario enviar desde luego muchos misioneros dentro del Chablais: que un pequeño número bastaria para hacer la descubierta del pais, y sondear las disposiciones en que podrian hallarse los pueblos para volver al seno de la Iglesia católica: que segun el fruto que se hiciese podria enviar en lo sucesivo mayor número de ellos, y que el mismo Obispo podria ir á dar la última mano á aquella santa empresa: que él se ofrecia entretanto á ser el primero que entrase en las provincias sublevadas contra la Iglesia, y que no pedia sino un pequeño número de sujetos que fuesen buenos, que tuviesen firmeza y paciencia, y que no se apurasen con las primeras dificultades.

Habiendo convenido todos con el parecer de Francisco, y habiendo cedido el mismo santo Prelado á las representaciones que le hizo toda la asamblea sobre su edad y sus enfermedades, fué elegido Francisco para abrir la mision y para ser jefe de ella. Pero cuando se trató de darle compañeros no hubo otro que se ofreciese

á serlo, sino solamente Luis de Sales, de quien ya se ha hablado en el primer libro de esta historia. El Obispo de Ginebra no podia resolverse á dejar entrar á Francisco en el Chablais con tan poca compañía; pero habiéndole manifestado aquel santo misionero, que no necesitaba de mas para empezar aquella importante mision, cedió á sus razones, y la reunion se terminó con fervorosas oraciones por el feliz éxito de aquella santa empresa.

Se vió en esta ocasion alguna cosa parecida á lo que pasó en otro tiempo en Mileto con respecto á San Pablo. Conmovidos los fieles á vista de los peligros y aun de la muerte misma que amenazaba al Apostol si iba á Jerusalem, y de que le habia anunciado el Espíritu Santo que allí seria atado y cargado de cadenas, y que sufriría grandes trabajos, nada omitieron para disuadirle de un viaje que probablemente debia arrebatárle á la Iglesia; pero como vieron que permanecia inflexible en la resolucion que habia formado de ir, y que su celo le haria sobreponerse al miedo de los mayores trabajos, se sometieron al fin á las órdenes del cielo, y se despidieron de él con las lágrimas en los ojos, diciendo: *cumplase la voluntad del Señor.*

Habiéndose estendido por Annecy la noticia de que Francisco de Sales habia sido elegido para la mision del Chablais, y que él estaba resuelto á partir á la primera proporcion que se le ofreciese, sus amigos que juzgaban de lo que los hereges eran capaces de hacer para conservar su Religion por lo que habian hecho para establecerla, y que no dudaban que era esponerse á una muerte cierta el emprender casi solo y sin armas lo que el Duque de Saboya no habia podido lograr á la cabeza de un ejército, tocaron alarma. No hubo uno que no hiciese los mayores esfuerzos para retraerle de la resolucion que habia tomado. Le hicieron presente con la mayor viveza, (pero en vano) las fatigas y los peligros á que

se iba á esponer, y la poca probabilidad que habia de que saliese airoso en su empresa. Escribieron tambien al Conde y á la Condesa de Sales, de quienes debia ir precisamente á despedirse. Bien hubiera deseado hacerlo por cartas para evitar los ataques, que preveia tendria que sostener contra las dos personas, á quienes mas queria en el mundo; pero estando en el camino por donde habia de pasar el castillo de Sales, en donde sus padres habian fijado su residencia, no pudo evitar el ir en persona á cumplir con esta obligacion.

En aquella ocasion fué cuando tuvo que resistir á lo que hay mas tierno en los efectos de la naturaleza para conmover un corazon. El Conde de Sales, que no aprobaba en general la mision destinada al Chablais, y que desaprobaba aun mas particularmente que se hubiese elegido á su hijo y á su sobrino para una empresa de que no esperaba un buen resultado, hizo cuanto pudo para apartarles de su resolucion. Su edad, su esperiencia y los grandes negocios que con mucha prudencia habia manejado, le habian adquirido un aprecio y una autoridad que daba aun mas peso á sus razones. No anduvo en contemplaciones: trató la mision del Chablais de un desig- nio mal concebido y peor ejecutado, en el que entraba mas celo que prudencia, que podia tener fatales conse- cuencias, y del que racionalmente no podia esperarse fruto alguno: les representó vivamente los obstáculos que encontrarían, los peligros á que tendrían que esponerse, y la vergüenza que experimentarían de haberse comprometido á una empresa, en que habia tan poca apariencia de obtener un buen resultado. Añadió, que sino veia en sus propias manos las órdenes del Duque y del Obispo, no creia que dos sugetos tan prudentes hu- biesen aprobado semejante desigño: que él escribiria al uno y al otro, para hacerles presente los inconvenientes de la empresa, y para hacerles que tomasen medidas que fuesen mas justas para llevarla á cabo. Y que entretanto

les prohibia en uso de la autoridad que Dios le habia dado sobre los dos, el que pasasen adelante, y se obstinasen en continuar una empresa que era tan superior á sus fuerzas.

Mientras que el Conde hablaba de esta manera, la Condesa vertia unas lágrimas capaces de conmover un corazon menos sensible que el de su hijo. Pero la fé, que hace vivir al justo, aquella confianza en Dios, que forma sus sentimientos y que arregla todas sus acciones, fué causa de que Francisco haciéndose superior á todos los sentimientos de la naturaleza, les representase con su ordinaria dulzura, que á tomar las cosas del modo que ellos las tomaban, era preciso confesar que habia algo de extravagante en el desigño que habian concebido los Apóstoles, y que habian puesto inmediatamente en ejecu- cion tan felizmente de predicar el Evangelio á todas las naciones de la tierra, y de emprender la conversion del mundo entero: que habia mucha menos probabi- lidad de que doce pobres pescadores sin saber, sin elo- cuencia, sin bienes y sin apoyo, teniendo por enemi- gos á todas las potencias del mundo, saliesen ventajo- samente con una empresa semejante, que de que no se pudiese esperar un buen éxito de la mision del Cha- blais: que si los Apóstoles hubiesen escuchado todo lo que la razon humana podia oponer á un proyecto tan vasto, aun estaríamos sepultados en las tinieblas del pa- ganismo: que convenia en que habia mucha diferen- cia entre Luis de Sales y él, y aquellos grandes hom- bres que estaban llenos del Espiritu Santo, confirma- dos en gracia y con la facultad de obrar milagros; pero que tampoco habia comparacion entre lo que ellos em- prendieron y la mision en cuestion: que no se trataba sino de hablar de parte de Dios á unos pueblos que le adoraban, y de la del Príncipe cuya autoridad res- taban, á cristianos salidos de la misma Iglesia en que se les convidaba á entrar de nuevo; á cristianos que ha-

bían recibido el mismo bautismo, que admitían las mismas sagradas Escrituras, que profesaban los antiguos símbolos y que tenían tantas cosas comunes con nosotros, que no era de temer que les mirasen como extranjeros que venían á anunciarles divinidades desconocidas, y á quitarles la mayor de las esperanzas: que bien lejos de ser contrariados en su intento por las potestades de la tierra, las tenían en su favor: que la misma casa á que pertenecían, gozaba de mucha consideracion en el pais: que encontrarían en el Chablais deudos, parientes y amigos, que no permitirían que se usase de violencia con dos personas inermes, que no trataban sino de su salvacion, y que estaban revestidos de la autoridad del Soberano para procurarla: que convenía sin embargo en que no dejaban de ofrecerse dificultades en su empresa: que se les presentarían riesgos que correr, y fatigas que soportar: que también podría suceder que la muerte fuese la recompensa de sus trabajos, así como había sido la de los Apóstoles de quienes trataban de ser imitadores; pero que no se esponían á menores peligros en la guerra, y por un fin de mucha menos importancia; y que no debía extrañarse que ellos hiciesen para adquirir una corona inmortal lo que hacían todos los dias tantas gentes por una gloria perecedera que moría con ellos, y que muchas veces aun no se estaba cierto de poderla alcanzar. Aunque el Conde quedase convencido de las razones de su hijo, no por eso dejó de repetirle que si se creía llamado á la mision del Chablais, no trataba de oponerse á ello; pero que permitiese á lo menos que se tomasen medidas para su seguridad, y las precauciones necesarias para hacer valer la autoridad de la Iglesia y del Príncipe, que estaban espuestas á ser despreciadas de unos pueblos que tenían ya demasiada inclinacion á resistirse á ellas.

Pero Francisco, que no podía sufrir que se contase mucho con la prudencia humana, cuando se trataba de

los asuntos de Dios, respondió agitado, que era cosa bien particular que no estuviese bien visto el ser cobarde, sino cuando se trataba de la causa de Dios: que si él hubiese seguido la carrera de las armas, á la que parecía llamarle su nacimiento y su cualidad de primogénito, se le hubiera vituperado, si la vista del peligro le hubiera apartado de cumplir con su deber: que por el contrario habiendo abrazado el estado eclesiástico y habiéndose alistado en esta santa milicia en que hay obligacion de pelear, aunque con distintas armas, contra los enemigos de Dios y de la Iglesia, no se le hablaba sino de evitar el combate, de medidas y de precauciones, como si fuese menos vergonzoso el huir en esta suerte de choques, que cuando se trata del servicio de un Príncipe: que el brazo de Dios no estaba acortado ni disminuida su potencia: que no tenía necesidad del socorro de los hombres: que los mas débiles instrumentos le bastaban para conseguir las empresas mas grandes; y que dimanando igualmente de Dios la autoridad de la Iglesia y la del Príncipe, sabía muy bien donde prevenir, y donde evitar los tiros que tratasen de hacerles.

Habiendo dicho estas palabras se puso en disposicion de partir, y cogiendo por la mano á Luis de Sales, vamos, le dijo, á donde Dios nos llama. *Hay mas de una batalla en que solo se consigue la victoria con la fuga. Una detencion mas larga no serviría sino de debilitar nuestra constancia, y otros mas intrepidos que nosotros podrían muy bien ganar la corona que nos estaba preparada.*

Aturdido el Conde de la firmeza de su hijo, no tuvo valor para detenerle: contentóse con seguirle de lejos, y habiéndole perdido de vista, se volvió á consolar á la Condesa que estaba traspasada del mas vivo dolor, á vista de los peligros á que consideraba que iba á esponerse aquel hijo que la era tan querido.

Entretanto habiendo llegado Francisco á la frontera del Chablais, se sintió lleno de un nuevo celo, y poniéndose de rodillas, y derritiéndose en lágrimas rogó á Dios que bendijese su entrada y su permanencia en aquella provincia: que fuese él mismo su guía y su fuerza: que pusiese en su boca palabras de vida, y una caridad tan ardiente en su corazón, que pudiese resistir á las pruebas de las contradicciones de los hombres, y también á los obstáculos que los demonios serian capaces de oponer á la reunión de aquellos pueblos á la Iglesia católica, con que ellos venian á convidarles. Acabada esta oracion se volvió á Luis de Sales y abrazándole afectuosamente, le dijo: me ocurre un pensamiento: nosotros entramos en esta provincia á desempeñar las funciones de los Apóstoles; si queremos lograr fruto, nada estará demás de cuanto hagamos por imitarles. Despachemos pues nuestros caballos, andemos á pie y contentémonos como ellos con lo puramente preciso. Habiendo consentido Luis de Sales llegaron á pie á los Allinges: esta es una plaza fuerte y bien pertrechada situada en lo alto de una pequeña montaña separada de todas las demás. Allí residía el Baron de Hermance, gobernador de la provincia por el Duque de Saboya, y tenia sujeto todo el país por medio de una fuerte guarnicion que allí mantenía el Duque. Como era íntimo amigo de la casa de Sales en general, y de Francisco en particular, recibió á sus dos huéspedes con una alegría extraordinaria, y les hizo una acogida correspondiente al aprecio que les profesaba. Despues de los primeros cumplidos le entregó Francisco tres cartas; una del Duque de Saboya, otra del Obispo de Ginebra y la tercera del Conde de Sales.

Le mandaba el Duque de Saboya, que recibiese y apoyase con toda la autoridad que tenia en la provincia, á los misioneros que le enviaria el Obispo de Ginebra para trabajar en la conversion de los pueblos del Chablais. El

Obispo le decia los nombres de los que habia elegido para aquel destino y le rogaba que los tomase bajo su proteccion, y el Conde de Sales le exhortaba en nombre de la antigua é íntima amistad que mediaba entre los dos á que cuidase de su hijo y de su sobrino, y les ayudase con sus consejos y autoridad.

Habiendo leído aquellas cartas el Baron de Hermance, respondió, que ejecutaria puntualmente y con la mayor satisfaccion lo que le mandaba su Soberano y le encargaban sus mas caros amigos. En seguida los condujo á una azotea que estaba en lo alto del castillo desde donde se descubria toda la campiña; y haciéndoles ver los cañones en batería, y la guarnicion sobre las armas: yo espero, les dijo, que no tendremos necesidad de todo esto, si los calvinistas pueden resolverse á escucharos. Pero Francisco estaba ocupado de un espectáculo que le heria mas vivamente: reparaba por todos lados Iglesias derribadas, conventos arruinados, cruces echadas por el suelo, ciudades, aldeas y palacios destruidos, consecuencias funestas de la heregia y de la guerra que habia ocasionado esta á aquella hermosa provincia. A la vista de aquellos tristes restos de la Religion católica que tanto habia brillado en otro tiempo en el Chablais, no pudo detener las lágrimas, y ocupado únicamente de su dolor: Señor, exclamó, los pueblos se han sublevado contra vos y contra vuestro Cristo, han entrado en vuestra heredad, han profanado vuestros templos, abolido vuestro culto, y arruinado vuestro Santuario. Levantaos, Señor, juzgad vos mismo vuestra causa; pero sea en el tribunal de vuestra misericordia. Quedó en seguida un rato sin hablar, y vertiendo lágrimas en abundancia. Despues volviéndose al Baron de Hermance: hé aquí, le dijo, unos grandes males, es necesario un buen médico para curarlos.

Despues de esto se pusieron á tratar de lo que convendria hacer para salir felizmente de la mision que iban

á emprender. El Barón de Hermance les dió excelentes consejos sobre el particular. Este no tan solo era un hombre de mucho valor, á quien sus cualidades militares y los servicios hechos al estado habian grangeado el aprecio y afecto de su Príncipe, sino que tenia una experiencia consumada, y conocia mejor que otro alguno el genio de los pueblos que estaban á su cargo. Era además muy celoso por la Religión católica, y las pruebas que de ello habia dado, obligaron al Duque de Saboya á conferirle el gobierno del Chablais.

Les representó con mucha prudencia las dificultades de la empresa que iban á acometer, y lo que él creia que era preciso hacer para superarlas. Les dijo que tendrian que tratar con unos pueblos que eran buenos en el fondo, aunque sencillos y rudos, pero de una obstinacion invencible cuando llegaban á encapricharse en una cosa: que estaban persuadidos que la conservacion de su libertad y de sus privilegios dependia de la de su Religión: que esto solo era capaz para obligarles á emprender cualquiera cosa para sostenerla: que la vecindad de Ginebra y de los suizos, siempre dispuestos á favorecer su revolucion, les hacia atrevidos y emprendedores: que el continuo comercio que tenian con ellos, y la forma de gobierno eclesiástico que Calvino y sus discípulos habian introducido, les hacia ser enemigos del estado monárquico: que no obedecian sino á la fuerza al Duque de Saboya: que habian sacudido el yugo cuantas veces habian podido, y que lo harian todavia cuando creyesen que podian hacerlo con fruto: que el restablecimiento de la Religión católica disiparia con el tiempo las semillas de rebelion, y les haria que se aficionasen al fin á su legítimo Príncipe; pero que era necesario portarse con tanta mas precaucion, quanto que se habia hecho á aquellos pueblos una descripcion horrosa del catolicismo: que el Papa pasaba constantemente entre ellos por el Antecristo, los Obispos y los sacerdo-

tes por sus sectaces, la misa por una pública profesion de idolatria, los católicos por idólatras, y las leyes de la Iglesia por una tiranía insoportable: que á mas tendrian mucho que sufrir con los ministros, gente por la mayor parte orgullosa, y que miraban á aquellos pueblos como su conquista, y que pondrian en práctica todo quanto estuviese á su alcance para impedir que se les despojase de ellos.

El Barón de Hermance sacó en conclusion de todo lo que acababa de decir, que era necesario usar de mucho miramiento, dulzura y condescendencia, dedicarse á lo esencial, evitar toda singularidad, y tambien todo aquello que es capaz de inspirar un celo que no se deje gobernar por la prudencia: que necesitaban de mucha paciencia: que la menor precipitacion era suficiente para echarlo todo á perder, y que el tiempo y la bendicion que daria Dios á sus trabajos conducirian al fin todas las cosas al punto que podian desear.

Añadió, que era necesario empezar por Tonon, capital de la provincia, que no estaba tan distante de los Allinges que no pudiesen retirarse allí todas las noches: que á mas de que no podrian quedarse con seguridad en Tonon, no hallarian al principio quien se atreviese á hospedarles: que aun seria mas peligroso el tratar desde luego de decir misa: que él les ofrecia la capilla del castillo para que satisficiesen su devocion, y que allí se haria todo con mayor seguridad y decencia.

Francisco, que tenia el espíritu mas moderado y mas dulce del mundo, aprobó quanto el Barón de Hermance acababa de hacerle presente, se tomó apuntaciones de todo, que siguió despues con mucha exactitud, y partió para Tonon acompañado de Luis de Sales y un solo criado, cuyo celo y fidelidad tenia bien conocido. Su equipaje consistia en una maleta en la que no habia mas que una Biblia y un Breviario, la que muy á menudo llevaba él mismo: caminaba á pie con un baston en la

mano, y andaba todos los días dos leguas largas por un país muy áspero para volver á dormir á los Allinges: no salía de allí sin haber celebrado la santa misa, y haberse alimentado con el pan de los fuertes. Como era de un temperamento robusto, y desde joven se había acostumbrado á ayunar, se hizo en poco tiempo á sufrir el hambre, la sed y todas las fatigas que eran inseparables de un ministerio tan penoso como el que había tomado á su cargo. Su vestido era sencillo, pero nada tenía de afectado en su sencillez; y como era la costumbre de aquel tiempo el llevar botines, usaba de ellos ordinariamente; de suerte que siendo moda por entonces el llevar el pelo corto, y tener la barba cerrada se diferenciaba poco de los mismos seglares, que se preciaban de presentarse con decencia: esto le servía para tener entrada en casa de algunos calvinistas que conquistó después para la Iglesia. Otros misioneros que le enviaron en lo sucesivo por coadjutores suyos, habiéndose descuidado en tomar aquella precaucion, y habiéndose vanagloriado en no tener la menor condescendencia con aquellos pueblos, ni aun en las cosas mas indiferentes, hallaron mil obstáculos que tuvieron mucho trabajo en poderlos superar: tan cierto es que las cosas mas pequeñas con las personas que tienen prevencion contra otras, son capaces muchas veces de echar por tierra los mas grandes proyectos. Francisco de Sales acostumbraba decir por esta causa, *que no debía ser indiferente el unirse con teson á la práctica de las cosas indiferentes, cuando el prógimo no las miraba con ojos indiferentes.*

Por la misma razon de una caritativa condescendencia resolvió no usar jamas de términos injuriosos, hablando de los hereges y de su doctrina; y no oponer á sus ultrages y malos tratamientos sino una dulzura y una paciencia invencibles. Sus asociados en la mision del Chablais le vituperaron despues, y aun le acusaron

de demasiada condescendencia con los hereges, y de no haber sabido hacer valer suficientemente la autoridad del Príncipe, por quien todo el mundo sabia que estaba apoyado; pero estuvieron á pique ellos mismos separándose de su método, de arruinar el gran designio que se tenía de reunir aquellos pueblos á la Iglesia, el cual si salió bien en efecto, fué por la prudente conducta de Francisco, á quien se atribuyó despues toda la gloria.

La primera diligencia que hizo en cuanto llegó á Tonon, fué ir á visitar á los magistrados y entregarles las cartas que les escribía el Baron de Hermance. Su contenido era un extracto de las que le había escrito el Duque de Saboya con respecto á la mision del Chablais y de las Bailias; añadiendo por su parte que ponía á Francisco y Luis de Sales, á sus criados y todos los que pudiesen acompañarles en lo sucesivo, bajo su proteccion: que les encargaba que cuidasen de sus personas y les hacia responsables de todo cuanto pudiese atentarse contra ellos.

Los magistrados de Tonon recibieron aquellas cartas con mucho respeto en la apariencia, y prometieron obedecer lo que en ellas se les mandaba; pero habiéndose estendido esta noticia por la ciudad y sus cercanias, estuvo el pueblo á punto de sublevarse. Se decía públicamente que era necesario echar fuera aquellos enviados del Papa que venian á turbarlos en la pacífica posesion en que estaban de su Religion: que era preciso tratarlos de suerte que se les quitase la gana de volver otra vez: que la moderacion era peligrosa en una ocasion en que se trataba de perder la libertad de conciencia que tanto les había costado de adquirir: que el mismo Duque se vería obligado á disimular, y que el gran número de culpados impediría el hacer indagaciones, y el que se atreviese á tratar del castigo.

Mientras que pasaban estas cosas en Tonon, en Ginebra que no dista de allí sino cuatro ó cinco leguas, se

opinaba con mucha mas dureza contra los dos misioneros: se pretendia que habiendo violado el Duque de Saboya los últimos tratados de paz, enviándolos, no se estaba ya en la obligacion de cumplirlos: que era necesario implorar el auxilio de los suizos, que eran los que habian salido garantes de su cumplimiento: que se tenia derecho para volver á tomar las armas; y que entretanto era preciso deshacerse de los dos misioneros de cualquier modo que fuese, y que aun estaba permitido el matarlos, sino se les podia obligar de otro modo á que se retirasen.

Habiendo llegado aquellas noticias á Tonon aumentaron el furor del pueblo contra los dos misioneros, y llegaron las cosas á tal extremo, que alteraron la constancia de Luis de Sales. Este preguntó á Francisco, que, que trataba que hiciesen en medio de aquel pueblo amotinado, y qué apariencia habia de que fuesen escuchados: que si habia peligro en comparecer en público, era temeridad el determinarse á emprender ninguna otra cosa: añadió que no trataba de que se abandonase enteramente una empresa tan santa; pero que creía que era menester dejarla por entonces, hasta que se hubiesen tomado mejor las medidas, y que si sucedia que se violasen sus personas, la magestad del Príncipe y los derechos de la hospitalidad, se les acusaria de haber atraido la guerra á su patria por su indiscrecion, y que en cierto modo serian responsables de los daños que son sus regulares consecuencias.

Però Francisco, abrazándole con ternura, le dijo, que nada les habia sucedido que no debiesen esperar, que no pensase que él habia creído que aquellos pueblos vendrian á presentarse delante de ellos, y que renunciando de repente sus errores correrian en tropel para escucharles; y que todavia estaban tan sanos como cuando salieron de sus casas, y que antes de poner las manos en sus personas ya lo mirarian con detencion: que el pue-

blo tenia por costumbre meter mucho ruido, pero que cuando se tenia bastante serenidad para no asustarse, se acostumbraba por si mismo á las cosas que le habian parecido mas estrañas al principio: que sobre todo Dios habia sacado á sus siervos de peligros mucho mas grandes, y mientras que este Señor fuese su protector no debian temer cosa alguna del furor de los hombres, siempre impotente cuando trata de oponerle resistencia.

Añadió, que sin embargo creía que habian hecho suficiente por aquel dia, y que era conveniente volver á los Allinges á dar cuenta al Baron de Hermance de lo que habia pasado en Tonon. *Però me dejareis* (añadió con mucho agrado) *que yo le haga relacion; porque como el miedo hace ver los objetos mayores de lo que son en sí, temeria si vos la haciais, que el mal no pareciese mucho mas grande de lo que ha sido en efecto.*

Habiendo sabido el Baron de Hermance por ellos mismos el modo con que los habian recibido en Tonon, no fué de parecer ni de que se abandonase la mision, ni de que se dejase para otro tiempo; creyó al contrario que interesaba al honor del Duque de Saboya que no se interrumpiese; pero creyó tambien que era necesario proveer á su seguridad, y que no debia esponerlos á los insultos de un populacho ciego, obstinado en sus errores, y movido por los emisarios de Ginebra: para esto les ofreció una buena escolta de su guarnicion. Francisco la rehusó absolutamente, y protestó al Baron de Hermance que si se obstinaba en dársela, primero abandonaria la mision que sufrir que se hiciese la menor violencia á los de Tonon, ó que se les diese motivo para publicar que se habia querido usar con ellos de la fuerza. Añadió á esto, que ellos habian entrado de Apóstoles en el Chablais: que trataban de continuar del mismo modo que habian empezado, y que no emplearian jamas otras armas contra los hereges que las de la palabra de Dios.

que convenia en que los Principes temporales se habian visto precisados muchas veces á echar mano de las otras, y que habian obtenido un buen resultado; pero que no era lo mismo con las personas de su caracter, que hacian funcion de Apóstoles, y que debian por consiguiente imitar su conducta.

El Baron de Hermance respondió que él daria á entender á la ciudad de Tonon que la escolta que trataba de darles no estaba destinada para sujetarla, sino solamente para contener al pueblo en los límites del respeto, é impedirle que se llevase á un estremo que podria tal vez acarrear su ruina. Pero Francisco permaneció firme en su negativa; y todo lo que pudo lograr el Baron de él, fué que antes de que volviese á Tonon, le permitiera escribir una carta al Ayuntamiento para hacerle conocer sus verdaderos intereses; y haciéndole responsable nuevamente de todo lo que ocurriese contra sus intenciones y las de su Soberano, y que no volveria á marchar sin que hubiese recibido la respuesta de aquella carta.

En consecuencia de esta resolucion el Baron de Hermance escribió al Ayuntamiento de Tonon, que el Duque de Saboya al enviar á Francisco de Sales á su provincia no habia tenido la intencion de dar un golpe á la libertad de conciencia, ni á ningun otro de sus privilegios: que la prueba de que no pensaba en violentarlos era que no habia enviado sino dos simples sacerdotes, sin comitiva, sin tren y sin otras armas que las de la palabra de Dios: que habiendo sido ellos y sus aliados los primeros en violar el tratado que espresaba que no se innovaria cosa alguna en la Religion, el Duque de Saboya no estaba ya obligado á observarlo: que sin embargo tenia á bien no usar de violencia con respecto á ellos y dejarlos en una entera libertad sobre un punto tan importante; pero que habia muchas personas dentro del Chablais, que deseaban ser instruidas en la Religion cató-

lica, que no habian abandonado sino por la violencia, que con ellas se habia usado para conseguirlo: que el Duque trataba de que estas pudiesen estar en entera libertad, y que para esto era necesario que hubiese en el pais sugetos capaces de instruirlos: que ellos no hablaban mas que de libertad de conciencia, pero que en la realidad no la querian, puesto que no podian sufrir que aquellos que se sintiesen inclinados á abrazar la Religion pudiesen hacerlo con toda seguridad: que él les declaraba entretanto que el Duque tomaba aquellas personas bajo su proteccion: que consentia en que Francisco de Sales pudiese predicar sin embarazo alguno la doctrina católica: que no se obligaria á persona alguna á que fuese á oírle, pero que tampoco era justo que se les impidiese hacerlo á aquellos que quisiesen ir; les decia en fin que les hacia responsables desde entonces de todo el daño que pudiese sucederle á Francisco de Sales, y á todos aquellos que en lo sucesivo pudiesen ser asociados suyos.

El Ayuntamiento respondió á aquellas cartas, echando toda la culpa de lo que habia pasado al populacho, de quien no siempre se es dueño en las ocasiones imprevistas como era aquella de que se trataba, y prometiéndole emplear su autoridad para que se llevasen á ejecución las intenciones del Principe con todo el respeto que le era debido.

En efecto, habiendo vuelto Francisco á Tonon fué recibido con mucha mas atencion que la vez pasada; pero no tardó mucho tiempo en conocer que se habia prohibido secreta y muy rigurosamente el irle á escuchar, y el tener trato alguno con él. Ejecutóse esto tan puntualmente, que se encontró tan desamparado y solitario en medio de Tonon, como si hubiese estado en medio de un desierto: no dejó por eso de ir todos los dias desde los Allinges con tanta puntualidad como si hubiese tenido que desocupar allí negocios de la mayor

importancia, sucediéndole muy á menudo el salir con un tiempo tan malo y pesado, que los paisanos mas robustos no se hubieran atrevido á ponerse en camino. La lluvia, la nieve, los hielos mas terribles, y aun la misma noche no le impedían el marchar. El frio se apoderaba de él algunas veces hasta dejarle casi sin movimiento y ponerle próximo á morir; pero nada era capaz de detenerle, y menos de mitigar su celo. Se tenia por conveniente algunas veces el hacerle presente los riesgos inminentes y demasiado inútiles á que se esponia; pero él respondia siempre con aquellas palabras del Salvador: *¿no sabeis vosotros que yo no estoy aqui sino para cumplir los encargos de mi Padre que está en el cielo?* Añadia despues, que solo Dios sabia el tiempo y el momento que habia señalado para la conversion de aquel pobre pueblo: que llegaria cuando menos se pensase; y que asi él debia estar siempre dispuesto para aprovecharle.

El invierno de aquel año fué tan riguroso y tan excesivo el frio, que los pies y piernas se le llenaron de grietas: le sucedió en este mismo tiempo una cosa aun mas extraordinaria, y que hubiera resfriado un celo que hubiese sido menos ardiente que el suyo. Un dia que habia salido de Tonon mas tarde de lo que tenia de costumbre para volverse á los Allinges, le sorprendió la noche y perdió el camino, y despues de haber andado inútilmente un largo trecho, llegó muy tarde á un pueblo en que todas las casas estaban cerradas. La tierra estaba cubierta de nieve, y el frio era tan grande que aun durante el dia se habian visto obligados los paisanos á permanecer encerrados en las casas con sus ganados: llamó á todas las puertas, rogando á los que estaban dentro por todo aquello que era mas capaz de moverlos á compasion, que no le dejasen perecer de frio; pero ellos no quisieron abrirle porque todos eran calvinistas: y para colmo de su desdicha su criado le habia llamado por su nombre, creyendo que al oirle aquellas gentes

le tendrían alguna consideracion; pero Dios que no abandona jamas á los suyos, hizo que diesen en este conflicto con el horno del lugar que aun estaba caliente: se acomodaron en él como pudieron y esto les libró de perder la vida como infaliblemente hubiera sucedido á no haberle encontrado.

Otra vez estuvo á pique de perecer por la dureza de los habitantes de otro pueblo: llegó á él de noche en medio de una copiosa lluvia; pero no pudo lograr por mas súplicas que hizo, que se le diese cubierto en donde refugiarse, y se vió precisado á pasar la noche sufriendo la lluvia, alabando á Dios como los Apóstoles porque le habia juzgado digno de padecer algo por la gloria de su nombre.

Tan enfadosos contratiempos hubieran obligado á otro menos sumiso á las órdenes de Dios, y menos celoso de su gloria, á tomar precauciones para evitar semejantes incomodidades. Pero Francisco incapaz de contemplar su vida cuando se trataba de la salvacion de las almas, se vió aun en algun tiempo despues en un peligro que no fué mucho menor que los dos que acaban de contarse. Como se retirase á los Allinges, encontró á la salida de Tonon un calvinista que le esperaba, el cual le dijo que se sentia conmovido á vista de sus buenos ejemplos, de su paciencia y dulzura, y de las grandes incomodidades que pasaba todos los dias para lograr la salvacion de un pueblo de quien era tan mal correspondido: que comparando su método de vida con el de sus ministros habia creído que la pureza de la doctrina podria estar muy bien de la parte de los que profesaban aquellas costumbres: que se dirigia á él para que le instruyese, y le pedia por la sangre de Jesucristo derramada por la salvacion de su alma, que tuviese piedad de él, y que no desiriese su instruccion.

La noche se acercaba y era tanto mas peligrosa la detencion para Francisco, cuanto que tenia que atravesar

sar un bosque; parecia pues lo mas natural el dejar aquella instruccion para el dia siguiente. Este era el parecer de Luis de Sales, y aun el mismo criado que nunca le abandonaba y que habia corrido con él tan grandes peligros, le suplicaba que marchasen inmediatamente. Pero Francisco le respondió que nadie estaba seguro del dia de mañana, y que él tendria toda su vida el remordimiento de haber descuidado la salvacion de un alma por la aprension de males, que no sucederian tal vez, y de los que Dios tendria la bondad de librarlos.

Sucedió lo que Luis de Sales habia previsto: Francisco se detuvo tanto rato con el calvinista, que les cogió la noche á la entrada del bosque, habiéndose puesto tan obscura que les fué imposible encontrar el camino: entretanto los ahullidos de los lobos, los gritos de los osos y de las demas bestias feroces, que se oian en las montañas vecinas formaban un contraste tan terrible, que era imposible dejar de asustarse: el criado se memoria de miedo, y Luis de Sales no estaba mucho menos exento de él. Solo Francisco lleno de confianza en Dios los consolaba, y les prometia de su parte que les sacaria de aquel peligro, asi como habia librado á Daniel en el lago de los leones, en donde corria un peligro mucho mas grande que aquel á que ellos se veian espuestos por no haber querido rehusar á un alma el socorro que les habia pedido en su nombre. Habiendo salido entonces la luna, vió que no lejos de donde estaban, habia un edificio arruinado, que aun conservaba un pedazo de techo, que podia ponerles al abrigo de las inclemencias del tiempo. Entraron en él y pasaron allí el resto de la noche; pero á Francisco le fué imposible el lograr un momento de reposo: la luna que se habia aclarado mucho, le hizo reparar que aquellas ruinas eran las de una Iglesia que habian destrozado los hereges: aquella vista le representó vivamente en su espí-

ritu el deplorable estado en que se hallaba la Religion en el Chablais: los templos destruidos, los sacerdotes echados de ellos, abolido el antiguo culto, triunfante la heregia, desterrada la verdad, la ceguedad del pueblo, su dureza y su casi invencible obstinacion en resistir á la voz de Dios, que los llamaba al seno de la Iglesia católica, de donde los habian arrancado tan violentamente el error y la seduccion, todo esto llenaba su corazon de amargura. En esta situacion sentado sobre las ruinas de aquel templo, como en otro tiempo Jeremías en las de Jerusalem, penetrado como aquel Profeta de un santo dolor, exclamó como él á poca diferencia, diciendo: *¿qué se han hecho aquellos solitarios que poblaban en otro tiempo estos desiertos, y que hacian resonar en ellos noche y dia las alabanzas del Señor? ¿Adonde estan aquellas vírgenes que seguian por todas partes al cordero sin mancha? ¿aquellos sacerdotes ocupados en su servicio, aquellos templos dedicados á su gloria? ¿Cómo se ha obscurecido el oro? ¿cómo las piedras del Santuario estan desparramadas por la entrada de todas las plazas públicas? ¿A quién os compararé yo hija de Jerusalem? ¿á quién diré yo que habeis venido á pareceros ó virgen hija de Sion? ¿Cómo os podré yo consolar? porque vuestro dolor es grande como el mar. ¿Quién podrá dar algun remedio á vuestros males! Vuestros Profetas no han tenddo para vos sino visiones falsas y extravagantes: no os han descubierto vuestra iniquidad á fin de escitaros á la penitencia: ellos no han visto para vos en sus visiones sino falsas glorias y falsas derrotas de vuestros enemigos: Jerusalem, Jerusalem, convertios en fin al Señor vuestro Dios.*

El dia halló á Francisco ocupado en aquellos santos pensamientos: despertó á sus compañeros que se habian dormido, encontraron el camino, y llegaron por fin á los Allinges. Aquellos que llenos del espíritu inmundo

son incapaces de conmovirse vivamente con otros objetos que con los de sus pasiones, tendrán dificultad en creer que se pueda ser tan sensible á los intereses de la gloria de Dios. Pero los hombres apostólicos, aquellos que han gustado cuan bueno es el Dios de Israel para los que tienen un corazón recto, no hallarán cosa alguna en lo que acaba de decirse que no sea muy conforme á lo que han experimentado en sí mismos en ocasiones semejantes á esta. Sea de esto lo que fuere, estos son los sentimientos, y á poca diferencia las palabras que los historiadores de San Francisco de Sales ponen en su corazón y en su boca, cuando pasó la noche dentro de aquella Iglesia arruinada.

Pero si estos trabajos parecían inútiles con respecto al pueblo de Chablais, no lo eran en lo tocante á la guarnición de los Allinges: su piedad, su celo por la salvación de las almas, y su estremada dulzura le habían adquirido la estimación y la confianza de oficiales y soldados: se servía de ellas para ganarlos para Dios, y hacer reinar entre ellos su temor y su amor: empezó por convertir á la fé católica algunos soldados calvinistas que habían sentado plaza con los otros, y bendiciendo Dios sus desvelos, su conversión fué tan verdadera que cambiaron enteramente de vida, y fueron tan arreglados en sus costumbres, como se habían vuelto en su creencia. Ellos mismos ayudaron á conducir los soldados á una vida mas arreglada.

Tres grandes desórdenes reinaban por entonces entre las gentes de guerra; la blasfemia, los desafíos y la embriaguez. Francisco emprendió el remediarlos, y el éxito sobrepujo á sus esperanzas. Cuentan sus historiadores que arregló tan bien aquella guarnición, que los oficiales y los soldados mas parecían religiosos que militares: no es esto decir, que los encaminase á la práctica de las virtudes que eran ajenas de su profesión: jamas hombre alguno ha sabido mejor que Francisco de Sales di-

rigir á cada uno según su estado. Pero les inspiró tan fuertemente el temor á los juicios de Dios, y les persuadió tan bien que cuanto mas les esponía la profesión de las armas á perder la vida, tanto mas debían hallarse en estado de no temer las funestas consecuencias de una mala muerte, que les cambió en otros hombres, y les inspiró aquella rectitud de corazón y aquella piedad sincera, que bien lejos de ser incompatibles con el denuedo y el valor, no contribuyen poco á aumentarlo y hacerlo resaltar con mucho mayor brillo.

Se vió en aquella ocasión una cosa algo parecida á lo que pasó en tiempo de los Apóstoles en la conversión de los gentiles. Las gentes de guerra fueron los primeros llamados á la fé en la persona de Cornelio capitán de cien hombres, y en las de algunos de sus soldados: queriendo Dios hacer ver con esto que no hay estado que sea incompatible con la santidad. Del mismo modo la conversión del Chablais empezó por la de la guarnición de los Allinges, como si Dios hubiera querido autorizar la misión á Francisco, haciendo que sus progresos fuesen tan conformes con los de la misión de los Apóstoles.

Llegó por fin el día que Dios había destinado para la conversión del Chablais: Ginebra se opuso á ella por medio de sus emisarios; y los ministros calvinistas opusieron en vano mil obstáculos para que no llegase á efecto con sus maquinaciones, calumnias y pláticas sediciosas. Pero no hay fuerza ni consejo que pueda impedir la ejecución de lo que el Señor ha resuelto una vez; y el medio de que se vale sobre los corazones obtiene tanto mas infaliblemente el efecto, cuanto que viniendo de una causa Todopoderosa, no deja de acomodarse con su libertad.

Por prevenidos que estuviesen contra Francisco los habitantes de Tonon, no dejaba por eso de admirarles su piedad, su dulzura, su invencible paciencia y aquel infatigable celo por la salvación de las almas. En vano

los ministros calvinistas atribuían todo lo que hacía á una ambición oculta que se dirigía á sus fines por un camino áspero á la verdad, pero que conducía á ellos tanto mas infaliblemente, quanto mas parecia que se alejaba de ellos: el ruido de su virtud, su desinterés, y aun el mismo poco cuidado que tenía de refutar las calumnias con que se esforzaban en denigrarle: el apoyo del Príncipe con que contaba, y de que se valía tan poco: su confianza en Dios que parecia fuese su única esperanza: la inocencia y la sencillez de sus acciones, tan distantes de las miras y pretensiones humanas, hablaban tan claramente en su favor, que los mas endurecidos no pudieron menos de escucharle.

Por otra parte, como los oficiales y soldados de la guarnicion de los Allinges iban tan á menudo á Tonon, hablaban de su virtud y de sus eminentes cualidades con una libertad que era imposible impedir. Pero su conducta hacia su elogio de un modo mucho mas convincente. En lugar de aquella licencia desenfrenada, de aquel libertinage de que se gloriaban anteriormente, de las blasfemias que causaban horror, y de los desafíos tan frecuentes que arrebatában á Dios tantas almas, y tantos buenos vasallos al Príncipe y al estado, se les veía moderados en sus discursos, modestos en sus acciones, dulces, justos, sumisos á las leyes, y tanto mas exactos en el cumplimiento de su deber, quanto que obraban por motivos mas puros y elevados; y que hacían por conciencia lo que hasta entonces no habían hecho sino por un respeto puramente humano. No se podía menos de admirar este cambio en donde se veía tan claramente la mano del Todopoderoso. Pero tampoco se podía menos de apreciar el instrumento de que Dios se habia servido para producirlo. Así era como preparaba los corazones en favor de su siervo, y le abría el camino á las grandes empresas que vamos á contar.

En efecto, habiendo notado Francisco que la aver-

sion que le tenía el pueblo de Chablais, disminuía diariamente, y que no se evitaba el encontrarle con tanto cuidado, creyó que podía ir á las casas de los particulares á hacerles visitas de atención; no hablaba en ellas sino de cosas indiferentes y se contentaba con acostumbrarlos insensiblemente á que oyesen sin disgusto su conversacion. Ello es cierto, que su estremada dulzura la hacia tan amena, que en oyéndole, no era fácil resistir á sus razones. Se estaba prevenido en su favor desde que abría la boca, y ganaba al mismo tiempo la estimacion y el aprecio de los que visitaba sin que fuesen dueños de poder obrar de otro modo. Los modales bruscos y dominantes de los ministros contribuían á hacer resaltar los suyos, y la dureza con que le trataban, cuando se encontraban con él, y las injurias de que le colmaban, no servían sino de hacer brillar mas su moderacion y dulzura, y de adquirirle una nueva estimacion en los espíritus de aquellos, que todos los dias eran testigos de los arrebatos de sus contrarios y de la paciencia con que él los sufría.

Estaban las cosas en este estado, cuando vinieron á decir á Francisco, que dos caballeros conocidos suyos acababan de salir de la ciudad al campo para batirse en desafío. Corrió al instante al sitio con aquel celo que nunca le abandonaba. Estaban ya dándose terribles golpes, y el furor que se veía retratado en sus semblantes no dejaba lugar á dudar que aquel combate no terminaría sino con la muerte del uno de los dos combatientes ó tal vez con la de los dos. Francisco los separó con esposicion de su vida, y supo representarles tan vivamente la enormidad de aquellas peleas particulares que igualmente condenan las leyes divinas y humanas, y el peligro á que se habían puesto de perderse eternamente por un punto de honor mal entendido, que los reconcilió allí mismo, y les obligó á que se abrazasen. Pero la gracia que Dios habia como vinculado á su ministe-

rio, hizo aun alguna cosa mas, cambiándolos en otros hombres. Los dos hicieron con él una confesion general de sus pecados y mudaron enteramente de vida. El uno de ellos en particular mas vivamente conmovido que el otro, abandonó el mundo, y se retiró á una casa de campo bastante hermosa que tenia cerca de Tonon. Esto era todo lo que le habia quedado de sus bienes.

Allí, desengañado de todos aquellos vanos objetos, por los que tantas veces habia estado á pique de perder su alma, repasaba en la amargura de su corazon aquellos dias desgraciados que habia pasado en el abandono de Dios, y en el olvido casi total de su salvacion. Francisco, que le habia ganado para Dios, y que era el que le habia aconsejado aquel retiro no le perdía de vista, é iba á visitarle todos los dias. Sabia que las personas recién convertidas tienen necesidad como los árboles jóvenes de ser cultivados con mas esmero, y que casi siempre es peligroso el dejarlos abandonados á sí mismos. Pero lo que hubo en esto de particular fué que le infundió una virtud parecida á la que él profesaba. De soberbio, vengativo y arrebatado, se volvió dulce, sufrido, condescendiente y atento. Como era ya algo entrado en edad le fué preciso para esto vencer hábitos inveterados; sin embargo la práctica de las virtudes contrarias á su temperamento é inclinaciones parecia serle tan natural, que no se notaba en él que se hiciese violencia al practicarlas.

Como aquel caballero habia servido mucho tiempo en el ejército con grande reputacion, y habia adquirido en él aquella esperiencia tan necesaria en la mayor parte de los negocios de la vida civil, la nobleza de los alrededores, y las personas mas visibles de Tonon le visitaban con mucha frecuencia. Les hablaba á estos mostrándose muy reconocido á la gracia que Dios le habia hecho, manifestando tambien un particular aprecio á Francisco, que era el instrumento de que el Señor se ha-

bia servido para retirarle de sus estravíos: semejantes conversaciones hacian entrar á los que las escuchaban en ganas de conocer á Francisco y de hablar con él. Francisco ayudaba sus intentos; y apoyando el mismo Dios sus santas intenciones, se volvió aquella casa el punto de reunion de todos aquellos á quienes habia tocado el Señor en el corazon.

Francisco empezó á tener en aquella casa conferencias arregladas. Hizo convenir desde el principio á la reunion, en que el cisma era uno de los mayores males que podian suceder á la Iglesia: que nunca podia haber razones poderosas para separarse de ella, y que esto solo era capaz de perder para siempre á los que habian sido los autores de la separacion, á los que los habian seguido, y á los que permanecian apartados todavia del gremio de la Iglesia: que si aquellos que habian sido los primeros en salir del seno de la Iglesia católica habian cometido una falta, los que no habian hecho sino seguirles estaban obligados á volver á entrar en ella, y que no habia ni intereses temporales, ni relaciones, ni contemplaciones humanas, ni aprecio á sus Pastores, ni ternura hácia aquellos que habian mirado hasta entonaces como hermanos suyos, ni temores ni amenazas, ni malos tratamientos, que pudiesen dispensarles de esta obligacion.

Sostuvo en seguida que no les sucedia á ellos con respecto á la Iglesia católica como á las otras sociedades que hacen profesion de creer en Jesucristo: que sus padres habian vivido en el catolicismo, y en él habian muerto: que muchos de entre ellos mismos habian recibido el bautismo: que ellos habian sido criados y educados en su seno y que le eran deudores de las sagradas Escrituras que ella les habia conservado y puesto en sus manos: añadió, que él no queria hacer valer ni la estension, ni la antigüedad, ni la sucesion del ministerio, que eran sin embargo señales tan esenciales de la

verdadera Iglesia; pero que ellos no podían negar que había una crueldad estremada en condenar á las llamas eternas sin conocimiento de causa á aquellos de quienes habían recibido la existencia, y una injusticia manifiesta en pronunciarse sin oírlos contra una Iglesia con quien á pesar del odio que la profesaban, tenían tan grandes obligaciones.

Que esto era tanto mas injusto, quanto que aquella Iglesia se lamentaba altamente del agravio que se le hacía, que se la acusaba sin fundamento de haber alterado el depósito de la fé y abandonado la creencia de sus padres, y que se hacían de ella tan horrorosas pinturas que la desfiguraban y hacían que sus hijos la desconociesen: que él estaba pronto á vindicarla hasta la última evidencia, y de un modo que convenciese aun á las personas mas ignorantes, puesto que no necesitaba para esto sino esponer pura y sencillamente su verdadera doctrina.

Como lo que Francisco de Sales trataba de persuadirles era tan justo, fué escuchado con la mayor detencion; se aprovechó de ella, y prosiguiendo su discurso, les dijo, que hacia mucho tiempo que se acusaba á la Iglesia católica de ser idólatra, de destruir la mediacion y la satisfaccion de Jesucristo, y de rendir á los santos, á sus imágenes y reliquias, un culto que no les era debido. Los que asistian á la conferencia convinieron en que estos eran en efecto los principales motivos de su separacion. Francisco de Sales replicó, que no se necesitaban menores para autorizar un cisma que habia causado tantas revoluciones, hecho verter tanta sangre, y cuyas consecuencias habían sido tan funestas; pero que por desgracia de los que lo habían promovido, sus acusaciones eran falsas, y la Iglesia católica no era culpable en todos aquellos cargos. Que para convencerse de esto no era menester mas sino aprender sus verdaderos sentimientos sobre aquellos puntos, no de

sus enemigos, cuyo principal objeto era el desfigurarla, sino de ella misma.

Que él les declaraba en su nombre, y estaba pronto á sellarlo con su sangre, que la Iglesia católica no adoraba mas que á un solo Dios, Criador y Señor de todas las cosas: que hacia consistir aquella adoracion principalmente en creer con una fé constante, humilde y sumisa, lo que el Señor se ha dignado revelarnos: en unirnos á él por la esperanza, y en amarle sobre todas las cosas con todas las potencias de nuestra alma como á solo y verdadero bien, y que puede solo con su posesion hacer nuestra eterna felicidad: que la Iglesia miraba todo lo que no era Dios como unos seres limitados y dependientes, que todo lo habían recibido de él, y que bien lejos de creer que fuese permitido usar de la adoracion que á solo Dios es debida, con respecto á cualquiera otra cosa, fuese de la clase que fuese, la Iglesia católica la condenaba como una abominable iniquidad.

En quanto á la mediacion de Jesucristo, les dijo, que la Iglesia católica muy lejos de destruirla, hacia profesion de debérselo todo, que no creia tener vida, ni esperanza sino en Jesucristo solo: que todo lo pedia, todo lo esperaba, y de todo daba gracias por él mismo; y que ponía toda la esperanza de su salvacion en aquel mediador entre Dios y los hombres. Añadió, que ademas creia, que todos nuestros pecados nos son perdonados por una pura misericordia de Dios por respeto de Jesucristo: que nosotros debemos á una liberalidad enteramente gratuita la justicia que está en nosotros por el Espíritu Santo: que todas las buenas obras que hacemos, son otros tantos dones de su gloria: que la vida eterna debe proponerse á los fieles como una gracia, que se les ha prometido misericordiosamente por medio de Jesucristo, Salvador y Redentor de todos los hombres, y como un premio que se da fielmente á las buenas obras en virtud de aquella promesa. Que la Iglesia católica en-

señaba al mismo tiempo que aquellas buenas obras son dones de Dios, que nada podemos por nosotros mismos, pero que todo lo podemos en aquel, que nos fortifica, y que toda nuestra confianza debe estar en Jesucristo.

Jamas ha habido una sorpresa semejante á la que experimentaron los calvinistas, que asistian á aquella conferencia: habian oido toda su vida atribuir á la Iglesia católica sentimientos muy diferentes de aquellos, que Francisco protestaba que eran los suyos: ellos habian oido acusarla por sus ministros de tributar á las criaturas un culto que no era debido sino á Dios; de destruir la mediacion de Jesucristo, dándole coadjutores cerca de Dios; de elevar demasiado el libre alvedrío á espensas de la gracia, y de debilitar la satisfaccion del Salvador por la doctrina que enseñaban de la necesidad de las buenas obras para lograr la salvacion.

Pero su admiracion fué mucho mayor, cuando Francisco añadió, que la Iglesia católica enseñaba tambien que Jesucristo Dios y hombre era el solo capaz por su dignidad infinita, de ofrecer á Dios una satisfaccion suficiente por nuestros pecados: que aquella satisfaccion era infinita: que el Salvador habia pagado todo el precio de nuestro rescate: que nada faltaba á aquel precio, puesto que era infinito y que las reservas de las penas que hace en la penitencia, no provienen de ningun defecto en el pago, sino de un orden que ha establecido para contener á los hombres en su deber con justos recelos, con una satisfaccion proporcionada á los escándalos que pudieran dar, y con una saludable disciplina.

Esta última aclaracion acabó de dar á los que asistian á la conferencia ideas enteramente distintas de las que hasta entonces habian tenido de la Iglesia católica; empezaron á creer que se la hacia agravio: que sus ministros ó no estaban bastante instruidos de sus sentimientos, ó tenian algun interes en desfigurarlos; y que no seria mas difícil destruir sus calumnias sobre los otros puntos

que se habian propuesto, que lo habia sido refutar aquellos que se les acababan de aclarar. Pero Francisco, que no queria cargarles demasiado la memoria, guardó para otra conferencia la aclaracion que les habia prometido sobre los otros cargos que se habia hecho él mismo: así terminó aquella reunion. Fué seguida despues de muchas otras que tuvieron un éxito no menos ventajoso.

Entretanto habiéndose extendido la noticia de aquellas reuniones en Ginebra, en Tonon y en todo el Chablais, se dividieron mucho las opiniones sobre el modo con que habia explicado Francisco la doctrina de la Iglesia católica: decían los unos, que la comunicacion que habia tenido con los calvinistas le habia dado mejores sentimientos, y que con el tiempo podria convenir enteramente con los de estos: otros pretendian que no habia explicado fielmente los sentimientos de su Iglesia, y que si llegaba á hacerse público lo que habia propuesto, quedaria desacreditado; y otros querian que el deseo de hacer conversiones, y de adquirirse reputacion con los de su partido, le habia conducido á disfrazar sus sentimientos, y á acercarse en cuanto le habia sido posible á la doctrina de los pretendidos reformados: é insistian como todos los demas, en que nunca se atreveria á sostener en público lo que habia sentado en aquellas reuniones particulares en presencia de un corto número de testigos ganados y prevenidos á su favor. Pero lo que era mas particular es, que aun los mas hábiles de entre los ministros, ó sabian tan poco de los sentimientos de la Iglesia católica, ó estaban tan fuertemente prevenidos contra ella, que no podian ó no querian reconocer su doctrina en lo que Francisco de Sales habia sentado; prueba cierta de que el espíritu de partido, la prevencion y la animosidad tienen mas parte que otra cosa en las discusiones, que reinan entre nosotros, y que si los pretendidos reformados amasen sinceramente la paz de la Iglesia, pronto estaríamos acordes.

Habiendo sabido Francisco lo que se decía de sus conferencias y de sus sentimientos, creyó que estaba en obligación de responder, temeroso de que su silencio interpretado en mal sentido, produjese alguna impresión perjudicial en el espíritu de los débiles. Esto fué lo que le movió á publicar un escrito sobre lo que habia pasado en las reuniones, que se habian celebrado hasta entonces.

Hacia ver en él con su ordinaria dulzura, que no era propio, ni de la fidelidad que debía á su ministerio, ni de su caracter particular, el alterar la doctrina de la Iglesia católica, ni el disfrazar sus sentimientos: que el modo con que habia vivido en medio de ellos debía haberles hecho concebir mejor opinion de su buena fé: que él deseaba en verdad con mucha ansia su vuelta á la Iglesia católica, pero que este deseo no llegaria jamas hasta hacerle ser un prevaricador, ni le obligaria tampoco á valerse de medios ilícitos para procurarla: que en consecuencia de esto, él habia espuesto la fé de la Iglesia católica, no tan solo segun sus propios sentimientos, ó segun los de algunos doctores particulares, sino los del Concilio de Trento: que no se le podia acusar al Concilio de no haber sabido la doctrina de la Iglesia católica á quien representaba, ni de haberla alterado ó falsificado: que tampoco se podia hacer cargo á la Iglesia de que no seguia la doctrina de aquel Concilio, puesto que una parte del odio, que los pretendidos reformados la profesaban, provenia de la profesion pública, que ella hacia de atenerse á lo que aquel habia decidido: que no se podia pues negar que habia explicado la doctrina católica con toda la fidelidad y exactitud posibles; pero que ellos mismos debian confesar de buena fé, que lo que les habia hecho desconocer aquella doctrina, era que no la conocian sino por las horrosas pinturas que de ella les habian hecho: que acostumbrados á la forma terrible que se la daba en sus ser-

mones, no la reconocian, cuando se les hacia ver en la suya propia: que cuanto mas se les presentaba en toda su pureza, mas se obstinaban ellos en decir que se les cambiaba, que se les desfiguraba, y que creian que se convenia con ellos cuando se les desengañaba de las prevenciones que tenian contra el catolicismo.

Despues de esta especie de introduccion esponia la doctrina católica sobre la adoracion debida á solo Dios, y sobre la mediacion y satisfaccion de Jesucristo, del modo que acaba de contarse, y citaba los lugares del Concilio de Trento que justificaban lo que él habia propuesto, á fin de que pudiesen comprobarlos ellos mismos, y dejasen de acusarle de haber disfrazado ó alterado los sentimientos de la Iglesia, como tambien de pretender que se desconceptuaria en su comunión, como si hubiese explicado mal su doctrina.

Explicaba despues con la misma fidelidad lo que la Iglesia católica cree sobre la intercesion é invocacion de los santos, y sobre el honor que rinde á sus imágenes y reliquias. Decía con este motivo que la Iglesia católica hacia profesion de creer que los santos que reinan con Jesucristo, bien lejos de haber perdido algo de aquella caridad que les obligó á rogar por la Iglesia mientras vivieron sobre la tierra, se hallaban en el estado de una caridad consumada, ofreciendo sus ruegos por nosotros; pero que los ofrecian por medio de Jesucristo: que ella les rogaba con el mismo espíritu, que nosotros rogamos á nuestros hermanos que están sobre la tierra, que rueguen con nosotros y por nosotros á nuestro comun Señor, en nombre de nuestro comun mediador que es Jesucristo: que cuando ella se dirige á Dios le dice, *tened piedad de nosotros, escuchadnos*; en lugar de que dirijiéndose á los santos se contenta con decir, *rogad por nosotros*: que sean cuales fueren los términos en que esten concebidas las oraciones que les dirige, no tratan de que tengan otro sentido que el que está

contenido en aquellas palabras, *rogad por nosotros*.

Que muy lejos de que este modo de orar trasladase á las criaturas lo que Dios se ha reservado para sí, jamas podia dirigirse al ser independiente, que si aquellas palabras dirigidas á los santos, *rogad por nosotros*, disminuian la confianza que se debe tener en Dios, no hubiera dicho San Pablo con tanta frecuencia: *hermanos míos rogad por nosotros*, puesto que no hubiera sido menos reprehensible el usarlas con respecto á los vivos, que lo seria con respecto á los muertos.

Que por lo demas la Iglesia católica no atribuye á los santos ni la inmensidad, ni el conocimiento de los secretos de los corazones, ni ninguna de las perfecciones divinas, como hacian los idólatras y como falsamente era acusada de hacerlo: que ella creia solamente que Dios les hacia ver nuestras necesidades y nuestras oraciones, ó del modo con que descubrió á los Profetas las cosas futuras, cuyo conocimiento pertenece á Dios exclusivamente, ó de algun otro modo cuyo conocimiento se ha reservado el Señor, y sobre el que nada explica la Iglesia católica; pero que esta reconoce constantemente que los santos no tienen ventaja alguna, ni conocimiento de las cosas humanas, ni el poder de asistirnos con sus oraciones, sino en cuanto es la voluntad de Dios el comunicársele: que despues de tal declaracion no se la podia acusar de ser idólatra en el culto que tributa á los santos.

Por lo que respeta á las imágenes citaba Francisco las palabras espresas del Concilio de Trento, que prohibe reconocer en ellas alguna divinidad ó virtud, por la cual se les deba reverenciar, que se les pida gracia alguna, y que se ponga en ellas toda la confianza, y quiere que todo el honor que se les rinda se refiera á los originales que representan, asi como el de los mismos originales debe referirse á Dios que los ha santificado y glorificado, pues que él es el fin y el objeto principal de todo el culto religioso.

Añadia, que los pretendidos reformados, no podrian

menos de convenir con él, que Dios no prohibia el uso de toda clase de imágenes, sino solamente el de aquellas que se hacian *para figurar á Dios, ó para demostrarle presente*, y de las que se sirven en este sentido como si estuviesen llenas de virtud y de divinidad: sostenia que la Iglesia católica no permitia el uso de las de esta especie: que ella no trataba de representar á Dios como es en sí, un ser espiritual, invisible, é infinito, y que por consiguiente no puede ser representado; pero que creia poderle esponer inocentemente á los ojos de los fieles bajo las diversas formas con que él mismo ha tenido á bien aparecerse á los ojos de los Profetas: que en una palabra la Iglesia católica no adoraba las imágenes, pero que se servia de ellas para elevarnos á los originales que representan, y que estos sentimientos la distinguian tanto de los idólatras, que no se podia confundirla con ellos, sin que se la hiciese una injusticia.

En cuanto á la reverencia que la Iglesia rinde á las reliquias de los santos, decia Francisco, que su origen era tan antiguo, que se habia practicado en la Iglesia desde los primeros siglos tan constante y universalmente, que habia sido autorizado por Dios con milagros tan ruidosos y ciertos, cuales son los que refiere San Agustin, habiendo sido testigo ocular de ellos, que no se podia condenarle sin temeridad: que por lo demas este honor estaba tan lejos de apartarnos del culto que debemos á solo Dios, que nosotros no miramos las reliquias sino como restos preciosos de los cuerpos, que como dice el Apostol San Pablo, han llevado y glorificado á Dios.

En fin Francisco ofrecia justificar á la Iglesia católica con la misma evidencia sobre todos los puntos contestados, ó por escrito, ó en conferencias arregladas á eleccion de los ministros, y les rogaba que leyesen aquel escrito sin inquietarse, y con el mismo espíritu de caridad que le habia obligado á él á componerle.

Pero ellos estaban muy lejos de aquellas disposiciones

tan pacíficas: no se contentaron con volver á renovar las antiguas calumnias y añadir otras nuevas: trataron de asesinar al caballero que habia prestado su casa á Francisco para tener las conferencias de que se ha hablado, con la idea de privar á los demas con aquel terrible escarmiento, que contrajesen con él semejantes amistades. Un caballero calvinista pariente suyo cegado de un falso celo por su Religion se encargó de la ejecucion de este asesinato. Es muy probable que no concibió este designio sin que otros lo supiesen, puesto que avisaron al caballero de lo que se trataba. Le aconsejaban que tomase precauciones capaces de hacerle superior á su enemigo, y no faltaban amigos suyos que hubieran acudido á su socorro al menor aviso que les hubiese dado del peligro que le amenazaba; pero él respondió, que si su contrario venia solo no tenia necesidad de socorro para defenderse; y que si venia acompañado siempre le quedaria bastante tiempo para tomar sus medidas. El dia despues de haberle dado el aviso fué á su casa el caballero calvinista con toda la apariencia de un amigo que no trata sino de divertirse: estaba solo, y no parecia que llevase otras armas que su espada. El católico le recibió con la dulzura y buena crianza acostumbradas: pasaron juntos el resto del dia, y el calvinista no se propasó en lo mas minimo, bien sea porque sintiese poner en ejecucion un crimen tan vergonzoso para un caballero, ó bien porque no halló ocasion favorable para ejecutar su malvado intento.

Al dia siguiente el caballero católico que queria hablarle con libertad, le convidó á pasear por el campo: salieron solos, y habiéndole conducido el católico á un sitio en donde no temia que les interrumpiesen, le declaró que sabia su designio: el calvinista perdió el color; pero el católico le aseguró que nada tenia que temer de su resentimiento, que si la Religion calvinista le conducia á asesinar á sus parientes y amigos, la católica le

obligaba á él á perdonar á sus mayores enemigos á imitacion de Jesucristo. Dicho esto le abrazó con tal cariño, que acabó de confundir al calvinista: le confesó éste su mala intencion, le pidió perdon, y le aseguró que en adelante no tendria otro amigo mejor que él.

Pero el tiempo de las misericordias de Dios habia llegado para aquel caballero, y la misma gracia que habia hecho en otro tiempo el mas celoso de los Apóstoles del mas furioso perseguidor de la Iglesia, obrando dentro de su corazon, hizo que pidiese él mismo el hablar á Francisco: aquel santo hombre acabó en sus conversaciones particulares lo que el ejemplo del caballero católico habia principiado: abjuró sus errores el calvinista, y se convirtió en un defensor tan celoso de la Religion católica como antes lo habia sido del calvinismo.

La conversion de aquel caballero hizo tanto mas ruido en Tonon, quanto que todos sabian que era partidario del calvinismo hasta el extremo de dejarse arrastrar á las mayores violencias para sostenerlo, y no se podia concebir como habia podido pasar de repente de un extremo á otro. Los que todo lo atribuyen á los medios humanos, y que ignoraban la fuerza que la gracia de Dios habia como vinculado al ministerio de Francisco, publicaban que habia sido ganado á fuerza de promesas, y otros querian que se le hubiese dado una suma considerable de dinero; pero estos rumores hacian tanta menor impresion, quanto que se sabia que Francisco hacia aquella mision á sus espensas, y que las limosnas que daba á los nuevos católicos le reducian bastante á menudo á carecer de lo necesario.

Pero si esta conversion hacia mucho ruido en el Chablais, aun hacia mucho mas el escrito que Francisco acababa de publicar. Se veia justificada en él la doctrina de la Iglesia católica de una manera tan clara que no era posible replicar: porque en fin para esto hubiera sido necesario probar, ó que el Concilio de Trento

la habia ignorado, ó que Francisco la habia citado mal ó falsificado, ó que la Iglesia católica no seguia los sentimientos de aquel Concilio: pero estas réplicas tenian tan poco fundamento que los mismos ministros no creyeron deber servirse de ellas. Entretanto su silencio hacia una impresión tan perjudicial al calvinismo en el espíritu de los pueblos, que era cada día el objeto de nuevas conversaciones: estas no eran ya tan secretas, y casi no se escondian las gentes de ir á escuchar á Francisco: los amigos llevaban á los amigos, los padres á los hijos, los amos á los criados, y los del campo venian espresamente á Tonon para asistir á sus sermones. Aquellos progresos aturdián tanto mas á los calvinistas, quanto mayor era el celo que los nuevos católicos manifestaban por la conservación de Francisco, á cuya vida ya no era tan fácil atentar. Con todo no dejaron de intentarlo: ganaron al efecto dos asesinos, se les dió una parte del dinero en que se habian convenido, prometiendo entregarles lo restante despues de la ejecución, y concertaron con ellos que lo asesinarían en el camino de los Allinges, quando se volviese allí desde Tonon. Pero como Francisco tenia partidarios, que no eran conocidos entre los calvinistas, no fué tan secreto este complot, que no fuesen sabedores de él los nuevos católicos. Los unos le lloraban ya como muerto, los otros deliberaban sobre los medios de salvarle; pero unos y otros estaban persuadidos de que por mas precauciones que se tomasen, los calvinistas le inmolarian al fin á su odio y á la seguridad de su Religión.

Poseidos de aquellos tristes presentimientos fueron á encontrarle, y le hicieron saber con las lágrimas en los ojos el riesgo á que estaba espuesto. Pero Francisco les habló con tanta fuerza y unción de la confianza en Dios, de la gloria y de la dicha del martirio, que les llenó de aquel consuelo de que estaba penetrado él mismo en medio de tantos peligros que le rodeaban. Admitió

sin embargo la oferta, que algunos de ellos le hicieron de acompañarle hasta los Allinges: marcharon juntos de Tonon, pero apenas habian entrado en un bosque por donde indispensablemente tenian que pasar, quando los dos asesinos salieron de entre las matas donde estaban escondidos, y le acometieron con las espadas desenvainadas. Francisco no perdió lo más mínimo de su serenidad ordinaria en aquel grande peligro, prohibió á los que le acompañaban que se sirviesen de sus armas, y adelantándose hacia los asesinos con aquella tranquilidad y dulzura que jamas le abandonaban, les dijo: *vosotros os equivocais amigos míos, segun parece: vosotros no quereis á un hombre, que muy lejos de haberos ofendido daria la vida por vosotros con todo su corazon.*

Estas palabras calmaron al momento la rabia, de que aquellos furiosos estaban poseidos: quedaron un rato inmóviles, y echándose despues á sus pies, le pidieron perdón, y le prometieron que en adelante no tendria servidores mas fieles que ellos ni mas dispuestos á acompañarle á todas partes. Francisco los levantó, los abrazó afectuosamente, y les aconsejó que se alejasen de allí para evitar la persecucion del gobernador de la provincia, que no usaria de tanta indulgencia con ellos, si llegaban á caer en sus manos. Los que acompañaban á Francisco, que atribuian el fingido arrepentimiento de aquellos malvados á la imposibilidad en que se habian visto, de ejecutar su depravado intento en presencia de tantos testigos, no podian llevar con paciencia que se viesen salvos á tan poca costa: se hallaban con fuerzas suficientes para prenderlos, y querian de todos modos conducirlos á los Allinges, y ponerlos en manos del gobernador. El criado de Francisco era el que estaba mas acalorado, y se empeñaba en hacer presente á su amo que todos los dias se verian espuestos á semejantes atentados si quedaba aquel sin castigo; pero Fran-

cisco valiéndose de toda su autoridad, quiso absolutamente que se les dejase marchar, y aun le prohibió que volviese á hablar de aquel lance.

Pero habiendo llegado á los Allinges no se consideró el criado en obligacion de obedecerle, y contó todo lo que habia pasado al Baron de Hermance. Sacó de esto el gobernador en conclusion que seria hacer un desprecio de su autoridad, si permitia que se cometiesen semejantes atentados á la vista de su fortaleza, ó por decirlo asi delante de sus mismos ojos: ya iba á mandar que saliese un destacamento á correr en busca de aquellos asesinos, y que se los trajesen muertos ó vivos; pero Francisco á quien no podia negar cosa alguna de las que le pudiese, se opuso tan fuertemente á ello, que tuvo que cerrar los ojos á un atentado, que podia á la verdad haber tenido consecuencias terribles. Con todo fué con una condicion que juzgaba absolutamente necesaria, y á la que Francisco no dejó tambien de resistirse: esta era que no iria ni vendria mas á Tonon sin llevar consigo una escolta. Francisco se opuso, pero inútilmente; el Baron quiso resueltamente que un sargento y seis soldados bien armados le acompañasen á todas partes. Ellos lo hicieron asi á pesar de Francisco; pero este que no podia sufrir aquellas precauciones, no estuvo mucho tiempo sin encontrar el medio de deshacerse de su comitiva.

Propuso al Baron el intento que tenia de fijarse de asiento en Tonon: decia para apoyar su plan que este era el único medio de evitarle la incomodidad de andar todos los dias dos leguas largas, y muchas veces en medio de un tiempo muy malo; y que asi emplearia con mas utilidad el que tenia que gastar en el camino: que los nuevos católicos lo deseaban: que estando continuamente alli podria aprovechar muchas ocasiones, que tal vez se malograban con su ausencia; que por las noches podian morir algunos católicos: que tendria un

continuo remordimiento de no haber podido asistirles, cuando mayor necesidad tenian de su socorro: que los dias no daban bastante tiempo para instruir á los que se presentaban á solicitarlo; y que alguno tendria reparo en ir á encontrarle durante el dia, que no lo tendria en ir á su casa á verle por la noche.

Por plausibles que pareciesen los motivos que alegaba Francisco, el Baron no fué de su parecer, y le hizo presente el peligro en que se ponía, encerrándose por la noche dentro de Tonon: que esto era entregarse á discrecion á los calvinistas cuyo odio le era tan conocido: que si habian intentado el asesinarle de dia, la noche no serviria sino de hacerlos mas atrevidos: que los nuevos católicos eran muy débiles para defenderle, ó que si se atrevian á hacerlo serian envueltos infaliblemente por el gran número de hereges que tendrian la mayor satisfaccion en que se les presentase aquella ocasion de vengarse de ellos: que habiéndole tomado el Duque de Saboya bajo su proteccion, nada podia sucederle desagradable en que su autoridad no se viese comprometida: que podrian llegar las cosas tan adelante que ocasionasen la ruina de Tonon: que el tiempo lo pondria todo en el punto que se podia apetecer; y que afanándose menos, se fundaria con mas solidez. El Baron añadió aun muchas reflexiones políticas relativas á la vecindad de Ginebra y de los suizos, con quienes el Duque no queria romper, y cuyas armas era preciso evitar á todo trance el atraerlas sobre el pais.

Pero Francisco, que aceptando la mision del Chablais habia abandonado enteramente su vida á los cuidados de la Providencia, y que estaba ademas lleno de confianza en Dios, y en el inmenso poder de su gracia, le prometió manejar los negocios con tanta dulzura y circunspeccion, que no llegase á suceder alguno de los contratiempos que él creia que podian temerse. El Baron hizo aun algunas instancias; pero en fin movido de

la fatiga que tenía Francisco de ir y volver todos los días desde Tonon, consintió en que fuese á establecerse allí, y escribió nuevamente á los magistrados haciéndoles responsables de cualquier desgracia que pudiera sucederle.

Los católicos recibieron á Francisco con una alegría que no es fácil explicar: el respeto, la estimacion y la confianza que en él tenían, no podian ser mayores: le miraban como un hombre verdaderamente apostólico, lleno de gracias y de fortaleza, totalmente desprendido de todos los respetos humanos, y que no atendia á otra cosa que á la gloria de Dios, y á la salvacion de sus almas. Francisco por su parte sostenia su ministerio de una manera digna de Dios, como dice el Apostol: nada escapaba á su caridad y á sus desvelos: empleaba los días en la instruccion, en las conferencias, en visitar á los pobres y enfermos, y las noches en el estudio, en la oracion y en la reconciliacion de los pecadores. Su vida apoyaba sus sermones, y estos acababan lo que los buenos ejemplos habian empezado.

Un método de vida tan apostólico obtuvo el fruto, con que Dios bendijo la mision de los Apóstoles: no habia cosa que mas se pareciese á la Iglesia naciente que su pequeña Iglesia de Tonon: la misma caridad con los hermanos, el mismo celo por la fé, y una pureza enteramente parecida en las costumbres: porque en fin Francisco hacia poco caso de que abjurasen sus errores si no cambiaban enteramente de vida, si la gracia no sobreabundaba en donde habia abundado el pecado; y la bendicion que Dios habia concedido á su ministerio, le conducia siempre á iluminar los entendimientos y á mudar los corazones. Pero nada chocaba mas á los hereges, que no estaban enteramente empedernidos en sus errores, que el modo con que eran socorridos los pobres y los enfermos. Francisco empleaba en su socorro todo cuanto tenia para mantenerse: de suerte que

despues de haber alimentado á los otros, se veia obligado él mismo muy á menudo á padecer necesidad. Instaba sin cesar á sus parientes y amigos, para que asistiesen á los fieles pobres del Chablais: recibia con frecuencia sumas considerables en sí para este objeto, pero que eran muy pequeñas con respecto á su caridad: los católicos auxiliaban su celo hasta reducirse á pasar con lo precisamente necesario, y se veia reinar entre ellos un santo desprendimiento, que no tenia otro objeto que el alivio de los pobres.

La fama de tantas virtudes atraia todos los días á la Iglesia algun nuevo fiel, pero aumentaba al propio tiempo el furor que los hereges tenían contra él. *¿Qué hacemos nosotros?* decian ellos, como de Jesucristo decian en otro tiempo los judios. *Hé aqui un hombre que gana insensiblemente la estimacion del pueblo: se le mira como un Apostol, y nosotros perdemos todos los dias algo de nuestro crédito. ¿Esperamos acaso á que nos haya reducido á mendigar nuestro sustento, y á que haya establecido el papismo sobre las ruinas de nuestros templos? Si le dejamos concluir lo que ha empezado vendrá el Duque de Saboya; y prevaleiéndose del corto número á que vamos á vernos reducidos, establecerá su autoridad sobre las ruinas de nuestros privilegios, y nos reducirá á una triste esclavitud.*

Una preocupacion enteramente semejante y tan interesada como esta, hizo decretar en otros tiempos la muerte del Salvador. *Mas vale,* decian los judios, *que muera un solo hombre que ver perecer toda nuestra nacion.* Los calvinistas de Tonon obraron del mismo modo con respecto á Francisco: la conclusion del raciocinio que acaba de contarse fué, que era preciso deshacerse de él, y que cuanto antes se hiciese seria tanto mejor.

En consecuencia de aquella deliberacion, la noche siguiente como Francisco hubiese empleado segun costumbre una parte de ella en la oracion, oyó ruido de ar-

mas, y en seguida la voz de algunas personas que hablaban muy quedo: conoció al momento que estaba cercada su casa, que era imposible salvarse, y que se atentaba contra su vida. Imitó en aquella ocasion la conducta del Salvador, que sabiendo que no era llegada su hora, se libró del furor de los judíos escondiéndose; así como se presentó delante de ellos cuando llegó el tiempo señalado por su Padre.

Apenas habia atendido Francisco á su seguridad, cuando derribaron la puerta de su casa, y entrando en ella los sediciosos, dando grandes gritos lo buscaron por todas partes sin poderlo encontrar: pensaron con esto que se habian equivocado, y que estaria seguramente en casa de alguno de los católicos, ocupado en instruirle, ó tal vez consolando algun enfermo: no se tenian pues por seguros en aquella casa: por propicios que les fuesen los magistrados en secreto, no podian dispensarse para cubrir su responsabilidad de presentarse al socorro de Francisco; por lo que salieron precipitadamente de la casa. Aquel grande hombre despues de haberse libertado de un riesgo tan terrible no tuvo por eso menos celo, y el peligro á que acababa de verse espuesto no sirvió sino de aumentar en él su confianza en Dios.

Entretanto informado el Baron de Hermance de aquel nuevo atentado, nada omitió para descubrir los autores con la intencion de ejecutar en ellos un severo castigo; pero como todos los que podian ser testigos eran cómplices, no pudo adquirir conocimiento alguno sobre el particular. Francisco hizo en aquella ocasion una obra heroica de caridad: desde el sitio en donde estaba escondido conoció á algunos de ellos: no solamente no los descubrió, sino que hizo cuanto pudo para apaciguar al Baron de Hermance, y para impedir que fuesen descubiertos los autores de aquella horrible accion.

Pero aquellos malvados bien lejos de mostrarse agradecidos á una generosidad, de que se hallarán pocos

ejemplos, tomaron ocasion de esto mismo para acusarle de hechicero. Habian sabido que estaba dentro de su casa cuando le buscaban; por eso publicaron que á menos de tener el secreto de hacerse invisible le hubiera sido imposible escapar de entre sus manos. Hubo aun un vecino de Tonon, que sin reflexionar en que caia sobre si mismo toda la infamia que podia resultar de su testimonio, aseguró públicamente con juramento, que él le habia visto en una junta de brujos, y que gozaba en ella de la mayor consideracion. Así era como acusaban los judíos al Salvador de arrojar los demonios de los cuerpos en nombre de su Príncipe Beelzebúb.

Habiendo sabido Francisco aquella horrible calumnia, se sonrió, y haciendo despues la señal de la cruz: *hé aqui, dijo, todos los sortilegios de que yo me valgo: con esta señal espero vencer al infierno en lugar de estar en inteligencia con él.*

Pero si la fé de que estaba animado Francisco le hacia intrépido en medio de los mayores peligros, no sucedia lo mismo con respecto á sus amigos y parientes. Se hablaba tanto por toda la Saboya de que los calvinistas habian jurado su pérdida, y que por mas precauciones que se tomasen no se podría evitar que fuese asesinado, que todos tocaron alarma. El presidente Faure, el mismo Obispo de Ginebra, y sobre todo el Conde de Sales le escribieron con energia para obligarle á que dejase el Chablais, y se volviese á Annecy en donde no faltaria ocupacion á su celo.

El Conde le hacia presente todo lo que ya le habia dicho cuando fué á despedirse de él: el poco fruto que habia logrado hasta entonces, las fatigas que este le habia costado, y el peligro en que se habia visto tantas veces de perder la vida, ó por la violencia ó por la dureza de los calvinistas. Trataba de persuadirle que los conocia mejor que él: que no tan sólo eran adictos á su Religion por parecerles que era buena, sino tambien

porque era muy cómoda; y que miraban la Religión católica como un medio político de quitarles el apoyo de sus vecinos, y de reducirlos al fin á la servidumbre: que mientras reinase entre ellos este error del que no era fácil convencerles, nada se haria sólido, ni que tuviese duracion: que despues de todo se necesitaban muchas cosas para que subsistiese la Religión católica en el Chablais, aun quando él fuese tan dichoso que lograrse restablecerla: que se necesitaban Iglesias, despues ministros para servir las, y párrocos instruidos y de una conducta irreprehensible: que tambien eran necesarios colegios para la instruccion de la juventud; y que con cualquiera cosa de estas que faltase, su proyecto iria á tierra por sí mismo. En seguida le preguntaba á costa de quien se habian de edificar aquellas Iglesias y colegios, quien cuidaria de la subsistencia de los párrocos, y de los que enseñasen en los colegios. Y añadia, que dudaba mucho que el tesoro del Principe, agotado con tantas guerras como se habia visto obligado á sostener, estuviese en disposicion de poder contribuir al efecto: que si se exijia el dinero al pueblo, este seria el verdadero modo de hacer que se sublevase, y abandonase la Religión católica, aun dado caso que la hubiera abrazado. El Conde sacaba en conclusion de todas estas reflexiones que lo mejor que podia hacer era desistir de un proyecto, en que ninguna apariencia habia de un feliz resultado, y que podria al fin costarle la vida; y acababa su carta diciéndole, que ya le habia dicho al Obispo de Ginebra: *que aunque él se tendria por muy dichoso de que hubiese santos en su familia, pero que preferiria en tal caso que fuesen confesores á que fuesen mártires.*

Francisco distaba mucho de semejantes sentimientos: los obstáculos que se le presentaban no servian sino de aumentar su celo. No era de aquellos espiritus impetuosos que salen de los negocios por medio de conatos

mal dirigidos; pero estaba infinitamente distante de aquella baja timidez que se figura peligros en donde no los hay, que abulta los que en sí son pequeños, y que se asusta á la menor apariencia de riesgo. No iba á desafiar ni provocar á sus enemigos; pero no huia de ellos, y aun iba á buscarlos quando lo exijian así la causa de Dios y las funciones de su ministerio. El miedo á la muerte no le impidió jamás el cumplir con su deber: de esto hemos visto ya pruebas; y se verá en el discurso de esta historia, que mas bien le faltó á él el martirio, que faltar él al martirio.

Con arreglo á este modo de pensar escribió al Conde su padre y á sus amigos, que las voces públicas eran malos comprobantes de la verdad, que les habian aumentado los peligros á que se le juzgaba espuesto, pero que tambien habian disminuido el fruto que Dios se habia dignado conceder á sus trabajos: que ni los unos eran tan grandes como se habia publicado, ni el número de hereges que habian entrado ya en la Iglesia, y el de los que estaban prontos á entrar en ella, era de tan poca consideracion como se habian figurado; pero que aun quando fuese mucho menor de lo que era, y que Dios no se hubiese servido de él sino para la conversion de una sola alma, tendria por bien empleadas todas las fatigas que habia sufrido: que no se debia juzgar de las empresas por la prontitud del éxito, sino cuando hubiesen pasado tres años á lo menos de continuados sermones: que despues de tantos milagros y prodigios como habia obrado el Salvador, habia convertido apenas quinientas personas: que la Iglesia no contaba muchas mas despues de su resurreccion: que sin embargo se habia estendido en poco tiempo por todo el mundo, y que los pueblos á tropas se apresuraban á entrar en ella: que Dios no exijia de sus ministros sino el trabajo, y se reservaba el fruto: que Jesucristo no habia dicho á sus Apóstoles: id á convertir á todo el mundo;

sino, *id, predicad y enseñad á todas las naciones del mundo lo que yo os he enseñado.* Que convenia en que cuando la Religion estuviese restablecida en el Chablais, se necesitarian muchas cosas para mantenerla, pero que aquellas cosas no eran tan difíciles de conseguir, como se figuraban: que él ya habia formado el proyecto, y que esperaba poderlo enviar dentro de poco tiempo al Obispo de Ginebra y al Duque de Saboya: que estaba concebido en términos que no seria gravoso ni al Principe ni al pueblo: que sobre todo el que estaba en el pais veia las cosas de mas cerca, y tenia motivos de esperar que Dios echaria en breve una gran bendición á su trabajo.

En efecto, habiéndose estendido la noticia por todo el pais del proyectado asesinato de Francisco, produjo en el espíritu de los menos prevenidos contra él todo el mal efecto que era de esperar. Se decia públicamente que si los ministros se sintiesen con bastante fuerza para responder á Francisco, no se hubiera echado mano á semejantes violencias: que el valerse de los asesinatos en una ocasion semejante era una prueba evidente de que desconfiaban de su causa, y que eran muy débiles para sostenerla: que era una cosa estraña que á las puertas de Ginebra, que era como el centro de la Religion calvinista, viniese un hombre solo á atacar á todos los ministros, sin que hubiese uno que se atreviese á presentarse en defensa de la causa comun: que si Francisco enseñaba errores, era preciso convencerle de ellos, y que los ministros se engañaban si juzgaban que habian de ser creidos sobre su palabra, cuando ellos mismos daban tantos motivos de que se desconfiase de ellos. No hubo persona que no creyese que despues de semejantes reconveniones tomarian los ministros el partido de la disputa, y que antes pedirian socorro á sus vecinos, que permanecer en un silencio que tanto perjudicaba á su reputacion, que era tan nocivo á la Religion que enseñaban,

ban, y que tanto interes tenian en conservar. Pero es mas fácil acusar á la Iglesia católica de que enseña errores, que convencerla de ello: ya no era el mismo tiempo este, que aquel en que los párrocos ignorantes se hallaron demasiado débiles para defenderla, y habia entonces tanto peligro en presentarse delante de un hombre tan instruido y de una virtud ejemplar como Francisco, como habia facilidad en otros tiempos de seducir á un pueblo guiado por párrocos desarreglados en sus costumbres, tímidos, interesados, y que lejos de ser sabios, apenas conocian los primeros rudimentos de la doctrina católica para rechazar las calumnias con que se esforzaban en denigrarla todos los días. Nada hay mas fácil que vencer á un enemigo que no se defiende: la Religion católica abandonada habia tenido que ceder: el calvinismo debia todos sus progresos á este abandono: la mejor prueba de esta verdad es lo que pasó en aquel tiempo en Tonon, es decir á las puertas de Ginebra. Francisco solo se presentó para justificar á la Iglesia católica: nadie hubo que se atreviese á atacarla.

En efecto, por vergonzoso que fuese para los ministros el continuar callando en una ocasion en que les era tan importante el hablar, y que quedasen en su favor á lo menos las apariencias, se obstinaron en guardar silencio: contentáronse con declamar en sus sermones contra la doctrina católica, y contra Francisco que la defendia; pero cuando se les proponia que tuviesen una conferencia con él, y que conviniesen en una disputa arreglada, nadie se prestaba á ello, y siempre hallaban nuevos pretextos para evadirla. Sin embargo, como el mal urgía, y no podian pasar sin aplicar algun remedio que á lo menos pudiese detener su curso, prohibieron severamente el ir á oír á Francisco, y el tener comunicacion con él.

Pero esta prohibicion no hizo sino aumentar la curiosidad del pueblo: corrian en tropel á sus sermones; y

él mismo aseguró en una carta escrita á su hermano Luis de Sales por aquel entonces, que un resto de consideraciones políticas, que no duraría mucho al parecer, habia detenido al Baron de Awlly hombre de cualidad, hábil y de un mérito distinguido, que gozaba un gran concepto entre los calvinistas, de ir á oírle en público, acompañado de los síndicos de la ciudad: que los mas considerables del partido no ocultaban ya el deseo que tenían de que se les iluminase sobre los puntos contestados: que se habian conmovido mucho con un sermón que habia predicado sobre la realidad, y que los que no se habian atrevido á ir á oírle á la descubierta, le habian oído desde un lugar escondido.

Hé aqui todo lo que la humildad de Francisco le permitia escribir á un hermano para el que no tenia secreto alguno; pero se halla en los historiadores de su vida, que predicó sobre la realidad con tanta energía, que se levantó un confuso murmullo en el auditorio, como de personas que se hallaban convencidas con la fuerza de la verdad, y que aquel sermón convirtió seis-cientas personas.

Aquella victoria aturdió tanto mas al consistorio, cuanto que era fácil preveer que seria seguida de otra mucho mayor, sino se hallaba medio de impedirlo. Propusieron sobre esto varios expedientes: unos eran de parecer que se hiciese por una y otra parte una confesion de fé por escrito, y que luego se juntasen para conferenciar de buena fé y sin insultarse; otros querian que se encargase el ministro Viret, que gozaba gran reputacion en el partido, de conferenciar solo con Francisco; y algunos pretenían que se le asociasen al efecto otros ministros.

Todos estos pareceres no carecian de dificultad en la ejecucion: en quanto al primero que era el de la profesion de fé, suponía que todos estarian conformes; lo que no es así, como se ha visto despues por las diferentes que se han levantado entre los calvinistas. El parecer

de que el ministro Viret conferenciase solo con Francisco tenia sus inconvenientes: se decia sobre esto que era espuesto confiar la causa de la fé á un solo hombre: que Francisco era hábil y ejercitado en la controversia: que siempre era dueño de sí mismo, que no perdía jamas de vista su objeto, y que tendria mucha ventaja en conferenciar con un hombre solo. Desechado este parecer, era preciso determinarse á tomar el tercer partido; pero en este habia el inconveniente de que hacia mucho honor á Francisco de Sales: que daria lugar á creer que se le temia, y que tenia ya demasiada reputacion para aumentársela aun con el aparato de una disputa que haria tanto mas ruido en el mundo, cuantas mas gentes concurriesen á escucharla.

Rara vez se conviene en una cosa fija en una reunion compuesta de muchas personas, que poco mas ó menos gozan todas de igual autoridad; sea porque cada uno se precia de hacer valer su dictamen, y cree que es vergonzoso ceder al de otro, ó sea porque hay muchas mas gentes que son á propósito para poner dificultades, que las que hay que sean capaces de resolverlas.

Esto es lo que sucedió en el consistorio celebrado en Tonon; se propusieron dificultades y se dieron soluciones, pero no pudieron convenirse. El mismo Francisco asegura en la carta escrita á Luis de Sales de que ya hemos hablado, que los ministros estaban muy confusos por su causa, que les habia reducido á la necesidad de tener una conferencia, pero que no se atrevian á tomar una resolucion sobre el particular. Esta confusion fué mucho mayor cuando Francisco que conocia su flaco, y que trataba de aprovecharse de él, les instó él mismo por medio de escritos públicos para que aceptasen la conferencia como una cosa absolutamente necesaria para terminar sus diferencias, y para remediar el escándalo que habia producido su silencio en el espíritu del pueblo.

Un desafío tan público no podía ocultarse; y era muy espuesto además el burlar por mas tiempo la expectacion de católicos y calvinistas para rehusarlo: fué pues aceptada la conferencia: se convino en el dia, en el lugar, en las materias que debian tratarse, y en todo lo que podia hacer que tuviese esta conferencia un feliz resultado.

Habiéndose estendido esta noticia por todas partes, atrajo á Tonon una porcion de gentes de Ginebra, de las ciudades vecinas y de todo el Chablais: Francisco fué el primero que acudió al lugar señalado para la conferencia: todos esperaban que los ministros no dejarian tambien de presentarse allí, y los calvinistas publicaban ya su victoria; pero quedaron altamente sorprendidos, cuando en lugar de verlos comparecer, vieron que se escusaban de asistir con pretexto de que no se habia tenido la advertencia de solicitar el permiso del Duque de Saboya para celebrar aquella reunion. Este aparente respeto á la autoridad del Soberano, del que se sabia que ellos mismos se habian dispensado en ocasiones mas delicadas que aquella, no satisfizo á alguno de los dos partidos: se decia públicamente que hubiera sido fácil preveer y remediar este inconveniente desde un principio: que no se podia dudar que el Duque de Saboya aprobase todo cuanto hiciese Francisco relativo al desempeño de las funciones de su ministerio, siendo así que habia venido al Chablais por orden expresa del Soberano: que no hubiera sido Francisco el primero en presentarse á la conferencia, sino hubiese estado bien cierto de que nada hacia en esto que pudiera ser del desagrado del Príncipe, ni que chocase con su autoridad: que en fin la excusa de los ministros no era sino un mero pretexto igualmente injurioso á la Religion y al partido de los calvinistas.

Sin embargo, como este pretexto aunque frívolo no dejaba de parecer algo fundado, Francisco admitió aque-

lla excusa con benignidad, é hizo decir á los ministros que él se encargaba de obtener la licencia del Duque, y de hacerle aprobar todo cuanto se hubiese hecho antes de haberla obtenido. Los ministros respondieron que no era suficiente esta garantía, y que en las cosas que podian redundar en perjuicio de la autoridad del Príncipe nunca estaban demas cuantas precauciones se pudieran tomar. Francisco replicó á aquella segunda excusa que mientras se aguardaba el permiso del Duque habia suficiente con obtenerlo del Baron de Hermance gobernador de la provincia, á quien aquel Príncipe habia dado amplias facultades para todos los asuntos concernientes á la Religion, y que él se encargaba de conseguirlo.

Parecia que ya no era posible con esto el volverse atras, y todos esperaban que los ministros se presentarian al fin á la conferencia. Sin embargo, como estaban decididos á no comprometerse con Francisco, despreciando todo lo que se pudiera decir de una huida tan vergonzosa, y que dejaba á lo menos las apariencias de razon de parte de los católicos, respondieron, que no reconocian la autoridad del Baron de Hermance sino puramente para los asuntos civiles; pero que tratándose de una reunion, en que se debian ventilar varios puntos de Religion, era absolutamente necesario el consentimiento del Príncipe para celebrarla: que si las cosas no salian segun sus intenciones, el gobernador quedaria á cubierto con decir que no habia concedido semejante licencia, y no dejarian de tratar la asamblea de un atentado contra la autoridad del Soberano.

Esta conducta, en que se veia por una parte la mala fé, y por otra la poca confianza que tenian en su causa los calvinistas, no podia menos de afirmar á los nuevos católicos en la fé, y de escandalizar extraordinariamente á los calvinistas. Llegó á tanto este escándalo, que uno de los ministros avergonzado de la mala fé de sus com-

pañeros fué á encontrar á Francisco, y le dijo, que él queria mantener la palabra que se le habia dado y conferenciar con él. Aquella conferencia no fué tan brillante, ni hizo tanto ruido como hubiera hecho la de que hemos hablado antes, si se hubiese verificado; pero como por una y otra parte se obraba de buena fé, tuvo un resultado que probablemente no se hubiera alcanzado en la otra.

El método que siguió Francisco en esta ocasion fué el mismo que habia observado anteriormente que tan bien le habia salido, y con el que pasó á los ministros en tan grande confusion. Hizo convenir á aquel con quien conferenciaba, que sin detenerse en las cosas que trataban ellos mismos de indiferentes, era preciso dedicarse á examinar las esenciales, en que ellos habian fundado su separacion, y que habian declarado que eran el verdadero motivo de su rompimiento con la Iglesia católica. Concedido este punto, conviniéron facilmente en otros dos, el uno que no se debian atribuir á los católicos las consecuencias de su doctrina, que ellos mismos no reconocian, y el otro, que no se debian aprender los sentimientos de la Iglesia en las obras de algunos doctores particulares, sino en las mismas fuentes, como en el Concilio de Trento reunido espresamente para terminar las diferencias de que se trataba, y al que no se le podia acusar de haber ignorado ó alterado la doctrina de la Iglesia católica.

El ministro no pudo menos de conceder estos tres puntos, pero no le fué tan fácil en adelante evitar las consecuencias.

En efecto, Francisco de Sales le hizo ver claramente que injustamente se habian imputado á la Iglesia cosas en que era inculpable, que se habia designado su doctrina, que se la atribuian sentimientos que no tenia, y sacado consecuencias de sus verdaderos sentimientos que ella habia desaprobado siempre: en una palabra le per-

suadió de tal suerte de que la Iglesia católica nada enseñaba que no fuese sano y ortodoxo si se comprendia bien, que el ministro se vió obligado á rendirse á la verdad.

Su conversion no pudo ser tan secreta, que no llegase á noticia del partido contrario. Conoció este al momento que no podia menos de tener funestas consecuencias sino se trataba de evitarlas. Se valieron de sus parientes y amigos para hacerle volver á entrar en su comunión: se le hicieron en vano promesas y amenazas al efecto. En fin le hicieron prender, le levantaron falsos testimonios, se le supusieron crímenes que no habia cometido, y se valieron alternativamente de todos los medios que pueden lisongear la esperanza, ó escitar el temor. Como aquel ministro era de una probidad conocida, nadie podia figurarse que pasase mas adelante la cosa; pero se vió en aquella ocasion lo que puede un falso celo por un lado, y por el otro lo que puede la gracia en un corazon, á cuya conversion no han contribuido los intereses humanos. La injusticia se llevó hasta el extremo. El ministro fué condenado á muerte, y la sentencia se ejecutó con tanta precipitacion, que Francisco de Sales no tuvo tiempo para acudir á solicitar el perdon del Principe, como tenia intencion de hacerlo.

Esta violencia horrorizó igualmente á católicos y calvinistas; y aun produjo un efecto enteramente contrario al que se habian propuesto al ejecutarla, que era el de impedir el curso de las conversiones. El abogado Poncet, hombre de reputacion, y á quien se le respetaba igualmente en Ginebra que en todo el Chablais, y el Baron de Awilly, de quien ya se ha hecho mencion, no pudieron sufrir con paciencia que despues de haber rehusado las vias pacíficas, se echase mano de semejantes medios para conservar la Religion calvinista. Esta se les hizo sospechosa desde luego: creyeron que lo que se

esforzaban en mantener por intrigas y medios puramente humanos, podia ser muy bien que se hubiese establecido del mismo modo. Por el contrario, la conducta enteramente apostólica de Francisco exenta de la menor sospecha de interes, su incomparable dulzura enteramente distante de todo cuanto podia tener la menor apariencia de violencia, su piedad, su caridad, su paciencia, aquel celo infatigable por la salvacion de las almas que nada era capaz de cansar, eran otras tantas voces fuertes y eficaces, de que Dios se servia para convidarlos á volver al seno de la Iglesia católica. Pero las preocupaciones de la niñez, las comodidades de una Religion que halaga tanto las pasiones, quanto trata la Iglesia católica de refrenarlas, la vergüenza que creían que habia en mudar de Religion, lo que se diria de esta mudanza, y los enemigos que esta les acarrearía; en una palabra, la pérdida del crédito y de la autoridad que se habian adquirido en un partido poderoso, y que era el dominante en su provincia, eran otras tantas cadenas que les retenían en su error, y les impedían seguir lo que les dictaba su conciencia.

El abogado Poncet atropelló el primero por todas estas consideraciones: fué á encontrar á Francisco, conferenció largo rato con él, y puede decirse que no se rindió hasta que ya no pudo defenderse mas. Quiso sin embargo que su conversion fuese secreta; y exigió espresamente que no hubiese sino dos testigos cuando abjurase sus errores. Pero Francisco, que preveía las favorables consecuencias que resultarían de la conversion de un hombre de su crédito, despues de haber condescendido con él sobre este punto, le representó tan vivamente que no se debía andar en estos miramientos en los negocios de la salvacion, que únicamente una culpable vergüenza podia impedirle de manifestarse públicamente agradecido á la gracia que Dios acababa de concederle: que Jesucristo no queria aquellos discipulos

ocultos, que no se atreven á reconocerle en público por su maestro, y que él no reconoceria por suyos delante de su Padre á los que los respetos humanos hubiesen impedido confesarle delante de los hombres, que le redujo por fin á que hiciese pública profesion de la fé católica.

A imitacion de Poncet se convirtieron una porcion considerable de personas de todas clases; pero la mas ruidosa de entre todas las conversiones fué la del Barón de Awlly. Este era como el gefe de todo el partido calvinista en el Chablais; y habia adquirido por sus buenas cualidades una reputacion extraordinaria en Ginebra, y en las provincias vecinas. Se habia casado con una señorita católica de un distinguido nacimiento, pero mucho mas digna de aprecio por su virtud. La condescendencia, la dulzura, la caridad y piedad de aquella señora fueron los primeros atractivos de que Dios se sirvió para sacar á su esposo del error en que estaba, mas bien por su nacimiento que por su eleccion. No podia creer aquel, que Dios cuyas misericordias son infinitas para los mas grandes pecadores, hubiese abandonado una persona tan virtuosa á la ilusion y á la mentira. Con esta prevencion trató de atraerla á la Religion de los calvinistas, valiéndose de medios disfrazados y llenos de dulzura; pero aquella señora instruida por Francisco de Sales le manifestó tal firmeza en su fé, que él la prometió no volver á molestarla sobre este asunto. Obtenida esta ventaja, logró aun otra, que fué el hacerle consentir en que iria á oír á Francisco, que predicaba la cuaresma en Tonon. Fueron juntos, y Francisco que ya tenia conocimiento de ello, predicó con tanta energía sobre el distintivo de la verdadera Iglesia que Awlly se conmovió. Por aquel mismo tiempo sufrió la sentencia de muerte el ministro de quien se ha hablado con escándalo de los dos partidos: Awlly, que era sugeto de mucha probidad, desaprobó en público aquella trope-

lia. Se le contestó con malos modos; y esto acabó de hacer que perdiese la estimacion que habia profesado hasta entonces á sus ministros.

Pero aun restaba mucho que hacer: Awlly era instruido, y habia sido hasta aquella época calvinista de buena fé. El haber tan vergonzosamente rehusado los ministros conferenciar con Francisco habia hecho que le fuesen sospechosos: la violencia que habian ejecutado con el ministro convertido habia aumentado su desconfianza; pero como no era justo decidir de la bondad de una Religion por la mala conducta de los que la enseñan, ó hacen profesion de ella, se mantenía en un equilibrio, que no le permitía declararse á favor de una de las dos Religiones en perjuicio de la otra: las conversaciones que tuvo con Francisco le sacaron de aquel peligroso estado, y le hicieron inclinarse á favor de la Religion católica. La señora de Awlly su esposa auxiliaba los cuidados de aquel hombre apostólico con limosnas, con fervorosas oraciones, y con las continuas lágrimas, que derramaba delante de Dios para conseguir la conversion de su marido. El Padre de las misericordias se dejó vencer, y atendió á los ruegos llenos de fé de aquella virtuosa esposa: Awlly reconoció que no era ella la ilusa y engañada, sino él mismo: en fin el marido infiel fué santificado por la muger fiel, como dice el Apostol.

Mas costó á Francisco esta conversion que todas las demas juntas. Como el paso que Awlly iba á dar era de la mayor importancia, y que sabia que habia de meter mucho ruido en el mundo, quiso que nada le quedase por hacer antes de darlo. Conferenciaba á menudo con Francisco: ponía por escrito sus dudas y las respuestas que á ellas se le daban, y las examinaba despues con toda la detencion de un hombre, que teme engañarse en un negocio de los que mas le importan. No satisfecho todavia con todo esto, y no pudiendo conferenciar

con él en Tonon con toda la libertad y sigilo que apetecia, le citó para un bosque que está á una legua de Tonon: iban allí los dos varias veces á la semana, y conferenciaban con toda libertad sobre los puntos en que no convienen los católicos con los calvinistas. En fin, estando ya Awlly próximo á convencerse, le ocurrió la idea de que debia tomar aun otra precaucion, que le librase de las reconveniones que le podrian hacer, por haberse fiado únicamente de sí mismo en la importante eleccion que iba á hacer de una Religion, en la que trataba ya de vivir y morir. Propuso á Francisco que redujese á un escrito los principales puntos de que habian tratado en sus conversaciones, y que los enviara á Ginebra y á Berna, para ver que se les ofreciera decir sobre ellos á los ministros mas famosos que hubiese en aquellas dos ciudades. Francisco le replicó, que él jamas habia tenido intencion de engañar, ni de sorprender á persona alguna: que aprobaba su proposicion, y que le aseguraba desde luego, ó que no le responderian, ó que cosa alguna de las que respondiesen podria destruir lo que él habia sentado; pero que le rogaba por su parte, que despues que hubiese hecho aquella última tentativa, ya no difriese mas el hacer una pública profesion de la Religion católica. Awlly se lo prometió: las conferencias que habian tenido se pusieron por escrito, y se enviaron á los ministros de Ginebra y Berna.

Sucedió lo que Francisco habia previsto: Awlly no recibió contestacion: tomó su silencio como una confesion de la impotencia en que se veian de satisfacerle: y lamentando su obstinacion y ceguedad renunció al cisma, y fué recibido dentro de la Iglesia católica.

Pero esto fué de un modo que recompensó á Francisco con ventajas de los trabajos que le habia costado aquella conversion. Awlly, que no hacia cosa alguna á medias, quiso que se supiese en todo el pais, y en el

mismo Ginebra, el día en que debía hacer su abjuración: convidó á ella á tantas gentes como le fué posible; y habiendo llegado el día señalado, declaró públicamente los motivos que tenía para convertirse, y exhortó á todos á que siguiesen su ejemplo, y se hiciesen dignos de la gracia que Dios acababa de concederle. Abjuró los errores de Calvino, y fué recibido á la comunión católica en presencia de todo el pueblo de Tonon, y de un gran número de calvinistas de Ginebra, que habían ido espresamente para ser testigos de una cosa, que no hubieran creído á no haberla visto por sus mismos ojos.

Una conversión tan auténtica colmó de gozo á los católicos, y llenó á los calvinistas de una confusión tanto mayor, cuanto que fué seguida de otras muchas, en términos que no bastando ya Francisco para tanto trabajo tuvieron que enviar quien le ayudase. Sucedió por este mismo tiempo una cosa, que acabó de hacer perder á los ministros el poco crédito que les quedaba. Los asuntos de Awlly le obligaban á ir muy á menudo á Ginebra. Como hacía alarde de su conversión, y además era muy poderoso para que le insultasen, comparecía en público, y hablaba con tanta libertad como podía hacerlo antes de su conversión: la consideración que se le guardaba impedía el que le hablasen sobre el particular. Un ministro llamado La Faye, que había sido muy amigo suyo en otros tiempos, fué el que se encargó de hacerlo; pero Awlly le replicó que había acordado ya demasiado tarde: que debía haber respondido al escrito que había enviado á los ministros de Ginebra y Berna: que él y sus compañeros eran unos débiles que no se habían atrevido á defender su Religión contra Francisco de Sales solo, que tan á menudo y tan públicamente les había desafiado. El se picó con estas palabras, y respondió, que estaba pronto á ir á Tonon á disputar con Francisco, y que se juzgaba capaz de conven-

cerle en su presencia: que le había engañado con una falsa esposición de la doctrina católica, que en la realidad era muy distinta de los giros y esplicaciones que la daba Francisco.

Awlly le cogió la palabra: convinieron en el día en que iría á Tonon; y Awlly partió allá para avisar á Francisco de que bien pronto tendría que luchar con un contrario digno de él. Francisco respondió, que viniese muy en hora buena, y que él no faltaría á la cita; pero que le costaba trabajo el creer, que habiendo rehusado los ministros de Tonon el conferenciar con él, quisiesen emprenderlo los de Ginebra. En efecto, La Faye faltó á su palabra; y aunque el Baron de Awlly fué tres ó cuatro veces á Ginebra para obligarle á cumplirla, siempre le salió con nuevas excusas para no hacerlo.

Aquella obstinada negativa no podía ser mas á propósito para confirmar á Awlly en la fé que había abrazado; pero como no era hombre de abandonar con facilidad lo que una vez había comenzado, propuso á Francisco que fuese en persona á Ginebra, para ofrecer á aquel ministro que conferenciase con él. Francisco le replicó que esto sería propasarse un poco: que su misión no se estendía hasta Ginebra, que no estaba sujeta al Duque de Saboya, y que se reducía únicamente al Chablais, y á las tres Bailías: que haciéndose aquella conferencia sin orden ni testigos, podrian los ministros cargarse con toda la gloria, aun cuando no les fuese favorable; y que si sucedia tambien que le insultasen ó maltratasen, se diria con razon que él tenia la culpa de ello por su imprudencia: que conocia bien el pueblo de Ginebra, que era sedicioso por naturaleza, y enemigo de la Religión católica hasta el extremo de no poder sufrir ni las menores apariencias de ella; y tendria infaliblemente por una injuria el que se fuese á atacar á sus pastores hasta dentro del recinto de sus murallas.

Awlly replicó, que estos inconvenientes serian de temer si la conferencia que él le proponia se hiciese con ruido, y siguiendo todas las reglas necesarias, ó tambien si se daba á entender que se tenia algun designio particular en ella: que él le suplicaba tan solamente que tuviese á bien acompañarle á hacer una visita de atencion al ministro La Faye: que él se encargaba de promover insensiblemente la disputa: que en una palabra respondia de las consecuencias, y que aun tenia bastante consideracion y amigos dentro de Ginebra para impedir el que se le hiciese el mas mínimo insulto.

Como nada deseaba Francisco mas vivamente que afirmar á Awlly en la fé, y como conocia ademas que insistiendo en su negativa, podria tomarse esta en tan mal sentido como se habia tomado la del ministro, temeroso al mismo tiempo de que tal vez se interpretase en descrédito de la Religion católica, vino en concederle lo que le pedia. Partieron pues para Ginebra, acompañados de algunos amigos, que pudiesen atestiguar en caso necesario de todo lo que pasase en la visita que iban á hacer.

Jamas ha habido sorpresa igual á la del ministro, quando se vió cara á cara con el famoso Francisco de Sales, á quien efectivamente temia aun mucho mas de lo que demostraba. La conferencia duró tres horas; pero por mas que hizo Francisco para obligar al ministro á resolver una cuestion antes de pasar á otra, como la ventaja de aquel consistia en no profundizar alguna, propuso tantas cuestiones que ninguna pudo terminarse. Se habló pues de la unidad de la Iglesia, del Sacramento de la Eucaristia, de las buenas obras, de las satisfacciones humanas, de la intercesion é invocacion de los santos, y aun de algunos otros puntos controvertidos, materias tan vastas que apenas hubieran sido suficientes tres dias para examinarlas como corresponde. Pero no se podia menos de seguir al ministro, que quando se veia

cogido en una cuestion, pasaba inmediatamente á otra; pero con tal desventaja, que habiendo notado en los semblantes de los concurrentes lo poco que les satisfacian sus respuestas, levantó la conferencia con un torrente de injurias las mas atroces contra Francisco de Sales.

Los que asistian á la conferencia indignados de la insolencia del ministro, sugerian á Francisco respuestas picantes, á las que daba motivo aquel; pero Francisco les respondió con su acostumbrada dulzura: *que si podia usar de buenas razones no recurriría jamas á las injurias: que el que se enoja tiene derecho para agarrarse donde puede; y que él jamas habia respondido á uno con dureza, sin que luego se hubiese arrepentido de haberlo hecho.* Se puede juzgar sin embargo cuan favorable fué el resultado de aquella conferencia para Francisco y para la Iglesia católica, por lo que hizo en seguida el Baron de Awlly. Compuso este un libro de los motivos de su conversion, que hizo imprimir en Leon, y en donde habla con mucho aprecio de Francisco de Sales, para que haya lugar á creer que lo mirase como á un hombre que le habia engañado, y que le habia explicado mal la doctrina de la Iglesia católica. Sin embargo, no hubiera podido abstenerse de decirlo asi, si hubiese quedado mal en la conferencia de que acabamos de hablar, ó por mejor decir sino se hubiese llevado en ella toda la gloria.

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO TERCERO.

La fama de los memorables hechos de Francisco, y de las victorias que acababa de conseguir sobre los hereges, se estendió al momento por toda la Saboya: pasó los montes, y llegó hasta Roma: el Duque de Saboya, y aun el mismo Papa, tuvieron noticia de todo: quanto mas se esforzaba aquel hombre verdaderamente apostólico en esconderse de sí mismo, por decirlo así, y de atribuir toda la gloria al Padre de las luces, al autor de todos los bienes, de donde corren como un manantial, todos aquellos dones escelentes que admiran á menudo los hombres, sin remontarse hasta la causa primitiva; tanto mas este mismo Dios á quien servia tan puramente, se complacia en hacer brillar la gloria de un servidor fiel, que no tenia otra mira que los intereses de su Señor. No se hablaba de otra cosa en todas partes sino de su celo, de su firmeza, de su dulzura y capacidad, de su destreza en insinuarse en los espiritus, y de su constancia en los trabajos apostólicos. Esto fué lo que le atrajo tantas cartas de felicitacion de todos lados. El Obispo de Ginebra, á quien siempre habia dado cuenta exacta de todo lo que habia sucedido en el Chablais, y sin cuyo consejo no habia emprendido cosa alguna, fué el primero que le escribió. A sus cartas siguieron las del presidente Faure, que le felicitaba tanto en su nombre como en el del Duque de Saboya; lo mismo hicieron el Barón de Hermance, el famoso padre

Posevino, Jesuita, y el Arzobispo de Bari Nuncio de su Santidad en Turin. El presidente Faure hizo aun algo mas; pues le dedicó por entonces el duodécimo libro, de las conjeturas sobre el derecho civil. Nada puede añadirse á las alabanzas que hace de él en su epístola dedicatoria; las que hacen tanto mas honor á Francisco, quanto que son debidas únicamente á su mérito, puesto que aquel grande hombre no era muy amigo de prodigarlas. En fin el mismo Papa le escribió una carta afectuosa, en la que le exhorta á continuar en sus tareas apostólicas, y á concluir la conversion del Chablais, que tan felizmente habia empezado.

Però no hubo cosa que fuese mas de su agrado que un Breve lleno de atencion, que le remitió el Papa para el Barón de Awlly. En él se ve quanto habia contribuido la señora de Awlly á la conversion de su esposo. Se ve ademas la consideracion que gozaba este señor cerca del Duque de Saboya y en todo el pais; porque despues que Clemente VIII le felicitaba sobre su dichosa vuelta á la Iglesia católica, le exhorta á proteger la Iglesia naciente del Chablais, y á imitar al Apostol de las gentes, que despues de haber sido uno de los perseguidores mas terribles de la fé, vino á ser por su fiel correspondencia á la gracia uno de sus mas celosos defensores.

Nada hay mas seductor que las alabanzas; y por mucha modestia que se afecte esteriormente, es raro que no se ceda interiormente á la tentacion de atribuirse á lo menos alguna parte de lo que á solo Dios es debido. Francisco no tenia este defecto; y el modo con que tomó las cartas de que se acaba de hablar no deja lugar á dudar de esta verdad. Respondió á los unos como el Apostol, que no teniendo nosotros cosa que no hayamos recibido de Dios, no tenemos ningun derecho á vanagloriarnos: á los otros que el que planta ó el que riega nada hace, pero que el fruto se debe enteramente

á Dios, que es el que da el aumento: que es inútil que los hombres hablen al exterior si Dios no habla al corazón; y que el que lo había hecho todo de la nada podía muy bien hacer algo valiéndose de los instrumentos mas viles. Su conducta correspondia á sus palabras: no podia sufrir que se hiciese con él la menor distincion: se dejaba tratar y recibir con la misma dulzura á los pobres que á los ricos: dejaba desempeñar á los demas las funciones de mas brillo, y se reservaba siempre las mas bajas y penosas: su dulzura y paciencia iban todos los dias en aumento en lugar de disminuirse: jamas se prevaleió de las ventajas que le daban su nacimiento, su crédito, y la estimacion y confianza que hacia de él el Principe: siempre se le ofendia impunemente, y parecia insensible á todo lo que no fuese perteneciente á Dios y á la Iglesia.

Asi continuaba su mision con un fruto que casi nada dejaba que apetecer; pero no hay situacion por favorable que sea, que no sufra de cuando en cuando disgustos imprevistos: el Baron de Hermance, aquel caballero tan prudente y celoso por la Religion católica, cayó enfermo por este tiempo, y murió á los pocos dias, cuando había mas necesidad de sus consejos y del respeto que se había adquirido. Quería á Francisco de Sales como un amigo; y le veneraba como á padre, siempre pronto á ayudar sus buenos designios; y tenia tal crédito en la provincia, que conseguia las cosas que se tenian por mas difíciles de lograr. Francisco le asistió durante su enfermedad y también á la hora de la muerte: debiendo mirarse como una recompensa anticipada á su virtud, el haber vivido largo tiempo con un hombre tan santo, y el haber muerto al fin entre sus brazos.

Su pérdida fué tanto mas dolorosa, quanto que el que le sucedió estaba muy distante de parecersele: este fué Gerónimo de Lambert: era hombre de mérito, pero no poseia ni con mucho las grandes cualidades del Baron

de Hermance: era duro, mandaba las cosas con altanería, y bajo pretesto de hacer valer la autoridad del Principe descontentaba á todo el mundo, y se hacia aborrecer tanto como se había hecho querer su predecesor. Francisco, que á todo se acomodaba, sufría mucho con aquel gobernador sin quejarse. No es decir por esto que dejase de tenerle la consideracion debida, pues el Duque de Saboya se lo había recomendado mucho; pero sus modales altaneros y duros no se acomodaban en manera alguna con la estremada dulzura de Francisco; y este preferia á veces que dejasen de hacerse las cosas, antes que sufrir que se hiciesen de un modo que le atrajesen el odio del pueblo.

Por esta razon fué por lo que no atreviéndose aun á decir misa en Tonon, iba todos los dias á decir la á una capilla bastante distante de la ciudad. El invierno era de los mas crudos, y un torrente que era preciso pasar había crecido tan extraordinariamente por haberse derretido las nieves, que se había llevado todos los puentes. No dejaba por eso de pasar y repasar todos los dias el torrente por encima de una especie de plancha de hielo por la que se escurría, apoyándose sobre las manos y rodillas con grande riesgo de su vida. El peligro á que se esponia asustaba á todos los que eran testigos de él; pero nada era capaz de contener el celo de aquel varon apostólico: y hallaba ademas tanto consuelo y fortaleza en participar del pan de los fuertes, que aunque los peligros hubieran sido mucho mayores, no hubieran bastado á impedirselo. Se complacia tambien en confesar que había adelantado mas en la conversion del Chablais con sus continuas y fervorosas oraciones, que con todos los demas talentos que el Señor se había dignado concederle. *Los Apóstoles, decía, unían siempre la oracion á la predicacion, y el pueblo de Dios no venció menos á sus enemigos con las oraciones de Moyses, que con las batallas de Josué. Se engaña el que trate de con-*

vertir á los pueblos por distintos medios de los que emplearon Jesucristo y sus Apóstoles: la mudanza del corazon únicamente puede venir de Dios, y por esto nunca estarán de mas cuantos ruegos se le dirijan para conseguirlo.

El Baron de Hermance á vista del peligro que corria todos los dias de caer en un torrente de los mas rápidos, que se lo hubiera llevado infaliblemente, sin que hubiese sido posible prestarle socorro alguno, habia tratado cuando vivia con gran destreza del restablecimiento de la misa en Tonon: llegó á conseguirlo sin violencia en la apariencia, y con consentimiento de los mismos que tenian mayor interes en impedirlo. Pero no teniendo su sucesor ni su prudencia ni su crédito, Francisco prefirió esponerse todos los dias al peligro de perder la vida, antes que ver destruida una obra que tanto le habia costado, con una conducta enteramente opuesta á la que se habia observado hasta entonces.

Entretanto, aumentándose cada dia el fruto que hacia Francisco en aquel pais, el Duque de Saboya que tenia un grandísimo interes en la conversion del Chablais, creyó que debia hablar con él: le escribió sobre el particular una carta afectuosa, en que le manifestaba su reconocimiento, y añadia la orden espresa de que se trasladase inmediatamente á Turin, para tratar con él de los medios con que se podria adelantar una obra tal como la que habia empezado, y que era tan importante á la Iglesia y al Estado.

Francisco, que estaba persuadido de que aquel Principe habia hasta entonces descuidado algun tanto sus intereses, y de que la concurrencia de la autoridad soberana manejada con dulzura no podia menos de producir un escelente efecto, dió gracias á Dios de que le hubiese abierto al fin los ojos, y le hubiese tocado al corazon: y ya se disponia para marchar él, cuando el padre Espiritu de Baumes, predicador capuchino, llegó

á Tonon: venia este encargado de un Breve del Papa dirigido á Francisco, y de un negocio importante que tenia que proponerle de parte de su Santidad. El Breve cuya fecha era de primero de Octubre, se reducía á una carta credencial, por la que el Papa Clemente VIII, despues de manifestarle el aprecio que hacia de su prudencia y capacidad, le decia, que en virtud de la confianza que tenia en su celo por la santa Sede, le enviaba al padre Espiritu, que debia proponerle un negocio árduo de su parte, el cual habia tenido á bien confiarle como á persona muy capaz de desempeñarlo. Se dirigió sobre esto al padre Espiritu, y le preguntó, que era lo que su Santidad le habia mandado decirle: él respondió que el Papa deseaba que hiciese por tener una conferencia con Teodoro de Beza: que nada omitiese para obligarle á entrar en la Iglesia católica; y que si podia conquistarle, le aseguraba de parte de su Santidad todas las ventajas que podia apetecer, á excepcion de las dignidades eclesiásticas, que no queria que se le ofreciesen: y que se le darian todas las seguridades y garantías que él mismo pudiese desear.

Todo el mundo sabe, que Beza era el ministro mas célebre del partido de Calvino. Mientras este vivia partió con él su autoridad, y se refundió toda en él despues de la muerte de aquel: era sin contradiccion uno de los mas hermosos talentos de su siglo: hablaba y escribia en verso y en prosa con la mayor perfeccion; y sino era tan sabio como Calvino, le aventajaba en tantas otras cosas, que llegó á tener celos de él mas de una vez. Los calvinistas le miraban como á un hombre extraordinario; y la reputacion que gozaba entre ellos no podia ser mayor. Era entonces de una edad avanzada, pero nada habia perdido de su buen humor: la dulzura de sus costumbres, y los atractivos de su conversacion le habian grangeado tanto número de amigos, que era igualmente honrado y amado en todo el par-

tido. Habia profesado largo tiempo la Religión católica, en la cual habia nacido; y esto fué lo que tal vez hizo creer al Papa que no seria tan difícil el reducirle á volver á ella.

Los historiadores que han podido consultarse no dan otra razón. Pero no parece regular que un Papa tan hábil como Clemente VIII se hubiese fundado en una conjetura tan débil, y dado sobre ella órdenes espresas para trabajar en su conversion. Sea de esto lo que fuere, la comisión no podia ser mas honorífica para Francisco; y no puede darse mejor prueba del alto concepto en que estaba en la corte de Roma, que es sin disputa la mas ilustrada de toda la Europa, y en donde se juzga mejor del mérito de los sujetos.

Aquellas dos órdenes opuestas, una del Papa que le mandaba ir á Ginebra, otra del Duque de Saboya que le llamaba á Turin, pusieron á Francisco en el mayor embarazo. El padre Espiritu era de parecer que ejecutase la del Papa. Decia sobre esto que la estacion no era á propósito para pasar los montes: que él habia estado á pique de perecer de frio; que los caminos estaban intransitables por las nieves que habian caido aquel año en abundancia: que el mes de Diciembre, que se acercaba, los pondria aun peores; y que el Duque de Saboya no podia menos de aprobar una excusa tan legítima: que esto no tenia lugar con respecto á Ginebra que estaba muy cerca, y á donde se podia ir á lo largo del Lago por el camino mas hermoso del mundo: que el Papa que era muy instruido habia tenido indudablemente sus motivos para dar unas órdenes tan terminantes, de trabajar en la conversion de Beza: que se presentaban á veces coyunturas favorables que destruía el tiempo: que cuando no se aprovechaba uno de ellas, en el momento sucedia muy á menudo el no llegar despues á tiempo de hacerlo: que Beza era viejo y podia morir en el interin de hacer el viaje de Turin, y que con

su muerte se perderia un gran ejemplar que no podia menos de contribuir á la conversion de muchas gentes: y que aun cuando esto no sucediese, la voluntad de los hombres era inconstante, y tal vez se le hallaria entonces con disposiciones en que no se encontraria despues, por poco que se tardase en aprovecharse de ellas.

Un hombre menos celoso que Francisco no hubiera vacilado un momento en rendirse á las razones del padre Espiritu: este no habia ido á Tonon en posta; y despues de su salida de Roma se habia vuelto el tiempo tan crudo, que no podia Francisco esponerse á atravesar los montes, sin un peligro conocido de perder la vida. Por otra parte el discurso del padre Espiritu era ejecutivo; y no podia negar que si lograba obligar á Beza á volver á entrar dentro de la Iglesia católica, tendria esta vuelta tan favorables consecuencias como todo lo que pudiese negociar cerca de su Alteza Real. Pero aquel hombre apostólico se dirigia siempre al bien mas grande; y tenia en nada cuanto pudiese costarle, y aun su misma vida, cuando se trataba de la salvacion de las almas.

Esto fué lo que le obligó á responder al padre Espiritu, que convenia con él en que la conversion de Beza no podia menos de serle muy gloriosa y muy útil á la Iglesia católica, si llegaba á conseguirse, pero que esto era muy incierto: que entretanto él veia al Chablais y las tres Bailías dispuestas á convertirse, por poco que fuese ayudado para ello con la autoridad del Principe: que en la vuelta de Beza á la Iglesia católica se trataba precisamente de la conversion de una sola alma, porque aun dado caso que se verificase, no era seguro que su ejemplo fuese seguido: que en la del Chablais y las Bailías se trataba de la de un gran número de almas, la menor de las cuales no habia costado menos á Jesucristo que la de Beza, á pesar del gran mérito que tenia á los ojos de los hombres: que él no podia creer que si el

Papa hubiese tomado algunas medidas sobre esto, que la dilacion pudiese destruirlas, no se las hubiese comunicado para que se aprovechase de ellas: que se seguia de aqui que aun estaria á tiempo de lograr la conversion de Beza á su regreso de Turin: que era cierto que las voluntades de los hombres son inconstantes, pero que las de los Principes lo son mucho mas que las del resto de los hombres, en razon á que estan obligados á acomodarse á los intereses de sus estados, que cambian á su pesar bastante á menudo: que era de la mayor importancia el empeñar lo mas pronto posible de un modo ruidoso al Duque de Saboya en la conversion del Chablais, á fin de que dado el primer paso no pudiese hallarse ya en disposicion de desistir: que en fin las cosas se hallaban en un estado en que no podia prescindirse de la autoridad del Principe: que el gran número que habia de convertidos necesitaba de Iglesias en donde se juntasen, de párrocos que les instruyesen, de colegios en donde se formasen los jóvenes, y de otra infinidad de cosas, para las que era absolutamente indispensable la proteccion del Soberano. *Es verdad, añadió sonriéndose, que la estacion no es muy favorable: pero, cuantos soldados y comerciantes atraviesan diariamente aquellos terribles montes, por interes de mucha menor entidad que los que nosotros tenemos que manejar?*

No habia cosa mas convincente que lo que Francisco acababa de decir, y cualquiera otro que el padre Espiritu se hubiera rendido á la razon; pero hay ciertos genios que á nada atienden, cuando estan encaprichados en una cosa: el padre Espiritu se habia formado una hermosa idea de la conversion de Beza; él mismo estaba interesado en este importante negocio, y no tomaba parte en el de que habia de tratarse con el Duque de Saboya. Siempre se tiene por fácil de conseguir lo que se intenta con ardor, y siempre se dá por logrado: y es raro encontrar un celo que sea tan puro, que no se

mezcle en él algo de interes para con nosotros mismos. El Padre Espiritu no podia gustar bajo este aspecto de las razones de Francisco; por consiguiente le ponderó hasta el extremo la autoridad del Papa, y la obligacion en que estaban particularmente los eclesiásticos de obedecerle, sobre todo cuando se trataba del bien de la Iglesia.

Pero Francisco, que no tenia menos firmeza que dulzura, le respondió, que estaba persuadido de que las miras de su Santidad iban siempre á donde podia lograrse mayor bien: que si estuviese en aquel pais, le mandaria hacer lo mismo que estaba resuelto á ejecutar: que él daría cuenta á su Santidad de su conducta, y que no dudaba que el mismo Santo Padre tendria la bondad de ayudarle á justificarse.

El padre Espiritu no cedia sin embargo, por mas que hacia Francisco para que conviniese con su parecer, cuando este recibió muy á tiempo nuevas cartas del Principe mas urgentes que las primeras, por las que le mandaba que prescindiendo de todo otro motivo, se presentase inmediatamente en Turin para tratar con él y con el Nuncio del Papa de los negocios del Chablais: aquellas cartas terminaron la diferencia; y el padre Espiritu, que tenia un escelente fondo, fué tambien de dictamen de que no podia ya diferir su partida: con esto quedó pendiente el negocio de Beza para otra ocasion, como veremos en la continuacion de esta historia.

Sucedía esto á fines de noviembre: la gran cantidad de nieves que habia caído y un furioso cierzo que reinaba, hacían que el frio fuese inaguantable: los caminos no se distinguían por hallarse enteramente cubiertos de nieve, y los precipicios de que estaban rodeados causaban horror aun á los mismos naturales de aquellos países salvajes, á pesar de lo acostumbrados que estaban á verlo: cada día se recibían noticias de haber encontrado gentes muertas de frio por los caminos. Estos obs-

táculos detenian aun á los más determinados; y nadie habia que no estuviere muy persuadido de que la intencion de su Alteza Real no podia ser la de que se pudiese Francisco en camino en una estacion tan rigurosa. Pero aquel varon apostólico no conocia peligro quando se trataba de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas. Los pocos amigos á quienes habia dado conocimiento de su viaje se opusieron á él en vano: marchó quando menos lo esperaban, acompañado de un solo criado, de quien tenia mas compasion que de sí mismo; pero no podia menos de llevarlo en su compañía.

Es fácil imaginarse quanto tuvo Francisco que sufrir en aquel penoso viaje. Iba la mayor parte del tiempo sin guias, pues por mas dinero que ofreciese, no encontraba quien quisiese esponerse á marchar con un tiempo tan malo, viéndose obligado muy á menudo á valerse del conocimiento que él y su criado tenian del pais, para poder continuar su camino. En fin, despues de increíbles fatigas llegaron él, su criado y caballos, medio muertos de frio, y en medio de una horrorosa borrasca, al monasterio del monte San Bernardo. Grande fué la sorpresa de los religiosos del monasterio al ver llegar un hombre de su caracter con un tiempo tan terrible, en que ni aun los osos de que todo el pais estaba lleno, apenas se atrevian á salir de sus cuevas. Habia encargado á su criado que no dijese quien era, para evitar de esta suerte las atenciones y cuidados, que se hacia cargo que le dispensarian sabiéndolo, en atencion á su reputacion y nacimiento; pero el criado, que no siempre se consideraba obligado á obedecerle, y que no se acomodaba á las máximas que su profunda humildad acostumbraba inspirarle, lo primero que hizo, fué decir quien era su amo, y los motivos que le obligaban á viajar en medio de un tiempo tan incómodo.

No fué necesario mas para obligar á los religiosos á hospedarle con la mayor consideracion, y á tratarle todo

lo mejor que supieron. La fama de sus virtudes habia llegado á su noticia, y lo que hacia en el Chablais era tan público que no habia persona que lo ignorase. Le miraban como á un santo de los primeros siglos de la Iglesia, y se tenian por dichosos en tener un huesped de tal mérito. Francisco admiró sus atenciones con aquella educacion y dulzura, que le ganaban todos los corazones. Se cree de ordinario que los santos son severos para los demas, como acostumbran serlo para sí propios. Francisco no era de tal caracter: su conversacion era amena, sus modales dulces y despejados en las cosas indiferentes y permitidas; y tenia tanta mas condescendencia con los demas, quanto menos tenia consigo mismo.

No fué posible sin embargo á aquellos religiosos el hacerle detenerse con ellos tanto tiempo como hubieran deseado. En quanto pasó la borrasca de que hemos hablado, se puso nuevamente en camino; y llegó á Turin, despues de haber padecido todas las incomodidades que los malos caminos y el rigor de la estacion pueden ocasionar á los viajantes.

El Duque de Saboya le recibió con todas las muestras de consideracion, que puede dar un Soberano á un vasallo suyo: le tributó delante de toda su corte las alabanzas que merecia, y le presentó al Nuncio del Papa como un hombre extraordinario, y que habia hecho á la Iglesia los servicios mas importantes: le dió tambien una especie de satisfaccion por haberle obligado á ponerse en marcha con un tiempo tan crudo, y le dijo particularmente y en secreto, que preveyendo que muy en breve podria ir en persona al Chablais, no habia creído que debiese hacerlo sin haber hablado antes con él, y tomado todas las medidas necesarias para la total conversion del pais, la que estaba resuelto á sostener con toda su autoridad.

La audiencia pública fué seguida de varias audiencias

particulares, en las que el Duque de Saboya, que era un Príncipe muy instruido, le habló á solas largo rato del estado de las provincias de la parte de allá de los montes. Francisco le enteró exactamente de todo, de un modo que dió bien á entender que no era menos hábil en política que en la ciencia de los santos. Por lo perteneciente al distrito, adonde se extendía su mision, le dijo, que el pueblo bajo no era adicto á la Religion calvinista, sino porque no conocia otra: que los del estado medio como comerciantes y artesanos la seguian de buena fé; pero que tenian mas aversion á la Religion católica que adhesion á la calvinista: que aquella aversion provenia de las horrorosas pinturas que se les habian hecho de la doctrina de la Iglesia, y de los errores que se la atribuian falsamente: que se podia ganar á unos y otros, enviándoles párrocos y predicadores celosos, que fuesen capaces de desengañarlos de sus infundadas prevenciones, y de refutar las calumnias con que se esforzaban en denigrar todos los dias á la Iglesia católica.

Que no era lo mismo en cuanto á los ministros, y á los principales del partido calvinista: que la licencia, la independenciam, y unos intereses puramente humanos, eran los verdaderos motivos que los mantenian en su Religion: que no se necesitaba otra prueba de esta verdad, que el ver la constancia con que los ministros habian huido de conferenciar con él, y la obstinada tenacidad con que habian negado que la doctrina católica fuese tal como él la habia espuesto, á pesar de que habia tomado aquella esposicion del mismo Concilio de Trento, que era la regla de fé sobre los puntos contestados: que se podian añadir á todo esto sus perpetuas contestaciones sobre su profesion de fé, en la que todavia no habian podido convenirse, y el modo violento con que retenian á las gentes en su Religion, como se habia visto con el suplicio del ministro que habian hecho morir con falsas acusaciones, tan solamente porque habia vuelto

de buena fé al seno de la Iglesia católica: el espíritu de calumnia que reinaba entre ellos contra los católicos, sus relaciones intimas con los enemigos del Estado, y el asesinato resuelto en Ginebra, y probado por tantas veces contra su persona: que no recordaba estos hechos para pedir venganza, pues lo habia perdonado con todo su corazon, y estaba persuadido de que debía disimularse aquel atentado; pero que no se podia negar que los que empleaban tales medios, cuando se les ofrecian los de suavidad y dulzura, se hacian muy sospechosos de proceder de mala fé sobre un punto tan importante, y que exijia tanta sinceridad y rectitud por su parte, como habia por parte de la Religion católica: que el odio que contra ella tenian influia sobre el gobierno político: que los calvinistas eran naturalmente republicanos, y enemigos del gobierno monárquico: que la vecindad de Ginebra y de los suizos, el comercio continuo que mantenian con ellos, y la misma uniformidad de Religion alimentaban este odio: que ellos la miraban como un lazo, que les aseguraba la proteccion de sus vecinos, y que no tenian motivos mas poderosos para retener en ella al pueblo, que la conservacion de sus privilegios y libertades, que les hacian depender de la de la Religion calvinista: que publicaban en alta voz que no se trataba de restablecer la católica, sino para despojarlos de uno y otro: que si los calvinistas no empleasen sino la predicacion é instruccion para atraer los pueblos á su partido, creeria que no debian emplearse otros medios para convertirlos; pero que una vez que ellos recurrian á otros medios puramente humanos para sostener el error, tambien era lícito servirse de iguales medios para restablecer la verdad. ®

El Duque, que creyó que queria persuadirle á usar de la fuerza para obligar á sus vasallos calvinistas á entrar en la Iglesia católica, le interrumpió para decirle, que no debía tocarse esta cuerda que era muy peligrosa, y

que infaliblemente atraeria al Chablais las armas de los ginebrinos y de los suizos: que esto no convenia en manera alguna al estado actual de sus negocios. En efecto, habiéndose hecho católico Enrique el Grande, despues de muchas revoluciones disfrutaba tranquilamente de la corona de Francia. Este pedia el Marquesado de Saluces, feudo del Delfinado, que habia usurpado el Duque durante las guerras civiles de Francia; y como estaba decidido á retenerlo, preveia que bien pronto tendria sobre sí las armas de los franceses, y que si se atraia ademas las de los suizos, no podria resistir á aquellas dos potencias, y estaba espuesto á que le despojasen de sus estados, como le habia sucedido á su padre: el ejemplo era reciente, y heria al Príncipe tanto mas vivamente, cuanto que los franceses reunidos al mando de un gefe de la reputacion del Grande Enrique, eran muy capaces de renovarlo sin auxilio de los suizos.

Pero Francisco, á quien ni siquiera habia pasado por el pensamiento hacerle semejante proposicion, volviendo á proseguir su discurso, le dijo, que aunque los suizos y ginebrinos se hubiesen valido de la fuerza para desterrar la Religion católica de sus estados respectivos, y aun de los de Saboya, antes que él hubiese sucedido al Duque su padre, estaba muy distante de darle semejantes consejos: que un Príncipe tan grande como él era, sabia como debía usar de la espada que Dios habia puesto en sus manos; pero que él no habia entendido por medios humanos sino los honores, los cargos, la proteccion y las recompensas, que debian ser todas para los católicos, como tambien las liberalidades que debian ejercerse únicamente con ellos: que un Príncipe cristiano no solamente podia, sino que estaba obligado á emplear semejantes medios para establecer y sostener la verdadera Religion que él mismo profesaba, y que á la verdad los nuevos católicos estaban demasiado perseguidos por los hereges, para que pudiesen prescindir de la proteccion

y liberalidad de su Príncipe: que ademas de todo esto, él se tomaba la libertad de hacerle presente que los ginebrinos y suizos no eran tan de temer como muchos se figuraban: que á una pequeña república como Ginebra no le convenia provocar las armas de un Príncipe tan poderoso como él: que enteramente ocupada en su comercio no deseaba sino la paz; y que mientras no se la atacase, no trataria de entrar en disputas con sus vecinos: que á la verdad la proteccion de la Francia la hacia ser insolente, pero que aquella misma proteccion, que estaba mas por la defensiva que por la ofensiva, y que ella no podia manejar á su placer, la contendria dentro de los límites de su deber: que el Rey cristianísimo, que habia entrado hacia poco tiempo en la Iglesia católica, y á quien se le sospechaba ya de ser gran favorecedor de los hereges, era muy hábil politico, para aprobar que unos simples paisanos, como eran los de Ginebra, se metiesen á censurar la conducta que observaba un Príncipe católico en sus estados. Que en tiempo de guerra se aprovecha uno de todo, pero que hecha la paz vuelven los Príncipes á adoptar sus verdaderas máximas, conociendo demasiado las consecuencias que trae el apoyar á los vasallos contra sus legítimos Príncipes, que las repúblicas que tienen el mismo interes, deben igualmente tener los mismos sentimientos.

Que los suizos en particular arruinados por la furiosa guerra que habia suscitado entre ellos el cambio de Religion, no respiraban sino la paz: que todas las mejores tropas que tenian, estaban al servicio de los Reyes de Francia y España con condiciones muy ventajosas para la república para que las llamasen, sin una necesidad tan urgente como la de defenderse á sí propios, si acaso eran atacados: que un Príncipe como él, que no tenia que dar cuenta de sus acciones sino á solo Dios, debía obrar en aquella ocasion como le pedian sus propios intereses, que consistian en restablecer la Religion

católica en sus Estados; y que no tenía que consultar sobre esta materia sino á sus luces, á su honor y á su conciencia.

El Duque quedó tanto mas satisfecho de este discurso, quanto que no le esperaba de un hombre como Francisco, que parecia muy joven y que efectivamente aun no tenía treinta años: le consideraba muy instruido en la teología y en la controversia; pero no habia esperado hallar en él tantos conocimientos sobre asuntos políticos: sin embargo á no haberlos tenido, no hubiera sido tan apto para el desempeño de las funciones á que Dios le habia destinado: el estado civil y la Religión estan tan íntimamente unidos, que no puede tocarse el uno sin que se resienta el otro; por consiguiente no pueden menos de cometerse grandes faltas, no instruyéndose sino en lo que conviene al uno, sin tomarse el trabajo de aprender lo que puede proporcionar el descanso del otro. Estos conocimientos no son por otra parte tan incompatibles como suele creerse generalmente. Quando Dios dando leyes al pueblo judáico estableció el estado mejor organizado del mundo, puso la autoridad sagrada y civil en manos de los sacerdotes; y aun en la misma Religión cristiana, el caracter de eclesiástico y párroco no destruye el de ciudadano, miembro del Estado y vasallo del Príncipe: ó no debe mezclarse un eclesiástico en los asuntos, en que el pueblo es solamente el interesado, ó que está obligado á instruirse en lo que puede convenirle ó perjudicarle; y siempre será peligroso poner los negocios mismos de la Religión á cargo de personas que no esten instruidas del interes que puede tomar en ellos el Estado, ó que no tenga por él suficiente interes.

Francisco estaba tanto mas obligado á hacer estas reflexiones, quanto que teniendo que tratar con un pueblo que hacia poco tiempo que habia entrado bajo la obediencia de su Soberano, que profesaba una Religión dis-

tinta de la suya, y que tenía tambien grandes relaciones con sus enemigos, era preciso usar de mucha consideracion para no comprometer la autoridad del Príncipe, ni turbar la tranquilidad pública, restableciendo la antigua Religión.

Así es que el Duque de Saboya, haciendo una nueva confianza de él, no se contentó con los avisos generales que acababa de darle: quiso que le dijese en particular todo lo que juzgase que podia contribuir al adelantamiento y perfeccion de la grande obra que habia emprendido. Francisco lo hizo, y el Duque quedó tan satisfecho, que le mandó que lo pusiese por escrito, y que lo presentase al Consejo de Estado, que mandaria reunir al dia siguiente para que allí se examinase en su presencia.

Habiéndose presentado Francisco en el Consejo, al que fué convidado tambien el Arzobispo de Bari Nuncio de su Santidad, repitió sobre poco mas ó menos lo mismo que habia dicho particularmente al Duque de Saboya; y presentó la memoria que aquel le habia mandado componer. Contenia esta sustancialmente lo que sigue.

Que era preciso obligar á los ministros calvinistas á salir de los Estados del Duque de Saboya, y sobre todo á los de Tonon, que eran de un genio mas fuerte y turbulento que los otros: que estos no tan solamente estorbaban la conversion del pueblo, sino que le inspiraban ademas ideas de desobediencia, y mantenian relaciones secretas con los enemigos del Estado: que mientras tanto que permaneciesen en el Chablais y las Bailias, para trabajar ocultamente en que no tuviese fruto su mision, nada podria hacerse con solidez: que despues de haberse tomado un gran trabajo para instruir á los que parecia que tenían mejores sentimientos, una palabra áspera ó una amenaza de un ministro lo echaba todo á perder, y hacia que volviesen á su primer extravío con mayor obstinacion que nunca: que

despues que se les habian ofrecido de parte del Príncipe por espacio de dos años los medios de la conferencia y de la dulzura, que habian renunciado constantemente con una tenacidad increíble, no tenian derecho alguno á quejarse de aquel rigor que ellos mismos habian provocado: que estando obligado un Príncipe católico á procurar la salvacion de sus vasallos, no podia prescindir de alejar de entre ellos á los que no trabajaban sino en pervertirlos y perderlos por toda una eternidad.

Que por esta misma razon era preciso hacer una pesquisa exacta de los libros heréticos, y prohibir enteramente su lectura, porque hacian con corta diferencia el mismo efecto que los sermones de los ministros, y mantenian al pueblo en el error y en la desobediencia: que suprimidos y desterrados aquellos libros, era preciso sustituirlos con otros que pudiesen instruir al pueblo de la verdad católica, y formarle en las buenas costumbres y en la virtud: que cuanto mas fiel es un pueblo á Dios, es tanto mas exacto en dar al Príncipe lo que le corresponde, y que siempre se habia notado que los buenos ciudadanos y los buenos vasallos se formaban de las personas mas virtuosas: que el despacho de estos libros se lograria facilmente y á poca costa, si el Duque tenia á bien establecer un impresor católico en Annecy con algun privilegio ó prerogativa particular, que le ayudase á mantenerse en su oficio.

Que por el mismo objeto de la salvacion de los pueblos, era necesario privar á los hereges de los cargos, empleos, honores y dignidades, y dárselos á los católicos: que los calvinistas se servian de estas distinciones para apoyar el error, é impedir que progresase la fé: que estos se constituian en obligacion de defender su partido: que suscitaban secretamente contra los católicos, y contra los que conocian que tenian propension á serlo, pesadas calumnias con que aterraban á los de

almas débiles, y que demasiado se experimentaba que les ocupaban mas los males presentes que los de la eternidad: que abusando asi de su autoridad era muy justo que se les privase de ella.

Que habiendo separado de este modo lo que podia favorecer al error, era menester restablecer lo que podia mantener la Religion y las buenas costumbres, es decir, las antiguas parroquias y los párrocos: que no se necesitaba para esto sino hacer una averiguacion exacta de las rentas de los beneficios usurpados por los hereges, ó poseidos injustamente por personas sin titulo ni autorizacion para ello: que la restitucion de los frutos percibidos indebidamente se destinaria á reedificar las Iglesias arruinadas, y la renta corriente á la manutencion de los párrocos.

Que durante algunos años ademas de los párrocos ordinarios, se necesitarian á lo menos ocho predicadores escogidos, que no estuviesen destinados á lugar alguno en particular, sino que fuesen predicando por toda la provincia: que su manutencion no estaria á cargo del Estado, puesto que podia sacarse del fondo destinado para pagar las pensiones de los ministros calvinistas.

Que siendo la ciudad de Tonon la capital de la provincia, y habiendo ya en ella un gran número de católicos, sin contar aquellos de quienes habia fundado motivo de esperar que se convertirian, no creia que se pudiese menos de volver á los católicos la Iglesia de San Hipólito, y de restablecer inmediatamente en ella la misa y oficio divino.

En fin, Francisco de Sales añadió, que no habiendo cosa que mas pudiese contribuir á la conservacion de la Religion y de las buenas costumbres que la buena educacion de la juventud, creia que era absolutamente necesario el fundar en Tonon un colegio de Jesuitas, que seria como una especie de baluarte contra las empresas de Ginebra, y un continuo remedio contra la here-

gía, que habia echado muy profundas raices en los corazones, para que no fuese de temer el que volviese á retoñar: que aquel colegio seria como una especie de seminario, de donde saldrian en poco tiempo gran número de personas bien instruidas, y capaces de confirmar á sus hermanos en la fé: que no conocia otras gentes mas á propósito para oponerse á los hereges, que aquellos religiosos acostumbrados ya á combatirlos, y cuya conducta arreglada é irreprochable los ponía á cubierto de las calumnias con que acostumbraban denigrarlos aquellos, á cuyos errores se habian opuesto: que si este proyecto agradaba, no costaria mucho trabajo hallar los medios de llevarlo á efecto.

Habiendo concluido Francisco de leer la memoria que acabamos de referir, el Nuncio del Papa no se contentó precisamente con aprobarla, sino que prometió tambien, en nombre de su Santidad, todo lo que dependiese de su autoridad para lograr su pronta ejecucion. Muchos de los Consejeros de Estado aprobaban en general la memoria de Francisco, pero eran de parecer que nada se precipitase, y que se dejase la ejecucion á lo menos de una parte de los artículos que contenía para otro tiempo. Decían para apoyar su dictamen, que era lo mismo con corta diferencia el cuerpo político que el humano: que una salud deteriorada no se restablecia de golpe: que era necesario dejar á los remedios el tiempo que necesitaban para obrar, y que no se debía sobrecargarla demasiado: que se debía dar mucho á la naturaleza y al tiempo, y dejar obrar uno y otro: que habia tambien tiempos y circunstancias en que no convenia aplicar remedio alguno: que tratando de precipitar la cura, se destruía muchas veces la salud: que no era prudente hacer con las provincias fronterizas lo mismo que podia hacerse con respecto á las que estaban en el centro del Estado, y que estaban por consiguiente lejanas del socorro de los enemigos: que Gine-

bra y los suizos vecinos al Chablais no podían mirar con serenidad lo que se trataba de poner en ejecucion: que lo menos que podia suceder era que desertase una parte de los vasallos de su Alteza, y se retirase á pais extranjero, acabando de este modo de arruinar sus provincias, y de hacerlas inútiles al Estado: que antes de llevar las cosas á tal altura, era preciso esperar á lo menos á que se hubiere terminado con la Francia la diferencia que se sostenia con ella con respecto al Marquesado de Saluces.

Francisco, que habia previsto que su memoria no pasaria sin sufrir contradiccion, pidió permiso para justificar lo que habia propuesto; y habiéndolo obtenido, presentó con su acostumbrada dulzura, que si habia males que no debían exasperarse, los habia tambien que no podían ser contemplados: que en queriendo dejar obrar demasiado á la naturaleza, se veía obligada á ceder algunas veces á la violencia del mal; y que muy á menudo el tiempo, lejos de curar los males, no hacia sino volverlos incurables: que para pasar de aquellas máximas generales á lo que se proponía tocante al Chablais y las Bailías, no podia decirse que se hubiese precipitado alguna cosa, y que no se hubiese estudiado el tiempo y las circunstancias propias para los remedios que él proponía: que hacia ya mas de dos años que él estaba en el Chablais por orden espresa del Príncipe: que no habia medio de dulzura y de compasion que no hubiese sido propuesto, y que no hubiesen desechado con una obstinacion invencible: que no aconsejaria jamas que se usase de la fuerza; pero que se engañaba completamente el que creyera que podia restablecerse la Religion católica en el Chablais sin valerse de otros medios, que los que se habian empleado hasta entonces: que Ginebra y los suizos lo mirarian mas de una vez antes de romper abiertamente con el Duque de Saboya, y de mezclarse en lo que pasaba en sus Estados: que asi como ellos lleva-

rian á mal que él se metiese en arreglarlos en un punto tan interesante como el de la Religión, podían figurarse que causarían igual desagrado, si ellos tratasen de mezclarse en asuntos de esta naturaleza en los Estados que no eran suyos: que podrían quejarse, interceder, intrigar, y aun tal vez amenazar; pero que no había probabilidad de que pasasen mas adelante: que á la verdad podría suceder que los calvinistas mas obstinados y revoltosos abandonasen el país, pero que el Estado ganaría en esto en lugar de perder; y que aquellas gentes allá mismo, despues de haber experimentado la dureza y envidia de los estrangeros, y todo cuanto tiene de duro y fastidioso un destierro, aunque sea voluntario, se tendrían por muy dichosos en poder volver á su patria con las condiciones que el Soberano tuviese á bien prescribirles.

Dirijiéndose inmediatamente á los Consejeros de Estado que no eran de opinion que se llevase á efecto su memoria en todas sus partes, les preguntó, que tiempo podría hallarse jamas que fuese mas á propósito para su ejecucion, que aquel en que se encontraban: que vivían en una paz profunda bajo el dominio de un Principe poderoso, apreciado y temido de sus vecinos, vencedor de aquellos mismos pueblos con cuya union se trataba de amedrentarle, respetado y amado de sus vasallos, y en estado de emprender todo cuanto creyese conveniente para sus pueblos: que él sabia mejor que ningun otro, si el asunto de Saluces era un obstáculo para lo que trataba de hacerse en el Chablais, pero que todo el mundo sabia tambien que el Rey Cristianísimo habia consentido en que la decision de aquel negocio quedase al arbitrio de su Santidad, y que dependia del Duque de Saboya el terminarlo por la via de la dulzura.

Habiendo acabado Francisco de hablar, se levantó el Duque, y le concedió en el acto todo lo que habia pedido á escepcion de dos artículos, cuya ejecucion le pro-

metió que no se retardaria por mucho tiempo. Le permitió particularmente que se pusiese en posesion de la Iglesia de San Hipólito, y que se celebrase en ella la misa y el oficio divino: le prometió darle cartas para los empleados de la ciudad, en las que les daría á entender su voluntad, y para el gobernador del Chablais, á fin de que tomase parte en la ejecucion de sus designios; y le encargó, que cuando estuviese de vuelta en aquellos lugares, le diese cuenta á menudo de todo lo que acaeciese.

Francisco tuvo aun algunas conversaciones particulares con el Nuncio del Papa: le habló de las órdenes que habia recibido de su Santidad tocantes á Teodoro de Beza, y las razones que habia tenido para dejar su cumplimiento para cuando estuviese de vuelta. El Nuncio aprobó su conducta, y le ofreció que haría que la aprobase su Santidad, le aseguró del aprecio y confianza que en él tenia, y le prometió ser su abogado cerca del Papa y del Duque de Saboya, para que tuviesen efecto las cosas que se le habian prometido. *Tendreis necesidad, le dijo, de este apoyo: el Principe tiene buenas intenciones; pero rodeado de Consejeros tímidos ó ganados por los hereges, todo les atemoriza; y harán quanto les sea posible para apartarle de sus buenos intentos: pero él os dará su palabra, y yo no dejaré de hacer quanto pueda para obligarle á que la cumpla.*

Entretanto, habiendo dispuesto Francisco todo lo necesario para su viaje, tuvo la última audiencia con el Duque. Aquel Principe le entregó las cartas que le habia prometido, y ademas otras para que tomase de su Real Patrimonio todo lo que necesitase para su manutencion y la de los misioneros. Esperaba el Duque que le pedia alguna gracia para sí, ó á lo menos el que se le reintegrase de lo que habia adelantado; pero viendo que nada de esto hacia, se lo dijo finalmente él mismo con tales pruebas de afecto, que cualquiera otro que

Francisco no hubiera dejado de aprovecharse de ellas.

Francisco se valió de esta ocasion, no para tratar de sus propios intereses, sino de los del Cabildo de Ginebra á cuya cabeza se hallaba. Representó pues al Duque las grandes necesidades de aquel cuerpo, desde que sus fincas habian sido usurpadas por los ginebrinos, y la imposibilidad en que se hallaba de celebrar los divinos oficios con la decencia que requería el ser la primera Iglesia de una Diócesis: que los Papas Pio IV y Gregorio XIII teniendo esto en consideracion, les habian eximido del pago de los diezmos, cualquiera que fuese la causa porque pudiesen pedírselos: que sus oficiales sin embargo no dejaban de exijirlos; y que le suplicaba que concediese al Cabildo el goce de aquella inmunidad, y le otorgase el volver á entrar en posesion de los bienes usurpados que estuviesen dentro de sus Estados, y particularmente en el priorato de Armoy, al que tenían derechos incontestables.

Movido el Duque de su desinterés, le concedió al punto lo que pedía, é hizo que se espidiesen inmediatamente las órdenes al efecto: le aseguró que iria dentro de poco á ayudar en persona sus buenos designios: y le declaró que no dilataba mas que hasta entonces la ejecucion de los dos artículos de su memoria que trataban de los ministros y magistrados calvinistas; y le despidió con mil pruebas de benevolencia y aprecio.

Continuaba entretanto el invierno sin aliojar en nada de su rigor, y los Alpes cubiertos de nuevas nieves que habian caído despues de su llegada á Turin, parecia que se oponian á su regreso. El Duque de Saboya, el Nuncio del Papa y todos los amigos que se había adquirido en la Corte, eran de parecer que aguardase á una estacion mas templada para marchar; pero Francisco, que no estaba acostumbrado á cuidarse, cuando se trataba de los intereses de Dios, y que estaba persuadido por otra parte de que su presencia era necesaria en Tonon,

no se dejó vencer por ninguna de cuantas razones le dieron, para que no marchase. Todas las precauciones que tomó, fueron el irse por el pequeño San Bernardo, por donde efectivamente era menos malo el camino. Habiendo llegado á Tonon, fué á ver á todos los católicos, y notó con la mayor alegría, que nada habian perdido de su anterior fervor durante su ausencia: encomendó á sus oraciones el restablecimiento de la Religion católica en Tonon y en todo el Clablais: les enseñó la orden que traía del Duque, y pasó él mismo muchos dias en oraciones y ayunos para pedir á Dios que aquel restablecimiento se hiciese sin disensiones, y que tuviese á bien apartar al Duque de los extremos á que podría dejarse arrastrar, si se oponian á la ejecucion de su voluntad.

Se acercaba la Natividad, y como Francisco y todos los católicos deseaban con ardor que la Iglesia de San Hipólito, de que se les había permitido tomar posesion, fuese restablecida para celebrar la misa en ella el dia de aquella gran festividad, se apresuró á entregar al gobernador del Chablais y á los Síndicos de Tonon las cartas que el Duque les escribía al efecto. El gobernador le ofreció toda la proteccion que para ello necesitase, y le rogó que le diese exacta cuenta de todo cuanto sucediese en Tonon.

Peró apenas hubieron recibido los Síndicos las cartas del Duque, en que se les mandaba que entregasen á los católicos la Iglesia de San Hipólito, y que no estorvasen en modo alguno la celebracion del culto divino que debía hacerse en ella por orden suya, cuando ellos mismos promovieron la sedicion. Un instante despues se cerraron las puertas de la ciudad para impedir al gobernador y á los católicos del campo que viniesen al socorro de los de la ciudad: al mismo tiempo los calvinistas corrieron á tomar las armas: una parte de ellos cercó la Iglesia de San Hipólito, y la otra corriendo la ciudad amenazaba pasar á cuchillo á todos los católicos, y que-

mar vivo á Francisco de Sales en medio de la ciudad. Los católicos alarmados de su propio peligro, y aun mucho mas del de su Pastor, tomaron las armas por su parte, y no reconociendo otro jefe que él, y en su persona al Duque de Saboya, cuyas órdenes ejecutaba, amenazaban á su vez con vender bien caras sus vidas, y que las cabezas de los Síndicos les responderían de la de Francisco: eran bastantes en número y bastante bien armados, para que se les despreciase: la autoridad del Príncipe que estaba en su favor, aumentaba su denuedo: y la desesperacion á que los reducía la violencia de los calvinistas, sin que pudiesen prometerse transacción alguna, hacia temer cualquiera cosa de su resentimiento. Se conoció tambien que alguna persona de suposición daba las órdenes por bajo mano; porque se apoderaron con mucho orden de los puntos mas ventajosos, en donde un pequeño número podía hacer frente á otro mucho mayor. El poner en salvo á Francisco fué uno de sus primeros cuidados: rodearon su casa, y por mas que les dijo que no trataba de oponer la fuerza, y que la mayor dicha que podía sucederle era el morir por una causa tan justa como la que defendía, no le fué posible lograr que se retirasen.

Llegó en esto la noche, y habiéndose retirado para tomar algun descanso los calvinistas que cercaban la Iglesia de San Hipólito, se apoderaron de ella los católicos á su vez, y Francisco que tenía los obreros preparados al efecto, mandó que empezasen á recomponerla. Apenas lo supieron los calvinistas, cuando volvieron de nuevo á las armas: y los dos partidos, despues de haberse estado amenazando largo rato, estaban ya dispuestos á acometerse, cuando Francisco, cuya estremada dulzura no podía sufrir la menor violencia, se puso entre ambos con gran peligro de su vida. Su presencia contuvo á los católicos, y suspendió el furor de sus enemigos. Llamó á los Síndicos, y hablándoles en voz alta, que podía

ser oída de todos, les hizo presente con mucha firmeza, que si él emprendiese de su propia autoridad el volver á los católicos la Iglesia de San Hipólito, tendrían algun derecho para oponerse á ello; pero que aun así debía ser ante un tribunal, y no con las armas en la mano, que no era permitido tomar sino con orden del Príncipe, para su servicio, y nunca contra sus intenciones: que ellos sabían mejor que otro alguno que él nada hacia sino con órdenes del Soberano: que él mismo les había puesto estas órdenes en sus manos: que sin embargo muy lejos de cumplirlas, como estaban obligados por su cargo, se veían por orden suya, ó á lo menos con su consentimiento armados los vecinos unos contra otros, formando el motin, y despreciadas las órdenes del Príncipe: que la cosa había llegado ya muy adelante, y que por poco mas que se adelantase no podría espiarse la falta cometida sino con la completa destruccion de la ciudad: que no trataba de ser su delator, pero que estando encargado de las órdenes del Príncipe, no podía eximirse de darle cuenta del modo con que se habían ejecutado: que la intencion del Duque no era la de quitarles la libertad de conciencia que les había concedido; pero que era justo que teniendo ellos tantos otros sitios donde podían reunirse, los católicos que eran ya bastantes en número, tuviesen á lo menos uno para la práctica de los ejercicios de su Religion: que nada se les tomaba que fuese suyo, que ellos no habían hecho construir la Iglesia de que se trataba: que esta había pertenecido á los católicos por espacio de muchos siglos, y que ellos no hacían sino volver á entrar en posesion de una finca, de que se les había despojado con una violencia de que ellos mismos se lamentarían, si la hubiesen experimentado: que era cosa nunca oída que un Soberano no pudiese dentro de sus Estados dar á aquellos de sus vasallos, que quisiesen profesar la misma Religion que él profesaba, un lugar en donde pudieran reunirse:

que él les exhortaba pues, por el amor que debían á su comun patria, y por el cuidado que debían tener de su propia conservacion, que abriesen los ojos á vista del peligro á que se esponían si continuaban desobedeciendo á su Príncipe: que él se ofrecía á ser su mediador cerca de su Alteza Real, si querían volver á entrar en su deber; pero que todo se debía temer de su justicia, si continuaban oponiéndose á la ejecucion de su voluntad.

Este discurso fué recibido con grandes aplausos por parte de los católicos; pero por la de los calvinistas no se respondió á él sino con injurias: se oían por todas partes voces confusas que le llamaban papista, idólatra, hechicero, perturbador de la tranquilidad pública, enemigo declarado de la patria; y ya estaban prontos á cometer los mayores escesos, cuando algunos de los menos furiosos del Consejo juzgaron conveniente el proponer una composicion. Esta proposicion suspendió el furor del pueblo: entraron juntos en la casa de Francisco, que estaba bastante cerca de aquel sitio, y le hicieron mil proposiciones distintas; pero como todas ellas tiraban á suspender la ejecucion de las órdenes del Príncipe, hasta que ellos le hubiesen dirigido una esposicion, y recibido la respuesta, Francisco las deseó con una firmeza que les dejó admirados: pretendia Francisco por su parte que por lo pronto debían ejecutarse las órdenes del Soberano, y añadió, que si ellos recibían una respuesta favorable no habria necesidad de tomar las armas para obligarle á obedecerla. Los Consejeros desesperados de no poder lograr cosa alguna, le amenazaron con que le harían asesinar por un calvinista que fingiria que trataba de convertirse; pero Francisco les respondió con una confianza que acabó de confundirlos, que ya habían podido conocer que él no temía la muerte, y que todo el disgusto que experimentarían al perder la vida por una causa tan buena, sería el pensar en que la venganza sería terrible, y que ninguno de ellos escaparía al resentimiento del Príncipe:

que reflexionasen bien lo que les convenia, y en lugar de persistir en su obstinacion, tratasen de hacer entrar al pueblo en su deber. Los Consejeros hicieron aun algunas instancias; pero al fin se retiraron despues de haber protestado de todo lo que pudiera suceder, si él se obstinaba en llevar la cosa mas adelante.

Sin embargo habiendo reflexionado en las desagradables consecuencias que podria tener aquel negocio, dijeron al pueblo, que se habia convenido en escribir al Príncipe por una y otra parte, y que no dudaban que el Duque mejor informado les haria justicia, y que entretanto para hacer ver el respeto que se tenia á sus órdenes, se habia resuelto ejecutarlas sin perjuicio de manifestar su oposicion. Asi se puso Francisco en posesion de la Iglesia de San Hipólito: la hizo reparar y adornar con una prontitud increíble, y todo estuvo concluido para la fiesta de Navidad.

La noche de aquella gran festividad, habiendo concurrido los católicos no tan solamente de la ciudad sino tambien los de las aldeas vecinas, celebró en su presencia el santo sacrificio, que hacia un siglo que estaba desterrado de aquellos lugares: dió por su mano la comunión á ochocientas personas: predicó con su acostumbrado celo, y toda la noche se pasó en alabar á Dios, que despues de haberlos abandonado por tanto tiempo á los deseos de sus corazones, los habia llamado por fin á su verdadero conocimiento. Las fiestas siguientes continuó en los mismos ejercicios de devocion, y el cielo echó una bendición tan abundante sobre sus trabajos, que los vecinos de tres aldeas inmediatas fueron allí en masa á abjurar la heregía.

No es fácil comprender como un solo hombre podía resistir á tantas fatigas. A proporcion que se aumentaba el número de los católicos, multiplicaba tambien sus conferencias é instrucciones: recibia á toda clase de personas, tanto en público como en secreto, sin temor á las

amenazas de los hereges, que estaban admirados de su valor y de su firmeza: concurría á los funerales, asistía á los enfermos, iba él mismo á las chozas y barracas á visitar á las personas desamparadas: nada escapaba á sus cuidados: su caridad se extendía á todas partes: tan perene estaba hallado de las personas de la mas baja condicion, como al de las personas mas distinguidas por su nacimiento ó por sus empleos: se hacia todo para todos; y como no veía sino á Dios en todas las cosas, y sabia que todas las almas le eran igualmente queridas, tenia tanto cuidado del pobre como del rico, y media su caridad con las necesidades, y no con las cualidades de los sugetos.

Despues de haber pasado el dia en tan penosas funciones, la noche no era para él un tiempo de descanso: empleaba una parte de ella en administrar los Sacramentos á los enfermos. Temia que los hereges le faltasen al respeto durante el dia, y que se veria obligado por esto á dirigir sus quejas al Duque, que habia mandado espresamente, que no se perturbase á los católicos en el ejercicio de su Religion: recelaba pues que de comprometerse, el odio que se podria atraer por las quejas que se veria precisado á dar, recaeria sobre la Iglesia católica, é impediria los progresos de la fé. Asi él estaba siempre lleno de consideraciones caritativas hácia unas gentes, que lejos de tenerle alguna, no sabian tenerlas ni aun consigo mismos. Despues de haber descansado un poco las mas veces vestido, pasaba el resto de las noches en oración, ó en componer las instrucciones que tenia que hacer al otro dia. La bondad de su temperamento le privó de que se resintiese por entonces de un trabajo, bajo cuyo peso hubiera cedido cualquier otro; pero lo cierto es que le quitó muchos años de vida: todo sale á la vejez, y jamas sucede que deje uno de resentirse en ella de los trabajos de la juventud. Sus amigos le exhortaban á menudo á que se cuidase; pero les respondia: *el que*

yo me cuido no es necesario; pero si lo es el que esté servida la Iglesia.

Las ocupaciones que se acaban de contar no impidieron el que escribiese al Duque de Saboya todo lo que habia sucedido en Tonon. Escribió al mismo tiempo al Nuncio, suplicándole que hiciese que la respuesta fuera favorable. Los Síndicos escribieron tambien por su parte: pero el Duque no tenia necesidad de empeños para apoyar á Francisco en una ocasion, en que se habia hecho un desprecio tan visible de su autoridad. La primera señal de su indignacion contra la ciudad de Tonon fué el no contestar á los Síndicos. La contestacion que dió á Francisco no pudo ser mas favorable: alababa en ella su celo y su prudencia: aprobaba todo cuanto habia hecho, y todo lo que juzgase conveniente hacer en lo sucesivo para el restablecimiento de la Religion católica, y le mandaba que enseñase su carta á los Síndicos y al Consejo. Francisco se la envió, y quedaron tan mortificados al verla, como sino hubiesen debido esperar que su conducta seria desaprobada.

Pero su sorpresa fué mucho mayor cuando vieron llegar á Tonon, sin que tuviesen noticia de ello, al regimiento del Conde de Martinenque, Teniente general de los ejércitos del Duque, que se alojó en la ciudad mientras esperaba las órdenes que debia recibir de la Corte. Francisco predicaba entonces la cuaresma en diferentes puntos del Chablais, en donde se ocupaba en destruir los planes de los hereges, en fortificar á los nuevos católicos, que se veian espuestos á grandes persecuciones, y en hacer todos los dias algunas nuevas conquistas para la Iglesia católica.

Apenas estuvo de vuelta en Tonon, cuando los oficiales del regimiento de Martinenque vinieron en cuerpo á visitarle: le dijeron que tenian orden de no hacer cosa alguna sin participárselo antes, y de obrar en las ocasiones que se ofreciesen del modo que él tuviese

á bien que lo hicieran. Pero Francisco, que no se pre-
 valia jamas sino en una estremada necesidad de los auxi-
 lios temporales, cuando se trataba de las funciones de su
 ministerio, no se sirvió de esta deferencia sino para obli-
 garles á vivir arregladamente, y para que fuesen lo me-
 nos gravosos que pudiesen á los habitantes de Tonon.
 Como vió su continua asistencia á sus sermones, varió
 de método, y en lugar de las materias de la contro-
 versia que eran su asunto ordinario, creyó que debia
 predicar una moral, que pudiese ser igualmente útil á
 los antiguos y á los nuevos católicos. Hizo el asunto de
 sus sermones el explicar las verdades capitales de la Re-
 ligion cristiana, es decir, aquellas que son comunes á
 todos los estados del cristianismo; y las sostuvo con tanta
 fuerza, y de un modo al mismo tiempo tan sencillo,
 que todo el mundo corría apresurado á oírle.

Dios bendijo la mira particular que se habia propues-
 to, de trabajar en la conversion de oficiales y solda-
 dos: vióse en poco tiempo un cambio parecido al que se
 ha contado de la guarnicion de los Allinges. Apenas
 quedó oficial ni soldado que no hiciese una confesion
 general, y que no recibiese la comunión de sus manos.
 Sucede muy frecuentemente que estas mudanzas no son
 duraderas, los hábitos vuelven á cobrar insensiblemente
 nuevas fuerzas, y los malos ejemplos, como tambien
 las ocasiones son tan frecuentes en la profesion de las
 armas, que es muy difícil el que los que la siguen no
 se dejen arrastrar al precipicio. Francisco prevenia estos
 inconvenientes, y les dió sobre esto tan saludables con-
 sejos, que le suplicaron que se los pusiese por escrito,
 para que pudiesen consultarlos de cuando en cuando:
 hizolo asi, y les dió al mismo tiempo unas reglas de vida
 tan cristianas y tan acomodadas á su estado, que nin-
 guno dejó de practicarlas. Con esto estando todo tran-
 quilo en el Chablais, y haciendo cada dia nuevos pro-
 gresos la Religion católica, Francisco creyó que se ha-

llaba en la obligacion de cumplir la comision que te-
 nia de su Santidad con respecto á Teodoro de Beza.

Pero este proyecto no era fácil de ejecutar. Beza, que
 tenia entonces setenta años, no salia ya de Ginebra; es-
 taba por decirlo asi con centinelas de vista: y sea que
 los ginebrinos desconfiasen de él, ó por el aprecio en que
 le tenian, ó tal vez por lo mucho que gustaban de su
 conversacion, lo cierto es que su casa estaba siempre
 llena de gentes; y hubiera sido tanto mas difícil el ha-
 llarlo solo, cuanto que Francisco no tenia por conve-
 niente el hacerle sabedor de la visita que tenia intencion
 de hacerle. Además Francisco era muy conocido en Gi-
 nebra; y lo que habia pasado en el Chablais le habia
 hecho tan odioso á los ojos de sus habitantes, que era
 muy espuesto el atreverse á ir á aquella ciudad: el obje-
 to de su viaje aumentaba aun mas el peligro: un nego-
 cio tan difícil como el de que se trataba, no podia termi-
 narse en una sola visita: no podia pues menos de hacer
 muchos viajes, y era moralmente imposible que los
 ginebrinos no llegasen al cabo á traslucir algo de su in-
 tento. Hubieran mirado este infaliblemente como un aten-
 tado que merecia castigarse; y no les era difícil desha-
 cerse de Francisco de un modo tan secreto, que hubiese
 sido imposible el saber lo que se habia hecho de él. En
 un Gobierno popular como el de Ginebra, en donde
 la subordinacion no se halla jamas tan bien establecida
 como en el monárquico, no faltan gentes atrevidas y em-
 prendedoras, y nadie ignora que un celo ciego guiado
 por el mas poderoso de los motivos, que es el de la Re-
 ligion, es capaz de hacer emprender cualquiera cosa.

Los pocos amigos con quienes comunicó Francisco su
 intencion, no dejaron de hacerle estas reflexiones, y nada
 omitieron para apartarle de ella; pero no conocia los
 peligros cuando se trataba de la gloria de Dios. Se con-
 tentó pues con escribir en primer lugar al Obispo de
 Ginebra, al Cabildo, y despues á todas las personas vir-

tuosas que conocia, y capaces de guardar un secreto, rogándoles que encomendasen á Dios el feliz éxito de aquella empresa: redobló él mismo sus oraciones y ayunos; y como sabia que la conversion de un pecador endurecido no puede venir sino del Padre de las luces, que de las mismas piedras, cuando le place, hace nacer los hijos de Abraham, empleó muchos dias en pedirle aquel espíritu de fortaleza y de circunspeccion, que hace que salgan bien los mas difíciles negocios. Con esto lleno de celo y de confianza, y dejando á cargo de Dios el cuidado de la conservacion de una vida que iba á esponer en su servicio, partió para Ginebra.

Felizmente estaba solo Beza cuando Francisco llegó á su casa. Este era un momento precioso que debia aprovecharse: así fué, que despues de los cumplidos regulares, habiendo tomado Francisco la palabra, le dijo á Beza, que no habiendo tenido hasta entonces el honor de conocerle, le suplicaba que no juzgase de él por las horrosas pinturas que hubieran podido hacerle: que era el hombre del mundo que mas apreciaba la buena fé: que no iba á sorprenderle, ni á hacer público lo que pasase entre los dos: que por poco que tuviese á bien examinar su aire y modales, se aseguraria de que no habia en ellos sino candor y sinceridad: que Dios habia como grabado en su rostro el caracter de su corazon y de su espíritu, y que aun cuando tratase de engañar á alguno, de lo que era incapaz, no se dirigiria para ello á un hombre de su mérito y reputacion.

Francisco tenia en efecto una fisonomia tan favorable y un aire tan grande de rectitud y probidad, que no peligraba en referirse al juicio que de él podia hacerse mirándole; y lo mal que se habia hablado de él en toda Ginebra, no le permitia tratar de adquirir desde luego la confianza de Beza, que le era tan precisa para salir bien con su intento, sino destruia antes las odiosas impresiones que de él podia tener. Beza por su

parte se picaba de ser muy franco: se aprecia casi siempre á las gentes que son de un mismo caracter, y el camino mas seguro del corazon es la conformidad de genios: aquel preludio de Francisco no desagradó á Beza: le contestó con mucha urbanidad que siempre le habia tenido por un hombre de cualidad, y de un mérito distinguido: que sus mismos enemigos convenian en que era hombre de ciencia y de capacidad: que él en particular estaba tanto mas admirado, quanto que era extraño en su edad el poseer los conocimientos que él poseia: pero que no podia menos de compadecerse, de que emplease tantos talentos en la defensa de una causa tan mala como la de la Iglesia Romana.

Francisco, que no podia perder el tiempo, tomó ocasion de estas últimas palabras para entrar desde luego en materia, y lo hizo preguntándole, si estaba efectivamente convencido de que no se podia lograr la salvacion en la Iglesia católica: esta pregunta era una consecuencia legitima de lo que Beza acababa de decir: sin embargo se quedó tan cortado, que despues de haber estado un rato sin responder, rogó á Francisco que le permitiese retirarse un momento á su gabinete para pensar mas seriamente en lo que habia de responderle: estuvo dentro de él cerca de un cuarto de hora, paseándose con precipitacion, con una turbacion en su rostro, que demostraba la agitacion de su corazon y la turbacion de su conciencia. Francisco empleó aquel rato en rogar á Dios con un fervor extraordinario, que tuviese á bien usar de misericordia con aquel hombre, á quien ya habia hecho tantos beneficios, y el que por su avanzada edad estaba próximo á caer en manos de su justicia.

Pero hay delitos de los que uno no se reconoce jamas: los autores de las heregias y de los cismas lo han probado bastante por su desgracia, y no se hallan muchos que vuelvan sinceramente á la Iglesia despues que

salieron de ella una vez. Beza es un ejemplo que puede añadirse á muchos otros. Salió en fin del gabinete muy turbado por los remordimientos de su conciencia; y dirigiéndose á Francisco, le dijo: *vos me habeis preguntado si podia lograrse la salvacion en la Iglesia católica: estamos solos; puedo deciros mi verdadero modo de pensar: efectivamente yo creo que puede uno salvarse en ella.*

Francisco, aprovechándose de una respuesta que tantas ventajas le daba sobre Beza, le dijo, que él creia segun lo que habia dicho, que la Iglesia católica era la verdadera Iglesia, porque sino lo era, no era tampoco posible lograr en ella la salvacion: asi como no lo habia sido salvarse del diluvio universal sin estar encerrado dentro del arca. No contestando Beza á esto, prosiguió Francisco apurándolo, y preguntándole, ¿por qué habia abandonado la Iglesia católica, puesto que podia alcanzarse en ella la salvacion? ¿por qué habia renunciado á su comunión, y solicitado y arrastrado á tantos pueblos á seguir su ejemplo? Que únicamente la imposibilidad de lograr la salvacion podia haber autorizado una separacion que habia tenido, y aun tenia tan funestas consecuencias.

Beza respondió, que ellos no eran los autores del cisma: que á quien debia reconvenirse era á la Iglesia católica, que los habia excomulgado, echado de su seno, y condenado como hereges, con quienes no queria tener comunicacion alguna.

Francisco pretendia á su vez que la Iglesia católica no habia hecho sino lo que los calvinistas la habian puesto en la indispensable necesidad de hacer: que en todas las sociedades arregladas habia un juez en última instancia de todas las diferencias que podian suscitarse, fuese sobre la doctrina, ó fuese sobre cualquiera otra cosa: que los mismos calvinistas reconocian aquella autoridad suprema, y la ponian en el Sinodo nacional, asi como

los católicos la ponen en el Concilio general: que todos los particulares que componen la sociedad estan obligados á someterse á la decision del juez en última instancia: que cuando una vez habia sentenciado, debian atenerse todos á su fallo, pues de otro modo las contiendas serian eternas, y no podria terminarse ni la mas pequeña diferencia: que si sucedia sin embargo que algunos particulares permaneciesen obstinados en sus primeros sentimientos, y no quisiesen conformarse con lo resuelto por el juez en última instancia, y acaecia por esto que se separasen del resto de la sociedad para formar otras sociedades particulares, no podria acusarse de aquella separacion al cuerpo de la sociedad, que no habria hecho sino usar de su derecho, y seguir las leyes establecidas y reconocidas; sino que la culpa estaria enteramente de parte de los particulares, que no hubieran querido someterse á las leyes del cuerpo entero de la sociedad.

Añadió, que estas máximas generales debian aplicarse al hecho de que se trataba: que cuando Calvino y algunos de sus discipulos, que no eran sino unos particulares, nacidos y criados en el seno de la Iglesia católica, sometidos á sus leyes, y obligados á reconocer su autoridad, se habian sublevado contra ella, la habian acusado de muchos errores fundamentales y de haber corrompido la palabra de Dios, no era justo que se constituyesen en jueces de la diferencia como lo habian hecho: que era necesario apelar al juez en última instancia: que los católicos lo habian hecho: que se habia reunido el Concilio de Trento: que este habia hablado, arreglado y decidido: que los católicos segun el orden establecido se habian sometido á sus decisiones: que los calvinistas debian hacer otro tanto: que esto hubiera sido proceder segun reglas: que las diferencias se hubieran concluido, y aun vivirian juntos en la misma comunión. Pero que muy lejos de seguir sobre este punto las

reglas establecidas por el mismo Jesucristo, que concede á la Iglesia el juicio definitivo en todas las diferencias, se habian constituido ellos jueces en causa propia: que habian obrado aun peor, pues habian trastornado los templos consagrados al mismo Dios que adoraban, ó se habian apoderado de ellos con violencia, echando á los antiguos ministros que estaban en posesion: que habian edificado otros: que habian levantado altar contra altar: que se habian apoderado del ministerio, y que despues de haber substraído una parte de la Europa á sus Pastores ordinarios y legítimos, se habian erigido ellos mismos en párrocos de los pueblos, á pesar de la oposicion que puso aquella misma Iglesia, que él mismo reconocia por verdadera, y en la que confesaba que podia alcanzarse la salvacion. Y finalmente, qué motivo podia haber despues de todo esto para acusar á la Iglesia católica de ser la causa del cisma, y de haber forzado á los calvinistas á salir de su seno por medio de excomuniones injustas y precipitadas?

Viendo Francisco que Beza no le interrumpia, le preguntó, qué es lo que él haria en su comunión con respecto á unos particulares que emprendiesen contra ella, lo que habian emprendido los calvinistas contra la Iglesia católica?

Beza respondió, que no se les condenaria sin oírlos, como lo habia hecho la Iglesia católica con los calvinistas: y que si se veian obligados á condenarlos, se seguirian las verdaderas reglas de la fé; que era lo que no habia hecho el Concilio de Trento.

Francisco, que ya esperaba esta respuesta, replicó, que cuando se trataba de la condenacion de dogmas, no era absolutamente indispensable oír á los que habian sido los autores, que de otra suerte un libro publicado sin nombre de autor no podria condenarse por impío que fuese. Pero que aun habia alguna razon mas con respecto á los protestantes: que se les habia convidado al

Concilio de Trento: que se les habia esperado mucho tiempo, y que en ellos solos consistia el no haber asistido, y el no haber sido oídos: que ademas de esto se les habian ofrecido salvos conductos en debida forma, y todas las seguridades que pudieran desear: que por su falta las obras suyas que se habian publicado, y cuyo verdadero sentido no podia dejar de conocerse, habian sido examinadas, y no se habia creído que el empeño que tenian en no asistir al Concilio para defenderlas debiese impedir su condenacion: que asi se hacia en todos los tribunales arreglados, y que ellos mismos en una ocasion semejante no obrarian de otro modo.

Beza replicó, que los protestantes no habian rehusado sin fundamento asistir al Concilio de Trento: que es verdad que se les habian ofrecido salvos conductos; pero que todo el mundo sabia que los católicos tienen por máxima, que no se está obligado á guardar buena fé con los hereges: que la violacion hecha por el Concilio de Constanza del salvo conducto concedido á los Husitas, era una prueba tan pública, que no podia negarse en manera alguna: que despues de un ejemplo semejante, los que los católicos miran como á hereges, no podian ya fiarse en las seguridades que pudieran ofrecérseles, pues jamas habia habido un salvo conducto mas amplio, ni en mejor forma, que el que el Emperador Sigismundo habia concedido á Juan Hus, y á pesar de eso el Concilio de Constanza no habia dejado de violarlo en la persona del mismo Juan Hus, y en la de su discípulo Gerónimo de Praga.

Francisco respondió: que la reconvenccion que se hacia á los católicos, de creer que se podia faltar á la buena fé con los hereges, era una antigua calumnia, que se habia refutado muchas veces, y á la que no sabia como podia aun recurrirse: que los católicos estaban persuadidos de que debia guardarse la fé, fuese quien fuese al que se le hubiese prometido: que el ejemplo del Conci-

lio de Constanza aun cuando fuese tal como él pretendia, ni ningun otro cualquiera que fuera que pudiera citarse, no era capaz de hacerles mudar de modo de pensar.

Añadió, que la pasion de los enemigos de la Iglesia habia ponderado con demasiada acrimonia lo que habia pasado en el Concilio de Constanza, y no habia dejado que se examinase aquel hecho con bastante equidad: que á la verdad el salvo conducto dado por el Emperador habia sido violado; pero que siendo entonces Constanza una ciudad libre, y siendo su Corregidor el Soberano, no habia otro que él que pudiese dar un salvo conducto, válido en el distrito de la ciudad y sus contornos: que en efecto Juan Hus habia obtenido uno de aquel Corregidor; pero que estando concedido con ciertas condiciones, y habiendo faltado á ellas Juan Hus y los de su comitiva, el Concilio habia juzgado que no estaba ya en obligacion de tenerles consideracion, y que no faltaria á la fé pública condenando á Juan Hus y Gerónimo de Praga, que le habian reconocido por juez, y que se habian sometido á su juicio; pero, que fuere de aquel ejemplo lo que fuere, no por eso hacia regla en la Iglesia católica, en la que se estaba muy convencido de que habiendo dado la palabra á cualquiera que pudiese ser, se estaba obligado á cumplirla. No habiendo replicado Beza cosa alguna, le preguntó Francisco de Sales: ¿cual era la verdadera regla de fé que decia que no habia observado el Concilio de Trento? Beza le respondió, que la sagrada Escritura tan solamente era la verdadera regla de la fé; y que sin embargo el Concilio de Trento habia seguido otra en varias de sus decisiones.

Francisco no juzgó conveniente entrar en la discusion de aquel hecho; se atuvo al derecho, y respondió á Beza, que pudiendo tener varios sentidos la sagrada Escritura, y no esplicándose por sí misma, era preciso que hubiera en la Iglesia alguna autoridad, que tuviese

el derecho de esplicarla, y de determinar su verdadero sentido.

Beza replicó, que aquella autoridad no era necesaria, que cada fiel la tenia, que la sagrada Escritura no era obscura, y que el Espíritu Santo inspiraba suficientemente á todos los fieles para que lograsen entenderla.

Francisco no dejó de aprovecharse de aquella respuesta que le habia sido fácil prever. El punto era esencial: se trataba de la regla de la fé; es decir del fundamento de todas las disputas, el cual una vez mal establecido, todo lo que se edificase sobre él vendria abajo por sí mismo. Le preguntó pues, que puesto que la sagrada Escritura era tan clara, ¿de donde provenia que los mismos protestantes habian hecho tantos comentarios tan diferentes, y aun muchas veces tan opuestos? ¿Por qué Lutero, que pasaba entre ellos por un hombre como inspirado de Dios, habia entendido las palabras de la institucion de la Eucaristía en el sentido de la realidad, y Calvino en el sentido de la figura, que son tan opuestos? ¿Qué pruebas podia dar de aquellas inspiraciones del Espíritu Santo, concedidas á todos los fieles? ¿Que probabilidad habia de que se las hubiese dado antes á Calvino que á la Iglesia, á quien la sagrada Escritura llama *la columna*, es decir, *el apoyo de la verdad*? ¿Qué seguridad podia tenerse de que aquellas pretendidas inspiraciones fuesen del Espíritu Santo, y no del espíritu del error, que segun la misma Escritura se transforma muchas veces en angel de luz para seducir á los fieles? Beza se halló confundido con todas estas preguntas, que eran otras tantas pruebas convincentes de la falsedad de lo que él habia sentado. Pero como en el calor de la disputa se prefiere ordinariamente el responder mal á no decir cosa alguna, pretendió, que siendo absolutamente indispensable la inteligencia de la sagrada Escritura á la Iglesia, es decir, á los fieles que la componen, no podia dudarse que el Espíritu Santo,

que la gobierna invisiblemente, no se lo diese á entender por medio de inspiraciones secretas, puesto que este era el modo con que habia acostumbrado iluminar los espíritus y mover los corazones.

Como esto era responder siempre una misma cosa, Francisco continuó preguntándole, si el Espíritu Santo inspiraba á todos los que leían la sagrada Escritura con un deseo sincero de entenderla bien, ó solamente á algunos de ellos? Si inspira á todos, añadió, ¿en que consiste que los católicos no tienen semejantes inspiraciones, y se ven obligados á recurrir á la Iglesia, á la columna de la verdad, para poder lograr su verdadera inteligencia? Se dirá acaso, que por medio de aquellas inspiraciones conocé cada uno en particular la verdad, y que estando todos reunidos en cuerpo ya no la conocen? Que si al contrario no tienen todas aquellas inspiraciones, sino solamente algunos, sería preciso que tuviesen señales ciertas para conocerla; porque si á cualquiera particular se le antojase decir que las tenia, no se estaría obligado á creerle bajo su palabra.

Estas objeciones eran mas que suficientes para destruir las pretendidas inspiraciones de Beza; pero Francisco, que queria acabar de convencerle de que bien lejos de que los calvinistas pudiesen alabarse de ser los reformadores de la fé, ni siquiera sabian cual era su verdadera regla, continuó apurándolo, probándole que supuestas las pretendidas inspiraciones, no se podia menos de convenir en que el Espíritu Santo inspiraba una cosa á los unos, y otra á los otros enteramente distinta. Citó sobre este particular á Lutero, que desecha ciertos libros de la sagrada Escritura que Calvino reconoce por canónicos, y que halla en la misma Escritura la realidad, mientras que el Espíritu Santo no ha revelado á Calvino sino la figura: pretendió en seguida que no era verosímil que Dios hubiese abandonado á todos los fieles por espacio de tantos siglos al error, y que hu-

biese reservado aquellas inspiraciones para algunos sujetos particulares del último siglo: que se hubiese ocultado á tantos Doctores humildes y sabios que se ocupaban únicamente en buscar la verdad, para descubrirse á solo Calvino, y ponerle en claro la verdad de nuestra creencia.

Francisco concluyó de todas estas reflexiones, que bien distante de que los calvinistas tuviesen el derecho de procesar á la Iglesia católica á causa de su doctrina, y de acusar al Concilio de Trento de no haber seguido la verdadera regla de la fé, ellos mismos no la conocian: que suponiendo que la sagrada Escritura era tan clara, que todo el mundo podia entenderla sin necesidad de ningun auxilio extraordinario, y dando á todos los particulares el derecho de interpretarla, era el verdadero medio de no convenir jamas en cosa alguna, y de introducir tantas Religiones cuantas pudieran inventarse: que por el contrario, admitiendo sin ningun fundamento las inspiraciones particulares, ademas de los inconvenientes que él habia manifestado, habia el de que esto era abrir un camino que conducia directamente al fanatismo.

Todo iba bien hasta aqui, y Beza que se preciaba de una gran moderacion, y que habia reprobado siempre los arrebatos en las disputas de Religion, habia conferenciado con Francisco con mucha dulzura y cortesía, hasta que para acabar de convencerle con un ejemplo tomado de los mismos calvinistas, de los inconvenientes que acababa de demostrar, creyó que debia añadir lo que muchos de los que aun vivian en aquella época, habian oido decir muchas veces al Duque de Saboya, Manuel Filiberto. Aquel Príncipe contaba, (prosiguió Francisco) que habia asistido al coloquio de Cormasa: que á él habian asistido una gran porcion de ministros, sin que faltase ninguno de los mas famosos: que se habia tratado ante todas cosas de producir sus confesiones de fé; pero que no habiendo podido convenirse, se ha-

bían salido de la reunion unos tras de otros, sin que hubiese querido ceder alguno, y teniendo todos sentimientos muy distintos sobre un punto tan importante: que el coloquio se habia terminado de este modo sin haber producido otros frutos que el de esponer á los calvinistas á la risa de los católicos. El Duque, (añadió Francisco) que tenia mucho talento, sacaba de todo esto en conclusion, que muy lejos de que entre los calvinistas entendiesen todos la sagrada Escritura, sucedia que ni sus mismos Doctores convenian en su sentido; y que era preciso que las inspiraciones fuesen muy opuestas, puesto que no sabian convenirse: añadia, que jamas habia visto á los protestantes acordes sino en el odio que todos tenían á la Iglesia católica, en tanto que ellos vivian pacíficamente con unas sectas, que condenaban ellos mismos como impías y erróneas.

Este rasgo histórico incomodó mas á Beza que todo lo que Francisco le habia dicho hasta entonces. Estuvo á punto de desmentir al Duque de Saboya; pero siendo un hecho tan público el que se refería, que no podia negarse en manera alguna, recayó todo su resentimiento sobre Francisco, á quien trató bastante mal. Pero aquel hombre verdaderamente humilde, que no se engreía con la vanagloria de ser superior en ciencia á un hombre de la reputacion de Beza, y que no trataba sino de ganarle para Jesucristo, le respondió con tanta moderacion, que Beza se avergonzó de su acaloramiento: le dió mil satisfacciones: se acabó la conferencia, y teniendo Beza á Francisco en gran estima, le rogó que volviese á verle, asegurándole que siempre podría hacerlo con toda seguridad.

Estando Francisco de vuelta en Tonon, escribió al Papa, para darle cuenta del estado de la Religion católica en el Chablais, y de la conferencia que habia tenido por orden suya con Teodoro de Beza: aseguraba á su Santidad en aquella carta que Beza no se habia sepa-

rado enteramente de los sentimientos católicos: que la confesion que le habia hecho de que podia lograrse la salvacion en la Iglesia Romana, no dejaba lugar á dudar de esta verdad; pero que la reputacion que habia adquirido entre los calvinistas, y sobre todo la ventajosa colocacion que tenia, le retenian mas fuertemente en la herejía que todas las razones que alegaba para defenderla: que suplicaba á su Santidad que le dijese sobre esto sus intenciones: que la conversion de Beza era una obra digna de su pontificado y de sus desvelos, y que cualesquiera que fuesen las ofertas que se hiciesen á Beza no serian escesivas, atendiendo á la ventaja que resultaria á la Iglesia católica de su conversion.

El Papa respondió á aquella carta, con un Breve datado en 29 de Mayo de 1597, año sexto de su pontificado. Felicita en él á Francisco por los progresos de la Religion católica en el Chablais, los que reconoce que son debidos á su celo: le exhorta á continuar sus trabajos apostólicos y sus cuidados para la conversion de Beza; y le dá amplias facultades para tratar con él y hacerle todas las ofertas, de que hablaremos en adelante.

Francisco, por cumplir con las órdenes de su Santidad volvió dos veces á Ginebra, en donde tuvo dos conferencias con Beza: la primera sin testigos: la segunda en presencia del presidente Faure, que quiso acompañarle. Se habló de la necesidad de las buenas obras para conseguir la salvacion: de la cooperacion del libre alvedrío á la gracia, y muchos otros puntos de los mas importantes. A la verdad Beza no se rendia, pero se sintió tan conmovido, que despidiéndose de Francisco, cuya dulzura le habia prendado, le apretó la mano, y levantando los ojos al cielo, le dijo, lanzando un profundo suspiro: *si no estoy en el buen camino, ruego á Dios todos los dias que se sirva ponerme en él por su infinita misericordia.*

Estas últimas palabras de Beza determinaron á Fran-

cisco de Sales á volver por cuarta vez á Ginebra para conferenciar con él sin testigos: le dijo desde un principio que no iba á disputar con él, sino á hablarle con el corazón en la mano sobre el negocio mas importante que tenia en el mundo, que era el de su vuelta á la Iglesia católica: que le permitiese decir con libertad todo lo que pensaba, y que atribuyese al gran afecto que le profesaba, y al ardor que tenia de procurar su salvacion, todo lo que su celo podria inspirarle para conducirle al punto de donde dependian enteramente su dicha ó su desgracia eterna.

Beza, que habia concebido un verdadero aprecio hácia Francisco, y que no habia podido menos de sentir hácia él aquella ternura, de que era tan difícil prescindir cuando trataba de ganar un corazón, le respondió, que le oiria con el mayor gusto: que estaba cierto de la sinceridad de sus intenciones: que no habia persona en el mundo á quien escuchase de mejor gana que á él: que no habia podido negarle ni su aprecio, ni su confianza; y que por nadie haria lo que no hiciese por él.

Asegurado Francisco de las buenas disposiciones de Beza con respecto á él, resolvió aprovecharse de ellas, y tomando las cosas de mas lejos, le dijo: que por intereses que tuviese en particular de verle entrar de nuevo en la comunión católica, no obstante nada habia hecho hasta entonces que no fuese por orden expresa del Papa: que tenia los Breves de su Santidad, que podrian dar fé de lo que acababa de decir; que aun habia recibido uno hácia poco tiempo, que llevaba encima para enseñársele, por el cual le ofrecia su Santidad un retiro honroso para el parage que mas le acomodara, cuatro mil escudos de oro de pensión, y pagarle sus muebles y libros en lo que quisiese valuarlos: dándole además todas las seguridades que tuviese por conveniente pedir.

Semejante proposición sorprendió á Beza; y habiéndole

hecho prestar la mayor atención, continuó Francisco, diciéndole, que el Papa no habia creído que fuera justo proponerle que abandonase las conveniencias que tenia en la comunión calvinista, sin proponerle otras que pudiesen hacer su condición mejor aun de lo que entonces era: que las ofertas que le hacia de su parte no se dirigian á corromperle: que todos conocian que un sugeto tan ilustrado como él no se regía por el interés en un negocio, en que debia escucharse únicamente á la conciencia: que aquello no era sino una compensación, que siempre hubiera tenido derecho de exigir sino se le hubiese ofrecido; pero tambien que despues de haber provisto tan decentemente á su subsistencia, no debian ya detenerle mas tiempo los respetos humanos: que estaba en una edad en que debia pensar con seriedad en su salvacion: que el tiempo de las misericordias iba á pasar para hacer lugar al de la justicia: que Dios le hablaba por su boca, puede ser por la última vez, y que se arrepentiria sin duda algun dia, pero demasiado tarde y en vano, de no haberle escuchado: que al proponerle que volviese á entrar en la Iglesia católica, nada se le proponia que pudiese parecer extraordinario: que no se trataba de abandonar una Religion que hubiera recibido de sus padres, y que hubiese mamado con la leche, sino de volver á aquella en que Dios habia querido que naciese, en la que se habia criado, y de la que tanto tiempo habia hecho profesion: que él sabia mejor que ninguno las miras que le habian obligado á abandonarla: que le seria muy difícil cohonestarlas: que él podria engañar á los hombres y hacerse ilusion tal vez á sí mismo; pero que no se puede engañar á Dios, que nada se escapa á su inteligencia, ni tampoco á su justicia, y que era cosa terrible el caer en sus manos despues de haber desechado tan frecuentemente las ofertas de su gracia: que le suplicaba que se acordase de que habia confesado que podia obtenerse la salvacion den-

tro de la Iglesia católica: que esto debía determinarle tanto mas á volver á ella, cuanto que siendo tantos en número los católicos, y habiendo entre ellos tantas personas sabias y virtuosas, ninguna decia otro tanto de la comunión calvinista: que en un negocio tan importante como el de la salvacion es necesario atenerse siempre á lo mas seguro; y que cuando se habia dado un mal paso, no habia mayor gloria que volverse atras de lo empezado.

Mientras decia esto Francisco, Beza, aquel hombre tanto mas digno de compasion, quanto que conociendo la verdad no podia decidirse á seguirla, con los ojos fijos en el suelo, y guardando un profundo silencio, sentia despedazarse su corazon con todos los remordimientos que una conciencia sobresaltada es capaz de experimentar en una ocasion semejante. Pero por otro lado, la costumbre, el respeto humano, la vergüenza de desdeñarse, y secretos compromisos que jamas se hubieran sospechado en un hombre de su edad, le impedian el resolverse, y le retenian en un partido, cuya falsedad conocia mejor que ningun otro.

Esperaba Francisco á donde iria á parar aquella irresolucion, y juzgando del corazon de Beza por el suyo, se prometia que se rendiria al fin á sus propias luces: ¿pero qué puede la razon humana contra una voluntad corrompida, abandonada á sus pasiones, agoviada del peso de un hábito inveterado, y cautivo bajo el yugo del pecado? Para vencer semejantes obstáculos son precisas las gracias de primer orden, tales como las que han convertido á un San Pablo y á un San Agustin: pero raras veces las concede Dios á los autores de las heregias y de los cismas: Beza lo espermentó igualmente que otros muchos: asi es, que en lugar de la respuesta favorable que esperaba Francisco, le dijo, que estaba persuadido en verdad de que podia lograrse la salvacion dentro de la Iglesia católica; pero que tampoco desespe-

raba de lograrla en la comunión calvinista: Francisco no tuvo por conveniente el instarle ya mas: creyó que era necesario darle tiempo de reflexionar en las proposiciones que le habia hecho, y se prometia concluir en otra visita, lo que tan felizmente creia que habia empezado.

Pero no tuvo ya otra proporcion de hacerlo: sus frecuentes visitas habian hecho entrar en terribles sospechas á los de Ginebra. Conoció, que habian resuelto deshacerse de él, si volvia, y que se observaba á Beza, de modo que era imposible el tener con él otra conferencia.

Algunos años despues cayó enfermo aquel ministro, y como conociese que estaba próximo á morir, deseó hablar con Francisco. Se asegura, que habiéndosele negado este consuelo, se arrepintió de haber abandonado la Iglesia católica, é hizo retractacion de sus errores; pero habiendo muerto en poder de los calvinistas, es difícil poder asegurar cosa alguna cierta sobre un hecho de tanta importancia.

Hay mucha probabilidad, de que la licencia de costumbres contribuyó mucho á la apostasia de Beza; ciertas obras que publicó despues de haber apostatado, no dejan lugar de dudar de esta verdad. Hé aqui un hecho que refiere el historiador anónimo de San Francisco de Sales, que es una prueba no menos convincente. Dice pues, que Enrique IV envió al señor de Desayes, gobernador de Montargis á Ginebra para ciertos asuntos secretos: trabó conocimiento con Beza; y como los dos eran de un genio muy divertido se hicieron en breve grandes amigos, y no tenian secreto el uno para el otro. Estando Desayes un dia en una conversacion muy familiar con Beza, le ocurrió preguntarle, que era lo que le unia mas fuertemente á la secta de los calvinistas. Beza nada respondió; pero habiendo llamado á una joven muy hermosa que vivia en su compañía: hé aqui,

le dijo, *la razon que mas me convence de mi Religion.* Desayes quedó tanto mas sorprendido de aquella respuesta, quanto que Beza era entonces de una edad muy avanzada, y en la que debia estar ya curado de semejantes debilidades. Despues de esto era necesario, que la Religion cristiana hubiese cambiado mucho de caracter desde la venida de Calvino, si Dios hubiese elegido semejantes gentes para reformar su Iglesia y para descubrirles unas verdades desconocidas de tantos santos tan ilustrados, tan humildes, tan desprendidos del mundo, y ocupados únicamente de Dios, y de la esperanza de la otra vida.

Francisco se affigió tanto mas vivamente con la muerte de Beza, quanto mayor era la esperanza que siempre habia tenido de su regreso á la Iglesia católica. Pero Dios le recompensó bien pronto de aquella pérdida con la bendicion, que se dignó echar á sus tareas apostólicas: tres ministros y el primer Sindico de Tonon entraron en la comunión católica, y su ejemplo fué seguido como á porfia por los vecinos de Tonon, de manera que habiendo llegado al fin á ser mayor el número de los católicos, que el de los calvinistas, el primer Sindico de la ciudad juzgó, que debia reputarse por católica: sobre esta pretension escribió al Papa en nombre de la ciudad para suplicarle mirase á sus habitantes como hijos suyos, y para tributarle en este concepto todo el respeto y veneracion debidos á un padre comun.

No era menor el fruto en todo el resto del Chablais, y en las Bailias: las parroquias en masa iban á Tonon á abjurar la heregía, y se notaban tales disposiciones para una conversion general, que el Obispo de Ginebra creyó deber contribuir él mismo en persona á que se lograra, poniendo de su parte cuantos cuidados pudiese para ello. Fué á Tonon acompañado de un buen número de sabios Jesuitas, y de algunos capuchinos y otros eclesiásticos destinados para el gobierno de las parro-

quias, cuyo establecimiento no podia ya diferirse mas. Aquel socorro llegó muy á tiempo; porque no habiendo podido eximirse Francisco de acompañar al Obispo de Ginebra cuando se volvió de Annecy, cayó enfermo á causa de los continuos trabajos, que habia pasado para lograr la conversion del Chablais. Su enfermedad fué aguda, pero de corta duracion; y se esperaba volverlo á ver en el Chablais, cuando se recibió la noticia de que la peste empezaba á descubrirse en Saboya y que el mismo Annecy no estaba libre de ella. No fué necesario mas para hacerle concebir el designio de asistir á los apestados. Decia sobre esto, que era preciso acudir á lo mas urgente: que en Clablais habia personas mucho mas capaces que él: que no era lo mismo con respecto á los apestados: que estaban espuestos á verse abandonados de todo el mundo: que el miedo de aquel terrible azote producía en los ánimos tan estrañas impresiones, que se veía á menudo abandonar los padres á sus hijos, los hijos á sus padres, las mugeres á sus maridos, y lo que es peor, los párrocos á sus ovejas, que morian sin sacramentos y privadas de los socorros que Dios habia establecido para facilitar el paso del tiempo á la eternidad: que habia pocas ocasiones en que se pudiese practicar la caridad de un modo mas exento de miras é intereses humanos: que estas eran en extremo preciosas; y que nada importaba el vivir, pero que era de la mayor importancia el morir bien.

El Obispo de Ginebra, que sabia quanto importaba la presencia de Francisco en el Chablais, no pudo saber su resolucion sin sorpresa y disgusto, y fué necesario que se valiese de toda su autoridad para impedirle que la pusiese en ejecucion. Pero Francisco no era de aquellos hombres encaprichados, que no pueden apartarse de lo que una vez han concebido, que siguen con obstinacion los caminos que ellos mismos se han trazado, y que no conocen superior ni subordinacion, cuando

llegan á figurarse que Dios los llama á cosas para las cuales no tienen en efecto otra vocacion que su propia voluntad. ¡Peligrosa ilusion, y que destruye á menudo todo el fruto de las mas santas empresas!

Francisco estaba muy persuadido del mérito de la obediencia para no deferir á la autoridad de su Obispo en una ocasion, en que no podia prometerse salir con felicidad sin una vocacion especial de Dios. Le hizo presente con su acostumbrada modestia las razones que le movian á dedicarse al servicio de los apestados; pero apenas le dió á entender aquel Prelado, que no aprobaba su intento, y que creia que Dios exijia de él, que volviese al Chablais, cuando se dispuso á partir para volver á emprender el trabajo que habia interrumpido por su enfermedad.

Por aquel mismo tiempo se recibió una noticia que obligó al Obispo de Ginebra á volver al Chablais. Consistia esta, en que el Duque de Saboya habia pasado los montes, y que debia ir á Tonon para esperar alli al Cardenal de Medicis, que volvia de Francia, en donde habia estado en calidad de Legado. Despues de diez años de guerras civiles y estrangeras acababa el Cardenal de ajustar la paz de Vervins. El Duque de Saboya habia sido comprendido en ella, y la diferencia perteneciente al Marquesado de Saluces se habia remitido á la decision del Papa, que debia terminarla en el espacio de un año. El Cardenal de Medicis instruido á fondo en aquel negocio, podia contribuir mas que ningun otro á que la sentencia recayese en favor del Duque, y no se dudaba de que su Santidad fundaria su juicio sobre el parecer del Legado. Le era pues de la mayor importancia el ganarle, y en este concepto partió de Turin para recibirle á la entrada de sus Estados: este era todo el honor que hubiera podido hacer al Emperador, ó Rey de Francia, si hubiesen ido en persona á visitarle.

La providencia de Dios sobre el Chablais se vió pa-

tentemente en aquella ocasion. El camino de Francia para Italia no era por Tonon: tampoco se habia tratado de pasar por aquella ciudad en este viaje, porque era muy grande el rodeo que se hacia. Pero la peste de que se ha hablado, que infestaba todos los puntos por donde hubiera podido pasarse, obligó al Legado á dar aquella vuelta, y al Duque de Saboya á trasladarse á aquella ciudad para recibirle. Nada podia sobrevenir que fuese mas á propósito para favorecer la conversion del Chablais y de las Bailías; y nada menos era preciso que la presencia del Duque y del Legado para concluir aquella grande obra del modo que va á referirse.

El Duque, que media su marcha con la del Legado, iba como él á pequeñas jornadas, y aun se detenia muy á menudo en algunos pueblos, para no esperarle mucho tiempo en Tonon. Aquella tardanza dió lugar al Obispo de Ginebra á mandar celebrar la funcion de las cuarenta horas. La noticia de la ida del Duque y del Legado habia atraido á Tonon una infinidad de personas de una y otra Religion. Para edificar á unos y otros, fué para lo que se celebró la funcion de que acaba de hablarse. A todas las horas del dia y de la noche habia, ó sermón, ó controversia, ó instruccion familiar, ó doctrina, ó meditacion, ó rogativas públicas; se veia á los católicos reunidos con el Obispo de Ginebra, y Francisco á la cabeza de ellos pedia á Dios, que se dignase mover el corazon de aquel pueblo, y hacer volver al fin al seno de su Iglesia á los que restaban por convertir, y á quienes habia separado de ella un cisma tan funesto; habianse compuesto al efecto oraciones en frances muy tiernas, y sacadas casi todas de la sagrada Escritura. En tanto que uno del clero las decia en alta voz, el Obispo y el clero estaban postrados en tierra, y el pueblo de rodillas respondia á cada uno de los versículos de las oraciones: *Señor, escuchadnos: Señor, atendednos*. Así se rogaba noche y dia, mientras que personas de con-

fianza distribuían limosnas considerables, visitaban los enfermos y presos, y se dedicaban á componer las diferencias, y reconciliar á los que el espíritu de discordia habia dividido: no se hacia en esto distincion de Religiones, y la caridad se estendia igualmente á católicos y calvinistas.

Tantas oraciones humildes y fervorosas, y tantas obras de caridad no podian quedar sin efecto: el padre de las misericordias las oyó y atendió á ellas, y novecientas personas, que se convirtieron en aquellos tres dias, llenaron de júbilo á aquella nueva Iglesia, y á Francisco de la única satisfaccion que experimentaba en este mundo.

Apenas habian pasado los dias de las cuarenta horas, cuando llegó el Duque á Tonon. Este fué un golpe de los mas terribles para los hereges. Hasta entonces se habian lisongeado con la esperanza de que algun accidente imprevisto impediria su viaje; pero al verlo entre ellos, ya no dudaron de lo que iba á sucederles en adelante. La altanería y sequedad con que respondió á sus felicitaciones, y el agasajo con que trató á los católicos de todas clases, acabaron de convencerlos de su ruina y perdicion.

Entretanto los primeros cuidados del Duque fueron el mandar amueblar soberviamente la casa de la ciudad, que era á donde debia venir á parar el Legado, el mandar hacer arcos triunfales por toda la carrera: el adornar las puertas y plazas públicas, y disponer todas las cosas, para que la entrada fuese de las mas magnificas; pero lo que es mas edificante de todo, es que quiso tomar él mismo á su cargo el cuidar del adorno de las Iglesias de San Hipólito y San Agustín. Los mas hábiles pintores de Italia que habian acompañado al Duque, se emplearon en pintarlas, y todo lo mas precioso que se encontró, sirvió para su adorno.

Quiso el Duque ademas, que en tanto que se esperaba al Legado volviese á celebrarse otra funcion de cua-

renta horas: nada omitió, para que fuese aquella ceremonia de las mas magnificas; però tampoco se olvidó de que su ejemplo influiria mas en la conversion de sus vasallos, que todo lo demas que pudiese hacerse, sino marchaba él mismo por el camino en que queria hacerlos entrar. Nada puede darse mas edificante que la conducta, que observó en aquella ocasion. Asistía con toda su Corte á los sermones y á las rogativas públicas, edificando á todo el mundo con su modestia y compostura: despues de haber asistido un rato á la Iglesia entre dia, volvía á ella otra vez por la noche: hacia él mismo cuantiosas limosnas, oía las quejas de sus vasallos, y les hacia en el acto la justicia, que habia tanto tiempo que aguardaban, y que no habian podido conseguir de los jueces que él habia nombrado. Trataba á los sacerdotes y á los ministros mas ínfimos de la Iglesia con particular distincion, y sobre todo á Francisco, á quien tenia casi siempre á su lado, bien persuadido de que el agasajo que le hacia, redundaba en beneficio de la Religion católica: Dios concedió á la piedad de aquel Príncipe lo que deseaba con tanto ardor: él mismo fué testigo del concurso de habitantes de varias villas del Focigny, que venian en tropas á abjurar la heregia: las parroquias de Bellevaux y de San Sergio acudieron tambien á lo mismo en número de trescientos de cada una de ellas. Fué preciso nombrar una porcion de eclesiásticos y religiosos para ayudar al Obispo de Ginebra, que no podia solo recibir á tanta gente. El Duque estaba tanto mas admirado del cambio de aquellos pueblos, quanto que no se habian empleado otros medios para atraerlos á la Iglesia católica, que los de la instruccion y el buen ejemplo: los cortesanos admiraban su celo, y hasta los menos piadosos se sintieron vivamente conmovidos. Si se ha de creer en apariencias, la devocion hizo tan grandes progresos en la Corte, que todos dieron muestras de ella con limosnas, con restituciones, con reconcilia-

ciones, y con una reforma de costumbres, que duró por lo menos todo el tiempo que permaneció el Duque en Tonon: Tan cierto es, que el ejemplo del Príncipe es la cosa mas eficaz que hay en el mundo para inspirar piedad, aun en aquellos mismos que son menos inclinados á ella. Es preciso no obstante confesar, que el ejemplo del Duque no fué la única causa de aquella mudanza: los sermones de Francisco contribuyeron tambien en gran parte: todos querian tenerle por Director; y su estremada dulzura acompañada de su eminente piedad convertía tantos católicos, como habia llamado calvinistas al seno de la Iglesia.

Estaban las cosas en este estado, quando recibió el Duque la noticia de que el Legado estaba próximo á llegar á la frontera de Francia: marchó inmediatamente con toda su Corte para recibirle á la entrada de sus Estados: llegó á ellos el Legado casi al mismo tiempo que su Alteza Real; pero despues de hechos los primeros cumplidos, se volvió el Duque á Tonon por otro camino que el que llevaba el Legado para hallarse en estado de presentársele aun otra vez, cuando se acercase á aquella ciudad.

Habiendo llegado al otro dia el Legado á una legua de Tonon, fué á cumplimentarle á aquel punto el Obispo de Ginebra precedido del clero, y acompañado de varios Obispos de Saboya y del Delfinado, que habian ido á Tonon á felicitar al Legado. El Duque de Saboya salió de la ciudad un poco despues y se encontró con el Legado á una media legua de Tonon: le acompañó hasta la Iglesia de San Hipólito á donde fué á apearse, y en donde estuvo largo rato en oracion. El Duque queria acompañarle á su alojamiento, llevándole por los calles y plazas públicas en donde estaban las músicas y arcos triunfales; pero el Legado, que era sugeto de mucha virtud, le rogó, que tuviese á bien que no pasase por ellas sino en procesion, acompañando al Santísimo

Sacramento; añadió, que no podia menos de hacerse una especie de desagravio público á su divina Magestad, y llevarlo como en triunfo por una ciudad, de donde habia estado desterrado escandalosamente por espacio de mas de sesenta y dos años. Con esto fué preciso ir á la casa de la ciudad por calles estraviadas.

Recibió el Legado las felicitaciones de todas las corporaciones. Pero el Duque, que no le perdia de vista, habiendo divisado á Francisco, que bien lejos de darse á conocer, estaba mezclado entre la muchedumbre, fué á sacarle él mismo de ella, y presentándosele al Legado: *hé aqui, le dijo, el Apostol de mis Estados: á él despues de Dios es á quien debemos todos los grandes frutos, de que ya he hablado á vuestra Eminencia.* El Legado se adelantó algunos pasos para recibirle, y habiendo puesto Francisco una rodilla en tierra para besarle la orla del vestido, no quiso consentir en ello: le levantó y le abrazó: despues volviéndose al Duque de Saboya, le dijo, que antes de que él hablase, habia sido informado de su mérito: que le estaba muy reconocido en particular por las grandes fatigas que habia sufrido para hacer volver á aquellos pueblos á la Iglesia católica: que hablaria de él al Papa con los elogios que le eran debidos; y que aunque Dios solamente podia ser su recompensa, debia esperarlo todo de su Santidad.

Al otro dia de la llegada del Legado volvieron á empezarse las cuarenta horas, como todos deseaban: se dió principio á ellas por una procesion del Santísimo Sacramento, que pasó por debajo de todos los arcos triunfales, que se habian levantado para el Legado, que pasó en efecto bajo de ellos á pie, y siguiendo al Santísimo. Celebró el Obispo de Ginebra: el Legado iba detras del palio, que lo llevaban el Duque de Saboya, Don Amadeo legitimado de Saboya y los dos embajadores de Fribourg. Los calvinistas, que no conocian á los Cardenales y Obispos sino por las sátiras picantes y vergonzosas pinturas

que se les habian hecho de ellos, no podian dejar de admirarse de la piedad y modestia del Legado y de los Prelados que le acompañaban. Un gran número de ellos se conmovió por esta causa; y habiendo acabado de convencerlos el sermón que hizo Francisco sobre la realidad del cuerpo y sangre de Jesucristo en la Eucaristia, pidieron que se les permitiese abjurar la heregia en manos del Legado: á pesar de que ya era muy tarde por lo larga que habia sido la funcion, no dejó por eso el Legado de recibirlos, y les abrazó con una bondad, que admiró á todos ellos.

Los ministros habian publicado anteriormente en sus sermones, que en el fausto, lujo y malicia del Legado y su comitiva, se conoceria bien, que era un verdadero ministro del ante-Cristo. Pero todo el mundo quedó sorprendido, cuando vió á aquel mismo Legado, aunque cansado del viaje, asistir noche y dia á los sermones, y á las rogativas públicas, emplearse en la reconciliacion de los hereges, de los que admitió por sí mismo una gran porcion á la comunidad católica, mientras duraron las cuarenta horas, hacerles discursos sólidos y patéticos, dar limosnas considerables á los pobres de la ciudad y de la provincia, que habian concurrido á Tonon, hablar al Duque en favor de todos aquellos que quisieron valerse del influjo, que tenia con aquel Principe; y los que le observaron de mas cerca, le hallaron siempre ocupado en alguna cosa útil, sin que dedicase ni un solo momento ni aun á la diversion mas inocente.

La malignidad de los enemigos de la Iglesia se esforzó en vano para interpretar en mal sentido todas las acciones del Legado, se le hizo justicia; y no halló sino un pequeño número de calvinistas encaprichados, que se obstinaron en decir que en su conducta, como tambien en la del Duque, entraba mas de política, que de verdadero celo por la Religion.

Entretanto Francisco, que habia contado que seria

mas larga la permanencia del Legado en aquella ciudad, supo con disgusto, que debia partir en cuanto se acabasen las cuarenta horas: juzgaba su presencia y mediacion tan necesarias para el restablecimiento de la Religion católica, que se resolvió á rogarle en nombre de la nueva Iglesia del Chablais, que retardase su partida á lo menos por algunos dias: pidióle con este motivo una audiencia particular; y habiéndola conseguido en el acto, le dijo todo cuanto creyó, que era capaz de detenerle. El Legado le contestó con mucha bondad, que tenia órdenes tan terminantes del Papa para trasladarse inmediatamente á Roma, que no podia menos de ejecutarlas; y que el invierno que iba ya acercándose, le obligaba á pasar los Alpes, antes de que las nieves le hubieran cerrado el paso. Añadió, que veia al Duque tan bien dispuesto para el restablecimiento de la Religion católica, que no debia dudarse de que se valdria de toda su autoridad hasta que lo consiguiese, sin que hubiese necesidad de reclamar su proteccion.

Francisco respondió, que era cierto que el Duque tenia las mejores intenciones del mundo: pero que no sucedia lo mismo con respecto á los de su Consejo: que estando en Turin habia sido contrariado sobre algunas proposiciones que habia hecho, y cuya ejecucion era absolutamente necesaria; que tenia entendido que los embajadores de los suizos protestantes, y los diputados de Ginebra debian llegar allí de un dia para otro: que tenian orden de solicitar con ardor, que se conservase la libertad de conciencia en el Chablais y en las Bailías, y que si los mal intencionados del Consejo se unian á ellos, habia motivos de temer que pudiesen mas que todos las buenas intenciones del Duque.

El Legado le pidió por escrito las proposiciones de que acababa de hablarle que eran las mismas, que se habian presentado en Turin. Francisco, que las llevaba encima, se las entregó. Leyólas el Legado, y habiendo

acabado de examinarlas con detencion, le dijo, al despedirle, que eran efectivamente un poco duras, pero que era de su mismo parecer en cuanto á creer que no podian menos de llevarse á efecto: que hablaria de ello al Duque como una cosa suya: que recomendaria aquel asunto al Nuncio de su Santidad, y que hallaba en ellas tantas cosas en que no podria menos de necesitarse de la ayuda de la autoridad del Papa, que tal vez podria serle mas útil en Roma que en Tonon para el logro de sus buenas intenciones.

El Legado partió al dia siguiente, y se le acompañó con los mismos honores con que se le habia recibido. Pero no dejó de hablar antes al Duque y al Nuncio, como le habia prometido á Francisco, y el resultado dió á conocer, que él no habia podido menos de tomar aquella precaucion.

Despues de la marcha del Legado, los embajadores de Fribourg, que eran los primeros que habian llegado á Tonon, fueron introducidos á la audiencia del Duque. Le felicitaron de parte de su Canton por el restablecimiento de la Religion católica en el Chablais, y le exhortaron á concluir una obra tan santa y tan digna de un gran Príncipe, como él era.

Los embajadores de Berna, y los diputados de Ginebra, que acababan de llegar, obtuvieron audiencia inmediatamente; hablaron en ella con mucha energia en favor de la libertad de conciencia, y suplicaron al Duque, que les diese una respuesta terminante, porque tenian orden de sus superiores de informarles de su modo de pensar. El Duque les respondió, que no saldria de Tonon sin haber arreglado los asuntos de la Religion: que iba á juntar su Consejo para deliberar, y que se les haria saber lo que en él se resolviese. Acabada la audiencia, entró el Duque en el Consejo, y quiso que Francisco le acompañase.

Explicó en pocas palabras el negocio de que se tra-

taba: hizo presente su importancia, y declaró, que se le daria mucho gusto en opinar con toda libertad: que él no habia tomado aun su resolucion, y que se arreglaria únicamente á aquello que se le hiciese ver, que era lo que mas contribuia á la gloria de Dios, y que era mas ventajoso al bien del Estado.

Desde el principio estuvieron divididos los pareceres: pero al fin la mayor parte fué de opinion, de que se permitiese la libertad de conciencia, y de que quedasen las cosas con respecto á la Religion en el mismo estado poco mas ó menos, en que se hallaban anteriormente. Se decia para apoyar aquella idea, que el Duque no podia prohibir la profesion pública del calvinismo en el Chablais y las Bailias, sin contravenir al tratado de Nion: que era de la mayor importancia el no dar el ejemplo de violarlo á los suizos y á la república de Ginebra: que estos se propasarían infaliblemente á los mayores excesos por sostener la ejecucion del artículo, que permitia la libertad de conciencia: que eran tanto mas de temer, quanto que no debia dudarse de que si volvian otra vez á tomar las armas, serian ayudados por los calvinistas de Francia, que ya estaban acostumbrados á la guerra y á quienes la paz era enfadosa: que Enrique su Soberano, que era el único que podia impedirselo, era demasiado instruido para no aprovecharse de la ocasion que se le presentaria de deshacerse de una infinidad de espíritus inquietos y revoltosos, que no teniendo otro medio de subsistir, que la guerra, alterarian tarde ó temprano la tranquilidad del Estado: que habia fundamento para creer, que se opondria tanto menos á aquellos socorros, quanto que siempre podria negar que se hubiesen dado con su consentimiento, y que ademas pondria al Duque en la precision de restituírle la ciudad de Berre en Provenza, y el Marquesado de Saluces con arreglo al tratado de Vervins: que era preciso estar bien asegurado del interior, antes de empre-

der por lo exterior unas mudanzas de tanta consecuencia: que la paz de Vervins, que no se habia executado aun con respecto al Duque, daba margen á temerlo todo de las fuerzas de la Francia, reunidas bajo el mando de un tan grande Príncipe como Enrique: que aun quando se tratase de hacer lo que se habia propuesto, era necesario dejarlo para otra ocasion: que entretanto podria procurarse la vuelta de los calvinistas á la Iglesia católica por los mismos medios que se habian usado hasta entonces: que nadie tendria derecho para quejarse de esto: que á la verdad se iria mas lentamente al fin propuesto, pero que tambien se iria con mas seguridad.

Este dictamen era enteramente opuesto al de Francisco: por esta razon apenas le hubo hecho señal el Duque para que hablase, quando tomando la palabra en contra de lo dicho por los Consejeros, se expresó en los términos siguientes.

Que el mas firme apoyo de los Estados era la uniformidad en la creencia: que una secta como la de los calvinistas, que hacia á los particulares, jueces en última instancia de lo que debian á Dios, no era muy á propósito para inspirarles el respeto, é inviolable fidelidad que debian á su Soberano: que no sucedia lo mismo en los calvinistas, que en las otras sectas, que se habian levantado de tiempo en tiempo en la Iglesia: que las otras atacando en la generalidad solamente algunos puntos especulativos de la fé, no habian tocado á los fundamentos: que no habian tirado ni á la moral, ni al culto: que á escepcion de algunas opiniones particulares estaban conformes en quanto á lo demas con bastante uniformidad: que los calvinistas mas emprendedores y mas temerarios casi nada habian dejado intacto: que se habian metido del mismo modo en la fé, que en el culto, en la moral, en la disciplina y en la autoridad de la Iglesia, y que tampoco habian respetado mucho la de los Soberanos: que para convencerse de esto no habia

mas que reflexionar en lo que habian hecho en Europa, desde que se habia establecido su secta: que habian substraído una parte de los Países Bajos á la obediencia del Rey de España, y habian fundado en ella una república: que en Escocia casi habian reducido á la nada la autoridad Real: que trabajaban en hacer otro tanto en Inglaterra: que acababan de hacer peticiones en Nantes al Rey de Francia: que estas no tiraban á nada menos que á establecer una república en medio del reino, y que se preveia sin embargo, que no podia negarse á ellas sin escitar una nueva guerra civil: que sin ir tan lejos, se habian sublevado en Ginebra contra su legítimo Príncipe, erigiéndose por su propia autoridad en república libre é independiente, y que aun se veian en el Chablais las funestas señales de su revolucion: que despues de esto no podia él comprender como podia pretenderse, que era peligroso el desterrar el calvinismo de los Estados de su Alteza Real: que si habia algun peligro en la resolucion, que se trataba de tomar, era únicamente el de sufrir á los calvinistas: que siempre les seria sospechoso un Soberano católico: que no podrian menos de considerarle como un hombre que era opuesto á su Religion, y que siempre estaba dispuesto para destruirla: que aquellos recelos producirian al fin el odio contra el Príncipe, las ligas secretas con sus enemigos, y últimamente la revolucion: que esta era tanto mas de temer en aquella sazón, quanto que si el Duque retrocedia despues de los pasos que ya habia dado, no dejarian los calvinistas de publicar, que no se habia atrevido á llevar las cosas mas adelante: que desde aquel momento ya no habria autoridad en la provincia sino el tiempo que á ellos les pluguiese; y que en quanto tratase de obrar como Soberano le amenazarian con los suizos y con los ginebrinos: que era necesario hacerles conocer una vez para siempre, que no debian contar con otros recursos que con la bondad del

Príncipe: que se tenía tanto menos miramiento á aquellas intercesiones estrangeras, quanto que ellos se prevalian demasiado, y lejos de adelantar algo con ellas, eran muy capaces de precipitar su ruina.

Añadió, que el tratado de Nion, al que tanto valor se quería dar, no establecia absolutamente el calvinismo en el Chablais, sino que tan solamente permitia á los que lo profesaban, que tuviesen tres ministros, y aun esto interinamente y por tolerancia, hasta que dispusiese otra cosa el Duque de Saboya: que Ginebra y los suizos no eran tan poderosos que pudiesen hacer la ley al Duque de Saboya sobre este particular dentro de sus propios Estados: que el Rey de Francia necesitaba demasiado de Roma, y la contemplaba demasiado para sufrir que sus vasallos tomasen las armas contra un Príncipe católico, sin otro objeto, que el de impedir el restablecimiento de la Religion de que era gefe el Papa, y sobre todo, que los Soberanos en nada ponian mayor cuidado, que en sostenerse mutuamente en la independencia y en el derecho de disponer de sus vasallos, del modo que juzgasen que era mas conveniente al bien de sus reinos.

El artificio de este discurso consistia en atacar al Duque por su flanco. Era este Príncipe de un gran mérito, pero estremadamente celoso de su autoridad, y que no podia sufrir que se tuviese la menor sospecha de que no podia, ó no se atrevia á hacerla valer en toda su estension. Por esta razon no hubo persona en el Consejo, que no juzgase que Francisco obtendria infaliblemente lo que pretendia.

Pero aquel hombre apostólico, que siempre tenía el corazon lleno de aquella piedad sincera, que brillaba en todas sus acciones y discursos, y que no se habia valido de las razones de política sino para responder á los que habian hablado antes que él, dirigiéndose al Duque, le dijo con mucho respeto, que un Príncipe

cristiano debía á lo menos cuando se trataba de los intereses de Dios, dejar alguna cosa á cargo de su providencia: que si Constantino, Teodosio y tantos otros Príncipes que habian desterrado la idolatría y la heregia de sus Estados, hubiesen atendido siempre á la política; el paganismo y tantas heregias, cuyo nombre apenas se sabe, reinarian aun en el mundo: que Dios era siempre el apoyo de los Tronos, cuando los Príncipes que los ocupaban, se dedicaban á hacerle reinar sobre sus vasallos; y que él no dudaba, que para recompensar el celo que demostrase, restableciendo la Religion católica, colmaria el Señor su reino de una larga serie de prosperidades.

El Duque, que habia escuchado á Francisco con mucha atencion, quedó tan conmovido con su discurso, que le concedió al momento lo que le pedia: le hizo tambien que volviese á presentar de nuevo los artículos de que se ha hablado ya en la negociacion de Turin, y mandó que fuesen ejecutados inmediatamente. Como decian en términos espresos: *que los ministros serian echados de los Estados de Saboya: que se privaria á los calvinistas de los cargos y dignidades que poseian, y que estos se darian á los católicos: que se haria una averiguacion exacta de los beneficios usurpados por los hereges, ó poseidos injustamente por otras personas sin titulo, ni caracter para ser empleados en la reparacion de las Iglesias, y en la manutencion de los párrocos y misioneros: que se fundaria inmediatamente un colegio de Jesuitas en Tonon; y que en el Chablais y las Bailias no se permitiria otro ejercicio público que el de la Religion católica.*

Digo, que como estos artículos parecian un poco fuertes para ejecutarse todos á la vez, hubo sobre esto grandes debates en el Consejo; pero el Duque, que se acordaba de lo que habia prometido al Legado, y que ya habia tomado su partido, mandó, que fuesen ejecutados todos

sin dilacion, y envió aviso de aquella resolución á los embajadores de los suizos, y á los diputados de Ginebra.

Un modo de obrar tan decidido, y al mismo tiempo tan inesperado, los aturdió, sin desconcertarlos: volvieron de nuevo á la audiencia, y despues de haber hecho inútilmente las mayores instancias para mantener las cosas en el estado en que estaban, apelaron al tratado de Nion, y pidieron que á lo menos fuese permitido el tener tres ministros en el Chablais; pero el Duque les respondió, que ellos sabian mejor que otro alguno, que aquel tratado no era sino provisional: que sin embargo él consentiria gustoso en lo que le pedian, con tal que ellos quisiesen por su parte recibir en Berna á los tres sacerdotes católicos, que él eligiese. Esta alternativa, en la que no obstante nada tenian que decir, les pareció mas dura que una negativa, y se despidieron del Duque, marchando al dia siguiente para no ser testigos de lo que iba á suceder en el Chablais en perjuicio de su Religion.

Al otro dia, habiendo hecho el Duque publicar el bando, de que todos los que hiciesen profesion de la Religion protestante, hubiesen de presentarse en la casa de la ciudad, fué á ella él mismo, precedido de sus guardias, y seguido de toda su Corte: una parte del regimiento de Martinengues se apoderaba al mismo tiempo de las puertas y plazas públicas, y el resto formó en dos filas á lo largo de las calles, que conducian de la casa del Duque á la de la ciudad: aquellos preparativos, que en efecto tenian algo de alarmantes, introdujeron entre los calvinistas el terror que es fácil imaginarse; y no hubo uno de ellos que no creyese, que el Duque iba á dejarse arrastrar á los mayores escesos para obligarlos á mudar de Religion. Pero si el desorden y el temor reinaban entre la gente del pueblo, no estaban menos confusos los sugetos de distincion al verse encerrados en la casa de la ciudad.

En efecto, habiendo mandado el Duque guardar silencio, les dijo, que aunque él hubiera podido valerse desde un principio de su autoridad soberana para obligarlos á volver á la Iglesia católica, habia tenido á bien no obstante, el no servirse hasta entonces de otro medio que el de la dulzura: que bajo este concepto hacia cuatro años consecutivos, que no se habia usado sino de exhortaciones, y advertencias: que no se le habia propuesto ninguno de aquellos medios que son capaces de ganar los corazones mas duros, que no lo hubiese adoptado con gusto para obligarles á entrar por sí mismos en un partido, que de todos modos y sin que cupiese comparacion les era mucho mas ventajoso, y que él mismo los habia exhortado en público y en particular: que esto á la verdad no habia sido sin fruto, y que veía con satisfaccion á la mayor parte de ellos reunidos á la Iglesia católica; pero que les declaraba, que ya no queria sufrir por mas tiempo, que un pequeño número de rebeldes, sordos á las exhortaciones de su madre la Iglesia, y á las de su Principe, tuviesen el desgraciado punto de honor de no seguir el ejemplo de los demas, y de perderse á sí mismos en el tiempo y en la eternidad: que miraba á estos endurecidos, como enemigos de Dios y suyos en particular: que habian tenido suficiente tiempo para pensar en lo que debian hacer: que estaban en el caso de decidirse: que los que estuviesen resueltos á seguir la Religion de su Principe, pasasen á colocarse á su derecha; y que los que quisiesen persistir en su obstinacion, pasasen á su izquierda.

Habiendo acabado el Duque de hablar, los católicos que estaban presentes, empezaron á exhortar á sus amigos, á que abriesen por fin los ojos, y que no se perdiesen á sí mismos con una obstinacion fuera de tiempo, y de la que ellos serian los primeros que se arrepintiesen. Francisco, que estaba presente, y que sabia lo

que el Duque habia resuelto hacer, se apresuraba mas que otro alguno en representar á aquellos desgraciados la importancia de la eleccion, que tenian que hacer: no se hacia sino ir y venir de una y otra parte: en fin el mayor número pasó á la derecha del Duque; pero quedaron no obstante un número bastante considerable á la izquierda.

El Duque volviendo á tomar de nuevo la palabra, y dirigiéndose á los que habian pasado á su derecha, les dijo, que les miraria en lo sucesivo como á sus buenos y fieles vasallos, y que no habia gracia que no debiesen esperar de su afecto. Despues volviéndose hácia los que habian quedado á su izquierda, mirándolos con unos ojos llenos de cólera y de indignacion, les dijo: *¿sois pues vosotros desgraciados, los que os atrevéis en mi presencia á declararos enemigos de Dios y míos? Marchad, salid de aqui: yo os despojo de vuestros cargos y dignidades, y os destierro para siempre de mis Estados: prefiero el no tener vasallos, á tenerlos tales como vosotros, de quienes siempre tendria que desconfiar.* Al mismo tiempo hizo una señal á sus guardias, para que los echasen vergonzosamente de su presencia.

Por justa que fuese la severidad del Duque despues de tantas medidas de dulzura inútilmente empleadas, no dejó Francisco de sentirla. Su estremada dulzura no le permitia ver á aquellos desgraciados, desterrados tan ignominiosamente de la presencia de su Príncipe, partir para un triste destierro sin rogar al Duque, que le concediese aun todo aquél dia para obligarlos á entrar en su deber.

Le dijo sobre esto, que él conocia bastante á los calvinistas para poder asegurar, que en la generalidad no tenian tanta adhesión á su Religión, que quisiesen abandonar una subsistencia segura por un socorro ordinariamente incierto, y que costaba siempre muy caro: que estando todos establecidos en el Chablais, por poco que

se les ayudase, no podrian resolverse á abandonar sus bienes para andar vagamundos entre los de su partido, sin hogar, sin casa, y espuestos á toda especie de necesidades: que asi, si le parecia bien, esperaba que antes de que se concluyese el dia, podria darle buena cuenta de la mayor parte de los que habian parecido tan decididos.

El Duque, que habia usado á su pesar de la severidad de que se acaba de hablar, le permitió todo lo que quiso, y Francisco fué bastante afortunado para poder persuadir á la mayor parte, antes de que se concluyera el dia, á que se conformasen con las intenciones del Príncipe. Un número muy pequeño, y que se creia con mas teson del que tenia en la realidad, abandonó el Chablais para pasar á Nion, al otro lado del Lago.

Pero es mas fácil sufrir un suplicio pronto, que acostumbrarse á largos padecimientos aunque menos rigurosos. Los desterrados del Chablais, que habian confiado, que la vista de su miseria y sus continuas solicitudes obligarian al fin á los suizos y ginebrinos á tomar las armas para restablecer el calvinismo en el Chablais, apenas hubieron notado, que en nada se pensaba menos que en reñir con el Duque, y que ya empezaban á serles gravosos; cuando antes que el Duque hubiese dejado á Tonon, se apresuraron á escribir á Francisco para rogarle que viesse de lograr el que volviesen, y fuesen puestos en posesion de los bienes, que se les habian confiscado. Francisco obtuvo fácilmente una y otra cosa: los desterrados volvieron y fueron muy bien recibidos del Príncipe.

Habiéndose asi reunido todos en la profesion de una misma fé, el Duque no trató sino de restablecer las cosas de un modo tan sólido, que no fuese fácil el cambiarlas. A este efecto puso por todas partes guarniciones respetables para impedir á los emisarios de Ginebra,

el que promoviesen sublevaciones y alborotos. Dió orden, de que se restableciesen las Iglesias parroquiales: proveyó á la subsistencia de los párrocos, y de una buena porcion de sabios misioneros que debían permanecer aun algunos años en la provincia. Destinó un fondo para establecer el colegio de los Jesuitas de que hemos hablado. En fin nada olvidó de todo aquello que podía impedir, que volviese la heregia á introducirse en el Chablais y en las tres Bailias.

Pero lo que nunca se alabará bastantemente en este sabio Principe, es la conducta arreglada que observó constantemente, como tambien todos los de su Corte durante las seis semanas que permaneció en Tonon, y los grandes ejemplos que dió de piedad. Como estaba convencido, de que el ejemplo del Soberano tiene mas fuerza para persuadir, que todo lo demas que pueda hacerse, se confesaba y comulgaba á menudo: asistia á los sermones y rogativas públicas con toda su Corte, pero con una modestia, que enternecia aun á los mas endurecidos; é hizo tan grandes limosnas, que toda la provincia se acordaba de ellas aun algun tiempo despues de su partida.

Cuando la politica está sostenida por la piedad, no hay cosa que no llegue á conseguir. Se acaba de ver un ejemplo de esta verdad en el restablecimiento de la Religion católica en el Chablais: será seguido de muchos otros, que se irán notando en el discurso de esta historia.

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO CUARTO.

Mientras que pasaba lo que acaba de contarse del lado de acá de los montes, todo lo que sucedia del lado de allá anunciaba grandes disensiones, y todos los Principes de Italia, próximos á tomar las armas unos contra otros, estaban en vísperas de turbar la profunda paz de que gozaba aquel reino despues de tantos años, y que tanto interes tenían los Soberanos en que fuese duradera.

La causa de aquel movimiento fué la negativa que dió el Papa Clemente VIII á Cesar de Este, de la investidura de Ferrara, y la reunion de aquella ciudad á la santa Sede. Los Principes aliados de la casa de Este, tomaron partido por ella. El Papa no dejó de tener partidarios. Todos tomaron las armas; y esto fué lo que obligó al Duque de Saboya, cuya presencia era aun muy necesaria en el Chablais, á volver á pasar los montes. La Italia se vió agitada tambien por algun tiempo con diversos movimientos.

Pero en tanto que recobraba su primera tranquilidad, sucedió una cosa que puso á Francisco en la mayor confusion, en que pudiese haberse visto en toda su vida. Habia abandonado el Chablais por no ser necesaria ya su presencia, y trasladadose á Annecy para dar cuenta al Obispo de Ginebra de la ejecucion de las órdenes del Duque y de las suyas: habia cumplido su comision con su acostumbrada exactitud, cuando aquel

el que promoviesen sublevaciones y alborotos. Dió orden, de que se restableciesen las Iglesias parroquiales: proveyó á la subsistencia de los párrocos, y de una buena porcion de sabios misioneros que debían permanecer aun algunos años en la provincia. Destinó un fondo para establecer el colegio de los Jesuitas de que hemos hablado. En fin nada olvidó de todo aquello que podía impedir, que volviese la heregia á introducirse en el Chablais y en las tres Bailias.

Pero lo que nunca se alabará bastantemente en este sabio Principe, es la conducta arreglada que observó constantemente, como tambien todos los de su Corte durante las seis semanas que permaneció en Tonon, y los grandes ejemplos que dió de piedad. Como estaba convencido, de que el ejemplo del Soberano tiene mas fuerza para persuadir, que todo lo demas que pueda hacerse, se confesaba y comulgaba á menudo: asistia á los sermones y rogativas públicas con toda su Corte, pero con una modestia, que enternecia aun á los mas endurecidos; é hizo tan grandes limosnas, que toda la provincia se acordaba de ellas aun algun tiempo despues de su partida.

Cuando la politica está sostenida por la piedad, no hay cosa que no llegue á conseguir. Se acaba de ver un ejemplo de esta verdad en el restablecimiento de la Religion católica en el Chablais: será seguido de muchos otros, que se irán notando en el discurso de esta historia.

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO CUARTO.

Mientras que pasaba lo que acaba de contarse del lado de acá de los montes, todo lo que sucedia del lado de allá anunciaba grandes disensiones, y todos los Principes de Italia, próximos á tomar las armas unos contra otros, estaban en vísperas de turbar la profunda paz de que gozaba aquel reino despues de tantos años, y que tanto interes tenían los Soberanos en que fuese duradera.

La causa de aquel movimiento fué la negativa que dió el Papa Clemente VIII á Cesar de Este, de la investidura de Ferrara, y la reunion de aquella ciudad á la santa Sede. Los Principes aliados de la casa de Este, tomaron partido por ella. El Papa no dejó de tener partidarios. Todos tomaron las armas; y esto fué lo que obligó al Duque de Saboya, cuya presencia era aun muy necesaria en el Chablais, á volver á pasar los montes. La Italia se vió agitada tambien por algun tiempo con diversos movimientos.

Pero en tanto que recobraba su primera tranquilidad, sucedió una cosa que puso á Francisco en la mayor confusion, en que pudiese haberse visto en toda su vida. Habia abandonado el Chablais por no ser necesaria ya su presencia, y trasladadose á Annecy para dar cuenta al Obispo de Ginebra de la ejecucion de las órdenes del Duque y de las suyas: habia cumplido su comision con su acostumbrada exactitud, cuando aquel

el que promoviesen sublevaciones y alborotos. Dió orden, de que se restableciesen las Iglesias parroquiales: proveyó á la subsistencia de los párrocos, y de una buena porcion de sabios misioneros que debían permanecer aun algunos años en la provincia. Destinó un fondo para establecer el colegio de los Jesuitas de que hemos hablado. En fin nada olvidó de todo aquello que podía impedir, que volviese la heregia á introducirse en el Chablais y en las tres Bailias.

Pero lo que nunca se alabará bastantemente en este sabio Principe, es la conducta arreglada que observó constantemente, como tambien todos los de su Corte durante las seis semanas que permaneció en Tonon, y los grandes ejemplos que dió de piedad. Como estaba convencido, de que el ejemplo del Soberano tiene mas fuerza para persuadir, que todo lo demas que pueda hacerse, se confesaba y comulgaba á menudo: asistia á los sermones y rogativas públicas con toda su Corte, pero con una modestia, que enternecia aun á los mas endurecidos; é hizo tan grandes limosnas, que toda la provincia se acordaba de ellas aun algun tiempo despues de su partida.

Cuando la politica está sostenida por la piedad, no hay cosa que no llegue á conseguir. Se acaba de ver un ejemplo de esta verdad en el restablecimiento de la Religion católica en el Chablais: será seguido de muchos otros, que se irán notando en el discurso de esta historia.

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO CUARTO.

Mientras que pasaba lo que acaba de contarse del lado de acá de los montes, todo lo que sucedia del lado de allá anunciaba grandes disensiones, y todos los Principes de Italia, próximos á tomar las armas unos contra otros, estaban en vísperas de turbar la profunda paz de que gozaba aquel reino despues de tantos años, y que tanto interes tenían los Soberanos en que fuese duradera.

La causa de aquel movimiento fué la negativa que dió el Papa Clemente VIII á Cesar de Este, de la investidura de Ferrara, y la reunion de aquella ciudad á la santa Sede. Los Principes aliados de la casa de Este, tomaron partido por ella. El Papa no dejó de tener partidarios. Todos tomaron las armas; y esto fué lo que obligó al Duque de Saboya, cuya presencia era aun muy necesaria en el Chablais, á volver á pasar los montes. La Italia se vió agitada tambien por algun tiempo con diversos movimientos.

Pero en tanto que recobraba su primera tranquilidad, sucedió una cosa que puso á Francisco en la mayor confusion, en que pudiese haberse visto en toda su vida. Habia abandonado el Chablais por no ser necesaria ya su presencia, y trasladadose á Annecy para dar cuenta al Obispo de Ginebra de la ejecucion de las órdenes del Duque y de las suyas: habia cumplido su comision con su acostumbrada exactitud, cuando aquel

santo Prelado que hacia ya mucho tiempo que lo tenia destinado para su Coadjutor, y que estaba seguro del consentimiento del Duque, pasó á hacerle semejante proposicion. Habiendo pues oido todo lo que le habia dicho tocante á los negocios del Chablais, le dijo á su vez, que él conocia mejor que otro alguno, que su edad y sus achaques que todos los dias iban en aumento, le ponian en estado de no poder trabajar dentro de poco en una Diócesis, que aumentada con una provincia entera, exijia de él mas actividad y vigilancia que nunca: que ya no podia pasar sin socorro, y que habia puesto los ojos en él para nombrarle su Coadjutor y sucesor: que no dudaba que su humildad le haria creer que no era digno de un cargo tan grave, pero que esto era cabalmente lo que mas digno le hacia de él: que á cualquiera otro se lo ofreceria temblando, pero que en cuanto á él estaba muy cierto de que lo desempeñaria dignamente: que le suplicaba que le hiciese aquel servicio, ó mas bien al mismo Jesucristo que era el que lo habia elegido, y que le hablaba por su boca, y que le librase de aquella inquietud en que estaba, al ver que su edad y sus achaques le ponian en estado de no poder cumplir con las obligaciones de su ministerio.

Fácil es juzgar cual seria la sorpresa de un hombre tan humilde como Francisco. La multitud y confusion de ideas que se agolparon en su mente, le privó al principio de la palabra; pero habiendo vuelto en fin á recobrar su ordinaria tranquilidad de espíritu, le respondió, que le estaba muy agradecido por la gracia que queria dispensarle: que no podia ser mayor su reconocimiento: que le ofrecia una dignidad que todo el mundo respeta, que algunos hasta la desean, y que la mayor parte no la temen bastante; pero que en cuanto á él, estaba muy persuadido, de que *aquella carga, lejos de ser apetecible, era temible aun á los mismos an-*

geles: que no podia menos de hallar una infinita desproporcion entre él, y el obispado: que él se conocia á sí mismo, mejor que otro podia conocerle, y que por esto le suplicaba, que pusiese los ojos en quien fuese mas digno que él, de aquella sublime dignidad.

El Obispo de Ginebra, que esperaba ya esta negativa, habia tambien previsto lo que debia responderle. Volvió á tomar la palabra, y le dijo, que siendo una temeridad el creerse con la suficiente virtud para desempeñar dignamente un cargo tan santo, como era el del obispado, convenia con él, en que siempre era mas seguro el renunciarlo; pero que tambien debia él convenir, en que seria una terquedad reprehensible, el obstinarse en la negativa, cuando se tiene motivo de creer, que la voluntad de Dios es, que se acepte el encargo: que no podia ajustarse en aquella ocasion á otro modelo mejor que al de Moyses, aquel santo conductor del pueblo de Dios, que rehusó al principio la direccion de un pueblo tan numeroso, y que con todo la aceptó en seguida: que la negativa provenia de su humildad, y la aceptacion de su sumision á las órdenes de Dios: que él hubiera sido muy presuntuoso en entrar sin temor en un empleo tan difícil: pero que tambien hubiera sido muy orgulloso, si hubiese rehusado el obedecer al mismo Dios, que era el que le llamaba: que considerando por un lado su flaqueza, rehusó el empleo con que se le queria gravar; pero que apoyándose por el otro en la omnipotencia de aquel, que le mandaba que lo tomase, se sometió á aceptarlo.

Que todos los santos habian observado la misma conducta, y que él estaba espuesto á estraviarse alejándose de ella: que aprobaba que no hubiese salido de él aquel pensamiento, que no lo hubiese solicitado, y aun que lo hubiese rehusado al principio; pero que no podia persistir en la negativa sin oponerse á la voluntad de Dios: que á fin de que se asegurase aun mas,

se creia obligado á decirle, que no le habia elegido, sino despues de haber consultado sobre aquella eleccion con todas cuantas personas conocia, que eran ilustradas y virtuosas: que habia consultado á menudo con el mismo Dios, y que jamas lo habia hecho, sin afirmarse nuevamente en el deseo de elegirle: que el clero y los pueblos le querian por su Prelado: que el mismo Principe lo deseaba tambien con ardor, y que además no creia que él pudiese dudar de que Dios le llamaba al obispado, y que estaba obligado á ceder á tantas señales de la vocacion divina.

Francisco respondió, que teniendo tantos conocimientos como tenía sobre la importancia del ministerio, que le habia ofrecido, no dudaba de que supondria en él todas las cualidades que debe tener un Obispo para lograr su salvacion, cumpliendo con su encargo. Pero que en cuanto á sí estaba persuadido de lo contrario: que veia claramente que no tenía cualidad alguna de las necesarias para el obispado, y aun cuando tuviese algunas, siempre se creeria en obligacion de huirle: que habiendo abrazado el estado eclesiástico, se creia obligado á trabajar en la salvacion del prójimo; pero que estaba aun mas obligado á no contraer empeño alguno, que pudiese impedirle el lograr la suya propia: que muchas veces se habia visto que los que parecian unos modelos de virtud, cuando vivian en la obscuridad de una vida privada, habiendo sido elevados despues á las primeras dignidades de la Iglesia se habian transformado de repente en otras personas; y que habiéndose vuelto hombres con los hombres, se habian abandonado como ellos á la vanidad de los honores y riquezas del siglo: que aquellos ejemplos le atemorizaban, y que no podía menos de sacar en conclusion, que las tentaciones que estan como unidas á aquellas grandes dignidades, deben de ser terribles, puesto que son capaces de conmover las almas mas fuertes, asi

como los vientos recios conmueven algunas veces los mas sólidos edificios.

Sin embargo, replicó el Obispo, no hay condicion en la Iglesia que la haya dado mas santos, que el episcopado: debe pues sacarse tambien en conclusion, ó que los peligros de perderse no son tan grandes, como vos pensais, ó que Dios concede gracias á los que llama á tal ministerio, que son capaces de vencer todas las dificultades, que en él se encuentran.

Francisco respondió, que el número de los que se habian perdido, era mucho mayor que el de los otros; que él no podia vencer el temor, que le infundian aquellos terribles ejemplos; y que le pedia en nombre de la amistad, con que siempre le habia honrado, que no pensase mas en él, y que dejase á cargo de la Providencia el elegirle un sucesor.

El Obispo no tuvo por conveniente el instarle mas por entonces: únicamente le suplicó, que pensase en ello con detencion, y que encomendase á Dios aquel negocio, asi como él iba á pedirle por su parte, que le diese á conocer su voluntad. Admiraba entretanto su profunda humildad y la diferencia que se halla entre el espíritu de Dios y el del mundo; y deseaba tanto mas vencer su modestia, cuanto mas invencible parecia. Habló á todos los que sabia que tenían algun ascendiente sobre su espíritu. Nada omitieron estos para obligarle á hacer lo que el santo Obispo deseaba. Pero muy lejos de que pudiesen obtener cosa alguna, se retiró á Sales, para huir de que le hiciesen mas semejantes instancias.

El Obispo de Ginebra le siguió y uniéndose al Condé y á la Condesa de Sales, hicieron los últimos esfuerzos para vencer su repugnancia. Los que tienen la dolzura de Francisco, no son comunmente los mas firmes en sus resoluciones: la condescendencia á que estan acostumbrados con respecto á los demas, les quita casi

la fuerza de resistirse, cuando lo que se les pide, depende de ellos, y no resulta mal alguno en concederlo. El Obispo de Ginebra, el Conde y la Condesa de Sales eran las tres personas del mundo, á quienes mayor respeto y deferencia profesaba Francisco, pero tenía aun mucho mas á Dios; y penetrado Francisco de su temor y amor, era incapaz de esponerse á desagradarle por ninguna consideracion humana, fuese esta de la clase que fuese. Por otra parte como habia adquirido aquella estremada dulzura, que ha sido uno de sus principales distintivos mas por virtud, que por que fuese conforme á su temperamento, no dejaba de tener mucho teson y firmeza de caracter. Ya se han visto varios ejemplos de esto, y se podrán notar muchos otros en el discurso de su vida. Fué pues en vano, que el Obispo de Ginebra recurriese al Conde y á la Condesa de Sales para hacerle aceptar la Coadjutoria: Francisco persuadido, de que aquella dignidad era superior á sus fuerzas, y á su virtud, continuó rehusándola constantemente.

En fin el Obispo, que queria absolutamente llevar á cabo aquel negocio, se dirigió al Duque de Saboya, y le rogó, que le enviase el titulo de la Coadjutoria para Francisco: no tuvo dificultad en conseguirlo: el Duque le habia ya destinado para el obispado, en caso de que llegase á faltar el Obispo. Habiendo recibido el santo Prelado aquel documento, que le era absolutamente necesario para la ejecucion de su intento, se lo envió con un eclesiástico de mucho mérito, y de quien hacia Francisco un grande aprecio. Le mandó al propio tiempo, que le persuadiese á aceptarlo; y que si continuaba resistiéndose, se lo mandase de su parte bajo pena de obediencia.

El eclesiástico desempeñó su comision como un hombre, que deseaba salir bien de ella: se valió de las razones, de la autoridad de los Padres y de los ejem-

plos de los santos, para obligarle á ceder; y continuando Francisco en escusarse con su poca ciencia y virtud, le dijo, que tenia orden del Obispo para mandarle bajo pena de obediencia, que aceptase el titulo, y le exhortó á que se rindiese en fin á unas señales tan visibiles y convincentes de la vocacion de Dios.

A estas palabras hallándose su estremada repugnancia como sufocada por la autoridad de la Iglesia y del mismo Jesucristo, de la que no ignoraba que estaba revestido su Obispo, creyó, que no le era ya licito el resistirse mas, pero creyó deber aun consultar con Dios, antes de dar su consentimiento. Fué pues á la Iglesia á postrarse delante del Santísimo Sacramento; y permaneció alli largo rato en oracion, derramando abundantes lágrimas. Seria difícil explicar la turbacion y agitacion en que se hallaba, prouto á consentir, y siempre retenido por el temor de los riesgos en que recelaba, que peligrase su virtud. En fin Dios le volvió su primera tranquilidad; y sirviéndole aquella profunda paz del corazon de prueba de que Dios queria que se sometiese, volvió á encontrarse con el eclesiástico, y le encargó, que dijese al Obispo de Ginebra, que si se le hubiese creido, no hubiera ocupado sino el último puesto en la casa del Señor: que casi se le habia como forzado á aceptar la prebostia de la Iglesia de Ginebra: que aquella dignidad era ya muy superior á su virtud, sin que se le obligase á aceptar aun otra mayor y de la que por consiguiente era menos digno: que no obstante cedía en aquella ocasion no á los hombres, sino al mismo Dios, de cuya autoridad estaba revestido el Obispo, y que protestaba, que de solo Dios aceptaba lo que se le ofrecia: que rogaba al Señor que perdonase al Obispo la eleccion que habia hecho de un sugeto tan indigno, y que no le imputase todas las faltas, que seguramente le haria cometer su insuficiencia en un destino tan grande y difícil.

Pero el Obispo estaba tan lejos de tener semejantes recelos, que habiendo recibido la noticia de su admision, dijo públicamente, *que no habia hecho otra cosa buena en toda su vida, sino elegir á Francisco por su sucesor*. Seria difícil explicar la alegría pública, cuando se supo que aquel hombre verdaderamente apostólico era el Coadjutor de Ginebra. Lo que acababa de pasar en el Chablais, le habia adquirido tanta estimacion, y su estremada dulzura tantos amigos, que hubiera sido burlar la espectacion pública, el dar otro sucesor al Obispo de Ginebra. Puede decirse tambien, que se necesitaba un Prelado de un mérito tan grande como el suyo, y de una santidad tan eminente para afianzar la Religion católica nuevamente restablecida. En efecto, apenas se supo en Ginebra que debia suceder en aquel Obispado, cuando se desconfió del restablecimiento del calvinismo en el Chablais.

Pero los sentimientos de Francisco eran muy diferentes de los del público. Apenas hubo dado su consentimiento, cuando se sintió como agoviado del mas vivo dolor, que hubiese experimentado en su vida. Estaba continuamente ocupado en considerar el nuevo estado en que iba á entrar; y aunque por su conciencia le habria sido ya imposible el eximirse de él, con todo no por eso le parecian menores sus peligros. Le parecia, que iba á engolfarse en un mar tempestuoso, en el que preveia mil escollos, y en donde temia hallar muchos otros que no podia preveer; y en la amargura de su corazon le sucedia algunas veces el esclamar en alta voz: *salvados, Señor, que perecemos*. Los que fueron á felicitarle quedaron muy sorprendidos al verle tan afligido, y habiéndole hecho presente su sorpresa: *¡Ay, les decia, no era bastante, el que yo tuviese que responder de mi alma, sin irme á encargar de tantas otras, de las que Dios me ha de pedir una cuenta tan terrible!* En fin la idea de los peligros,

á que creia iba á esponerse hirió tan vivamente su imaginacion, que perdió enteramente el dormir; este insomnio le acaloró la sangre, y le produjo una violenta calentura, aumentada por el desorden y confusion en que estaba su espíritu, resultándole en breve de todo esto una enfermedad muy aguda.

La Condesa de Sales, que le amaba tiernamente, estaba inconsolable por haber contribuido, segun creia, á hacerle dar aquel fatal consentimiento, que iba á costarle la vida. Todos los que le conocian, estaban poco menos afligidos que la Condesa, y se habian concebido tan grandes esperanzas de una eleccion, en la que se veia tan palpablemente el dedo de Dios, que nadie podia consolarse de una pérdida, que se tenia por irremparable.

Francisco por el contrario hallaba un gran consuelo, en lo que affigia á todos los demas. La paz de su alma aumentaba, á medida que sentia, que se aumentaba su mal, y jamas fué mayor su confianza en Dios, que cuando no se tenian esperanzas de su vida.

Pero Dios, que le habia destinado á cosas tan grandes, tuvo á bien prolongar una vida, que habia de ser tan santa y tan útil á su Iglesia. Asi es, que habiendo cesado la violencia del mal, como era de un temperamento muy robusto, recobró al momento las fuerzas. El primer uso que hizo de ellas, fué el ir á Annecy á ver al Obispo de Ginebra que tambien habia caido enfermo, del pesar que le causó su indisposicion. Su llegada contribuyó mas que todos los remedios, á su total curacion. Pero Francisco, apenas le vió en estado de poder escuchar sus quejas, cuando se las dió del modo mas tierno del mundo. Le dijo, que siempre le habia mirado como á su padre y protector, y que sin embargo le habia hecho él solo mas daño, que el que hubieran podido hacerle todos sus enemigos juntos: que le habia agoviado con el peso de su autoridad: que le

habia hecho una verdadera violencia, y que le habia como forzado á consentir en la cosa á que mas repugnancia tenia en el mundo, y de la que sabia mejor que otro alguno, que era muy indigno: que sino habia creído deber compadecerse de su debilidad, debia á lo menos haberse detenido en consideracion á la terrible cuenta, que tendria que dar á Dios de la mala eleccion que habia hecho, nombrándole por sucesor suyo; que aun estaba á tiempo de reparar aquella falta: que le regaba que volviese á recoger su título, y que le volviese el consentimiento, que le habia hecho dar casi á la fuerza.

La respuesta que dió el Obispo á sus quejas, fué abrazarle afectuosamente, y exhortarle á poner toda su confianza en Dios, que habiéndole llamado al obispado de un modo tan claro que no admitia duda, no le rehusaria las gracias, de que tuviese necesidad para ser un santo Obispo: que él se habia resuelto á serlo de una vez: que á la verdad nosotros nada podemos por nosotros mismos, pero que lo podemos todo en aquel, que nos fortifica. Añadió, que bien lejos de recogerle su título, y de volverle su consentimiento, habia dado parte al Papa de la eleccion que habia hecho: que no dudaba que seria de la aprobacion de su Santidad, y que se dispusiese él mismo para partir muy pronto á Roma, y terminar por sí aquel negocio.

Asi es, que viendo Francisco que no podia conseguir lo que deseaba, se sometió á la voluntad de Dios, que creyó que le hablaba por boca de su Obispo. Partió pues algunos dias despues de esta conversacion; pero el Obispo de Ginebra que se recelaba de que tratase con el Papa de librarse de la Coadjutoria, le hizo acompañar por su propio sobrino, que era canónigo de Ginebra, y su Vicario general. Nunca se admirará debidamente el desinterés de tío y sobrino en aquella ocasion. Es cierto, que el Obispo de Ginebra podia elegir á su sobrino para su sucesor; y como era un hombre

de mucho mérito, y que gobernaba la Diócesis hacia ya mucho tiempo bajo la direccion de su tío, y con mucho acierto, el Duque de Saboya, y el Papa no hubieran tenido dificultad en consentir; pero el Obispo no consultó en aquella ocasion ni á la carne ni á la sangre; y hallando que Francisco le era superior en mérito, no tuvo dificultad en darle la preferencia. El sobrino por su parte tuvo bastante virtud, no solamente para no quejarse, sino para encargarse él mismo de unas pretensiones que debian hacer que fuese Francisco su superior, siendo asi que él hubiera podido muy bien serlo suyo.

Uno y otro sabian muy bien, que cuando se trata de los cargos y ventajas del mundo se puede tener consideracion á la sangre y al parentesco; pero cuando se trata de un cargo que es todo de Dios y por Dios, Dios solo, y las cualidades que exige, es á lo que debe atenderse; que siempre debe elegirse á los que se tiene motivos de creer que el mismo Señor los ha elegido, es decir, á los que son humildes y caritativos, á aquellos en quienes se ha notado una ciencia animada por la piedad, y una piedad ilustrada por la ciencia, un valor firme é invencible, y sobre todo un ardiente celo por la salvacion de las almas, puesto que sin esta última cualidad, todas las demas son en un Prelado, como virtudes muertas é inanimadas: por estas señales es por las que se puede conocer la vocacion de Dios, y los sujetos que ha elegido él mismo para el obispado: estas fueron tambien las solas que consultó el Obispo de Ginebra, y las únicas que le determinaron á preferir á Francisco á su propio sobrino: ejemplo que jamas se alabará como es debido, y que tampoco se imitará demasiado!

¶ Pero en tanto, que lleno de aquella santa alegría que no deja jamas de espermentarse, cuando se ha preferido á Dios á todas las cosas, esperaba en paz aquel santo Prelado el éxito de las negociaciones de su sobrino en

punto á la Coadjutoría de Ginebra, Francisco habiendo pasado los montes, y cumplido con el Duque de Saboya su Soberano, continuaba su viaje á Roma. Los caminos estaban muy malos por las continuas lluvias que habian caído hácia el fin del invierno. Esto dió margen á una aventura, que hizo resaltar demasiado la virtud de Francisco, para que deje de contarse. Estando ya próximo á llegar á una ciudad de Italia que no nombra la historia, su caballo cayó en un lodazal de donde salió Francisco en tan mal estado, que le fué preciso entrarse en la primera posada que encontró para mudar de vestido; pero como no tenia otro que el que llevaba, un frances á quien habia encontrado en el camino, y con quien habia entablado amistad, le ofreció uno de terciopelo negro, y le obligó á que se sirviese de él, hasta que el suyo se hubiese limpiado y secado: la modestia de que hacia profesion Francisco no le permitió salir de la casa en aquel traje: quedose pues solo, mientras que sus compañeros de viaje fueron á dar una vuelta por la ciudad. Llegó al mismo tiempo á la posada una señora de muy buena disposicion, y cuyo aire era en extremo modesto: sus buenos modales impusieron á Francisco, así como el vestido de terciopelo que este llevaba, impuso á la señora: ella le tuvo por un seglar, y él la creyó una muger de las mas virtuosas. Francisco estaba aun en la flor de su edad, y podia pasar por uno de los hombres mas gallardos de su tiempo. La conversacion se enredó insensiblemente: se habló al principio de cosas indiferentes; pero la señora, que creyó que no debía perder el tiempo, mudó bien pronto de conversacion, y le habló en un estilo tan licencioso, que Francisco no sabia admirarse bastante, al ver reunidos en una misma persona un aire tan modesto, y unas palabras tan libres. La respondió de un modo que la hiciese entrar dentro de sí misma, pero aquella muger era de las que dice la Escritura,

que se han formado frente de ramerías, y que han aprendido á no avergonzarse: ella tomó á chanza todo lo que la dijo Francisco mas capaz de volverla al buen camino, y continuaba haciéndole instancias. Francisco no estaba poco confuso: queria por un lado, que no padeciese la opinion de aquella muger, pero por otro era muy peligrosa la ocasion para permanecer en ella mucho tiempo. El partido que tomó, fué el hacerle una cortesía y salirse de su cuarto; pero aquella muger corrió detras de él, y le detuvo al paso de la puerta, justamente en el momento que uno de los criados de Francisco iba á entrar por ella: reparó este en la accion de aquella señora: quedó sorprendido de ella, y la turbacion en que la vió, acabó de hacerle formar un malísimo concepto: estaba ya pronto á manifestárselo; pero Francisco, que tenia una admirable presencia de espíritu, le detuvo, diciéndole, que acompañase á aquella señora á su cuarto, puesto que se habia equivocado, tomando el suyo por el que se la habia dado. El criado no la tuvo por eso en mejor concepto; y no pudo menos de contar lo que habia visto al frances, de quien se ha hablado anteriormente.

Habiendo vuelto á montar á caballo, le habló el frances á Francisco de Sales de aquel lance, y le dijo, que le sorprendia tanto mas, quanto que aquella muger parecia de calidad, y que su modestia le habia inspirado á él mismo al principio mucho respeto hácia ella. Francisco le dijo, que tal vez seria lo que parecia; pero que habia en la vida momentos desgraciados, en los que no siempre es uno dueño de sí mismo; y que Dios lo permitía así algunas veces para hacernos conocer nuestra debilidad, y para enseñarnos á desconfiar de nosotros mismos, y á dirigirnos á su divina Magestad.

Añadió, que no se podia negar que el trato con las mugeres era en general muy peligroso sobre todo para

los jóvenes; pero que estaba seguro, de que el que debía evitarse con mas cuidado, era el de las mugeres virtuosas: que por poco temor que se tuviese á Dios, y por poco aprecio, que se hiciese de la propia reputacion, no se estaba espuesto á entregarse al de las mugeres sospechosas, y cuya conducta está desacreditada en todo el mundo; pero que en el de mugeres devotas se enredaba uno mas facilmente, porque no se podia temer que tuviese consecuencias funestas, y que se observaba una moderacion en su conducta, que no podia menos de apreciarse: que este era sin embargo uno de los lazos mas bien armados del amor propio: que algunas veces se pasaba sin sentir del aprecio de la virtud al de la persona; y que aquel paso era tanto mas insensible, cuanto que no creyendo el corazon poder sentir nuevas impresiones, tomaba el nuevo afecto por la uncion virtuosa á que estaba acostumbrado: que entretanto se iba contrayendo el empeño, y muchas veces, sin que se notase, hasta que ya no se tenia fuerza para romperlo: que lo mismo sucedia con las amistades, que tenian ciertas mugeres devotas con los hombres virtuosos: que de allí provenian aquellos apegos desmedidos y ridiculos que tenian hácia ellos; y de los que podia decirse con San Pablo, que habiendo empezado por el espirito, se acababan muchas veces por la carne: que á la verdad estaba persuadido de que aquellos empeños rara vez llegaban hasta el crimen, y que no creia que hubiese visto ejemplar alguno de esta naturaleza; pero que nunca desconfiaria uno demasiado, ni nunca estaria demasiado alerta, ni tomaria demasiadas medidas para guardarse de sí mismo en semejantes ocasiones: que Dios apreciaba mas el corazon que el cuerpo; y que aunque no se hubiese uno dejado arrastrar á delitos vergonzosos, no dejaba por eso de apartarse de Dios, si seguia en las amistades que acaban de esplicarse.

Esta conversacion les duró hasta Roma, que no es-

taba muy distante del lugar de donde habian salido. Como Francisco debía aprovechar el tiempo, fué al momento á hacer una visita al Cardenal de Medicis, á quien habia conocido en Tonon. Aquel Príncipe habia formado un gran concepto de su mérito y virtud, y se ha sabido despues, que habiendo llegado á ser Papa, tuvo intencion de hacerle Cardenal: pero no habiendo vivido sino veinte y siete dias despues de su eleccion, no pudo cumplir aquel buen intento, ni otros muchos que tenia. El Cardenal escuchó con mucho gusto la narracion de lo que habia pasado en el Chablais despues de su salida de Tonon: examinó con atencion las memorias, que Francisco estaba encargado de entregar al Papa, y las peticiones que tenia que hacerle para el total restablecimiento de la Religion católica en el Chablais: le prometió apoyarlas, y le ofreció presentarle él mismo á la audiencia de su Santidad.

El Papa, que le conocia de oidas por su reputacion, y que le habia escrito varios Breves, le recibió muy bien, le dió grandes alabanzas, le habló muchas veces en particular, y le concedió todo lo que tenia que pedirle. Pero como reparó que no le hablaba del asunto de la Coadjutoria de Ginebra, del que le habia hablado ya el sobrino del Obispo al entregarle las cartas de su tio; despues de haber admirado una humildad tan profunda, unida á un mérito tan grande, le habló él mismo y le dijo, aprobaba la eleccion que de él se habia hecho. Francisco le respondió, que él no estaba encargado de aquel negocio; pero que si él debiese hablar á su Santidad sobre el particular, seria para suplicarle que le sacase de un empeño tan superior á sus fuerzas, y para el cual habia sido como forzado á dar su consentimiento. El Papa le respondió, que aquel era ya un negocio concluido, que ya habia dado su aprobacion y que estuviese dispuesto para su examen, que queria hacer él mismo dentro de tres dias.

Francisco quedó tanto mas sorprendido al oír aquella proposicion, quanto que sabia que los Obispos de Saboya, como igualmente los de Francia, no estaban sujetos á examen: nada respondió al Papa; pero se fué inmediatamente á casa del Conde de Verne, embajador de Saboya, al que dijo, que de él dependia el que no se innovase cosa alguna con respecto á él, de lo que se habia acostumbrado hacer hasta entonces: el Conde fué al momento á la audiencia; pero el Papa le previno, diciéndole, que examinando á Francisco, no trataba de someter á examen á los Obispos de Ginebra nombrados por el Duque de Saboya: que esto no lo hacia sino por particular satisfaccion suya, y por ser él mismo testigo de la capacidad de Francisco, de la que le habian dado informes muy favorables. Esta declaracion satisfizo al embajador, y Francisco se preparó para el examen, pero fué á los pies del crucifijo. Allí en un profundo recogimiento pidió á Dios con mucho fervor, que sino le llamaba para el obispado, se dignase de hacer palpable su ignorancia, y de cubrirle de confusion delante de su Santidad.

Habiendo llegado el dia designado para el examen, se presentó Francisco en el lugar, que se le habia señalado: el Papa llegó allí poco despues, acompañado del Cardenal Baronio, de otros siete Cardenales, de un gran número de Arzobispos, Obispos, Abades, Generales de las Ordenes y Doctores célebres, y entre otros del sabio Jesuita Belarmino, que despues fué Cardenal.

El Papa, que era muy instruido empezó por sí el examen, que lo continuaron los Cardenales, Obispos y Doctores. Treinta y cinco cuestiones de la teología mas sublime fueron las que le propusieron; y Francisco contestó á todas ellas con tanta solidez, limpieza y modestia, que el Papa mas que satisfecho de su capacidad se levantó de su silla, y abrazándole tiernamente, le dijo estas palabras de la Escritura. *Bebed, hijo mio, de las*

aguas de vuestra cisterna, y de la fuente de vuestro corazon; y haced, que la abundancia de estas aguas se derrame en todas las plazas públicas, á fin de que todos puedan beber y refrescarse. Le declaró en seguida, Coadjutor y sucesor del Obispo de Ginebra, le nombró Obispo de Nicopolis, y mandó que se le espidiesen las Bulas. A ejemplo del Papa, los Cardenales y Prelados le dieron grandes muestras de aprecio, y se estendieron á porfia en sus alabanzas. Asi fué, que aquel santo hombre, que habia rogado á Dios, que le cubriese de confusion sino lo llamaba al obispado, se halló cubierto de gloria, y atrajo sobre sí el aprecio general de la Corte Romana, es decir, de la Corte mas ilustrada del mundo y mas difícil de sorprender.

No le sucedió asi á un eclesiástico español que habia sido electo Obispo: el lance es muy extraordinario para dejar de contarle. Debía este eclesiástico examinarse con Francisco, y se habian trasladado juntos al sitio destinado para el examen: no carecía de ciencia ni de virtud; y tenia motivos para creer que saldria con honor y lucimiento. Sin embargo la presencia del Papa, de los Cardenales y Prelados, le impuso de tal manera, y se apoderó de él un miedo tan repentino y fuerte, que cayó sin sentido. Se le llevó á su casa; y se le aplicaron todos los remedios imaginables para hacerle volver en sí. El mismo Papa le envió sus médicos, é hizo que le asegurasen, que le daría las Bulas sin obligarle á sufrir el examen. Pero murió aquel mismo dia, sin otro mal, que el pasmo que le habia causado el miedo. Esta ocurrencia, que sucedió en el momento mismo en que iba á darse principio al examen de Francisco, era muy capaz de trastornarle. Pero Dios, que es siempre el apoyo de los humildes, le fortificó; y se admiró tanto mas su firmeza y presencia de espíritu, quanto que era muy difícil el no sentirse vivamente agitado con una aventura tan extraordinaria.

Los asuntos del Chablais, que eran el principal motivo del viaje de Francisco á Roma, no le ocupaban tanto, que no le quedase bastante tiempo libre para tratar con los amigos, que le habia adquirido su reputacion. No es decir por esto, que no procurase activar el despacho de sus negocios; pero como todo se hace en Roma con mucha madurez, aunque se trate de dar prisa, los asuntos van siempre por sus pasos contados, y sin que se altere en lo mas mínimo su curso natural. Sin embargo, como el Papa habia aprobado las memorias que le habia presentado, le habia concedido todo lo que le habia pedido, y no dudaba del buen éxito de su viaje; esperaba con tranquilidad á que se le diese el permiso para marcharse. Visitaba á menudo al Cardenal de Medicis, que le apreciaba mas de dia en dia. El Cardenal Borghese, que despues fué Papa bajo el nombre de Paulo V, contrajo tambien con él una particular amistad, y contribuyó mas que otro alguno á lograrle el pronto despacho de los Breves que necesitaba. Tuvo tambien relaciones muy intimas con el Cardenal Baronio: aquel sabio hombre iba á menudo á buscarle en su coche para poder hablar mas cómodamente con él, y le regaló sus anales eclesiásticos. Belarmino Jesuita, que juntaba una eminente piedad á una profundísima ciencia, tambien iba á visitarle á menudo. En una palabra todos los mejores sugetos, que habia en Roma en aquella ocasion, y que se distinguian por su virtud y ciencias, hicieron amistad con él; pero ninguno encontró entre todos que fuese mas segun su corazon, que el padre Juvenal Ancina, que era entonces padre del Oratorio, y fué despues Obispo de Saluces: la conformidad de genio y de costumbres los unió estrechamente, y duró esta union tanto, como les duró la vida. Francisco habla á menudo de él en sus cartas como de un Prelado eminente en ciencia y en virtud, celoso, caritativo, y que vivia con su pueblo

como un padre con sus hijos, siendo muy apreciado de todos sus diocesanos.

Por mucho gusto que encontrase Francisco en la conversacion de aquellos grandes hombres, su celo por la Religion católica le llamaba continuamente al Chablais: hizolo presente á sus amigos, y estos hicieron tan vivas diligencias para que sus negocios tuviesen pronto despacho, que habiendo logrado por fin todos los Breves que necesitaba, fué á despedirse del Papa. Este al despedirle, le dió mil señales de aprecio, y le encargó que se dirigiese en derechura á él, fuese para sus propios asuntos, ó fuese para los agenos, siempre que tuviese necesidad de su autoridad.

Francisco le respondió, que sin ir mas lejos, tenia que pedirle una gracia á su Santidad: que la Iglesia de Ginebra gozaba muchos derechos, que le parecia que eran muy gravosos para el pueblo; que tal era el que tenia de heredar á todos los que muriesen sin hijos: que á estos les estaba prohibido, como si fuesen esclavos, testar y disponer ni aun de la parte mas pequeña de sus bienes en favor de sus parientes por cercanos que fuesen, siendo asi que muchas veces eran pobres, y tenían mas necesidad de ellos, que el Obispo de Ginebra: que de igual naturaleza era, el que obligaba á los vecinos de ciertos pueblos, á velar todas las noches al lado de los pantanos, é impedir que las ranas metiesen ruido, en tanto que el Obispo dormia. Añadió, que aquellos derechos eran impropios en un Obispo, que debia contentarse con ser el padre del pueblo, sin exigir de él derechos vergonzosos, y que se resentian mucho mas del paganismo, que de la libertad de la Iglesia cristiana: que puesto que habia tenido á bien nombrarle Coadjutor y sucesor del Obispo de Ginebra, suplicaba á su Santidad, que le permitiese renunciar á unos derechos, que eran tan gravosos para el pueblo, si acaso creia, que era conveniente el descargarle de ellos, y si

llegaba un día en que él sucediese al Obispo, que era entonces de Ginebra.

El Papa se admiró de la caridad y desinterés de Francisco, le permitió que hiciera lo que le pareciese sobre aquel asunto, y le despidió, dándole nuevas pruebas de su benevolencia y protección.

Partió de Roma pocos días después, y se reparó, que nunca había hablado al Papa, ni á los Cardenales de negocio alguno suyo, á pesar de que ellos hubieran tenido la mayor satisfacción en favorecerle, y que en lugar de solicitar las Bulas de la Coadjutoría de Ginebra, las dejó tan enteramente en manos de la Providencia, que si el sobrino del Obispo de Ginebra no hubiese cuidado de que se le espidiesen, se hubiera vuelto á Annecy sin llevarlas. Francisco tomó el camino por Loreto; pero no permaneció allí mas tiempo que el necesario para satisfacer su devoción. Desde allí marchó en diligencia á Turin para presentar al Duque de Saboya los Breves que había alcanzado de su Santidad, y para pedirle, que se pudiesen en ejecución. Como todo lo que había hecho era por orden suya, y en conformidad á lo que había aprobado el mismo Duque antes de su salida de Tonon, tenía motivos de creer que su Alteza Real, que miraba por otra parte el restablecimiento de la Religión católica en el Chablais como obra suya, y como el suceso mas glorioso de su reinado, le facilitaria la ejecución de aquellos Breves en todo cuanto estuviere de su parte. Pero no es nuevo el que los intereses particulares sofoquen al general. Las dos Ordenes militares de San Mauricio y de San Lázaro, de las que son grandes Maestres los Duques de Saboya, se opusieron fuertemente á las pretensiones de Francisco; y este se vió reducido, ó á abandonar un proyecto, del que dependía absolutamente la conservación de la Religión católica en el Chablais, ó á atraer sobre sí la enemistad de todas las personas de distincion que ha-

bia en los Estados del Duque de Saboya: aquel mismo Principe tenia un interes considerable, como gran Maestro, en no permitir la ejecución de las órdenes de su Santidad, es decir, que era á un mismo tiempo, juez y parte: situacion delicada para un hombre del caracter de Francisco, que se veia encargado de los intereses de Dios, pero que no podia sostenerlos sin chocar con los del Soberano. Dificultades, que hubiesen sido mas pequeñas, hubieran bastado para enfriar á un hombre menos firme y menos unido á Dios, que Francisco: sin embargo, no eran solo estas las que tenia que vencer.

El negocio de que se trataba, debía ventilarse en el Consejo del Duque, compuesto en la mayoría de deudos y parientes de los Comendadores de las Ordenes. A este se seguia otro obstáculo. Ya se ha visto, que Francisco había ganado muchas cosas en el Consejo contra el parecer de la mayor parte de los Consejeros de Estado, y que había prevalecido su dictamen sobre el de ellos en mas de una ocasion: le daba esto motivos para creer que tendrian una maligna satisfacción en trastornar un intento, que nunca habían aprobado; pero lo que mas cuidado le daba, era la naturaleza del asunto en cuestion, y que la oposicion de las dos Ordenes parecia justa y bien fundada. Para entender esta dificultad es necesario tomar las cosas desde mucho mas lejos.

Habiendo sido desterrada la Religión católica del Chablais y de las Bailías, el Papa Gregorio XIII que había previsto, que podria llegar un día en que se restableciese, previó al mismo tiempo, que si se dejaba á los hereges, que usurpasen los beneficios tanto seculares como regulares, la restitucion de los bienes de la Iglesia podria ser un obstáculo para el restablecimiento del catolicismo. En este concepto, resolvió evitarlo; y esto fué lo que le condujo á unirlos á las Ordenes militares de San Mauricio y San Lázaro. Seguramente, que

no podía haberse valido de mejor medio; necesitaba para su intento echar mano de personas poderosas, que pudiesen ponerse por sí mismas en posesion de aquellos bienes, y que se mantuviesen en ella á pesar de los esfuerzos de los hereges. Como las Ordenes de que acaba de hablarse, seguian la profesion de las armas, pertenecian á ellas todos los sujetos de distincion, que habia en los Estados del Duque de Saboya, y como además de esto era su gran Maestre el mismo Principe, no habia un partido más fuerte que poder oponer á los hereges. Ellos mismos fueron los primeros que se convencieron de esto; y no dudando de que si se oponian á los caballeros de que acaba de hablarse, atraian sobre sí todas las fuerzas de la Saboya y del Piamonte; les dejaron poner en posesion de los bienes que les habian dado, y no se atrevieron á perturbarlos en ella. Este fué un gran aumento de riquezas para las dos Ordenes; y el patronato del Duque de Saboya, que dá todas las Encomiendas, se aumentó tambien mucho mas.

Era pues preciso ir directamente contra unos intereses tan considerables para persuadir al Duque á que consintiese, en que los beneficios de que acabamos de hablar, fuesen sacados de manos de las Ordenes y restituidos á sus poseores primitivos. Sin embargo, habiendo sido restablecida la Religion católica en el Chablais, del modo que ya se ha contado, Francisco tuvo bastante celo para proponer al Principe aquella desmembracion, y supo persuadirle tambien de que no podía subsistir la Religion católica por mucho tiempo en el Chablais sin la reunion de aquellas rentas, que consintió en darle una licencia por escrito para que fuese á Roma á solicitar la que deseaba. Este fué el motivo del viaje que acaba de contarse, y obtuvo del Papa todos los Breves necesarios para consumir aquel gran negocio. Al tiempo de la ejecucion de los Breves, fué cuan-

do se opusieron los Comendadores de las Ordenes, del modo que se ha dicho.

Su oposicion era tanto mas fundada, quanto que Gregorio XIII habia declarado espresamente en la Bula, que agregaba los beneficios del Chablais á las Ordenes de San Mauricio y San Lázaro; que en el caso de que la Religion católica fuese restablecida en aquel pais, los Comendadores no estarían obligados á dar á los curas sino la cógrua, y que ellos gozarian del sobrante de las rentas. Este artículo se habia cumplido, y pretendian que no podia exijirseles otra cosa.

Sin embargo, Clemente VIII no habia tenido consideracion alguna con aquella cláusula; y habia mandado que los bienes unidos á las Ordenes por su predecesor Gregorio XIII volviesen á sus primeros poseedores, sin que hiciese reserva alguna en beneficio de las Ordenes. Aun habia alguna cosa mas; y es que contra el estilo de la Corte Romana, las partes interesadas en la restitucion no habian sido ni citadas, ni oidas; y que el Papa se habia contentado con el consentimiento del Duque de Saboya, gran Maestre de las dos Ordenes. Trataban sobre esto de apelar del Papa mal informado, al Papa mejor informado, es decir, de prolongar este negocio en términos, que nunca se hubiese visto el fin de él.

Esto era lo que temia Francisco mas que todo: estaba persuadido, de que no podía proveerse el Chablais demasiado pronto de párrocos sabios é ilustrados, y desesperaba de poderlos formar de estas condiciones, en tanto que los beneficios estuviesen reducidos precisamente á la cógrua.

En aquel conflicto, y en un asunto en que no tenia otro interes que el del mismo Dios y el de la Religion, recurrió á la oracion, que era su refugio ordinario, quando se veia espuesto á las contradicciones de los hombres. Despues de haberse lleado de fortaleza y de luz,

fué á ver al Duque, y le presentó las memorias que habia arreglado para responder á las quejas de los Comendadores de las Ordenes.

El Príncipe por su parte no estaba poco confuso: no podia negar que hubiese dado su consentimiento para todo lo que Francisco habia negociado en Roma, ni tampoco el que él mismo hubiese juzgado, que la desunión de los beneficios era absolutamente necesaria, y que se habia convencido de que sin ella era imposible que subsistiese la Religion católica por mucho tiempo en el Chablais: por otra parte estimaba demasiado á Francisco de Sales para desairarle en un negocio que habia emprendido por orden suya.

Pero los Príncipes tienen sus intereses particulares de que cuidar, lo mismo que todos los demas hombres; y preveía ademas que iba á haber aclaraciones con la Francia, que no le permitian discontentar á la nobleza de sus Estados. El espediente que tomó en esta ocasion, fué el de dejar la conclusion de aquel negocio para otro tiempo, y contestar á Francisco, favoreciendo sus intereses particulares. Con este motivo le ofreció una suma considerable para recompensarle de los gastos, que habia hecho durante su mision en el Chablais.

Francisco no se contentó solamente con rehusarla, sino que ofreció al Duque trabajar á sus espensas todo el tiempo que tuviese por conveniente. Pero le representó tan fuertemente que el dejar la conclusion de aquel negocio para otro tiempo era perderlo enteramente, que obtuvo al fin su consentimiento para la ejecución de los Breves de su Santidad. Logrado este, ya no hubo inconveniente en obtener el de los Comendadores: así es, que estando todos de acuerdo, el Duque hizo espedir las letras para el Senado de Chambery, por las que mandaba que se verificasen sin modificacion los Breves del Papa, que les serian presentados de su parte por el Coadjutor de Ginebra. Francisco en persona fué el portador;

y despues que fueron comprobados los Breves partió para el Chablais con comision espresa del Papa, del Duque y del Obispo, para que los hiciese ejecutar. Empleó en esto todo lo que faltaba del año y una parte del siguiente.

Restablecidos ya los párrocos, y hechas de nuevo las Iglesias y conventos presentaba el Chablais un aspecto enteramente nuevo. La Religion católica se afirmaba mas de dia en dia, y los pueblos desengañados de sus errores, empezaban á hacer voluntariamente, y aun con mucho celo, lo que muchos habian hecho al principio por consideraciones humanas, cuando la heregia, siempre alerta para todo lo que podia favorecerla, estuvo á pique de volver á entrar en aquella hermosa provincia. Fué la causa de esto la guerra que se movió entre Enrique IV, y Carlos Manuel Duque de Saboya, sobre el marquesado de Saluces.

Por el tratado de Vervins se habia dejado aquel asunto en manos del Papa, para que lo arreglase amistosamente. Pero habiendo presumido el Duque de Saboya, que su Santidad persuadido de lo justo que era el derecho de la Francia, decidiria al fin en su favor, manifestó tanta desconfianza, que dándose el Papa por ofendido, no quiso ser árbitro en el asunto, y dejó á los dos partidos en libertad de ventilar su pleito, del modo que tuviesen por conveniente. El Duque fué en persona á Francia para tratar por sí mismo de aquel negocio con Enrique IV, pero como no se procedia de buena fé, se volvió sin haber concluido cosa alguna.

En fin, despues de muchas contestaciones, no habiendo podido convenirse los dos Príncipes, se declararon abiertamente la guerra. El Mariscal de Biron entró en la Bressa, á la que sometió en poco tiempo: Lesdiguières entró en la Saboya que tambien fué conquistada, y el Rey en persona entró por la parte de Faussigny y el Chablais, que nunca pensaron en oponerle resistencia.

Al aproximarse el Rey, la ciudad de Ginebra y los suizos protestantes, irritados por el restablecimiento de la Religion católica en el Chablais, le ofrecieron ayudarle con sus tropas, uniéndose á las que S. M. traía. El Rey, que no habia tenido suficiente tiempo para levantar un poderoso ejército, con el que no hubiera necesitado del socorro de sus aliados, aceptó el que le ofrecian por serle muy necesario. Asi fué, que los calvinistas entraron á mano armada en el Chablais y las Bailías para vengar sus agravios particulares, socolor de ayudar á Enrique, á que obligase al Duque de Saboya á darle una satisfaccion.

Fácil es figurarse en cuanto peligro estuvo entonces la Religion, habiendo retirado el Duque de Saboya todas sus tropas á las plazas fuertes, y no teniendo otras que se atreviesen á salir á campaña. Desterrados ya los párrocos católicos, usurpados sus beneficios y casas por los hereges, habia fundados motivos para temerlo todo en cuanto á los nuevos católicos, cuya fé todavia vacilante no necesitaba de semejantes pruebas, cuando Francisco, aunque debiese temer cualquier exceso del furor de los hereges, se resolvió á oponerse á él, como un muro de la casa de Israel. Empezó por hacer presentar al Rey una súplica respetuosa, en la que le rogaba que distinguiese en aquella guerra los intereses de la corona de los de la Religion: que se acordase de que era el Rey cristianísimo, y que en calidad de hijo primogénito de la Iglesia estaba obligado á protegerla, y á prohibir á sus tropas, el que cometiesen tropelías con los sacerdotes y católicos del Chablais y de las Bailías. El Rey respondió á aquella peticion tan favorablemente como podia desearse; y mandó á todos sus oficiales, que se valiesen de su autoridad, para que no sufriese detrimento la Religion católica á su entrada en la provincia.

Pero como Francisco iba por todas partes para procurar la ejecucion de las órdenes del Rey, sucedió, que

cayó en manos de una partida, que le hizo prisionero, y lo presentó al Marques de Vitry, que mandaba la provincia en nombre del Rey. Los hombres tenian un designio en esto; pero Dios tenia otro muy diferente. El Marques, habiendo sabido quien era, le recibió con gran distincion; y quedó tan prendado de su conversacion y de su dulzura, que le concedió todo lo que quiso, y dió unas órdenes tan terminantes, que los párrocos fueron restablecidos en la posesion de sus beneficios y de sus casas, y los hereges obligados á cederles uno y otro. El gobernador le ofreció tambien, que haria que el Rey le conociese, y que le mandaria acompañar á Chambery, para que saludase á S. M.; pero Francisco despues de haberle hecho presente el grande respeto que tenia á aquel Príncipe, respondió: *que siendo vasallo como lo era del Duque de Saboya, creeria faltar á su deber, si iba á saludar á S. M., en una ocasion, en que con las armas en la mano contra su Príncipe le habia despojado de una parte de sus Estados, y estaba dispuesto á hacer lo mismo con el resto.* Vitry no se dió por agraviado con esta respuesta, antes al contrario, admiró la firmeza de Francisco, y creyó, que debía apreciar en un saboyano, lo que hubiera sido digno de aprecio en un vasallo del Rey, que se hubiera hallado en iguales circunstancias.

Entretanto Francisco se aprovechó tan bien del aprecio que Vitry le manifestaba, que se halló en estado de hacer una visita general de la Diócesis de Ginebra. La emprendió con un trabajo increíble; pero fué con tanto fruto, que á pesar de la guerra, restableció treinta y cinco parroquias en las que dejó párrocos y misioneros, que sostuviesen la Religion católica contra los esfuerzos de los hereges.

La guerra continuaba entretanto con tanta gloria para Enrique el grande, como desgracia para el Duque de Saboya. La Bressa, el Condado ginebrino y la Saboya

conquistadas, la ciudadela de Bourg, Montmelian, las plazas fuertes de Conflans y de la Charbonniere, que habían pasado hasta entonces por inespugnables, reducidas á rendirse, y las avenidas de Tarentaise y de la Maurienne ocupadas, abrian al Rey el camino del Piamonte. Tantas conquistas hechas con tal rapidez, alarmaron al Papa y á todos los Príncipes de Italia: estos trataron de que se hiciese una composicion, y por fin la paz fué ajustada y publicada en Lion el diez y siete de Enero de mil seiscientos y uno.

Por aquella paz consentia el Rey, en que los Duques de Saboya conservasen siempre el Marquesado de Saluces, y volvía todo lo que había conquistado en los dominios del Duque. En cambio del Marquesado, el Duque cedió por su parte al Rey y á sus sucesores los Reyes de Francia, el pais de Bressa, Bugey, Valromey, la Baronía de Gex, y en general todo lo que poseía á lo largo del Ródano desde la salida de Ginebra. Se tachó al Rey de haber sido con aquel tratado la burla del Papa y de todos los Príncipes de Italia, que le habían obligado á ceder un Estado, que aunque de corta estension le abría la entrada para otro, y ponía al Duque en una dependencia absoluta de la Francia.

Pero á la verdad los dos Príncipes ganaron en este cambio; y el Rey aun mucho mas que el Duque de Saboya. Por un Marquesado distante de sus Estados, y encerrado dentro de los de Saboya, de poca estension y que no podía conservarse sino se ponian fuertes guarniciones, que costasen dos veces mas de lo que producía el Marquesado, adquirió un pais de mas de veinte y cinco leguas, contiguo á sus dominios, que prolou-gaba su frontera, en el que había mas de ochocientos nobles, y que era muy fértil y abundante particularmente en pastos, propios para ganado caballar. El Duque por su parte adquiriendo el Marquesado se quitaba

de encima una espina punzante, ó por mejor decir una espada que le atravesaba el corazon. Porque en tanto que los franceses eran dueños de aquel terreno, no se atrevió á salir de Turin, sino acompañado de cuatrocientos ó quinientos caballos; y se veía obligado á tener guarniciones muy fuertes dentro de sus mismos Estados: quedó pues con la posesion del Marquesado en una plena libertad: pero á la verdad le costó cara. Sea como fuese, se miró como una especie de milagro el que los calvinistas se hubiesen aprovechado tan poco de la guerra, y que la Religion católica no hubiese recibido el menor golpe en el Chablais: dióse toda la gloria de esto á Francisco; y á la verdad, que despues de Dios toda le era debida. Una gran parte de este suceso se debe tambien á la firmeza de Enrique el grande. Jamas quiso permitir, que los hereges se prevaliesen contra la Religion católica, de la guerra que hacia contra el Duque de Saboya: mantuvo todas las cosas en el estado en que las había hallado, y ni la necesidad que tenia de las tropas calvinistas, ni las continuas instancias que se le hacian al efecto, fueron capaces de hacerle consentir en que volviese á restablecerse el error en unos lugares, en donde había sido desterrado. No es esta la sola prueba que hay de la conversion sincera de este gran Príncipe; veremos aun otras en el discurso de esta historia.

Habiéndose restablecido en todas partes el orden y la tranquilidad, rogaron los Síndicos de Annecy á Francisco, que les predicase la cuaresma: el pueblo que le amaba estraordinariamente, deseaba con ansia volverle á ver en el púlpito, despues de haber carecido de esta satisfaccion durante tantos años, como eran, los que había durado la mision del Chablais. La empresa era un poco pesada despues de tantas fatigas como acababa de sufrir; pero amaba demasiado por su parte al pueblo de Annecy para rehusarle lo que le pedia con tan-

to interes: se lo concedió pues, y estaba ya para ponerse en camino, cuando supo que el Conde su padre estaba enfermo de peligro. Era de una edad, en que las mas ligeras enfermedades pueden ser mortales. Asi es, que sin esperar la confirmacion de aquella desagradable noticia, partió en diligencia para el castillo de Sales. Encontró al Conde mas malo aun de lo que se le habia dicho, pero que le esperaba con impaciencia para recibir de su mano los últimos sacramentos. Francisco cumplió este deber con su piedad y firmeza ordinaria: pasaba los dias y las noches á su lado; y aunque tenia traspasado el corazon del mas vivo dolor á vista de la pérdida que iba á sufrir, tuvo suficiente valor para consolar á su santa familia, y para alentar á su padre á la muerte.

Pero Dios tuvo á bien ahorrarle el que fuese testigo del lance que podia causarle mayor sentimiento en este mundo: cuando parecia que ya no habia esperanza alguna, el enfermo se sintió aliviado, y los médicos aseguraron, que sino curaba, á lo menos viviria aun bastantes dias, en los que tendria Francisco todo el tiempo que necesitaba para predicar la cuaresma en Annecy. Partió pues en esta confianza, despues de obtenido el permiso de su padre; pero apenas habia predicado los primeros sermones, cuando fueron á decirle precisamente cuando iba á subir al púlpito, que su padre habia muerto, y que toda su familia llena de afficcion le esperaba para celebrar las honras. Esta desagradable noticia le causó tanta mas sensacion, quanto que no la esperaba. Amaba á su padre con toda la ternura, de que es capaz un corazon tan bueno como el suyo, sobre todo cuando sabia, que su padre le correspondia, amándole entrañablemente; sin embargo despues de haberse recogido un momento para ofrecer á Dios la pérdida que acababa de sufrir, y someterse á las órdenes soberanas de su justicia, que ha condenado á muerte á to-

dos los hombres, tuvo valor para subir al púlpito, y para predicar con tanto celo y presencia de espíritu, como sino le hubiese ocurrido una desgracia tan fatal. Acabado el sermón, dijo él mismo al auditorio la pérdida que acababa de experimentar, y se despidió para ir á los funerales de su padre.

Como Francisco no era de aquellos devotos insensibles, que se glorian de ser duros, y de no dar cosa alguna á los sentimientos mas indispensables de la naturaleza, todo el mundo se admiró de su firmeza; pero la sorpresa fué mucho mayor, cuando le vieron volver á los dos dias para continuar lo que habia empezado, y acabar su cuaresma con aquel celo y elocuencia, para la que todos saben que se necesita una gran tranquilidad de espíritu. Pero no sin razon, dice el Apostol, que el justo vive de la fé. Ella es la que le sostiene en todos los contratiempos de su vida; y sino puede impedir el que los sienta, á lo menos eleva al alma á aquel grado de fortaleza, que parece al comun de los hombres una especie de insensibilidad, pero que no es en la realidad sino una sumision respetuosa á los decretos de la Providencia.

Francisco supo tambien por entonces, que los hereges se prevalian de la cesion que se habia hecho al Rey de Francia, de la Bailia de Gex. Esta era una de las tres, de que ya se ha hablado, y en la que menos progresos habia hecho la Religion católica; era de la Diócesis de Ginebra lo mismo que las demas; pero habiendo mudado de Soberano, no podia Francisco obrar en ella con la misma autoridad, que en el tiempo en que pertenecia al Duque de Saboya: por otra parte como el Ródano la separaba de las otras dos, era mas difícil la entrada en ella, y Francisco no podia estender allí su mision sin un grandísimo peligro, á menos que contase con la proteccion del Rey de Francia para ello: entretanto veia con sumo dolor treinta y cinco parroquias

de que se compone aquella Bailía, envueltas en el error ó próximas á caer en él.

Esto fué lo que le hizo concebir el designio de ir á la Corte de Francia para alcanzar de Enrique el grande el permiso de trabajar en la conversion de los pueblos de aquella Bailía, asi como lo habia hecho en las otras dos, y en el Chablais. Se lo propuso al Obispo de Ginebra, que no tenia menos celo que él por la fé, pero que no estaba en disposicion como él, de poder trabajar.

Un motivo particular le confirmó tambien en su intento. Cierto es, que sus raras cualidades y su grande reputacion obscurecian las relevantes prendas del Obispo de Ginebra. Por cuidado que tuviese en no hacer cosa alguna sino bajo su dependencia y por su orden, habia notado, que algunos de los criados antiguos del Obispo habian entrado en sospechas de él, y trataban de inspirar celos en el corazon del Obispo. Estaba persuadido, de que la virtud de aquel Prelado le ponía á cubierto de esta clase de impresiones; pero como conocia tambien la estremada delicadeza del corazon humano, y la inclinacion que tienen las personas ancianas y achacosas á no dejarse gobernar, creyó, que debia alejar de su vista un objeto que podria al fin llegar á serle desagradable. En este concepto le propuso la intencion que tenia de ir á la Corte de Francia: pero se guardó muy bien de decirle todos los motivos que para ello tenia, no hablándole sino de la conversion de la Bailía de Gex, y de la necesidad que tenia de ser apoyado con la autoridad del Rey de Francia para salir bien de aquel negocio.

El Obispo aprobó el pensamiento y el motivo; y para darle mas caracter en su negociacion, convocó una asamblea general del clero de Ginebra, para que lo comisionase para ir á la Corte de Francia. Entregadas que le fueron las credenciales de su embajada ó comision,

preparó todas las cosas para su marcha; y partió algunos dias despues. Pero como para salir airoso en su empresa, necesitaba adquirir amigos en la Corte de Francia, emprendió su marcha para la Borgoña con intencion de ver al Baron de Luz, que mandaba la provincia en nombre del Rey, y pedirle cartas de recomendacion para los amigos que tenia en la Corte. Conocia al Baron, y aun puede decirse que eran grandes amigos. Encontróle en Dijon, y fué recibido de él con grandes muestras de veneracion y aprecio. Los agasajos que le hizo, le atraieron las visitas y atenciones de todos los principales del Parlamento; y en esta ocasion fué, en la que se adquirió en tales términos su benevolencia, que se vió obligado despues á volver allí para darles el gusto, de que volviesen á verle y oirle.

El Baron le dió todas las cartas de que necesitaba para las personas, que mas crédito tenían en la Corte. Escribió tambien á S. M. en su favor y le dió tan excelentes informes del Coadjutor de Ginebra, que preparó su ánimo para el grande afecto, de que le dió despues aquel gran Príncipe unas señales tan visibles, que le produjeron la envidia de muchas personas poderosas, que trataron de perderle. Tal vez hubieran salido con su intento, si hubiesen tenido que tratar con un Príncipe menos ilustrado, ó mas bien, si su virtud no le hubiese puesto á cubierto hasta de la misma sospecha del crimen, con que querian denigrarle.

Pero por motivos que tuviese Francisco para contar con las recomendaciones del Baron de Luz, como se trataba de un negocio de Religion, y como tenia comision espresa del Papa para trabajar en la conversion de la Bailía de Gex, creyó, que debia apoyarse principalmente en el crédito del Obispo de Camarin, Nuncio de su Santidad cerca del Rey cristianísimo. La primera visita que hizo en Paris, fué á aquel Prelado, á quien habia conocido en Roma. Le informó del objeto de su

viaje, y le pidió su proteccion para con el Rey. El Nuncio, que no habia olvidado la consideracion de que gozaba el Coadjutor de Ginebra con el Papa, se la prometió en toda su estension, y se encargó de presentarle por sí mismo á S. M. Ambos fueron recibidos á la audiencia; Francisco arengó al Rey de un modo, que le adquirió el aprecio de toda la Corte: le presentó las cartas del Obispo de Ginebra y las del Baron de Luz, y el Nuncio esplicó mas largamente de lo que lo habia hecho Francisco en su arenga, el objeto que le obligaba á recurrir á la proteccion de S. M.

El Rey, que era el mejor y mas grande Príncipe del mundo, recibió á Francisco con aquella bondad, que le hacia ser amado de su pueblo y de los estrangeros: le oyó benignamente, y despues de haberle dicho que no se le habia olvidado lo bien que habia oido hablar de él cuando estuvo en Saboya, le envió á Villeroy Secretario de Estado, á quien mandó que le diese cuenta de las proposiciones, que le hiciese Francisco.

Los calvinistas eran muy poderosos entonces en la Corte de Francia: la libertad que les habia dado el edicto de Nantes de poder profesar públicamente su Religion, habia atraído un gran número de ellos á la Corte: los habia en todos los cargos y empleos: varios de los mas grandes señores de la Corte eran de aquella secta: el mismo Rey se habia criado en ella, y aunque era sinceramente católico, no podia menos de favorecerlos, en atencion á los relevantes servicios que le habian prestado: su crédito balanceaba con el de los católicos, y aun muchas veces vencia al de estos últimos. Asi es, que Francisco no podia hallar mayores obstáculos para la ejecucion de sus designios.

En efecto, habiendo entrado en conferencia con Villeroy, este desechó desde luego la proposicion que le hizo, de que se restableciese la Religion católica en la Bailía de Gex. Le dijo sobre esto, que hacia muy poco

tiempo, que aquel pais pertenecia á la Francia, y que estaba muy distante del centro de la monarquia para tratar de emprender una mudanza tan considerable: que esta no podia servir sino para hacer odioso el gobierno, y para sublevar los pueblos, lo que les seria tanto mas fácil, cuanto que Ginebra y los suizos protestantes no dejarían de favorecer su resolucion: que el Rey, que en el tratado de Vervins habia hecho comprender á los suizos entre sus aliados, no podria resolverse á romper con ellos: que la Francia arruinada por las guerras civiles y estrangeras tenia necesidad de descanso: que el Rey no habia dado el edicto de Nantes tan favorable á los calvinistas sino para obligarles á dejar las armas, y que lo que él proponia, era muy bastante para obligarles á tomarlas de nuevo: que varios de entre ellos que no tenían otro oficio que la guerra, estaban ya cansados de la paz: que no necesitaban sino de un pretesto, por pequeño que fuese, para romperla: que no dejarían de acudir á pedir socorro á sus hermanos: que de esta suerte, en lugar de restablecer la Religion católica, no se lograria sino volver á encender una guerra que tanto habia costado de apagar, y fortificar tanto mas el calvinismo, cuanto que serian vanos los esfuerzos que se hiciesen para destruirle.

Añadió, que él mismo era muy celoso por la Religion católica, para que no desease su restablecimiento en todos los lugares de que habia sido desterrada; pero que era preciso esperar del tiempo las circunstancias favorables para un designio tan grande; y que en materia de negocios de Estado, valia mas no emprender, que hacerlo sin tener seguridad de salir bien con lo que se emprendiese.

Francisco respondió al discurso de Villeroy, que nadie habia dudado jamas, de que un Príncipe tan poderoso como el Rey de Francia, no pudiese hacer dentro de sus Estados lo mismo, que el Duque de Saboya

acababa de ejecutar en los suyos con tanto imperio y fruto, que él habia asistido al Consejo del Duque, cuando se habia propuesto el restablecimiento de la Religion católica en el Chablais y en las Bailías de Gaillard, Terny y Gex: que varios de los que habian dado su parecer, insistian en los mismos inconvenientes que acababa de proponerle: que sin embargo, el Duque que era un Príncipe muy instruido no los habia tenido en consideracion: que no le habian impedido el salir bien con su empresa: que en el mismo dia, en que tenia el honor de hablarle, no tendria inconveniente en trabajar en el gran designio que se habia propuesto bajo las órdenes del Duque, si la Bailía de Gex perteneciese aun á sus Estados: que conocia los pueblos y el pais de que se trataba, y que le rogaba que le hiciese el favor de atenerse á lo que él le diria: que los pueblos de Gex no estaban en estado de sublevarse: que acostumbrados á una vida tranquila temian mas á los riesgos y estragos de la guerra, que á todo lo demas que pudiera sucederles: que eran tan poca cosa con respecto á la Francia, que ni aun se atreverian á concebir el designio de sublevarse contra ella: que siendo católica casi toda la nobleza del pais, y dispuesta por consiguiente á ejecutar las órdenes del Soberano, se hallarian en el apuro de no tener un gefe que les mandase: que la República de Ginebra tenia demasiado interes en conservarse bajo la proteccion de la Francia, para que se opusiese á la voluntad del Rey: que la alianza con S. M. era demasiado necesaria á los suizos, para que se espusiesen á romperla, sosteniendo á los revoltosos: que estaban persuadidos, de que la casa de Austria, que los miraba como vasallos sublevados, no esperaba otra cosa que el hallar la ocasion de volver á subyugarlos: que sola la Francia era capaz de oponerse á ello con fruto, y que se podia juzgar por el recelo que habian tenido de malquistarse con el Duque de Saboya,

apoyando á los fugitivos del Chablais, si estaban ó no en disposicion de romper con la Francia.

Añadió, que él no trataba de que se usase de violencia con respecto á los pueblos de la Bailía de Gex, sino solamente que se pusiesen en el mismo pie, en que estaba el resto de la Francia: que habiendo sido reunidos á ella, era justo, que siguiesen sus leyes: que los mismos edictos que permitian casi en todas partes el libre ejercicio de la pretendida Religion reformada, mandaban tambien que se restableciese la Religion católica en todos los puntos de donde habia sido desterrada: que la Bailía de Gex se encontraba en este caso, puesto que no podia negarse que un siglo atras la Religion católica era la única que se profesaba en aquel pais: que le suplicaba pues, que alcanzase de S. M. el que pudiese trabajar bajo su proteccion en la conversion de aquellos pueblos, que formaban parte de la Diócesis de Ginebra: que se le permitiese enviar allí misioneros, y que se dignase patrocinar el restablecimiento de la antigua Religion, de que hacia una profesion tan edificante el mismo Rey: que protegiendo la causa de Dios, el Señor seria su protector y el apoyo de su trono: que no permitiria que sus buenas intenciones fuesen contrariadas por revoluciones y acontecimientos, que toda la prudencia humana no podia preveer: que era necesario confiar mucho en la Providencia, y estar persuadidos de que ella jamas habia abandonado á los Príncipes, que empleaban su autoridad en favor de una causa tan justa como la de la Iglesia católica.

Gustó tanto á Villeroy el discurso de Francisco, que se lo pidió por escrito: entregóselo al momento, y Villeroy le prometió hacer un relato de él á S. M. todo lo favorable que pudiera apetecer. La salida del Rey para Fontainebleau le impidió el hacerlo tan pronto como habia determinado; así es que Francisco se vió obligado á permanecer en Paris mas tiempo del que habia pensado.

Pero en tanto que trabajaba tan felizmente en favor de la Iglesia, trabajaba Dios por su parte en restablecer su reputacion con aquella brillantez que lleva á cabo las mas difíciles empresas. La Corte y pueblo de Paris parecia, que se disputaban sobre quien le habia de dar mayores señales de aprecio: los que habian acompañado al Rey á Saboya, publicaban lo que alli habian sabido de su piedad, de su ciencia y de los inmensos trabajos que habia sufrido para restablecer la Religion católica en el Chablais y en las Bailías, como tambien los peligros en que se habia visto, y la generosidad con que muy á menudo habia espuesto su vida por la conservacion de la fé. Otros contaban las conferencias que habia tenido con Beza, las ventajas que habia logrado sobre aquel famoso ministro, y la necesidad en que le habia puesto de volver á entrar en la Iglesia católica, si hubiese seguido los remordimientos de su conciencia, ó mas bien, si las conveniencias temporales, y un honor mal entendido no se hubiesen opuesto á su conversion. La Princesa María de Luxembourg, Duquesa de Mercœur, que estaba en Roma, cuando Francisco fué allá por los asuntos que ya se han contado, tenia una particular satisfaccion en decir á todo el mundo la estimacion y consideracion, de que gozaba con el Papa y con los Cardenales, y la reputacion que se adquirió de ser uno de los hombres mas sabios de su siglo, por las sabias respuestas que dió á las cuestiones que se le propusieron en el examen de que ya hemos hablado anteriormente.

Lo que se veia en él con tanta referencia á lo que se habia oido, como tambien la conducta que observaba, todo junto correspondia tan perfectamente á la opinion que se tenia de su virtud, que se trató de retenerle en Francia, dándole un obispado que fuese mas considerable y menos penoso que el de Ginebra.

Se supo por el mismo tiempo, que el predicador

que se habia nombrado para desempeñar la cuaresma siguiente en la Corte, no podia hacerlo á causa de algun accidente que le habia acontecido. Al momento se determinó dársela al Coadjutor de Ginebra en lugar del otro; y las Duquesas de Mercœur y de Longueville se encargaron de proponérselo: escusóse al principio por el poco tiempo que tenia para prepararse; pero al fin cedió á sus instancias con la esperanza de que podria lograr algun fruto en un pueblo, en que sin duda era necesario un predicador tan hábil y desinteresado como él.

En efecto, la Corte de Francia no tan solamente estaba llena de calvinistas, sino que tambien habia en ella muchos impios y libertinos, que eran los desgraciados frutos de una larga guerra civil, que poco hacia se habia terminado. Francisco, con intencion de que fuesen útiles sus sermones á toda clase de gentes, emprendió el combatir á un mismo tiempo la herejía y la impiedad. Aunque el estilo de sus discursos no fuese ni bajo, ni humilde, tampoco habia en ellos afectacion, ni eran demasiado estudiados: todo era grave, juicioso, sólido, y todos respiraban aquella elocuencia magestuosa que dice tan bien con la palabra de Dios, y de la que nos han dejado los Profetas tan escelentes modelos. Estudiábalos continuamente, ó por mejor decir, eran el asunto de sus oraciones y meditaciones; porque jamas leia la sagrada Escritura sino arrodillado, y con un respeto tan profundo, como si Dios le hubiese hablado sin velos y abiertamente.

Eleno de las grandes ideas, de que aquel libro admirable es una fuente tan fecunda, en lugar de adular á la ignorancia y al vicio, ó de no hablar sino á medias por consideraciones humanas, todas sus miras no se dirijian á otra cosa en sus sermones, sino á sacar las almas de la profunda ignorancia en que las veia sumergidas, á desarraigar los errores y vicios, á mover los espíritus

con el temor de los juicios de Dios, á persuadirlos á pensar seriamente en su salvacion, y á tratar de ablandar la dureza de sus corazones, conduciéndolos á una conversion sólida, y á una verdadera mudanza de vida.

Habiendo sido estas importantes materias el objeto de sus primeros discursos, como vió que los católicos, y los calvinistas atraídos por la hermosura de su moral, acudían á porfía á sus sermones, emprendió la controversia de un modo, que fué de tanta mayor utilidad, cuanto que era menos usado. No se dedicó á combatir en particular los dogmas de los calvinistas; atacó á la misma secta en sus principios, y en su establecimiento: pretendía, que no podia alcanzarse la salvacion entre los calvinistas, porque no eran ni podían ser verdadera Iglesia; y probó esta proposicion, sosteniendo que su ministerio carecía de autoridad, y sus ministros de legítima mision.

Decía sobre esto lo que el mismo Beza testifica, á saber, que después de la muerte de Paveno, primer mártir pretendido de la Iglesia reformada, sus discípulos, que eran todos legos y artesanos, habiéndose dispersado por unas y otras partes, habían establecido las pretendidas Iglesias reformadas de Metz, Orleans, Senlis, y Aubigny.

Añadió, que él mismo cuenta en su historia, que Pedro Leclerc, cardador de oficio, fué nombrado y establecido por ministro de Meaux por una cuadrilla de cardadores y bataneros: que la Iglesia calvinista de Paris no había tenido origen mas legítimo: que su primer ministro había sido un joven llamado Masson la Riviere, que tambien fué promovido al ministerio por una junta de legos: que la mayor parte de sus Iglesias habían sido establecidas del mismo modo, es decir, por gentes que no tenían ni autoridad, ni poder para ordenar ministros que fuesen legítimos: que los ministros que había en aquel entonces, descendiendo de los otros,

no podían por consiguiente tener mayor autoridad; es decir, que carecían de ella, puesto que, su potestad dimanaba de unas personas que no podían dársela, pues ni aun ellos mismos la tenían.

Estos hechos, apoyados con la autoridad de Beza, eran además tan públicos y notorios, que no había medio alguno de poderlos negar.

Francisco pretendió, que los calvinistas no podían justificarse sino probando con la sagrada Escritura, que según ellos era la sola regla de fé, que los legos podían ordenar ministros, que fuesen legítimos; pero al mismo tiempo los desafió á que lo hiciesen, y defendió, que no podrían hallar pasage alguno ú ejemplar, que autorizase semejantes ordenaciones: citó varios en el momento que probaban todo lo contrario; y sostuvo, que desde mil y seiscientos años antes, es decir, desde Jesucristo hasta nosotros, la Iglesia había desechado siempre semejantes ordenaciones y las había condenado como ilegítimas, sin que pudiese citarse sociedad alguna cristiana que las hubiese aprobado.

Concluyó de todo esto, que en donde no había ni mision, ni ordenacion legítima, no había párrocos: que en donde no había párrocos, no había sacramentos: que en donde no había sacramentos, no había verdadera Iglesia; y finalmente, que esta era la verdadera posicion de los calvinistas.

Este discurso sostenido por las figuras de la elocuencia, y sobre todo por la autoridad de la sagrada Escritura, y de los Padres é historiadores de la Iglesia, hizo una fuerte impresion en el ánimo de los pueblos prevenidos en favor del calvinismo. En vano se creyeron en la obligacion de responder á él: consultados los ministros, no convenían entre sí: los unos pretendían haber recibido la mision ordinaria; los otros recurrían á la extraordinaria; pero no pudiendo responder á las objeciones que se les hacían, no estuvo en su mano

el impedir, que se viese claramente que ellos habian usurpado el ministerio, sin haber podido convenir entre si sobre la autoridad que habian tenido para hacerlo.

El embarazo y discordancia de los ministros sobre una cuestion tan importante, y de donde dependia la justificacion de todo quanto habian emprendido contra la Iglesia católica, escandalizó á muchas gentes. La Condesa de Perdreuville fué de este número: era esta señora de aquellas pretendidas sabias, cuya capacidad se reduce toda á una gran prevencion, á una obstinacion casi invencible y á algunos pasages de la sagrada Escritura mal entendidos, y que citaba á cada instante: su adhesion á la nueva secta no podia ser mayor, y el aprecio que hacia de los ministros, llegaba hasta el estremo. La casualidad ó la curiosidad la llevaron al sermón de Francisco, de que acaba de hablarse. Se sintió muy conmovida de lo que habia oido: consultó á los ministros, cuyas respuestas no la satisficieron; y volvió á buscar á Francisco, á quien pidió unas conferencias particulares. Este era su fuerte: no hacia, por decirlo así, sino bosquejar en el púlpito, lo que nunca dejaba de acabar en la conversacion. Los que han tratado con los calvinistas, saben, que la prevencion y presuncion son los mayores obstáculos, que hay que vencer para convertirlos. La humildad y docilidad son dos virtudes de las que casi no tienen conocimiento. Acostumbrados á ser los árbitros de su creencia, y á no someterse sino á la autoridad de la sagrada Escritura, de la que son ellos mismos los intérpretes, se creen superiores á toda instruccion: ¡disposicion terrible para abandonar el error, y para volver á entrar por el camino de la verdad!

Francisco tuvo que pelear contra todas estas dificultades en la instruccion de la Condesa. Pero al fin la convirtió tan perfectamente, que redujo al gremio de la Igle-

sia católica á toda su familia, que era de las mas numerosas. A su conversion siguió la de la ilustre casa de Raconis, en la que uno de sus individuos mas vivamente movido que los otros, entró capuchino, y observó de alli en adelante una vida muy ejemplar.

El sermón, de que se ha hablado anteriormente, fué seguido de varios otros llenos de igual fuerza; y continuando Dios en dar su bendicion al celo de Francisco, convirtió un número tan grande de hereges de los mas obstinados, que el Cardenal de Perrón, que fué testigo de aquellas conversiones, no pudo menos de decir: *que no habia hereges, á quienes no se estoviese seguro de convencer; pero que el convertirlos era un talento especial que Dios habia reservado para el señor de Ginebra.*

Verdad es, que ademas de ser muy instruido, y de haber estudiado á fondo las materias de la controversia, hablaba con una gracia extraordinaria, y tenia un tino particular para insinuarse en los espíritus: su paciencia y su incomparable dulzura le ganaban los corazones; y aun los mismos calvinistas que le miraban como al destructor de su Religion, no podian menos de apreciarle y amarle.

Pero la conversion de los hereges no fué la sola en que trabajó con fruto; no adelantó menos en la de muchos católicos de costumbres muy estragadas, y que habiendo envejecido en el crimen, habian casi desesperado de su salvacion. Las enfermedades del corazón no son menos difíciles de curar, que las del espíritu; y aun muchas veces es mas fácil ilustrar al uno, que librar al otro de una costumbre inveterada. Reconocido el error se hace odioso, y se abandona sin dificultad; no sucede lo mismo con la inclinacion que se tiene á los placeres: no se deja de conocer el abuso que se hace de ellos, pero tampoco dejan de amarse; aunque esté convencido el entendimiento, no siempre arrastra tras sí al cora-

zon, y se conoce el mal, sin poderse resolver á curarlo.

Francisco seguía una máxima sobre este particular, que jamas se imitará demasiado: entendia, que no debía adularse al crimen, pero que era necesario contemplar á los pecadores: hacia del pecado las mas horrosas pinturas, pero no podia sufrir que se pintase la virtud de un modo capaz de hacerla odiosa, ó de que se disgustasen de ella: queria por el contrario, que nada se omitiese para hacer patentes todos sus atractivos y dulzuras; y cuando habia infundido el terror en los ánimos, haciendo ver el miedo que debía tenerse á los juicios de Dios, y las consecuencias funestas que acarrea el desenfreno, hablaba de un modo tan tierno de la paz del corazon, de la tiranía de las pasiones, de la alegría de una buena conciencia, y de aquella bienaventuranza anticipada que produce la esperanza de otra vida mas dichosa, que no se podia menos al oírle de entrar en deseos de ser virtuoso: sostenia, que un celo duro y amargo habia perdido mas almas, de las que habia salvado; y que sabia por esperiencia, que muchas gentes próximas á salir del crimen habian vuelto á caer en él por una especie de desesperacion, causada por no haberlos sabido dirigir con dulzura por el camino de la salvacion, sobre todo, cuando empezaban á tratar de convertirse enteramente.

Francisco tan severo consigo mismo no respiraba sino dulzura para todos los demas: no era esta una débil condescendencia, que halagase al crimen con pretexto de tener consideracion con el pecador, sino que era una prudente conducta acomodada á las diferentes necesidades y caracteres del prójimo. Lloraba muy á menudo con los pecadores los pecados que no lloraban ellos mismos, y los inspiraba con su ejemplo el dolor que debian tener, y la conducta que debian observar para evitar las recaídas: cumplia en sí mismo las penitencias

que ellos no podian resolverse á cumplir, y por estos medios ó les alcanzaba de Dios el espíritu de penitencia, ó les obligaba á mostrarse sumisos y obedientes á su divina Magestad: mezclaba sus lágrimas con las de los que veía verdaderamente arrepentidos, velaba, oraba, ayunaba, y suavizaba sus penas, partiéndolas con ellos; pero cuando daba con almas fuertes sin apego á los intereses del mundo, y capaces de emprenderlo todo por Dios, observaba con ellas una conducta constante, firme y elevada, y las conducia por los caminos de la santidad mas sublime. Esto es lo que vamos á ver en el modo con que se portó con respecto á la Baronesa de Chantal.

Con aquella conducta tan prudente, y caritativa, y haciéndose todo para todos, ganó para Dios una infinidad de almas, que probablemente se hubieran perdido, si se hubiese usado con ellas de mas severidad, ó de menos miramiento. Los hombres son naturalmente libres; y no pueden olvidar la independencia para que han sido criados: el rigor los hostiga, y la dulzura los gana. ¡Felices aquellos, que siendo llamados por Dios á la direccion de las almas, saben huir igualmente de una conducta débil, que de un modo de obrar demasiado riguroso!

Habiéndose concluido la cuaresma, las Duquesas de Longueville y de Mercœur que no dudaban, de que Francisco, que tenia tan corta renta, y que no dejaba de hacer limosnas, aun mas de lo que permitian sus fuerzas, no podría menos de carecer de una porcion de cosas, le enviaron con un caballero gentil-hombre, una bolsa muy preciosa, llena de escudos de oro. Francisco miró el trabajo de ella sin abrirla: despues volviéndose al gentil-hombre, le suplicó, que diese las gracias de su parte á aquellas Princesas por el honor que le habian hecho en asistir tan constantemente á sus sermones, y por haber contribuido con su buen ejemplo

al fruto, que estos podían haber producido: que esta era la única recompensa que esperaba en este mundo, y que daba graciosamente lo que tan liberalmente habia recibido de la bondad de Dios. El gentil-hombre insistia en que tomase la bolsa, diciendo, que las Princesas le habian prohibido espresamente el que volviese con ella á su presencia; pero Francisco le respondió, que si ponian alguna dificultad en volver á tomar lo que habian ofrecido á Dios en la persona de uno de sus ministros, podrian hacerle una ofrenda mucho mas agradable, distribuyendo aquella suma entre los pobres que la necesitaban mucho mas que él. Del mismo modo rehusó varios presentes de consideración que le enviaron algunas personas de la mayor distincion. Un modo de portarse tan desinteresado aumentó su reputacion en términos, que no se hablaba en Paris sino *del santo Obispo de Ginebra*, porque no se le daba otro nombre; y todo el mundo se apresuraba á ponerse bajo su direccion, recibiendo sus consejos como unos oráculos salidos de la boca del mismo Dios.

Algunos dias despues de Pascuas, volvió el Rey á Paris. Francisco esperaba, que le daria audiencia sobre el negocio de que habia conferenciado con Villeroy; pero S. M., que habia oido al Cardenal Perron hacer grandes elogios de los sermones que habia predicado en la capilla de Louvre durante la cuaresma, tuvo deseos de oirle. Francisco escedió en su sermón á todo lo que el Rey se habia figurado y este quedó tan admirado de su discurso, que volviéndose á los diputados de Ginebra despues de concluido el sermón, les dijo en alta voz: *¿Y bien, señores, que decis vosotros del sermón de vuestro Obispo? Señor, respondió uno de los diputados, si el Duque de Saboya tuviese contra nosotros tan buenas razones como él, bien pronto le volveriamos la sede episcopal, y tal vez nos hariamos todos de su Religion.* El Rey les dijo que tenian razon; y que él jamas ha-

bia visto un predicador mas persuasivo, que tuviese mas uncion, ni cuya vida y acciones sostuviesen mejor lo que predicaba. Se dice, que desde entonces formó la intencion de retenerlo en Francia, y darle un obispado mejor del que tenia. En efecto, nosotros le contaríamos en el dia de hoy entre el número de nuestros mas santos, é ilustres Prelados, si su humildad no se hubiese opuesto á las intenciones de S. M.

Se recibió por entonces en Paris la noticia de la muerte de Felipe Manuel de Lorena Duque de Mercœur. Este Príncipe habia tomado á Mahometo III en mil seiscientos y uno la ciudad de Alba-Real en la baja Hungría, y habia conducido á sus espensas las tropas que fueron en socorro del Emperador en el primer viaje que hizo á Hungría. Sus bellas prendas hicieron á Rodolfo, que le nombrase general de sus ejércitos; y al volver de defender á Canisa que estaba sitiada por los turcos, fué cuando murió en Nuremberg. Como era cuñado del Rey Enrique III predecesor de S. M., quiso el Rey, que se le hiciesen todos los honores que hubieran podido hacerse á un Príncipe de la sangre. La Duquesa de Mercœur su viuda, no omitió cosa alguna para dar muestras de su dolor; y para honrar la memoria de un Príncipe tan grande, mandó, que se celebrasen las honras en Nuestra Señora de Paris, y Francisco fué el encargado de su parte de decir la oración fúnebre. Pronunció pues aquel escelente discurso, que despues se imprimió, en presencia de los Príncipes y Prelados de Francia, y de un número inmenso de pueblo.

Dió en él á aquel valiente Príncipe las justas alabanzas, que merecian su vida tantas veces espuesta, y su sangre derramada tan á menudo por la causa de Dios y de la Religion; pero encareció particularmente su piedad, su moderacion en las prosperidades y en las conquistas, su humanidad con los vencidos, su dulzura para con sus soldados, el cuidado que tenia de que nada les

faltase, su ternura hácia los pobres y la justicia que hacía á los pueblos con tanta rectitud, como si hubiese sido un padre, en lugar de un general de ejército, á quien reduce á menudo la necesidad á tolerar las mayores injusticias.

Concluyó de todo esto, que si los vicios deshonoraban á los hombres, cualquiera que fuese su condicion, aun es mas vergonzoso para los Grandes, el ser viciosos: que quanto mas visibles sean las personas, y mas elevadas sobre los demas, tanto mayor cuidado deben poner en no hacer cosa alguna que sea indigna del rango, en que Dios las ha constituido: que una grandeza brutal, sostenida únicamente por un orgullo odioso, nada tiene que no sea despreciable: que quanto mas se ha recibido de Dios, tanto mas reconocimiento se le debe; que los mismos Reyes deben gloriarse de haber recibido del Señor todo su poder; y que en general no hay persona alguna que no deba reflexionar á menudo en aquel punto fatal, en que no se muere sino para revivir ó feliz ó desgraciado por toda una eternidad. Este discurso fué recibido con grandes aplausos; y Francisco á pesar de su repugnancia tuvo que condescender con los ruegos de la Duquesa de Mercœur, y permitir que se diese al público.

Por este mismo tiempo fué, cuando el Cardenal de Berule le comunicó el designio que tenia de establecer en Francia los Carmelitas. Francisco, que apreciaba aquella santa Orden todo lo que se merece, aprobó su proyecto: contribuyó en quanto estuvo de su parte para aquel restablecimiento: sirvióse al efecto de los amigos que tenia en Roma, y como el Papa le apreciaba muchísimo, se valió de todo el ascendiente que tenia sobre él para adelantar esta santa empresa: el resultado correspondió en fin á la esperanza de aquellos dos grandes hombres; y aun se vé en el dia de hoy aquella orden sostenida por tantas personas santas, de las que no

puede dudarse que con sus oraciones atraen cada día nuevas bendiciones del cielo sobre el reino.

No habia reunion alguna piadosa en Paris, á que Francisco no fuese convidado, ni se formaba proyecto alguno de devocion, que no se le comunicase, ni negocio importante á la gloria de Dios, en que no fuese consultado. Apenas le quedaba tiempo despues de tantas fatigas de dar á la naturaleza el descanso indispensable. Sin embargo no perdía de vista el principal negocio que le habia llevado á Paris; y como por él tenia precision de presentarse á menudo en la Corte, esto le ofrecia la ocasion de hablar muchas veces á solas con el Rey. Aquel gran Príncipe, que apreciaba su virtud y ciencia, le proponia á menudo negocios de conciencia, y aun tambien algunos de los mas delicados con respecto á su modo de gobernarse. Puede decirse, que este fué uno de los pasos mas delicados de su vida; porque ello es cierto, que es muy peligroso el decir las verdades á los Grandes; y las generosas palabras de: *no os es permitido*, costaron tan caras al gran San Juan, que las personas mas virtuosas reparan en decir otras semejantes, quando se hallan en un caso parecido á aquel en que se vió el santo.

Francisco no tuvo jamas la débil condescendencia de adular á los Grandes, ni aun á los mismos Príncipes Soberanos; y cuando le consultaban sobre los negocios de su salvacion, muy lejos de buscar pretextos y dulcificantes para no turbar su peligrosa tranquilidad, usaba de una santa libertad, mezclada siempre con tanta moderacion y dulzura, que los remedios mas amargos se recibian de su mano, sin que casi se echase de ver la amargura que tenian. Esto fué lo que sucedió con respecto á Enrique IV; pero nosotros ignorariamos uno de los lugares mas hermosos de su vida, si no nos lo hubiese revelado aquel mismo Príncipe. Porque dando un dia la razon del particular afecto que le profesaba,

dijo, que le amaba porque no le habia adulado jamas. ¡Palabras dignas de un Rey, que ha hecho las delicias de la Francia, y que no puede aun nombrarse sin que se vea renacer en el corazon de los franceses la ternura que se debe á la memoria de un Principe tan bueno!

Este ejemplo demuestra claramente, que no desagradaba tanto la verdad, como el modo que regularmente se tiene de decirla. En efecto, nada hay mas digno de los grandes Principes que la verdad. La fortuna, por decirlo así, les ha dado con profusion todo cuanto tiene. Un amigo verdadero es para ellos un don del cielo. La distancia casi infinita que hay entre los Reyes y los particulares, no permite á estos últimos tratarlos con la franqueza y sinceridad propias de la amistad verdadera. El grande Enrique no era de este parecer. Quería amigos, y los tenia. Verdad es, que sabia elegirlos; pero cuando llegaba á dispensarles este honor, les permitia, que lo tratasen como tales, y les concedia todos los derechos, á que en tal concepto eran acreedores. La historia de San Francisco de Sales nos ofrece un ejemplo de esta verdad, que hace demasiado honor á la memoria de aquel incomparable Príncipe para pasarlo en silencio.

Habia un caballero en la Corte llamado Deshayes, á quien habia nombrado el Rey gobernador de Montargis. Este es el mismo, de quien se ha hablado, tratando de Beza: era un excelente vasallo, que amaba á su Rey y que le guardaba una fidelidad á toda prueba. Enrique estaba bien persuadido de ello; y Deshayes era del número de aquellos, á quienes este gran Príncipe llamaba amigos suyos.

Habia notado, que mediaba una union de las mas estrechas entre Francisco y aquel caballero: esto fué lo que le hizo preguntar un dia á este último, á quien queria mas, si á él, ó al Coadjutor de Ginebra, cual de las dos amistades le era mas cara, y cual seria la

que preferiria á la otra, si se veia en el caso de tener que elegir entre las dos. Deshayes sorprendido de esta pregunta, respondió al Rey, que las bondades con que S. M. habia tenido á bien honrarle, no le habian hecho olvidarse, de que era vasallo suyo: que lo que le debia en calidad de tal, escederia siempre á todo cualquier otro empeño, que pudiera contraer: que tenia por S. M. un celo y una fidelidad sin limites; pero que en cuanto á la amistad, era demasiado grande la distancia que mediaba entre un Rey y un vasallo, para que se atreviese á usar de aquel término, aunque le confesaba francamente, que sentia hácia S. M. todo lo que puede inspirar la amistad mas tierna y respetuosa.

El Rey replicó, diciéndole, que no se informaba de lo que le debia en calidad de vasallo: que jamas habia dudado ni de su celo, ni de su fidelidad: que se trataba solamente de la amistad, y de lo que sentia con respecto á él, no como Rey, sino como Enrique; y que queria que le dijese francamente, á quien profesaba mayor amistad, si al Obispo de Ginebra, ó á él.

Un cortesano mas disimulado no hubiera titubeado para responder; no le hubieran faltado las espresiones mas vivas, y la sinceridad aparente hubiera pasado la plaza de verdadera. Deshayes no tenia semejante caracter; y mas pronto hubiera renunciado á su fortuna, que á la amistad de Francisco: una mentira le costaba mucho, y no sabia disimular; y aun cuando hubiera podido resolverse á fingir, su rostro y aire le hubieran desmentido al momento.

El Rey, que apreciaba las gentes que tenian este caracter, se divertia al ver la turbacion de Deshayes, y le instaba; diciéndole: *Deshayes, es preciso responder*. En fin, Deshayes no pudiendo escaparse de hacerlo, le respondió en estos terminos: *que puesto que S. M. le mandaba esplicarse con tanta franqueza, le confesaba, que sentia hácia su Real Persona toda la veneracion*

y ternura de que era capaz; pero que tambien queria mucho al Obispo de Ginebra.

Esta respuesta no tan solamente no desagradó al Rey, sino que muy al contrario, conmovido de la franqueza de Deshayes, le dijo: *nada tengo que decir en contra de vuestros sentimientos, pero yo os ruego á los dos, que á lo menos, sea yo el tercero en vuestra amistad.* Añadió, que habia encargado al Duque de Espernon, que prometiese á Francisco el primer obispado que vacase, y entretanto una pension de cuatro mil libras. Deshayes trasportado de gozo al oír esto, se echó á los pies de S. M. para darle las gracias, mas sensible al bien de su amigo, que lo hubiera sido, si el Rey le hubiese hecho á él una gracia parecida á aquella. Pero el Príncipe levantándole con su acostumbrada bondad, le dijo. *Id, adelantaos si es posible al Duque de Espernon, y decid vos mismo al Coadjutor de Ginebra, lo que tengo intencion de hacer en beneficio suyo.*

Los franceses necesitan en la generalidad tener un Soberano, que tenga mucha magestad, que se haga respetar, y que se familiarice poco con ellos. Sin embargo no puede negarse, que una bondad semejante á la de Enrique tiene grandes atractivos. Verdad es, que se necesita una gran prudencia para saber usar de ella con tino; pero una vez encontrado este secreto tan difícil de hallar, no hay otra cosa sino que sea la Religion, que pueda poner términos al respeto que se vé uno obligado á rendir á unos Principes de semejante caracter. Así fué como ganó Enrique el corazon de sus vasallos; y no hubo persona alguna que abusase jamas de aquella familiaridad, sino únicamente el Mariscal de Biron: pero Dios permitió, que fuese castigado como merecia.

En tanto que pasaba entre el Rey y Deshayes lo que acaba de contarse, habia cumplido el Duque de Espernon con su comision: habia instado á Francisco de

parte de S. M. para que permaneciese en Francia, y le habia ofrecido el obispado y la pension. Pero el Duque no pudo conseguir que aceptase una cosa ni otra. Francisco respondió muy agradecido, *que S. M. le hacia mas honor del que merecia: que sus heroicas cualidades le ganaban suficientemente los corazones, sin necesidad de que añadiese á ellas los beneficios: que estaba penetrado de la dicha que era, el ser vasallo de un Príncipe tan grande y tan bueno: que si él hubiese de seguir los sentimientos de su corazon no abrazaria otro partido que el que se le proponia; pero que en cuanto al obispado, Dios le habia llamado contra su voluntad al de Ginebra: que para responder á su vocacion se creia obligado á conservarlo toda la vida, y que en cuanto á la pension, le bastaba lo poco que tenia para mantenerse; en la inteligencia, de que si tuviese mas, no le serviria sino de cuidados y disgustos.*

Habiéndole llevado al Rey esta respuesta, se quedó parado al oirla. Admiró el ningun apego, que tenia á los bienes y á la fortuna, y no pudo menos de decir que habia mas mérito en despreciar uno y otro, que en sujetar un imperio. Despues le proponia siempre como el modelo de la perfeccion cristiana, y añadia, que no conocia otra persona mas que Francisco, que fuese capaz de volver el estado eclesiástico á su primitivo esplendor, y destruir los hereges que turbaban su reino, y que era lástima que un hombre tan grande estuviere retirado y escondido entre las montañas.

Una virtud tan pura y tan generalmente reconocida, parecia que debia estar á cubierto de la envidia y de la calumnia. Pero hay por ventura alguna cosa por santa que sea, á la que no ataquen estos dos monstruos? Hay algun sitio en el mundo en donde reinen mas impunemente, y en donde sean mas temibles, que en las Cortes de los Principes? Un mérito aislado no será ja-

mas el objeto á donde se dirijan sus tirós, pero cuando está sostenido por el favor del Soberano, nunca le faltan envidiosos que traten de destruirlo, y mas pronto se perderá á la persona, que se perdonará al mérito.

Esto es lo que esperimentó Francisco en la misma época de que estamos hablando. Su mérito, ó por mejor decir, el favor del Rey, hizo que tuviese envidiosos; y estos envidiosos trataron de perderle. Para salir bien con su intento, se convinieron en acusarle, de que trabajaba para renovar la conspiracion del Mariscal de Biron. Nadie dudaba, de que en ella habia entrado el Duque de Saboya. Francisco era vasallo suyo. Hé aqui el fundamento de la acusacion. Se dirigieron pues los acusadores al mismo Rey, y le dijeron que la virtud aparente de Francisco no era sino una hipocresia disfrazada: que en la realidad era un emisario del Duque de Saboya, tanto mas peligroso y digno de temerse, cuanto que sabia insinuarse muy bien, y tenia el arte de captarse las voluntades y grangearse muchos amigos: que el restablecimiento de la Religion católica en la Bailia de Gex no era mas que un pretesto; y que el verdadero motivo de su viaje á Paris habia sido otro del que parecia.

Estas acusaciones eran muy bajas, para que hiciesen impresion en el ánimo del Rey: hé aqui lo que á ellas añadieron: que tenia relaciones particulares con todos aquellos, de quienes se habia sospechado que estaban en inteligencia con Biron, y que se habian dejado ganar por el Duque de Saboya: que él no habia podido menos de hablar con aprecio del Mariscal: que entrando un dia en la Iglesia, en que estaba enterrado, se le habia oido lanzar profundos suspiros: que algun tiempo despues, habiéndole rogado que predicase, encargó á sus oyentes que rogasen á Dios por el feliz éxito de un negocio importante; y que probablemente este negocio no podia ser otro, que el renovar la conspiracion

de Biron. Concluían de estos supuestos antecedentes, que era muy prudente asegurarse de su persona y papeles, y pretendian que con esto se descubrirían muchas cosas que jamas se hubieran sospechado en un hombre tan virtuoso en la apariencia, y tan desprendido de las cosas del mundo.

Aunque estas razones fuesen sumamente débiles, Enrique que era estremadamente delicado sobre el negocio de que se trataba, no dejó de hallarlas verosímiles; pero su prudencia no le permitió dar un paso tan ruidoso sin informarse antes mejor. Creyó, que era preciso observarle, y por desgracia dió la comision de hacerlo á los mismos que acababan de darle aquellos avisos, es decir, á las personas que mas interes tenian en hacerlos parecer como verdaderos, costase lo que costase el poderlo lograr.

Sin embargo, como Francisco tenia un gran número de amigos en la Corte, no pudo ser tan secreta aquella acusacion, que no le diese parte de ella un caballero que le apreciaba mucho: este fué al momento á su casa para contarle lo que habia pasado; y no habiéndole encontrado en ella, fué á buscarle á San Benito, en donde predicaba la octava del Santísimo Sacramento. Le encontró al pie del púlpito, y ya dispuesto para subir á él, y en aquel mismo sitio fué en donde supo el delito de que se le acusaba.

Apenas habrá inocencia, que resista á una prueba de esta naturaleza: se turba uno á lo menos, ó se asusta; y cuanto menos capaz se cree de semejantes crímenes, tanto mas se sorprende, al ver que se le haya podido acusar de haberlos cometido. Francisco no obstante no esperimentó sensacion alguna de esta especie. Seguro de su inocencia, de las luces y bondad del Rey, y sobre todo de la proteccion de Dios, dió las gracias al caballero con una tranquilidad que le sorprendió; subió al púlpito, y jamas predicó con mas energia y elocuen-

eia. Concluido el sermón, el caballero que se había quedado á oírle, le confesó, que estaba admirado de su serenidad. Le instó fuertemente, para que no omitiese cosa alguna para salir de un negocio, cuyas mas mínimas circunstancias eran igualmente peligrosas á su reputación y á su vida, si llegaban á probarse. Francisco le respondió, que estaba resuelto á justificarse, pero que quisiera poderlo hacer sin perjudicar á sus enemigos. El caballero replicó, que importaba muy poco que su justificación fuese á costa de quien fuese, con tal que se lograra: que sus acusadores no podían ser sino unos malvados que no merecían, que se les tuviese miramiento alguno; y que era justicia el cubrirlos á lo menos de la confusión que tenían tan bien merecida. Francisco se contentó con decirle, que no pensaba como él sobre este particular, y que Dios le haría la gracia, de que se justificase, sin acusar ni incomodar á persona alguna. Partió pues al momento para ir á ver al Rey y hacerle patente su inocencia.

Pero ya estaba justificado en su interior, cuando llegó á hablarle. Aquel gran Príncipe no había podido fijar su consideración sobre la inocencia de sus acciones, sobre la santidad de su vida, sobre su dulzura, celo y desprendimiento de las cosas del mundo, sin que desde luego lo creyese inocente: se reprendía á sí mismo por haber podido sospechar que fuese capaz de un crimen, en que no podía pensar sin horrorizarse. Así es, que habiendo entrado en el cuarto del Rey con aquel aire sereno y tranquilo que demostraba bien su inocencia, desapareció del ánimo del Príncipe, lo que le hubiera podido aun quedar de recelo y sospechas. El mismo le previno; y apartándose con él á solas, le dijo, que no se tomase la molestia de justificarse: que cuanto mas enorme era el delito de que se le había acusado, tanto menos capaz le había creído de cometerlo: que estaba persuadido de su afecto; y que si era nece-

sario, respondería él mismo de su inocencia. Francisco respondió, que jamás se había mezclado en negocios de Estado; pero que si tuviese que hacerlo, no empezaría por una acción tan negra y tan indigna de los favores que había recibido de S. M.: que le aseguraba, que nunca había recibido orden alguna de su Príncipe en contra, ó perjudicial á su servicio; y que ninguna consideración, ni autoridad había sobre la tierra que pudiese obligarle á conspirar contra el menor de los hombres, y mucho menos contra el mas grande y mejor Príncipe del mundo: que los que le habían acusado no conocían el ardiente celo que tenía por S. M.; y que muy lejos de atentar á una vida tan preciosa, Dios le era testigo, de que estaba pronto á dar la suya por conservarla. Habiendo dicho estas palabras, hizo una gran cortesía para besar la mano á S. M.; pero aquel gran Príncipe, abrazándole tiernamente, le dijo en voz baja: *señor de Ginebra, yo estoy bien persuadido de lo que me habeis dicho: seamos mas amigos que nunca.*

Cualquiera otro que Francisco, hubiera pedido justicia contra sus acusadores: no se hubiera carecido de razones especiosas, y el honor debido al carácter hubiera servido de pretexto para la venganza particular. Estaba tan distante de abrigar tales sentimientos en su corazón, como resuelto á pedir el perdón al Rey, si hubiese conocido, que tenía intención de castigarlos; pero los Príncipes se ven obligados á disimular muchas cosas, y los mismos que como Enrique aman mas la justicia, tienen muchas veces razones para no hacerla tan recta como podría desearse.

Mas á falta de aquella satisfacción que Francisco no exigía, apenas hubo salido de la cámara del Príncipe, cuando este llamó á Deshayes y le preguntó á cuanto subía la renta del obispado de Ginebra. Deshayes respondió, que en otros tiempos había sido muy rico; pero que desde que los ginebrinos se habían apoderado de la

mayor parte de sus bienes, lo mas que tenia, eran tres ó cuatro mil libras de renta. Replicó el Rey, que esto no era suficiente para un hombre del mérito del Coadjutor de Ginebra, y le mandó que le ofreciese de su parte una pension de mil escudos, de la que iba á mandarle estender el correspondiente despacho.

Deshayes fué al instante á cumplir con su comision. Francisco, que ya habia rehusado una pension mas considerable, creyó, que habria algo de afectacion en obstinarse en rehusar las mercedes de un Rey tan grande. Respondió pues á Deshayes, que le suplicaba, que diese las gracias en su nombre á S. M., y que le dijese, que sus dones le hacian demasiado honor para rehusarlos; pero que como entonces no tenia necesidad de dinero, y que ademas él no sabia guardarlo, suplicaba á S. M. que aquel dinero quedase en poder del tesorero de ahorros, á quien se lo pediria cuando lo necesitase. Bien conoció el Rey que aquello no era sino un pretesto honroso para rehusar la pension, pero le pareció tan bien ideado, que no pudo menos de decir, *que jamas habia concedido una pension, de que mejor le hubiesen dado las gracias, que la que habia ofrecido al Obispo de Ginebra.*

A pesar de lo mal que salió la acusacion de Francisco á los que la hicieron, no dejó este de mirarla como un aviso del cielo, para que se alejase de la Corte. Redobló sus instancias para la conclusion del negocio de la Bailia de Gex; y pasó á hablar de ello al mismo Rey. Sin embargo, por deseos que tuviese aquel gran Principe de complacerle enteramente, no le concedió sino una parte de lo que pedia; pero fué, añadiendo estas satisfactorias palabras: *que él desconfiaria del cielo, de cualquiera otro, pero que estaba asegurado de que el Coadjutor de Ginebra no produciria jamas sino buenos efectos para el servicio de Dios y para el suyo.*

Después que Francisco le dió humildemente las gra-

cias por el buen concepto en que le tenia, le hizo presente, que como podrian ofrecerse dificultades en la ejecucion de su voluntad soberana, necesitaria aun cartas de S. M. para el Baron de Luz, y para su Parlamento de Dijon, de las que le suplicaba que tuviese á bien el que se sirviera en caso de que ocurriesen algunas diferencias, que debiesen terminarse por medio de su autoridad; y ademas le suplicó que hiciese estensiva la proteccion con que tenia á bien honrarle, á los eclesiásticos de las Bailias de Gex, de Bugey y de Valromey.

El Rey, que no sabia obligar á medias, condescendió al momento con todas sus peticiones. Asi es, que no teniendo Francisco mas negocios que desocupar en la Corte, se despidió de S. M. y partió para Annecy con gran sentimiento de sus amigos.

A pocas jornadas de Paris recibió unas cartas, en que se le comunicaba la muerte de Claudio de Granier, Obispo de Ginebra. Este era un Prelado de gran mérito, de una eminente santidad, y de una capacidad sobresaliente. Su nacimiento era ilustre y pertenecia á una de las casas mas nobles y mas antiguas del pais: se habia criado desde muy niño en el monasterio de Talloires del Orden de San Benito; habia profesado en él, y era Prior, cuando el Duque de Saboya le nombró para el obispado de Ginebra. Gobernó aquella Iglesia por espacio de veinte y cinco años con tanta prudencia, piedad, celo, firmeza y dulzura, que se adquirió la estimacion y el cariño de toda su Diócesis. Era austero consigo mismo, y su elevacion al obispado de Ginebra, nada le hizo aflojar del rigor de su regla, de la que fué un religioso observante hasta la muerte. Amaba á los pobres, como si fueran sus hijos: economizaba hasta lo sumo, y carecia de todo para poder socorrerlos, de suerte que á pesar de lo corto de su renta no dejaba por eso de hacer muchas y grandes limosnas. Estuvo

muy maló en los últimos años de su vida; pero sus continuas enfermedades no servian sino de hacer resaltar su paciencia, y su desprendimiento de las cosas del mundo. Dió una prueba de esto que jamas será suficientemente apreciada, eligiendo á Francisco para sucesor suyo en perjuicio de su sobrino, á pesar de que este tuvo todas las cualidades que podian servir para formar de él un santo Obispo. Su memoria está en bendicion; y la Iglesia de Ginebra le mira aun en el dia de hoy como uno de los mas grandes Prelados, que la hayan gobernado desde su fundacion.

Francisco, que siempre le habia honrado como á un padre, y que le amaba como su bienhechor, le lloró con lágrimas tanto mas sinceras, quanto que no tenia ambicion por sucederle. Aun no habia vuelto en sí de los santos temores, que le habia causado el obispado: quanto mas cercano le veia, mas indigno se juzgaba de obtenerlo; y si hubiera podido hacer inmortal á su predecesor, lo hubiera hecho con el doble motivo de no sucederle jamas. Sin embargo, como se veia en la absoluta necesidad de llevar la plaza vacante, se trasladó en posta á Saboya: no quiso entrar en Annecy, temeroso de que la alegría de la llegada de un nuevo Obispo no disminuyese el dolor tan justo que se experimentaba en aquel pueblo por la muerte de su predecesor. Escogió el castillo de Sales para su retiro, y allí fué donde se dirigió para prepararse á su consagracion. El territorio de Sales tenia antes el titulo de Condado, hasta que el Duque de Saboya le erigió en Marquesado. La situacion del castillo, que está en una pequeña llanura al pie del monte Téree, es bastante agradable, y el rio Filire que pasa al pie de él, aumenta su hermosura. La casa es de las mas cómodas, y puede juzgarse de esto al ver que tiene veinte y cinco habitaciones con sus gabinetes correspondientes, todas á piso llano. Los jardines y demas cosas corresponden al edificio, de manera que puede de-

cirse, que es una de las casas mas hermosas de toda la Saboya. A pesar de esto, no fué por este motivo por el que Francisco la eligió para disponerse á su consagracion: estaba muy penetrado del espíritu de penitencia para abrigar semejantes sentimientos; pero le hubiera sido difícil encontrar un lugar mas solitario, ni mas retirado del trato de los hombres. La proximidad de Annecy fué otro de los motivos que le hicieron retirarse á ella; y los ruegos de la Condesa de Sales su madre acabaron de determinarle.

Empleó los primeros dias despues de su llegada en recibir las visitas y parabienes del clero, de la nobleza y de todas las corporaciones de su Diócesis, que fueron á felicitarle por su dichosa vuelta, y por su feliz advenimiento al obispado. En quanto se vió desocupado de la muchedumbre y se quedó solo, envió á Tonon á suplicar al padre Fourrier Jesuita, que se fuese á Sales, y que tuviese á bien servirle de director en unos ejercicios de veinte dias, que tenia intencion de hacer. Bajo la direccion de este sabio y piadoso Jesuita y por su consejo, compuso el plan de conducta que habia resuelto guardar toda su vida. La confesion general de todos sus pecados, la meditacion, el silencio y ayuno, y las mortificaciones mas austeras sirvieron de preparativos para el intento, que tenia de trabajar seriamente en la edificacion de su pueblo por medio del arreglo en su persona y casa. Como por la constante y fiel observancia de las leyes que se prescribió entonces, fué por donde llegó al alto grado de perfeccion que le ha hecho el objeto de la veneracion de todos los fieles, se ha creído, que se daria gusto al lector, refiriéndolas. Se empezará á hacerlo por los estatutos concernientes á lo exterior, para venir á parar en seguida en los pertenecientes á lo interior.

Se impuso pues una ley de no llevar jamas telas de seda, ú otras demasiado brillantes y lustrosas, como

verbi gracia el camelote; é ir siempre vestido de lana, y tan sencillo como antes de ser Obispo; no siendo la magnificencia en los vestidos diarios la que debía distinguir á un Prelado, de los demas sacerdotes. Resolvió no comparecer jamas en la Iglesia, ni en público, sin el roquete y la muceta, y usar estas dos cosas aun dentro de su misma casa todo lo posible; siendo esta especie de traje como una continua advertencia, de la compostura, modestia y recato que debe guardar un Obispo en su casa, lo mismo que en cualquiera otra parte. Puede referirse tambien en este lugar la precaucion, que se prescribió de no hablar jamas sin testigos con personas del otro sexo.

Su casa debía ser segun las mismas reglas limpia, pero sencilla, sin pintar y sin otros cuadros sino los de devocion, y estos habian de ser pocos y de poco precio: desterró de ella el lujo en los muebles, y no consintió sino á duras penas en que hubiese en ella dos cuartos con colgaduras, uno para los huespedes que pudiesen venirle, y otro para recibir las visitas.

Se propuso no tener coches, litera, ni silla de manos. Debía ir siempre á pie aun para hacer la visita de su Diócesis, y por malos que fuesen los caminos, á menos que el mal tiempo no le obligase á montar á caballo.

Reducía sus familiares á dos sacerdotes, de los que el uno debía servirle de limosnero, y acompañarle á todas partes; el otro debía estar encargado del cuidado de las rentas y de velar sobre los sirvientes: añadía además á su familia dos ayudas de cámara; uno para servir á los forasteros, y el otro para sí; un solo lacayo y dos criados de cocina. Les estaba prohibido llevar espada, ni vestido de otro color que de un gris muy obscuro; debían ser todos arreglados, modestos, de una conducta edificante, y que frecuentasen los santos sacramentos. Toda suerte de juegos les estaba prohibida,

y se tenia cuidado además de ocuparlos tan útilmente, que no les quedase tiempo de sobra para emplearlo en el juego.

Les estaba espresamente mandado, que tuviesen mucho respeto á todos los eclesiásticos, y particularmente á los sacerdotes: él mismo debía darles el ejemplo. Su casa estaba siempre abierta para ellos, y estaba prohibido á los de fuera que no tenían casa en la ciudad, el que fuesen á parar á otra parte que á la casa episcopal.

Podrá creerse, que mil escudos de renta ó cerca de ellos que valia entonces el obispado de Ginebra, no le permitian tener mas gasto; pero prescindiendo de que aquel pais es tal vez el mas barato del mundo, como era el primogénito de su casa, y el Conde de Sales su padre jamas habia querido consentir en que renunciase á sus derechos, tenia con que vivir con mas opulencia, si su modestia y su amor á los pobres no se hubiesen opuesto á ello.

En cuanto al trato de su persona y arreglo de su mesa, creyó deber practicar exactamente lo que mandan los concilios con respecto á la templanza y frugalidad de los Obispos. No debían servirse á la mesa sino manjares comunes, á menos que tuviese convidado algun sugeto de distincion, porque se habia impuesto tambien la ley de evitar toda singularidad; pero aun entonces mismo debía, sin que pareciese que lo hacia de intento, tomar de lo mas ordinario que se sirviera; y tenia un tino particular para no tocar á los platos mejor guisados. Los sacerdotes debían, siempre que pudiesen ser, ocupar los primeros asientos en su mesa. Debía leerse en ella algun libro bueno hasta cerca de mitad de comida, y emplear lo restante del tiempo en hablar de cosas útiles.

En una palabra, como habia aprendido de San Pablo, *que el que no sabe arreglar su casa, será aun mucho mas incapaz de gobernar la Iglesia de Dios,*

nada omitió para poner tal orden en su familia, que pudiese servir de modelo á las demas. Asi es, que habiendo elegido él mismo sus criados con todo el esmero posible, trabajó tambien del mismo modo en hacerlos de una vida y conducta ejemplar. Este es el motivo por el qual, aunque tuviese un sacerdote destinado para vigilar sobre ellos, no se creia dispensado del cuidado personal que debia tener en este punto. Vivía con ellos como un padre con sus hijos; y acostumbraba decir que no sería nunca escésiva la bondad con que se les tratase: que se estaba en obligacion de consolarlos de la desgracia de su condicion, tratándolos con buenos modos, y que si la Providencia hubiera dispuesto de otro modo, nosotros estaríamos bajo sus órdenes, asi como ellos estaban bajo las nuestras.

Sabia no obstante contener aquella bondad en sus justos límites, porque si acontecia, que alguno de ellos no tuviese el buen comportamiento que exijia una casa tan bien arreglada, era reprendido en el acto mismo en que se notaba su mal porte, ó despedido, si la falta lo merecia.

Quiso, que se usase de igual bondad y condescendencia con los arrendadores del obispado y con los que le debian alguna cosa: sufría algunas veces por esta causa, y su mayordomo le daba quejas á menudo sobre el particular; pero él respondia, *que un Obispo no debia ser riguroso en exigir sus rentas, y que nada le estaria mejor que el ceder algunas veces de sus derechos.*

Ademas de las limosnas particulares y secretas, que debian ascender á mucho, puesto que jamas la negaba, quiso, que se hiciesen limosnas públicas en la puerta de palacio, en el hospital, en los franciscanos y dominicos, y en las monjas de santa Clara. Decia con este motivo, que no es permitido á un Obispo el ocultar todas sus buenas obras, sobre todo las que son de obligacion, como la limosna; porque uno de sus deberes

mas principales es, el dar buen ejemplo á su pueblo.

Por la misma razon de la edificacion del prójimo, se impuso una ley de encontrarse en todas las funciones piadosas, que se celebrasen en todas las Iglesias de la ciudad; y en efecto, siempre se le vió asistir á los divinos officios y al sermon; siendo una de sus máximas, que cuando se trata del servicio de Dios y del prójimo, siempre debe un Obispo comparecer el primero á la cabeza de su pueblo.

Pero lo que se propuso sobre todas las cosas, fué, el no encargar á persona alguna el cuidado de los pobres y enfermos, el visitarlos él mismo y el consolarlos en persona, como tambien el proveer por sí mismo á sus necesidades; y lo hizo despues con tanta exactitud, que dió lugar á admirarse de como podia con tan poca renta atender á tantas cargas. Verdad es, que en las ocasiones urgentes empeñaba hasta su capilla. Pero despues de todo, su ejemplo ha hecho conocer muy bien, que cuando uno está bien resuelto á negar al lujo y á los apetitos lo que piden fuera de lo necesario, siempre se está en disposicion de dar limosna.

En fin, hizo una firme resolucion de no pleitear jamas, y de sufrir mas bien que se le hiciese agravio, que seguir su derecho en justicia. Decia sobre esto, que si San Pablo prohibe los pleitos á todos los cristianos, con mayor razon se les prohibe á los Obispos: que una de las principales cualidades que exijia de ellos aquel Apostol, era, que no amasen los litigios, y añadia lo que todo el mundo sabe ser una de sus máximas: *que en cien libras de procesos no habia una onza de caridad.*

Habiendo arreglado Francisco de este modo lo exterior, ó por decirlo asi, los afueras de su palacio, hé aqui lo que se propuso seguir con respecto á su persona y á lo interior.

Debía levantarse todos los dias á las cuatro de la mañana, hacer una hora de meditacion, rezar horas, ha-

cer con su familia el ejercicio, decir las oraciones de la mañana y leer la sagrada Escritura hasta las siete: estudiaba despues hasta las nueve, á cuya hora dejaba el estudio para ir á decir misa: se habia impuesto la ley de decir la todos los dias. Despues de la misa se ocupaba en despachar los negocios del obispado hasta la hora de comer. Al levantarse de la mesa, dedicaba una hora á la conversacion; y concluida, volvía á emprender los negocios de la Diócesis hasta la noche, y si no tenia trabajo para emplear todo aquel tiempo, pasaba el que le restaba desocupado, en el estudio y la oracion. Por la noche despues de cenar debía leerse un libro de devocion por espacio de una hora, dándole esta lectura el asunto para la meditacion de la mañana siguiente. El rezo ordinario debía seguir á esta lectura: despues de la cual, habiéndose retirado todo el mundo á descansar, debía rezar maitines para el otro dia. Hé aqui el método diario, que se propuso seguir.

Ademas de los ayunos que manda la Iglesia, se propuso por regla el ayunar todos los viernes y sábados, y las vigiliias de las fiestas de la Santísima Virgen.

En los dias de fiestas solemnes, debía asistir á la catedral á todos los oficios, acompañado de sus familiares. Los domingos y fiestas ordinarias se contentaba con asistir con ellos á la misa mayor y á las vísperas. Resolvió retirarse todos los años por espacio de diez dias. Señaló para estos ejercicios el tiempo de carnaval, á fin de prepararse, segun decia, á pasar santamente la cuaresma, y para espiar en cierto modo los desórdenes que se cometian en aquellos dias de desorden.

Como estaba bien persuadido de lo que enseña el concilio de Trento, á saber: *que la predicacion es la principal funcion de los Obispos*: que para darles ejemplo, era por lo que Jesucristo que habia sido su modelo, habia dicho: *que él debía anunciar el Evangelio, por que habia sido enviado para este fin*; y que San Pa-

blo añadió: *que Jesucristo no le habia enviado para bautizar, sino para predicar*. Se impuso la ley de predicar él mismo á su pueblo, lo mas á menudo que pudiese, la explicacion de la doctrina cristiana y la instruccion de los pobres y de los niños; no le pareció tampoco que desdijese de su caracter, y se verá en lo sucesivo, que hacia ambas cosas en público muy á menudo, y aun algunas veces hasta dentro de la casa episcopal.

La residencia, punto tan importante y tan poco practicado en su tiempo, le parecia muy necesaria y muy recomendada á los Obispos por los concilios, para que se eximiese de ella; se propuso pues el no salir de su Diócesis sin una indispensable necesidad, ó á lo menos sin que tuviese razones muy fuertes, y que fuesen siempre de utilidad á la Iglesia y al prójimo.

No se nota en estas reglas, que compuso para su conducta, que se prescribiese mortificaciones, ni penitencias extraordinarias.

Pero ademas de que una vida tirada y uniforme, ocupada siempre del cumplimiento de sus deberes, y siempre atenta al servicio de Dios y al remedio de las necesidades del prójimo, no puede tenerse sino por muy mortificada, se sabe tambien que llevaba un cilicio, y que tomaba disciplinas; pero tenia tanto mas cuidado en ocultarlo, cuanto que estaba muy distante de hacer ostentacion de su penitencia, y mucho mas cuando su estado no exijia de él aquel exterior rígido y austero, que efectivamente no es el caracter del episcopado. Tomando las cosas como deben tomarse, no consiste la santidad en mortificaciones extraordinarias, sino en hacer cada uno en su estado, lo que Dios quiere que se haga. Es cosa muy grande el morir por Dios; pero tal vez no es menos grande, ni menos difícil el saber vivir para él.

Habiendo arreglado asi Francisco el plan de su con-

ducta con parecer de su director, lo siguió siempre exactamente; bien lejos de quitar alguna cosa de él, añadió muchas otras que no estaban al principio, y esta fidelidad á todos sus deberes, es la que nos prestará aquellos grandes ejemplos de virtud y de santidad, que se verán en el discurso de esta historia.

Al paso que se acercaba el día de su consagracion, se ayivaban aquellos temores que habia tenido en otro tiempo, de verse elevado al rango á que estaba próximo á subir. Le parecia, que no se habia resistido bastante, y que habia cedido con demasiada facilidad. Cuanto mas examinaba las cualidades necesarias para formar un santo Obispo, tanto mas distante se hallaba de poseerlas; y no sabiendo su humildad hacerle reparar otra cosa que en sus defectos, se consideraba como un piloto que se hubiese embarcado en un mar tempestuoso y lleno de escollos, sin ciencia, sin esperiencia, sin mastiles, velas, ni timon; y en una palabra, sin todos los instrumentos necesarios para evitar el naufragio.

Esta turbacion y angustia fueron tales, que no pudo menos de descubrirse con el padre Fourrier, que era el que le dirigia en su retiro; pero este sabio religioso que no ignoraba la violencia que se habia hecho para consentir en ser Obispo, que veia por otra parte en él señales tan evidentes y manifiestas de la vocacion divina, y admiraba todos los dias la virtud tan pura que le adornaba, y que él solo desconocia en sí mismo, le tranquilizó y volvió á su alma el sosiego, aunque con algun trabajo en conseguirlo.

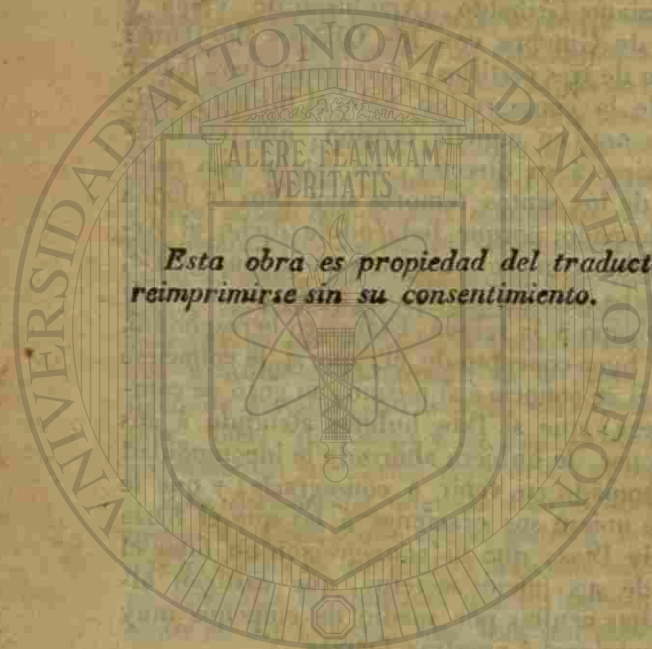
Asegurado Francisco de este modo por él mismo, á quien miraba con respecto á él, como el intérprete de la voluntad de Dios, que le llamaba al episcopado, no trató ya de otra cosa mas, sino de atraer sobre sí la plenitud de aquel espíritu principal, que hace el verdadero caracter de los Obispos. Redobló sus ayunos, sus penitencias y oraciones; pasaba en esto los dias y las

noches, y si cesaba alguna vez de hablar con Dios en la oracion, era para escucharle él mismo, cuando dirige su voz á los hombres en las santas Escrituras.

Nada fué capaz de distraerle en su retiro, sino la llegada de Vespasiano Gribaldo, Arzobispo de Viena y Metropolitano de Ginebra con los Obispos de Damas y de San Pablo de tres castillos, convidados para hacer la ceremonia de la consagracion. Salió él mismo á recibirlos. Pero se notó en aquella ocasion, que por deferencia que tuviese á su director, no estaba aun enteramente libre de los santos temores que Dios le habia inspirado al obispado; porque habiéndole dicho el Arzobispo, que venia con tanto mayor gozo á consagrarle, cuanto que estaba persuadido de que en su persona daría un santo Obispo á la Iglesia, Francisco le respondió, que tenia muy buen concepto de él; que si le conociese tan bien como él se conocia á sí mismo, su gozo se cambiaria en tristeza; que si Dios hubiese atendido á sus deseos y oraciones, le hubiera ahorrado la incomodidad que se habia tomado en venir á consagrarle; y que le suplicaba, que uniese sus oraciones á las que él haria para alcanzar de Dios, que su consagracion no fuese el efecto de uno de sus juicios secretos, que castigan algunas veces faltas ocultas por medio de empeños muy peligrosos y superiores á nuestras fuerzas.

Despues de estas palabras que manifestaban tan bien los sentimientos de su corazon, suplicó al Arzobispo y Obispos, que le permitiesen continuar en su retiro, y volver á entrar en su soledad.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



*Esta obra es propiedad del traductor y no podrá
reimprimirse sin su consentimiento.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

